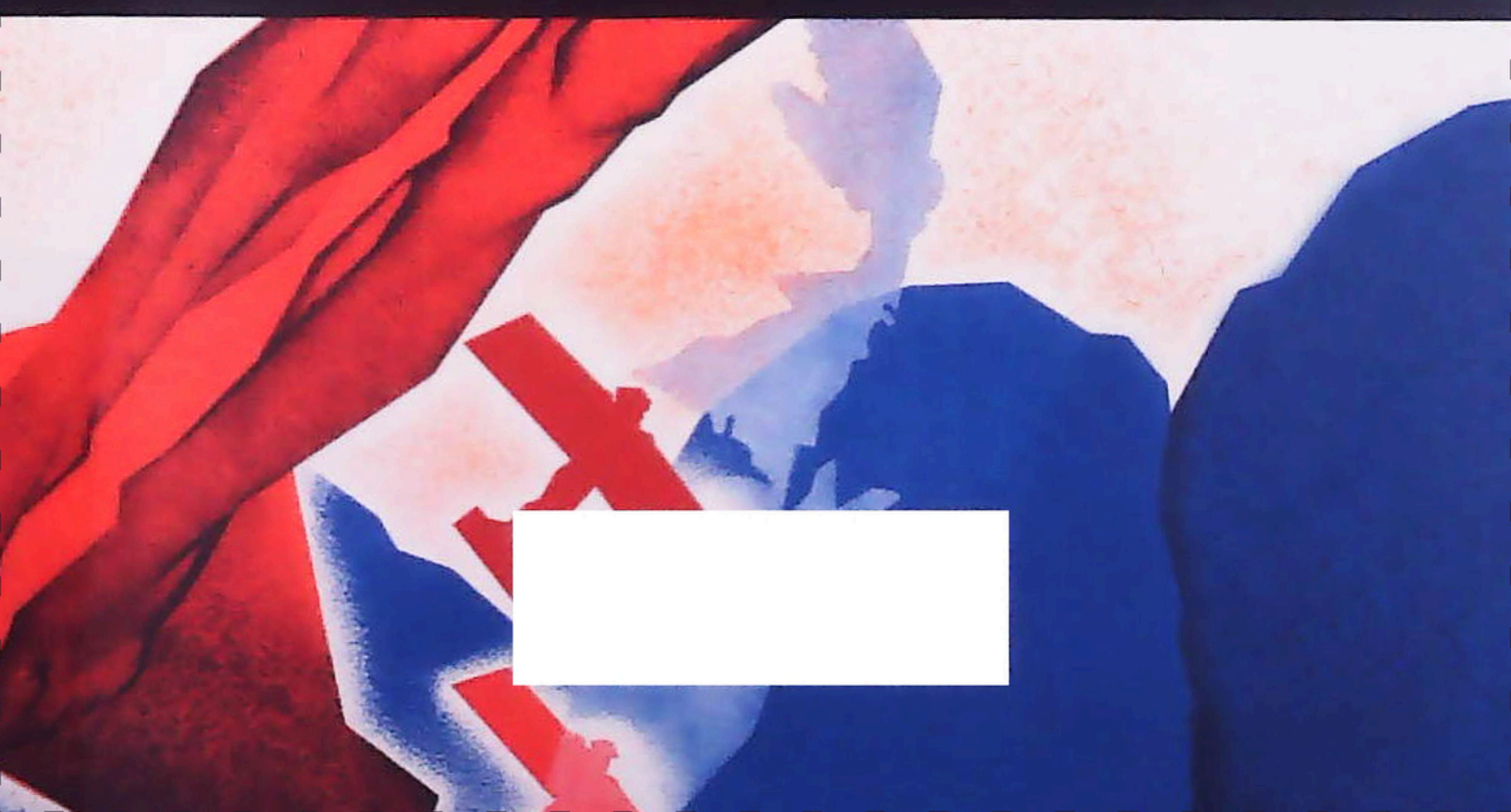
Maximiliano Fuentes | Patrizia Dogliani (eds.)

La patria hispana, la raza latina

Política y cultura entre España, Italia y Argentina (1914-1945)



Maximiliano Fuentes Codera es profesor en la Universitat de Girona, donde también dirige la cátedra Walter Benjamin, Memoria y Exilio. Especialista en la historia política e intelectual española y europea del siglo XX y sus relaciones con América Latina, ha dedicado una parte relevante de sus publicaciones a la Primera Guerra Mundial. Entre sus últimos libros destacan España en la Primera Guerra Mundial. *Una Movilización cultural* (2014), *Un viaje por los extremos. Eugenio d'Ors en la crisis del liberalismo* (2017), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política* (2018, editado con Ferran Archilés) y *Spain and Argentina in the First World War. Transnational Neutralities* (2021).

Patrizia Dogliani es catedrática de Historia Contemporánea en la Università di Bologna. Especialista en historia social y política de Europa, es autora de numerosas publicaciones sobre la historia del fascismo y el socialismo y ha trabajado también sobre la historia y memoria pública de los conflictos durante la época contemporánea. Entre sus obras destacan *El fascismo de los italianos. Una historia social* (2017) y *Le socialisme municipal en France et en Europe de la Commune à la Grande Guerre* (2018).

MAXIMILIANO FUENTES CODERA
PATRIZIA DOGLIANI
(eds.)

LA PATRIA HISPANA, LA RAZA LATINA

Política y cultura entre España, Italia y Argentina (1914-1945)

GRANADA, 2021

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Este libro forma parte de los resultados del proyeto «La patria hispana, la raza latina. Intelectuales, identidades colectivas y proyectos políticos entre España, Italia y Argentina (1880-1945)» (HAR2016-75324-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

© Los autores

© Editorial Comares, 2021
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382
www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-136-7 • Depósito legal: Gr. 397/2021

Impresión y encuadernación: COMARES

Sumario

Presentación, *Patrizia Dogliani y Maximiliano Fuentes Codera* VII

I. Neutralidades en el campo de batalla: España, Italia y Argentina durante la Primera Guerra Mundial, *Maximiliano Fuentes Codera y Carolina García Sanz* .. 1

1. Introducción..... 1
2. Antes de la guerra 4
3. Del estallido de la guerra a la entrada de Italia en el conflicto 7
4. Tensiones transnacionales en España y Argentina: latinismos e hispanismos frente a frente 14
5. Disputas internas en un marco internacional..... 20
6. Conclusiones... 22

II. Latinizar la Rusia de los Soviets. La influencia del socialismo italiano en España y Argentina tras la Gran Guerra, *Steven Forti*.. 25

1. Italia, ¿un modelo para el socialismo latino? 26
2. Italia, España y Argentina entre la guerra y la posguerra 29
3. Movilización e implantación del movimiento obrero en la posguerra 30
4. El impacto de la revolución rusa en los partidos socialistas 33
5. El debate sobre los soviets en Italia 38
6. ¿Hacia unos soviets latinos? 44

III. El anarcosindicalismo italiano: conexiones y vínculos entre España y Argentina, *Marco Masulli* 51

1. El anarcosindicalismo como movimiento transnacional..... 51
2. *Le syndicalisme n'est pas une étiquette* Conexiones políticas y organizativas entre Italia, España y Argentina 54
3. *Nuestra patria es el mundo entero.* Itinerarios militantes entre Italia, Argentina y España 61

IV. El republicanismo y la recepción de Maquiavelo en la Argentina (1920-1940), *Leandro Losada*..... 71

1. Republicanismo y antiliberalismo 74

2. Republicanismo y liberalismo 82
3. Conclusiones 86

V. La idea de la latinidad en la política cultural del fascismo en América Latina: el caso de Argentina, *Federica Bertagna* 91

1. Pródromos 91
2. Ascenso 98
3. Caída 104

VI. La intervención cultural de la Italia fascista en el mundo hispánico (1938-1943), *Patrizia Dogliani* 111

1. Introducción 111
2. De la italianidad a la latinidad 115
3. El fascismo italiano llega a España 120
4. Los medios llegan a España 129
5. Algunas reflexiones finales 133

VII. Fascismos que circulan: Mussolini, Hitler e Hispanidad en Argentina, *Federico Finchelstein* 135

Bibliografía 155

Presentación[1]

Patrizia Dogliani y Maximiliano Fuentes Codera

El objetivo de este libro es analizar las transferencias intelectuales y políticas entre tres países diferentes, España, Italia y Argentina, en una perspectiva multidireccional, con especial atención a los vínculos originados y dinamizados por las experiencias transnacionales. Este triple intercambio se observa en un «tiempo medio», desde el inicio de la Gran Guerra en Europa hasta el final de la Segunda Guerra Mundial (1914-1945). También busca las raíces de varios fenómenos culturales que se remontan a la década de 1880, cuando la primera gran ola de emigración pasó de Europa a Argentina, y luego del segundo conflicto mundial, cuando personas e ideologías encontraron una nueva acogida en América Latina. Este enfoque, creemos, nos permite conocer en profundidad no solamente la propia naturaleza de los intercambios culturales y políticos, sino también comprender el desarrollo de enfoques diferentes y vinculados a los de las identidades nacionales. En este marco, la encrucijada de tres escenarios ofrece una perspectiva dinámica de las influencias culturales recíprocas[2].

Las aportaciones de este libro, lejos de presentar una visión homogénea y unívoca, muestran visiones plurales sobre algunos fenómenos centrados en las circulaciones y los intercambios entre continentes. Sin embargo, ellas comparten un planteamiento general centrado en una perspectiva transnacional que constituye un punto de anclaje central para analizar las relaciones entre el nuevo y el viejo continente. Siguiendo los enfoques de Akira Iriye, tienen como objetivo analizar «la intrincada relación entre

[1] Este libro forma parte de los resultados del proyecto «La patria hispana, la raza latina. Intelectuales, identidades colectivas y proyectos políticos entre España, Italia y Argentina (1880-1945)» (HAR2016-75324-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

[2] Dmitrieva, Katia y Espagne, Michel Espagne (eds.), *Transferts culturels triangulaires France-Allemagne-Russie* (París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1996).

las naciones y las existencias transnacionales, entre las preocupaciones nacionales y las agendas transnacionales»[3]. Considerando esta visión general, este libro asume también una mirada transatlántica[4]. Pretende, asimismo, repensar el internacionalismo en una perspectiva global. Algunos trabajos recientes han analizado el internacionalismo bajo diferentes facetas, desde las organizaciones marxistas y de trabajadores nacidas a mediados del siglo XIX hasta las variantes políticas del liberalismo y la fe religiosa del siglo XX[5]. Sin embargo, este libro asume una perspectiva diferente, ya que las transferencias son concebidas desde un punto de vista metodológico. En un contexto transnacional, el enfoque centrado en las transferencias ilumina no solo la transmisión de una idea de un contexto cultural a otro, sino también permite ver cómo un concepto se reinterpreta en un nuevo país con un escenario político diferente. En este sentido, las transferencias culturales no suponen solamente un intercambio, sino que también son motivo de inspiración de nuevos significados, prácticas, ideas y movimientos políticos[6].

Entre estas transferencias pensamos que la latinidad y el hispanismo fueron los proyectos transnacionales más relevantes que unieron Italia, España y Argentina durante la primera mitad del siglo XX. En muchos sentidos, estos tres escenarios nacionales formaron parte del «espacio latino»[7]. Se trató de un espacio que, sin embargo, también debió competir con una proyección hispanista que asumió una relevancia considerable[8]. A principios del siglo pasado, vale la pena recordarlo, la población argentina contaba con alrededor de un tercio de inmigrantes, la mayoría de los cuales eran de origen español e italiano[9]. Considerando este contexto particular, parece evidente que

[3] IRIYE, Akira, *Global and Transnational History: The Past, Present, and Future* (Basingstoke: Palgrave, 2013), p. 15.

[4] Entre las recientes interpretaciones, véanse FINCHELSTEIN, Federico, *Transatlantic Fascism: Ideology, Violence and the Sacred in Argentina and in Italy, 1919-1945* (Durham: Duke University Press, 2010); ALBANESE, Matteo y DEL HIERRO, Pablo, *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and Global Neo-Fascism* (Londres: Bloomsbury Academic Press, 2016); COSTA PINTO, Antonio y FINCHELSTEIN, Federico (eds.), *Authoritarianism and Corporativism in Europe and in Latin America: Crossing Borders* (Abingdon: Routledge, 2018).

[5] SLUGA, Glenda y CLAVIN, Patricia (eds.), *Internationalisms. A Twentieth-Century History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017).

[6] ESPAGNE, Michel, «Más allá del comparatismo. El método de las transferencias culturales», *Revista de Historiografía*, n.º 6 (2007), pp. 4-13.

[7] GALIMI, Valeria y GORI, Annarita (eds.), *Intellectuals in the Latin Space during the Era of Fascism: Crossing bordes* (Abingdon: Routledge, 2020).

[8] MARCILHACY, David, *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración* (Madrid: CEPC, 2010).

[9] DEVOTO, Fernando, *Historia de la inmigración en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2003), pp. 247-249.

este país constituye un caso privilegiado para analizar las transferencias culturales y políticas durante la primera mitad del siglo pasado.

La Gran Guerra fue el punto de inflexión del siglo XX. También es el punto de partida cronológico de nuestro libro. Como es sabido, en este conflicto los países neutrales no se mantuvieron al margen y formaron parte de lo que los especialistas califican como guerra global. Desde la perspectiva de la Historia Transnacional, la construcción del neutralismo como espacio de disputa fue fundamental tanto en los países beligerantes como en los neutrales. Las imágenes de Alemania y Francia y los llamamientos a la paz fueron aspectos clave en la articulación de los discursos favorables a los Aliados y en los defensores de las Potencias Centrales. Estos discursos moldearon también la imagen de una cultura compartida: la latinidad. Por un lado, en agosto de 1914, se afirmó que la neutralidad italiana era una «neutralidad armada y vigilante» en lugar de la de los estados pequeños y débiles, que necesitaban armarse porque no eran protegidos por las leyes internacionales. Por el otro, los debates de los gabinetes español y argentino giraron en torno a una neutralidad benévola hacia los Aliados y a los problemas de las políticas locales e internacionales que hacían imposible la beligerancia. Los debates sobre la neutralidad y la beligerancia, como muestran Maximiliano Fuentes y Carolina García Sanz en su capítulo, estuvieron en el centro mismo de las tensiones políticas e intelectuales en España y Argentina desde el estallido del conflicto. Tras la entrada de Italia en la guerra, los sectores que apoyaban a las potencias aliadas apelaron a los vínculos históricos y culturales con las naciones mediterráneas, en particular a través de la bandera del latinismo. Al hacerlo, también construyeron una proyección geopolítica que tuvo una influencia relevante en sus gobiernos y diplomacias.

Como señalamos, desde la perspectiva que asume este libro las transferencias incluyen no solamente la transmisión de ideas, sino también los itinerarios, los instrumentos y las personas que realizaron el paso de un país a otro. Libros, periódicos, intelectuales, militantes, luchas y exiliados fueron los protagonistas de diferentes transferencias. En estos procesos, individuos, grupos, círculos y organizaciones contribuyeron a crear «comunidades imaginadas» que difundieron tanto el internacionalismo como el nacionalismo[10].

Esto fue particularmente cierto cuando el debate sobre la naturaleza de la Revolución rusa y el llamado a un nuevo internacionalismo dado por el Comintern

[10] La cita es un homenaje a Benedict Anderson, cuyos trabajos inspiraron a muchos historiadores e historiadoras que han analizado las transferencias culturales y sus agentes. ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Nueva York-Londres: Verso, 1983) y ANDERSON, Benedict, *Under Three Flags: Anarchism anti Colonial Imagination* (Nueva York-Londres: Verso, 2005).

ocuparon la mayor parte de las energías de los partidos socialistas entre 1917 y 1921. Al respecto, Steven Forti muestra en su capítulo que la transferencia del modelo de los soviets fue crucial en la creación de partidos comunistas en muchos países, no solamente en Italia. En este contexto, examina la influencia comunista en España y Argentina y muestra que la experiencia italiana fue más influyente que la rusa en ambos países. En este proceso, la apelación a la latinidad también se convirtió en un aspecto clave del proceso de transferencia y apropiación de un modelo soviético *latinizado*.

De manera similar, como sostiene Marco Masulli en su capítulo, durante las tres primeras décadas del siglo XX la referencia a la «latinidad» en el mundo anarquista fue constante y cíclica. Al mismo tiempo, fue indefinida y dúctil. El discurso político sobre la latinidad se desarrolló en los países autodefinidos como «latinos» —Francia, Italia, España— y se adaptó a los diferentes objetivos del movimiento en un proceso constante de «construcción» y «deconstrucción». Este proceso se trasladó a Argentina, donde los grupos de inmigrantes españoles e italianos influyeron profundamente en el movimiento anarco-sindicalista local. A pesar de que la apelación a la latinidad tuvo éxito entre los libertarios, especialmente durante la Gran Guerra y las revoluciones de la posguerra, en la década de 1920 los anarco-sindicalistas percibieron un peligro en ella e intentaron desmitificar la versión ideológica que el fascismo le había dado. En la década de 1930, concluye Masulli, un ideal más tradicional de internacionalismo ganó nuevamente el centro de las argumentaciones del movimiento. La «latinidad» fue considerada cautelosamente como una expresión del «espíritu europeo» y ya no como una fuerte identificación con una comunidad de internacionalistas latinos.

El anarquismo, el comunismo, los liberalismos y los republicanismos también fueron asimilados en el crisol de culturas transatlánticas. El capítulo de Leandro Losada muestra que hasta la Gran Guerra la obra de Maquiavelo tuvo una recepción escasa y controvertida en Argentina. Sin embargo, entre 1920 y 1950 este panorama se revirtió en un marco de inestabilidad y crisis política. La lectura de las páginas de Maquiavelo dio lugar a unas interpretaciones controvertidas entre los intelectuales argentinos que se enfrentaban al liberalismo. El debate sobre el autor florentino no solo se derivó de su eventual «apología de la tiranía» —la lectura más frecuente en el siglo XIX— sino también de su republicanismo. Los argumentos giraron en torno a cómo interpretar este tipo de republicanismo: convergente, o antagónico con el liberalismo y la democracia. Finalmente, este debate sobre las lecturas y lectores de Maquiavelo también iluminó la forma en que se percibió el liberalismo y el republicanismo en España.

A mediados de la década de 1930, el discurso sobre la latinidad tomó nuevos caminos. En este contexto, el fascismo italiano y su concepción del latinismo son profundamente estudiados a través de tres capítulos complementarios —escritos por Federica Bertagna, Patrizia Dogliani y Federico Finchelstein— que muestran todas las

potencialidades de nuestra perspectiva metodológica. La participación fascista en la guerra civil española fue no solo una ocasión para proporcionar ayuda militar al bando nacionalista, sino también constituyó la base para unas transferencias ideológicas y de proyectos culturales desarrollados que tuvieron como objetivo de imponer una hegemonía fascista sobre las derechas españolas. La latinidad, los orígenes latinos comunes italiano y español y el presente argentino, fue el principal argumento que utilizó el fascismo para lograr su objetivo político: presentar a Italia como la «madre» de la cultura latina y la líder legitimada en el Mediterráneo y el mundo latino transatlántico. Estas transferencias ayudaron a que el fascismo perdurara en las culturas políticas española y argentina después del final de la Segunda Guerra Mundial. Los fascistas argentinos presentaron una configuración política latinoamericana específica que combinaba nociones de antisemitismo, violencia política y sexualidad. Como explica Finchelstein en su capítulo, vieron el fascismo como una ideología universal que en Italia asumía el nombre de fascismo, en Alemania nazismo y en Argentina *nacionalismo*. Desde un odio visceral a las tradiciones liberales argentinas, en un primer momento tuvieron una relación activa con el fascismo italiano y otros movimientos fascistas europeos a través de la propaganda y otros intercambios transnacionales. A pesar de su respeto por el fascismo y sus líderes europeos, los *nacionalistas* argentinos creían que eran mejores que los nazis y los fascistas. Se consideraban a sí mismos como instrumentos panamericanos de Dios y rechazaban cualquier forma europea de paganismo desde la defensa de la fe en el catolicismo y en Jesucristo como guías.

Al mismo tiempo, en competencia con la creciente influencia del nazismo en Europa y América Latina, el fascismo italiano promovió su propia expansión cultural e ideológica en América del Sur después de haber reconocido su incapacidad para controlar las comunidades italianas en el exterior. En este objetivo, la España de Franco se convirtió en una nueva base para llegar a América Latina, especialmente a Argentina. Estos esfuerzos siguieron siendo relevantes cuando Italia declaró la guerra en 1940 y lideró una guerra «paralela» junto con Alemania. El proyecto original era crear su propio Nuevo Orden en un Mundo Latino, en áreas mediterráneas y sudamericanas, buscando romper la neutralidad de España y Argentina y partiendo de la noción de que los tres países eran compatibles debido a su corporativismo católico común. Dogliani muestra también que el gran esfuerzo desarrollado por el fascismo en España no logró sus objetivos. Al contrario, chocó con dos conceptos del imperialismo. El proyecto fascista de influir en la nueva política cultural en la Península Ibérica, casi en compensación por su esfuerzo militar junto a Salazar y Franco, se volvió muy pronto estéril y poco realista. Incluso el proyecto de incluir a España en un Mediterráneo latino e imperial liderado por Roma pronto tuvo que enfrentarse al renacimiento de una orgullosa autonomía cultural del régimen de Franco basada en los valores de la Hispanidad católica, imperial y nacionalista. Aunque nacieron de un humus ideológico común, la latinidad y la hispanidad se convirtieron en dos proyectos

en pugna especialmente en América Latina, donde la Hispanidad identificada por la pureza racial y los orígenes elitistas y excluyó la emigración italiana.

Las percepciones y las transferencias alrededor de la latinidad y la hispanidad no terminaron en 1945. Sin embargo, las experiencias transnacionales que se habían desarrollado en una perspectiva multidireccional desde 1914 cambiaron radicalmente tras la caída del nazismo. A pesar de los elementos de continuidad con el período que se observaron en los regímenes de Franco y Perón durante la segunda mitad de la década de 1940, ambas proyecciones supranacionales fueron reinterpretadas después de la Segunda Guerra Mundial en Europa y América Latina. Con ella terminó la parte más relevante de los procesos analizados en este libro.

Neutralidades en el campo de batalla: España, Italia y Argentina durante la Primera Guerra Mundial

Maximiliano Fuentes Codera
Universitat de Girona

Carolina García Sanz
Universidad de Sevilla

1. Introducción

Si durante los seis primeros meses de la Primera Guerra Mundial la neutralidad fue la posición más secundada tanto en Europa como en el nuevo continente, a su finalización solo era mantenida por los países escandinavos, Holanda, España, Suiza, Argentina, Chile y México. Teniendo en cuenta este dato ampliamente conocido, parece fácil entender por qué el estudio del impacto de la guerra en los países neutrales ha sido significativamente menos relevante que el de aquellos que intervinieron en el conflicto. Sin embargo, la importante renovación historiográfica de las dos últimas décadas en el estudio del conflicto ha favorecido la diversificación de variables y temáticas de análisis y ha contribuido decisivamente a dibujar un cuadro global y transnacional del conflicto acorde con su propia naturaleza. Así, la guerra relatada como experiencia social —tanto en la primera línea como en la retaguardia— ha abierto la espita historiográfica para la incorporación de tópicos tradicionalmente considerados periféricos. En este marco, el redescubrimiento de la neutralidad constituye sin duda una de las facetas más novedosas e interesantes[1]. En primer lugar, porque el fenómeno bélico forzó la activación de interpretaciones binarias en los mapas mentales europeos con

[1] Pese al avance señalado, existen pocos libros monográficos que estudien sistemáticamente la neutralidad durante el conflicto, conjugando tanto su pluralidad temática (factores políticos, sociales, económicos, culturales) como espacial. De hecho, citamos aquí los volúmenes colectivos disponibles: Den Hertog, Johan y Kruizinga, Samuël (eds.), *Caught in the Middle: Neutrals, Neutrality and the First World War* (Amsterdam: Aksant, 2011) y Ruiz Sánchez, José Leonardo, Cordero Olivero, Inmaculada y García Sanz, Carolina (coords.), *Shaping Neutrality throughout the First World War* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015). Véase también Pla, Xavier, Fuentes Codera, Maximiliano y Montero, Francesc (eds.) *A Civil War of Words. The cultural impact of the Great War in Catalonia, Spain, Europe and a Glance at Latin America* (Berna: Peter Lang, 2016).

consecuencias de larga duración. En segundo lugar, porque la codificación del conflicto tuvo un clarísimo correlato en los procesos identitarios que se desarrollaron en los países neutrales. De ahí que, pese a las particularidades nacionales y a las distancias geográficas, ya fuera en Europa o América, se aprecien concomitancias claves en la transformación endógena de dichos países entre 1914 y 1918.

El fuego cruzado propio de una encarnizada política de bandos asumió una gran relevancia en la activación de proyectos nacionalistas ligados a la lucha por la supervivencia de la controvertida «tercera vía» de los neutrales. En este proceso, el rol precario y polivalente que estos asumieron, ya fuera en calidad de agentes mediadores o pacificadores, como parte activa en el campo económico y de los suministros, o como víctimas colaterales de las presiones beligerantes y damnificadas directas de los estragos humanitarios, impulsó activamente la movilización «desde arriba» y «desde abajo» y unos procesos de redefinición nacional. La experiencia de la neutralidad quedaría, por tanto, lejos de la mera ejecución de la política exterior decretada por los Estados[2].

Desde hace casi dos décadas, y al compás del giro transnacional y global[3], las visiones generales de la guerra han comenzado a ensanchar sus horizontes de análisis. Las razones las planteaba John Horne: «La paradoja es que los esfuerzos del Estado-nación fueron centrales en la Primera Guerra Mundial, pero para entender cómo y por qué lo fueron, los marcos nacionales son insuficientes». Por muchos motivos, incluyendo las formas imperiales y «prenacionales» que dominaban una parte significativa del mundo hasta la «totalización» del conflicto, afirmaba que comprender el conflicto exigía «una visión sobre las diferentes trayectorias nacionales que solamente puede calibrar una sensibilidad comparativa, al tiempo que exige la voluntad de considerar en términos transnacionales los procesos sobre los que se trabaja»[4]. Como afirmaron Pierre Purseigle y Olivier Compagnon, los países neutrales no solamente resultaron afectados por la guerra, fueron también actores de ella. Por ello, escribir una historia global de la conflagración supone establecer una distinción crítica entre lo que los anglófonos denominan *belligerency* y *belligerence*: mientras que el primer concepto define un

[2] ABBENHUIS, Maartje, «Not silent nor silenced: Neutrality and the First World War», en José Leonardo Ruiz Sánchez, Inmaculada Cordero Olivero y Carolina García Sanz (coords.), *Shaping Neutrality throughout the First World War* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015), pp. 17-36; TAMES, Ismee, «War on Our Minds: War, Neutrality and Identity in Dutch Public Debate during the First World War», *First World War Studies*, n.º 3/2 (2012), pp. 201-216; KRUIZINGA, Samuël, «Government by Committee. Dutch Economic Neutrality and the First World War», en James E. Kitchen, Alisa Miller y Laura Rowe (eds.), *Other Combatants, Other Fronts. Competing Histories of the First World War* (Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2011), pp. 99-124.

[3] OLSTEIN, David, *Thinking History Globally* (Basingstoke: Palgrave, 2014); FUENTES CODERA, Maximiliano, «El giro global y transnacional: las historiografías de la Gran Guerra tras los centenarios», *Historia y Política*, n.º 43 (2020), pp. 389-417.

[4] HORNE, John, «Foreword», en Kitchen, Miller y Rowe (eds.), *Other Combatants*, p. xv.

status definido por el derecho internacional —el estado de guerra—, el segundo se refiere a un proceso de adaptación u organización en el contexto bélico. Así, a pesar de que sus Estados fueran neutrales, las sociedades escandinavas, latinoamericanas o española fueron beligerantes —en el sentido del concepto *belligerence*—, ya que expresaron variados procesos de movilización y múltiples tensiones internas y externas derivadas del conflicto[5]. Estos países neutrales estuvieron sometidos a procesos de negociación en relación con la presión militar y comercial e intentaron maximizar los beneficios de su situación en el escenario internacional[6]. Como planteó Maartje Abbenhuis, «La neutralidad nunca se refiere a la experiencia de un Estado y su gente. Por el contrario, es el contexto internacional y las relaciones entre Estados las que determinan las circunstancias y la legitimidad de la neutralidad»[7].

Desde este prisma, aún persisten lagunas en la comprensión de la compleja posición de los estados y sociedades neutrales en el conflicto. Esto es así especialmente cuando atendemos la realidad de la naturaleza asimétrica de sus relaciones políticas y económicas con intereses beligerantes, muy particularmente en contextos de hegemonía de los últimos[8]. El Mediterráneo y el hemisferio sur americano aportan dos claros ejemplos de ello. En estas regiones, inicialmente periféricas respecto a los puntos candentes del enfrentamiento armado, existió un fuerte desequilibrio entre la salvaguarda de los objetivos nacionales y la estrategia internacional debido al indiscutible dominio naval y económico de la Entente. Pero los factores materiales, incluyendo la geografía, no fueron los únicos a la hora de forjar y comprometer las políticas de neutralidad tanto en el viejo como en el nuevo continente. También serían determinantes aquellos ideológicos enraizados en diferentes imaginarios públicos sobre el funcionamiento de la política internacional en la época de la Paz Armada.

Teniendo en cuenta todos estos elementos, en este trabajo pretendemos —cruzando enfoques procedentes de la historia político-diplomática y de la historia cultural de la política— ofrecer una mirada original sobre la neutralidad atendiendo a su naturaleza multidimensional y a sus cambiantes significados sociales, en numerosas ocasiones, contradictorios entre sí[9]. En concreto, nuestra propuesta explora conexiones entre la

[5] COMPAGNON, Antoine, y PURSEIGLE, Pierre, «Géographies de la mobilisation et territoires de la belligérance durant la Première Guerre Mondiale», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, n.º 71/1 (2016), pp. 37-64.

[6] KRUIZINGA, Samuël, «Neutrality», en Jay Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War: Volume II: The State* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014), pp. 542-576.

[7] ABBENHUIS, Maartje, «Not silent nor silenced», p. 20.

[8] HULL, Isabel Virginia, *A Scrap of Paper: Breaking and Making International Law during the Great War* (Ithaca: Cornell University Press, 2014).

[9] Sobre la polisemia política y cultural de la neutralidad véase GARCÍA SANZ, Carolina, «Repensar la neutralidad en la Gran Guerra. Una lectura en clave europea», en Pedro Ruiz Torres (ed.), *Volver a pensar el mundo de la Gran Guerra* (Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 2016), pp. 183-208.

neutralidad política y los procesos políticos y culturales que dividieron las regiones más meridionales de Europa y América. Dichos procesos se conjugaron con los diferentes escenarios internacionales marcados por el desarrollo del conflicto. Desde esta perspectiva, nuestro análisis combina casos relativos a los dos grandes neutrales latinos, Italia y España, claves en los equilibrios diplomáticos prebélicos en el Mediterráneo, y al gran neutral hispanoamericano, Argentina, que, como veremos, mostró numerosos puntos de conexión con lo sucedido en Europa y, en particular, en España. Se trata de una propuesta que pretende abrir nuevas vías de abordaje del conjunto de categorías discursivas que conectan las múltiples caras de la neutralidad entre 1914 y 1918 con las presiones bélicas y las dinámicas que se generaron transnacionalmente. En concreto, se plantea aquí un modelo de interpretación global de la neutralidad como expresión de una miríada de espacios político-ideológicos en un contexto de referencia euro-americano e hispano-latino.

2. Antes de la guerra

Después del desastre de 1898 los sentimientos de impotencia y frustración llevaron a los partidos dinásticos españoles a renunciar a los presupuestos canovistas de aislamiento. La recuperación del honor nacional y las aspiraciones de volver a entrar en el sistema de relaciones internacionales, en pleno proceso de ajustes neocoloniales, convirtieron Marruecos en el único asunto por el cual España podía jugar un papel en la política europea. Mientras que Francia apuntalaba su hegemonía sobre el norte de África, Gran Bretaña alimentaba en vano las ilusiones españolas para frenar los deseos expansionistas del Quai D'Orsay. Precisamente, desde el punto de vista español, la última vez que se había planteado el «peligro inglés» había sido durante la guerra hispano-norteamericana[10]. Entonces, el gabinete liberal de Sagasta había proyectado una serie de trabajos de artillería en las proximidades de Gibraltar[11]. Tras las tensiones generadas a nivel bilateral, España hubo de suspender estas obras de artillería y resignarse al entendimiento con los ingleses para equilibrar la ambición francesa en el norte de África. La célebre frase del embajador en París Fernando León y Castillo afirmando que «la cuestión de Marruecos se resolvería en breve con nosotros o sin nosotros, y en este caso contra nosotros», expresa muy bien cómo los gobiernos en Madrid fueron sistemáticamente puenteados por Francia en los asuntos marroquíes[12].

[10] Robles Muñoz, Cristóbal, *1898: Diplomacia y Opinión* (Madrid: CSIC, 1991), pp. 360 y ss.

[11] Jover Zamora, José María, *1898: Teoría y práctica de la redistribución colonial* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1979), pp. 33-36.

[12] León y Castillo, Fernando, *Mis tiempos* (Madrid: Librería de los sucesores de Hernando, 1921), p. 175.

Las ambiciones de España en Marruecos eran incompatibles con las de Francia. Con todo, tanto liberales como conservadores no se atreverían nunca a dar el paso de la modificación del *status quo* marroquí sin un consenso previo franco-británico. La aparente «binacionalización» para los asuntos de Marruecos que en 1906 establecía el Acta de Algeciras entre Francia y España y los llamados Acuerdos de Cartagena en 1907 sobre el *status quo* mediterráneo con Gran Bretaña fueron vulnerados sistemáticamente por los franceses. La intervención en Marrakech en ese mismo año significó una clara transgresión del Acta de Algeciras, a la que también se añadirían el acuerdo franco-alemán de febrero de 1909 y la ocupación francesa de Fez en 1911. Fue este último agravio el que llevó a José Canalejas a seguir los consejos de diplomáticos como Manuel González Hontoria y ocupar las plazas africanas de Larache y Alcazarquivir en junio de ese año[13]. Con estos antecedentes, un sector romanonista del Partido Liberal acabó asumiendo que la guerra europea podría propiciar el desquite con Francia forzando una renegociación del espacio marroquí a cambio de una beligerancia española.

La errática política exterior española refrendaría el cuestionamiento de la *europeidad* del país iniciado en 1898. Los debates que se iniciarían con la guerra estaban en realidad enraizados en las décadas previas. El sistema político de la Restauración, el papel de la monarquía, el atraso cultural y político de las masas y la *enfermedad* de la nación centraron muchas de las intervenciones públicas de José Ortega y Gasset desde 1910 hasta 1914. Se trataba de problemas originados con la crisis de fin de siglo y que, al menos en cierta medida, eran compartidos por el conjunto de sus pares europeos[14]. En este marco, el estallido de la guerra fue visto por muchos intelectuales y grupos políticos alternativos al régimen español como una oportunidad para desplegar nuevos proyectos modernizadores[15]. En este contexto, la relación con América también asumió una cierta relevancia. Después del cuarto «Centenario del descubrimiento» (1892), las elites españolas habían iniciado un lento proceso de acercamiento con sus antiguas colonias. Con la derrota de 1898, una parte significativa de ellas comenzó a pensar que una intensificación de las relaciones con estos países permitiría recuperar el prestigio perdido. Con el objetivo de desarrollar este «regeneracionismo»,

[13] González Hontoria, Manuel, *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española* (Madrid: Imprenta Clásica Española, 1915).

[14] Álvarez Junco, José, «The Debate over the Nation», en Nigel Townson (ed.), *Is Spain different? A Comparative Look at the 19th and 20th centuries* (Brighton: Sussex Academic Press, 2015), pp. 18-41; De Blas Guerrero, Andrés, «Nationalisms in Spain: The Organization of *Convivencia*» en Anthony Pagden (ed.), *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), pp. 260-286.

[15] Fuentes Codera, Maximiliano, «Ideas of Europe in Neutral Spain (1914-1918)», en Matthew D'Auria y Jan Vermeiren (eds.), *Visions and Ideas of Europe during the First World War* (Abingdon: Routledge, 2019), pp. 182-197.

el «hispanoamericanismo oficial» emergió como uno de los posibles antídotos a la decadencia nacional. Sin embargo, pese a que España tenía en América Latina una importante presencia demográfica —casi 3,3 millones de españoles, descontados los militares, emigraron a América entre 1882 y 1930—, esta política tuvo un recorrido limitado[16].

En América Latina las ambiciones españolas chocaban con la posición francesa, que gozaba de una amplia influencia cultural y política entre las elites locales, las cuales ejercían su liderazgo en ciudades que contaban con una considerable presencia de comunidades galas (en 1912 residían en Argentina unos 100.000 franceses)[17]. Frente a ello, en Argentina comenzó a desarrollarse una nueva perspectiva hispanista que pretendía ejercer un contrapeso al latinismo de inspiración francesa. Este acercamiento a España buscaba, además, contrarrestar el fantasma de los omnipresentes Estados Unidos y su imparable proyección sobre el continente[18]. Las celebraciones de los centenarios nacionales expresaron esta perspectiva. Los actos que se iniciaron en 1910, que en Buenos Aires llegaron a contar con la presencia de delegaciones españolas de máxima importancia —la Infanta Isabel de Borbón acudió a Buenos Aires—, abrieron la puerta a una mejora en las relaciones entre España y América[19].

En la circulación de imaginarios hispano-latinos, que la coyuntura prebélica propició, Italia también jugó un relevante papel en su intento de escalar posiciones como potencia mediterránea. A través de su diplomacia fomentó la imagen de una «hermana mayor latina» para España en menoscabo de Francia. Lo hizo reproduciendo una serie de imágenes sobre la debilidad de España que se remontaban a lo sucedido en 1898 y a los efectos sobre la comunidad latina de naciones. En este sentido, la neutralidad española declarada en agosto de 1914 devino una manifestación de debilidad o marginación del país respecto al epicentro de la política europea. Frente a ella, la posición italiana aparecía no como una neutralidad de circunstancias, sino como una opción claramente oportunista que buscaba contrarrestar la influencia francesa en el

[16] ROLLAND, Denis, DELGADO, Lorenzo, GONZÁLEZ, Eduardo, NIÑO, Antonio y RODRÍGUEZ, Miguel, *L'Espagne et l'Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XX^e siècle*, (París, L'Harmattan-CSIC, 2001), pp. 55-59; FIGALLO, Beatriz, *Argentina y España: Entre la pasión y el escepticismo* (Buenos Aires: CONICET-Teseo, 2014).

[17] ROLLAND, *et al.*, *L'Espagne et l'Amérique Latine*, pp. 47-55; ROLLAND, Denis, *La crise du modèle français. Marianne et l'Amérique latine, culture, politique et identité* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2000).

[18] BRUNO, Paula, «Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra», en Maximiliano Fuentes y Ferran Archilés (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política* (Madrid: Akal, 2018), pp. 57-77.

[19] MARCILHACY, David, «España, invitada de honor en el Centenario de la Independencia mexicana: Rafael Altamira y el marqués de Polavieja, dos lecturas de las nuevas relaciones hispano-mexicanas», en AA. VV. (eds.), *1910: México entre dos épocas* (México: Colegio de México, 2014), pp. 47-69.

Mediterráneo. Como solía insistir el embajador italiano en Madrid, Lelio Bonin de Longare, la iniciativa española, ya fuera como neutral o beligerante, siempre quedaría eclipsada por la italiana, a quien correspondía llevar la iniciativa[20]. Estas percepciones sobre la neutralidad y la inserción italiana en el escenario internacional —desde la rivalidad con la otra potencia latina, Francia— serían claves no solo en la política del Quirinal en el primer año y medio de la guerra, sino también en el debate político interno en España.

3. Del estallido de la guerra a la entrada de Italia en el conflicto

España e Italia eran dos países inmersos en guerras coloniales en el verano de 1914: uno en Marruecos y el otro en Libia. Dos guerras profundamente impopulares y divisivas que amenazaban la estabilidad política y la paz social. La *Settimana Rossa* de junio de 1914 fue un estallido del clamor contra el militarismo y el colonialismo en Libia, donde la cifra de hombres desplazados había superado los 70.000. El socialista Filippo Turati no perdonaría jamás a Giolitti «la traición» de la guerra de Libia, cuyas operaciones fueron atribuidas a una concesión de los liberal-conservadores, católicos y nacionalistas a cambio de la ampliación del censo electoral de tres a ocho millones de votantes[21]. Sin embargo, la fuerza del discurso antibélico en relación a las guerras coloniales en el norte de África no actuó como motor cohesionador en España e Italia de la misma manera. Subyacían aproximaciones diferentes sobre los espacios geográficos en disputa. España trataba de defender la frontera, Italia buscaba ampliarla. Por ello, en Italia la guerra europea suscitó un debate nacional que planteó la disyuntiva de culminar un sueño también nacional. En este sentido, no dejó de ser paradójico el exceso de confianza en las posibilidades de un ejército incapaz de ganar la guerra en Libia.

Cuando se declaró la guerra, las respectivas neutralidades española e italiana generaron una encendida polémica nacional en el que la política exterior de los años previos al conflicto ocupó un lugar destacado. De ahí la idoneidad de ambos casos de estudio para dar trazabilidad a los vínculos entre discursos públicos sobre la guerra y las visiones dominantes sobre terceros países. En particular, las imágenes de alteridad vinculadas a la idea de un «superpoder» midiendo la capacidad militar defensiva y ofensiva en el Mediterráneo, como espacio natural de defensa para España o expansión para Italia, nos remiten a las representaciones en sus respectivas opiniones públicas

[20] García Sanz, Fernando, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes.* (Barcelona: Galaxia, 2014), p. 245.

[21] Vigezzi, Brunello, «L'Italia del 1914-15 e la crisi del sistema liberale» en Giovanni Orsina y Andrea Ungari (eds.), *L'Italia neutrale 1914-1915* (Roma: Rodrigo Editore, 2016), pp. 11-12.

de otras potencias regionales: Gran Bretaña y sobre todo Francia. La primera —con matizaciones en el caso español— como «potencia amiga» o «aliada conveniente», la segunda siempre como una «potencia rival», tanto desde el deseo de los gobiernos españoles de mantenimiento del *status quo* en el Norte de África como desde las ambiciones italianas en el Mediterráneo oriental. Sin embargo, a pesar de que compartieron estos elementos, las trayectorias internacionales de España e Italia no habrían podido ser más opuestas a la hora de gestionar el antagonismo con Francia y la búsqueda —como contrapeso— del entendimiento con Gran Bretaña.

La guerra europea dividió a la sociedad italiana entre quienes pensaban que una neutralidad bien negociada sería un billete hacia la culminación del *Risorgimento* y aquellos hombres llamados «del sueño», como el socialista Leonida Bissolati, radicales y nacionalistas, que entendieron desde el principio aquella guerra como la «Nostra Guerra». El sector más favorable a la intervención, como expresó el director del *Corriere della Sera* Luigi Albertini en una carta dirigida a Antonio Salandra el 31 de agosto de 1914, afirmaba que no deseaba «la guerra a toda costa; pero que a toda costa había que impedir que en el Adriático se fraguara una hegemonía que hiciera de los italianos sus primeras víctimas»[22]. La política anti-francesa de Italia detrás de la adhesión a la Triple Alianza en 1882 en ningún caso amenazó la *amicizia* con los británicos. Desde que Pascuale Stanislao Mancini, uno de los artífices de esta alianza, fijara los términos invariables de la «amistad italo-británica» en el Mediterráneo, el escenario de una guerra contra Gran Bretaña, como aliada de Francia, tensionó las relaciones entre la clase política italiana. Para un sector de la opinión pública, la neutralidad del país se transformaba automáticamente en una neutralidad condicionada[23]. En julio de 1914 la muerte del ferviente triplicista Alberto Pollio, al frente del Estado Mayor italiano desde 1908, y su sustitución por Luigi Cadorna permitió el abandono del presupuesto de una guerra contra Francia como principal oponente y rival en el Mediterráneo. Entonces, como recordaría más tarde el primer ministro conservador Salandra, la decisión de declarar la neutralidad de su país en el conflicto le «costó un esfuerzo más intenso de reflexión y una determinación más enérgica de la voluntad que aquella más trágica de la beligerancia»[24].

Con el propósito de afirmar la «italianidad» de la política internacional de su país, Arturo Labriola cuestionó desde las páginas del *Messagero* el valor de las leyes

[22] RUSCONI, Gian Enrico, *L'azzardo del 1915. Come L'Italia decide la sua guerra* (Bolonia: Il Mulino, 2009), p. 100.

[23] GARCÍA SANZ, Carolina, «Del "egoísmo inglés" al "sacro egoísmo"italiano en la Gran Guerra. Bloqueo marítimo, maquiavelismo y germanofobia», *Ayer*, n.º 86 (2016), pp. 47-69.

[24] SALANDRA, Antonio, *La neutralità italiana, 1914: ricordi e pensieri* (Milán: Mondadori, 1928), p. 130.

internacionales, en concreto de la neutralidad, sobre la base del carácter, la tradición y la historia italiana[25]. No obstante, la temprana retórica del «sacro egoísmo» tardaría en hacerse hegemónica socialmente[26]. Como se afirmaba desde las páginas de *Il Mattino*, de la neutralidad se podía disentir «en diversos sentidos», pero era necesario que se dijera claramente que «una neutralidad desarmada» era «un delito contra la nación»[27].

En este escenario, los partidarios de ir a la guerra en Europa ocuparon con éxito el espacio público explotando el imaginario colectivo de la necesidad de una acción vigorizante acorde con una «Gran Italia», cuya plasmación era «pospuesta a un futuro más o menos lejano, en función del resultado de la guerra y de las correlaciones de fuerza en las conversaciones de paz»[28]. El sufragio universal y la entrada en la guerra serían de ese modo dos realidades profundamente interconectadas. Así, el conflicto patriótico fue visto como una oportunidad de supervivencia de la vieja cultura política liberal frente a opciones con un respaldo popular más evidente como la socialista y la católica. Salandra ofreció a las masas la posibilidad del «cielo en el cielo o en la tierra» trascendiendo sus diferencias ideológicas[29]. El *interventismo* provocó que en Italia las barreras entre individuos que procedían de tradiciones ideológicas muy diversas se vinieran abajo: radicales nacionalistas y socialistas construyeron dinámicas de permeabilidad que harían posible el desarrollo del fascismo en los años veinte[30].

La movilización política y cultural trataba de recuperar el ideal heroico de la latinidad intrínseca a los pueblos de la península itálica frente a una idea avasalladora de la germanidad. Desde este punto de vista, como señalaría en enero de 1915 en *Il Corriere della Sera* el intelectual *interventista* y vinculado al mundo intelectual germano Giuseppe Antonio Borgese, «el idealismo no es monopolio de ningún pueblo y en el mundo existe un lugar y una misión también para nosotros, no germánicos»[31]. El conflicto proporcionaba una oportunidad para «italianizar» las industrias y el tejido

[25] LABRIOLA, Arturo, *Il Messaggero*, 12 de agosto de 1914, p. 3, en GARCÍA SANZ, «Del "egoísmo inglés"», p. 60.

[26] RENZI, William A., *In the Shadow of the Sword. Italy's Neutrality and Entrance into the Great War 1914-1915* (Nueva York: Peter Lang, 1987).

[27] *Il Mattino*, 8 de agosto de 1914.

[28] CAMMARANO, Fulvio (ed.), *Abasso la Guerra! Neutralisti in piazza alla vigilia della prima guerra mondiale in Italia* (Milán: Mondadori Education, 2015), p. 8. Para los debates en el desarrollo de la guerra entre los intelectuales: DOGLIANI, Patrizia, «Los intelectuales italianos en la Gran Guerra», *Ayer*, n.º 91 (2013), pp. 93-120.

[29] PIGNOTTI, Marco, «L'ingresso delle masse nel sistema politico (1912-1915)» en Giovanni Orsina y Andrea Ungari (eds.), *L'Italia neutrale 1914-1915* (Roma. Rodrigo Editore, 2016), p. 68.

[30] VENTRONE, Angelo, *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)* (Roma: Donzelli Editori, 2003), p. 29.

[31] *Il Corriere della Sera*, 1 de enero de 1915, p. 1. Sobre Borgese: GARCÍA SANZ, «Del "egoísmo inglés"», p. 64.

financiero del país, a pesar de que el supuesto poder alemán sobre la economía italiana mostraba una tendencia decreciente desde principios de siglo[32]. Pese a ello, el lobby económico alemán, particularmente vinculado a la Banca Commerciale, se convirtió en el blanco de los interventistas organizados en las «ligas de acción anti-alemana»[33].

Con todo, la disyuntiva no se planteaba entre guerra y neutralidad sino entre neutralidad y victoria. Se trataba de un dilema cuyo resultado no era tan previsible para el neutralismo giolittiano, tal como señalaría Giolitti a Gaspare Colosimo diferenciando entre esta guerra y otras del pasado, como la de Libia: «No creo que sea legítimo llevar al país a la guerra por sentimentalismo hacia otros pueblos. Por el sentimiento uno puede tirar por la borda su propia vida pero no la de un país»[34]. En realidad, como afirmó el etnólogo y diplomático Adriano Colocci, lo verdaderamente relevante era «la guerra para la victoria». Desde su punto de vista, la consecución del interés prioritario de Italia no pasaba inexorablemente por entrar en guerra junto a la Entente, puesto que los intereses y objetivos últimos de Gran Bretaña y, sobre todo, de Francia no coincidían con los de Italia. Frente a Francia y Gran Bretaña, cuyo fin era exterminar a Alemania, los italianos deseaban reducir a la mínima expresión el poder de Austria. Estaba en juego la latinidad del Mediterráneo y, para garantizarla, el primer paso consistía en defender la italianidad del Adriático. El enemigo no era Alemania sino Francia. La cuestión era «decidir si los latinos, los griegos y los árabes de la cuenca mediterránea tendrán que aceptar el condominio de éste con alemanes, anglosajones y los sármatas»[35].

Sin embargo, el curso de los acontecimientos distaría mucho del *wishful thinking* de Colocci. Por un lado, la campaña mediática que el ex-canciller Bernhard von Büllow había emprendido en diciembre de 1914 para mantener la neutralidad de su antiguo aliado no hizo sino avivar los sentimientos nacionalistas de intelectuales y periodistas, que afirmaban el derecho italiano a tener una política internacional autónoma. Un sector de la prensa *interventista* juzgó severamente la acción del aparato alemán como intromisiones derivadas de un intento de tutelaje exterior. En febrero de 1915 desde el *Corriere della Sera* se respondía duramente a unas declaraciones del que

[32] Caglioti, Daniela Luigia, «Why and how Italy invented an enemy aliens problem in the First World War», *War in History*, n.º 21/2 (2014), pp. 142-169; Caglioti, Daniela Luigia, «Germanophobia and Economic Nationalism. Government Policies against Enemy Aliens in Italy during the First World War» en Panikos Panayi (ed.), *Germans as Minorities during the First World War. A Global Comparative Perspective* (Farnham: Ashgate, 2014), pp. 147-170.

[33] Riccardi, Luca, *Alleati non amici. Le relazioni politiche tra l'Italia e l'Intesa durante la Prima Guerra Mondiale* (Brescia: Morcelliana, 1992), p. 31-36.

[34] Guiso, Andrea, «La camera dei Deputati dalla neutralità all'intervento», en Orsina y Ungari (eds.), *L'Italia neutrale 1914-1915*, p. 127.

[35] Colocci, Adriano, *Prima il Adriatico* (Florencia: Ferrante, 1915), pp. 51, 42 y 7-8.

fuera embajador de Alemania en Roma, el Conde Mont, publicadas por el *Berliner Tageblatt*. Se le acusaba de una profunda incomprensión del espíritu italiano, de la que ya había dado muestras durante la época en la que había estado al frente de la representación alemana en la capital, y en la que se reafirmaba proclamando la debilidad de Italia como país neutral y su incapacidad para asumir un papel más activo en el ruedo internacional[36]. Por otro, el gobierno italiano insistiría en lo estipulado en el artículo III de la Tríplice respecto al *casus foederis*: no existían obligaciones respecto a una guerra que no podía calificarse de defensiva. Además, los austríacos habían incumplido el artículo VII, iniciando unilateralmente un conflicto que conllevaría modificación territorial. El historiador del «comando supremo», admirador y a la vez crítico de Cardona, Angelo Gatti utilizaría ese argumento para rebelarse contra la etiqueta de «traidora» que en Alemania se le había puesto a Italia después de su entrada en guerra con los Aliados en mayo de 1915[37].

Con la entrada de Italia en la guerra, las sociedades de los países neutrales entraron en tensión. En España y Argentina esto fue evidente. Las respectivas neutralidades generaron una encendida polémica nacional en la que la política exterior de los años previos al conflicto ocupó un lugar destacado. Por un lado, frente al inicio de las hostilidades en Europa, el gabinete de Eduardo Dato, con el acuerdo de Alfonso XIII, se apresuró a declarar la neutralidad española. Durante los primeros meses, a pesar de algunas declaraciones ciertamente disonantes de Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones, la neutralidad estuvo lejos de estar cuestionada. No solamente los partidos dinásticos sostuvieron la posición oficial, sino que incluso sectores republicanos y el Partido Socialista la apoyaron. No obstante, pronto esta situación dio paso a otra muchísimo más compleja. Durante las semanas posteriores, una incipiente división de la sociedad española en dos campos —que en su interior albergaban grupos, individuos e intereses políticos y culturales no siempre convergentes— se fue definiendo con claridad. Los sectores favorables a los Aliados y los simpatizantes de la causa alemana mostraron que los posicionamientos sobre la guerra estaban directamente relacionados con unos proyectos políticos y nacionales concretos. Entre los partidarios de los Aliados resaltaron los diversos agrupamientos republicanos, los partidos socialista y reformista, y la mayoría de los intelectuales. En este marco, los aliadófilos se apresuraron por vincular la guerra a la política española. También lo hicieron los conservadores germanófilos, como demostró Vázquez de Mella, uno de sus más destacados líderes. Sin embargo, los más interesados en que los debates

[36] García Sanz, «Del "egoísmo inglés"», p. 63.

[37] Rusconi, Gian Enrico, «Come l'Italia decide l'intervento nella Grande Guerra» en Johannes Hürter y Gian Enrico Rusconi (eds.), *L'entrata in guerra dell'Italia nel 1915* (Bolonia: Il Mulino, 2010), p. 15.

sobre la guerra se extendieran al conjunto del país fueron los partidarios de los Aliados y especialmente los francófilos. En sintonía con los planteamientos de la propaganda aliada, interpretaron el conflicto como una disputa entre la autocracia germana y las democracias francesa e inglesa, como una lucha entre naciones e imperios que debía marcar el futuro del país[38].

En Argentina, la neutralidad asumida por el conservador gobierno de Victorino de la Plaza, quien gobernaría hasta octubre de 1916, tampoco fue excesivamente discutida. A pesar de que existió un consenso acerca de que esta posición era la más adecuada para preservar los intereses económicos argentinos y evitar tensiones culturales y políticas derivadas del carácter cosmopolita de la sociedad, esto no fue óbice para que, como en España, los posicionamientos se establecieran con cierta claridad. En líneas generales, la sociedad simpatizó mayoritariamente con los Aliados, especialmente con Francia. La presencia de importantes comunidades italianas, francesas, británicas, rusas y sirio-libanesas, entre otras, contribuyó a reforzar esta simpatía. La mayoría de los periódicos y los intelectuales también se posicionaron junto a los Aliados. Entre los partidarios de Alemania destacaron algunos intelectuales, las comunidades alemanas y austro-húngaras y sus legaciones y el periódico *La Unión*. Socialmente, la influencia alemana se limitó a ciertos sectores como el militar y el católico, y también se observó en ciertas profesiones liberales, como los estudiantes, abogados, profesores y médicos. En este marco, como en España, los sectores que se mantuvieron al margen de las polarizaciones fueron minoritarios[39].

La entrada de Italia en la guerra potenció exponencialmente los debates sobre las herencias latinas de ambas sociedades. Sectores de la sociedad española apostaron por una ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania al percibir que el juego de alianzas decantaba la guerra a favor de la Entente. Como informó, Marco Avellaneda, responsable de la legación argentina en Madrid, la intervención de Italia había «alborozado» a los partidarios de los Aliados tanto como había «irritado a los germanófilos»[40]. El debate fue especialmente intenso en Madrid cuando se hizo pública una oferta del monarca Alfonso XIII al Papa Benedicto XV para que se instalara en El Escorial si le obligaban a abandonar Roma. Tal como observaba Avellaneda, entonces comenzó

[38] FUENTES CODERA, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural* (Madrid: Akal, 2014), pp. 61-111.

[39] TATO, María Inés, «La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial» en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (coords.), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo xxi* (Córdoba-La Plata: Centro de Estudios Históricos 'Prof. Carlos S. A. Segreti'-Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC)-Universidad Nacional de La Plata, 2008), pp. 725-741.

[40] Archivo Histórico de la Cancillería Argentina. Fondo Subsección 33, Primera Guerra Mundial. Caja 20. Legajo II.d.5. Informe número 58. Madrid, 5 de junio de 1915.

a ser habitual encontrar en la prensa referencias a manifestaciones que acaban en incidentes violentos[41]. En este marco, en junio de 1915, la embajada alemana, con la intervención del joven marqués de Polavieja —que venía de fundar en Madrid una liga de núcleos germanófilos que contaba con varios comités alrededor de España— y el apoyo de *ABC*, impulsó la formación de un bloque de la prensa con el objetivo de defender la neutralidad española. Se adhirieron a esta iniciativa en poco tiempo más de 160 publicaciones. Asimismo, la propaganda y el espionaje alemán ejercieron en la zona española de Marruecos una importante actividad de espionaje, que formó parte de una política más general que aspiró a fomentar la rebelión de las tribus contra las autoridades del Protectorado francés. Esto se vio favorecido, además, por una tendencia germanófila generalizada entre los mandos militares españoles allí destinados[42].

En Buenos Aires, donde la colonia italiana era la más numerosa de Argentina[43], los sectores aliadófilos afirmaron que Italia se había sumado a los «impulsos nobles de justicia, de libertad, de independencia, de nacionalidad y de civilización» y había proyectado una «bella y ejemplar» demostración de patriotismo y «virilidad»[44]. La movilización comenzó a articularse a través de la comunidad italiana. Se inició a finales de mayo a instancias de la Federazione Generale delle Associazioni Italiane nell'Argentina y bajo la dirección del ministro de Italia en el país, Víctor Cobianchi. Sin embargo, tuvo un éxito escaso: los reservistas movilizados en todo el país no pasaron del 6% de la población. A pesar de ello, los italianos en Argentina se movilizaron con intensidad a través del Comitato Italiano di Guerre. Su misión fundamental fue atender las necesidades de los reservistas y sus familias, aunque también colaboraron en los empréstitos lanzados por el Estado italiano y organizaron colectas para la Cruz Roja italiana[45].

En líneas generales, la respuesta en ambos países frente a la entrada de Italia en la guerra se expresó en el marco de los planteamientos centrales de la propaganda aliada que circulaban internacionalmente: la visión estereotipada de los alemanes como brutales, la defensa de la civilización occidental frente a la barbarie, la crítica radical al «martirio» de Bélgica y la respuesta defensiva como justificación de la entrada en

[41] Archivo Histórico de la Cancillería Argentina. Fondo Subsección 33, Primera Guerra Mundial. Caja 20. Legajo II.d.5. Informe número 58. Madrid, 5 de junio de 1915.

[42] La Porte, Pablo, «La espiral irresistible: la Gran Guerra y el Protectorado español en Marruecos», *Hispania Nova*, n.º 15 (2015), pp. 500-526.

[43] Devoto, Fernando, *Historia de los italianos en la Argentina* (Buenos Aires: Cámara de Comercio Italiana en la República Argentina–Biblos, 2006).

[44] Barroetaveña, Francisco, *Alemania contra el mundo* (Buenos Aires: Otero & Co., 1916), pp. 383-395.

[45] Devoto, *Historia de los italianos en la Argentina*, pp. 323-324; Tato, María Inés, «El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n.º 71 (2011), pp. 273-291 (especialmente pp. 282-286).

guerra. Frente a esto, la propaganda alemana procuró adoptar una actitud defensiva que se combinó con una proyección de la modernidad de sus fuerzas armadas, su ciencia y su educación. También se intentó explotar en Argentina la ocupación de las islas Malvinas por el Reino Unido y la cuestión de Gibraltar en relación con España. Se trataba de una forma de unir Argentina y España[46]. Gibraltar y las islas Malvinas fueron una de las expresiones más potentes de una profunda anglofobia transnacional que se expresó en el conjunto de la propaganda alemana y en todos los sectores partidarios de los Imperios Centrales presentes en los países neutrales[47].

4. Tensiones transnacionales en España y Argentina: latinismos e hispanismos frente a frente

Durante la primera mitad de la guerra, la neutralidad oficial impuso los marcos de los debates y, en cierto modo, se convirtió en un espacio de disputa. Este espacio, además de las características «nacionales», tuvo como elementos centrales las imágenes del otro generadas por los diferentes países beligerantes tanto desde la propia metrópoli como desde las embajadas y consulados[48]. Estas imágenes del «otro» fueron articuladas en términos transnacionales y no solo fueron «importadas» en Argentina y España también fueron reinterpretadas. En este marco, los debates sobre la responsabilidad del inicio de la guerra y la invasión alemana de Bélgica, que estuvieron marcados por la lucha por la apropiación de los conceptos de paz y neutralidad, fueron centrales. Para los aliadófilos, el ejemplo de Bélgica mostraba que era fundamental apoyar a Francia e Inglaterra, ya que representaban un «consolador testimonio de la civilización que no sucumbe» y mostraban que los representantes de la «raza latina» marchaban «a la vanguardia en la batalla gigantesca contra el neosalvajismo»[49]. La invasión de Bélgica, afirmaba el argentino Francisco Barroetaveña, había sido «la violación más flagrante» llevada a cabo por Alemania a «un foco de civilización

[46] Barranco Garrido, Antonio, «Firmas españolas. Ante la guerra actual», *La Unión*, 15 de diciembre de 1918.

[47] Stibbe, Matthew, *German Anglophobia and the Great War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001).

[48] Véanse Ponce, Javier, «Propaganda and Politics: Germany and Spanish Opinion in World War I», en Troy Paddock (ed.), *World War I and Propaganda* (Connecticut: Brill, 2014), pp. 292-321; Tato, María Inés, *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2017), pp. 18-35; González Calleja, Eduardo y Aubert, Paul, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial (1914-1919)* (Madrid: Alianza, 2014); Rosenbusch, Anne, «Guerra total en territorio neutral: actividades alemanas en España durante la Primera Guerra Mundial», *Hispania Nova*, n.º 15 (2017), pp. 350-372.

[49] Guardia, Ernesto de la, «El ideal de la redención a través de los tiempos. La Alemania romántica y la Prusia militarista», *Nosotros*, octubre de 1915, pp. 53-75.

expansiva y humanitaria como ninguna»[50]. La idea de Bélgica como símbolo de heroísmo y martirio era compartida por el amplio arco aliadófilo español[51]. Desde el otro lado, el principal periódico germanófilo argentino, *La Unión*, afirmó que, a la luz de los documentos hallados por los alemanes en los archivos de Bruselas, resultaba evidente que «antes de estallar la guerra Bélgica había dejado ya de ser un Estado neutral» para pasar a ser «un vasallo de la Triple Entente, enemiga de Alemania», quien, a su vez, se había limitado a defender la «conservación de la propia existencia»[52]. Así, las llamadas «atrocidades alemanas» se articularon de manera transnacional y los testimonios de diversos países neutrales —Dinamarca, Holanda, entre otros— fueron utilizados para fundamentar los planteamientos locales[53].

Dentro de los amplios campos germanófilos y neutralistas argentino y español, dos revistas homónimas, ambas subvencionadas por la propaganda alemana, mostraron los múltiples vínculos transnacionales entre ambos países[54]. La revista *Germania* se publicó en Buenos Aires entre el 1 de junio de 1915 y el 16 de mayo de 1916. Propiedad del industrial argentino Eduardo Retienne y dirigida por Pablo Fabats, contaba con el «protectorado honorario» del conde Luxburg —embajador alemán en Buenos Aires— y sus beneficios estaban destinados a la Cruz Roja alemana. Ambas características ilustran con claridad del vínculo que pretendía proyectar dicha publicación entre Alemania y la defensa de la paz[55]. *Germania* combinaba una clara defensa de los Imperios Centrales con una perspectiva nacionalista muy evidente[56]. Así lo demostraba su insistencia en la necesidad de contrarrestar las influencias de los «mal llamados pueblos latinos», que eran «ajenas a nuestra condición y raza». La guerra era una excelente oportunidad para «liquidar» los valores latinos y británicos y abrir Argentina hacia el influjo de Alemania. Los vínculos con España pronto se hicieron evidentes a través de diversos artículos en los que se hablaba sobre sus ciudades y pueblos[57]. Sin embargo, la relevancia de

[50] BARROETAVEÑA, *Alemania contra el mundo*, pp. 96, 100 y 101.

[51] «Por la paz. La acción de los neutrales» y SÁNCHEZ OCAÑA, Rafael, «Desde París. La unidad moral de Francia», *El País*, 11 de agosto de 1914; ROIG, Joan, «Espanya i Bélgica», *Empordà Federal*, 10 de abril de 1915.

[52] «La neutralidad belga», *La Unión*, 14 de noviembre de 1914.

[53] «La voz de los neutrales», *La Unión*, 30 de diciembre de 1914. La explicación más completa sobre las «atrocidades alemanas» en HORNE, John y KRAMER, Alan, *German atrocities. 1914. a history of denial* (Londres: Yale University Press, 2001).

[54] Sobre los campos germanófilos de ambos países, véanse ALONSO, Gregorio, «"Afectos caprichosos": tradicionalismo y germanofilia en España durante la Gran Guerra», *Hispania Nova*, n.º 15 (2017), pp. 394-415, TATO, *La trinchera austral*.

[55] WELCH, David, *Germany and Propaganda in World War One. Pacifism, Mobilization and Total War* (Londres: Tauris, 2014).

[56] «25 de mayo (1810-1916)», *Germania*, 16 de mayo de 1916.

[57] «Castillo y Monasterio de Perelada (España)», *Germania*, 27 de enero de 1916.

España iba mucho más allá de una cuestión turística. Los vínculos históricos, una proyección hispanista que pusiera en cuestión la influencia latina y el creciente prestigio internacional del rey Alfonso XIII eran elementos fundamentales. Por ello, *Germania* dedicó un número especial a España el 2 de mayo de 1916. La efeméride no era casual y respondía a una lectura histórica que pretendía poner en cuestión los lazos entre Francia y España y, en consecuencia, entre Francia y Argentina. El número se abría con una ilustración del Quijote y un artículo dedicado a Cervantes en los trescientos años de su muerte. Esta referencia al Quijote tampoco era casual: la identificación de la neutralidad con el carácter caballeresco de la España neutral también aparecía en otras publicaciones de la comunidad española argentina[58].

Se articulaba así una idea de España que mostraba muchos puntos de contacto con la homónima *Germania*, que se publicó quincenalmente en Barcelona entre el 1 de marzo de 1915 y el 15 de noviembre de 1918 con patrocinio económico alemán y dirección de Luis Almerich. Su tirada aproximada fue de 3000 ejemplares[59]. Como en la revista argentina, las ideas de su primer editorial relacionaban estrechamente democracia y decadencia del latinismo —«seguir la corriente de las tradiciones latinas es caminar hacia la muerte»— representado por Francia y secundado por Gran Bretaña. Frente a una España que decaía por la influencia latina, *Germania*, como su homónima argentina, sostenía que la neutralidad era «hispanófila»[60] y buscaba potenciar la «esperanza de resurgimiento» y demostrar que «el espíritu nacional no ha muerto»[61]. Así, neutralismo y patriotismo español se fueron convirtiendo en sinónimos y la supuesta «incapacidad» representada por la posición oficial fue deviniendo sinónimo de vitalidad, optimismo y acercamiento a una Alemania que, vencedora, devolvería la gloria a la nación[62]. La mayoría de los elementos que aparecían en esta revista —la proyección de España y Alfonso XIII como modelos de humanitarismo, pacifismo y neutralismo, la defensa de los valores científicos y políticos de Alemania como modelos, y la vinculación de las ideas de neutralismo y patriotismo— fueron fundamentales para articular un espacio transnacional que vinculó ambos países con las potencias beligerantes. En este sentido, resulta especialmente interesante observar cómo la política de neutralidad de Alfonso XIII fue tanto un modelo de «independencia» nacional para los sectores neutralistas argentinos como una demostración de falta de patriotismo para los sectores aliadófilos. El monarca también fue un ejemplo

[58] «Pleitesía», *La Gaceta de España. Periódico español de la tarde*, 22 de abril de 1916.

[59] AUBERT, Paul, «La propagande étrangère en Espagne dans le premier tiers du XX^e siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 31/3 (1995), p. 116.

[60] ÁLVAREZ Y GONZÁLEZ, Delfín, «Maura, hispanófilo», *Germania*, 1 de mayo de 1915, pp. 6-8.

[61] RUIZ Y PABLO, Ángel, «La actitud de España ante la guerra», *Germania*, 15 de abril de 1916, pp. 77-81.

[62] GARCÍA Y PANADÉS, M., «Patriotismo sin convicción», *Germania*, 15 de febrero de 1916, pp. 3-4.

de humanitarismo, pacifismo y neutralidad para los sectores germanófilos argentinos, que no dudaron en destacar su papel al frente de la Oficina Pro-Cautivos[63].

Frente a estos planteamientos, la apelación a la latinidad fue intensa durante toda la guerra en las diversas vertientes de los amplios arcos aliadófilos argentino y español. Ambos recurrieron a una tradición compartida con Francia e Italia para justificar sus posicionamientos. Así se observó en los sectores situados en la izquierda del espectro político y también entre los núcleos conservadores. En España, se manifestó tanto entre los grupos republicanos, que plantearon en repetidas oportunidades las raíces latinas y democráticas de sus proyectos políticos, como en intelectuales que reivindicaban las raíces aristocráticas romanas y parisinas del «genio latino». La revista *Iberia*, uno de los semanarios más militantes a favor de la causa aliada, sostuvo desde una perspectiva catalanista planteamientos iberistas que fueron compatibles con el latinismo[64]. También desde Cataluña, Alejandro Lerroux recurrió repetidamente a la pertenencia de España a la corriente latina[65]. En Madrid, *España* expresó esta conexión entre aliadofilia y latinismo a través de intelectuales de diferentes posicionamientos políticos, desde Luis Araquistáin hasta el católico Armando Palacio Valdés. Las ideas de este último estaban en sintonía con las Álvaro Alcalá Galiano, quien concebía el conflicto como una «guerra de razas» y defendía que España había de estar con Francia porque era una «República latina como son las hispanoamericanas»[66].

La guerra fue promoviendo diferentes versiones de la españolidad ya fuera desde modelos imperialistas exógenos, conectados con el iberoamericanismo, o rescatando la vieja idea del Imperio español en la versión germanófila y conservadora del iberismo. Las aspiraciones de cambio en el *status quo* mediterráneo, canalizadas a través del discurso aliadófilo, se miraron recurrentemente sobre el espejo del irredentismo italiano. Así, en 1915 la idea de una comunidad mediterránea, a través de la ruptura de Italia con la Triple Alianza, abrió un escenario de acción común frente a —en palabras de Ortega y Gasset— la inercia española.[67] De hecho, existe una clara relación entre la progresiva constatación de la inviabilidad del ejemplo italiano para España y la inten-

[63] Barral Martínez, Margarita, «De neutralidad obligada a neutralidad activa a través de la acción humanitaria: Alfonso XIII y la Oficina Pro-Cautivos durante la Gran Guerra», en Carlos Sanz Díaz y Zorann Petrovici (eds.), *La Gran Guerra en la España de Alfonso XIII* (Madrid: Sílex, 2019) pp. 119-139.

[64] Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial*, pp. 80-89.

[65] Lerroux, Alejandro, *La verdad a mi país. España y la guerra* (Madrid: Librería de la viuda de Pueyo, 1915).

[66] Alcalá-Galiano, Álvaro, *España ante el conflicto europeo, 1914-1915* (Madrid: SPL, 1916), p. 156.

[67] Así aparece formulado con claridad en el artículo inaugural de *España*, Ortega y Gasset, José, «La política de neutralidad, la camisa roja», *España*, Madrid, 29 de enero de 1915; «Política de neutralidad, Italia resuelta», *España*, Madrid, 19 de marzo de 1915.

sificación del iberoamericanismo en el programa político aliadófilo. En este sentido, pueden entenderse las llamadas de *España* —el órgano de expresión más significativo de la intelectualidad del país— a un nuevo tipo de «Imperialismo Hispano-Americano» desde el verano de 1915[68].

En Argentina, la latinidad estuvo estrechamente relacionada con la francofilia. Leopoldo Lugones, editor de la *Revue Sudaméricaine* publicada en París y primer presidente de la filial argentina del Comité France-Amérique, fue uno de los que expresó esta visión con más intensidad a través de su apoyo a las Semaines de l'Amerique Latine que se organizaron en Lyon, París y Bordeaux entre 1916 y 1918[69]. Ramón Melgar también apeló a la latinidad con el objetivo fundamentar su posición favorable a los Aliados contra «el medioevo» representado por los Imperios Centrales y sostuvo que «El corazón latino se expande jubiloso cuando ve a todos los representantes de su raza luchando por la misma causa (...) Solo España queda apartada de sus hermanas de raza, pero si ha de aspirar a una grandeza merecida, no debe dirigir su mirada hacia Alemania. Su porvenir está con los pueblos de su misma sangre»[70]. Este propósito de vincular España, América, Italia y Francia fue constante. La defensa del carácter defensivo de la guerra llevada a cabo por los Aliados estuvo vinculada a la difusión de la actividad de la propaganda francesa sobre los católicos españoles —y por extensión americanos— confiada a Alfred Baudrillart a través del Comité Catholique de Propagande Française. Por supuesto, la proyección de esta solidaridad latinista se expresó a través de publicaciones e iniciativas colectivas que contaron con el apoyo económico de las potencias beligerantes. La iniciativa que expresó con mayor claridad el carácter transnacional de la aliadofilia y sus proyecciones latinistas fue la revista *América-Latina*. Impulsada por la British Propaganda Bureau como parte de la propaganda elaborada específicamente para España, Portugal y América del Sur, se publicó inicialmente con frecuencia mensual desde Londres. A partir de junio de 1916 devino bimensual y su lugar de publicación se alternó con París, seguramente como parte de un acuerdo con la Maison de la Presse; en mayo de 1918 volvió a su periodicidad mensual. Su primer número se publicó el 15 de febrero de 1915 y dejó de aparecer en febrero de 1919. Estuvo dirigida por el escritor mexicano Benjamín Barrios y su supervivencia estuvo constantemente sujeta a problemas presupuestarios ya que la gran cantidad de fotografías que ilustraban sus números suponía unos costes

[68] GARCÍA SANZ, Carolina y TATO, María Inés, «Neutralist crossroads: Spain and Argentina facing the Great War», *First world war Studies*, n.º 8/2-3 (2017), pp. 115-132.

[69] OTERO, Hernán, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009), p. 71; LUGONES, Leopoldo, *Mi beligerancia* (Buenos Aires: Otero y García editores, 1917), pp. 143-151.

[70] MELGAR, Ramón, *La democracia y la guerra* (Buenos Aires: Librería de A. García Santos, 1918), pp. 46-48.

muy elevados de producción[71]. *América-Latina* tenía como objetivo construir una visión compartida entre España y América y mostrar que en los países aliados «el alma es la misma»[72]. Por ello, sus secciones reflejaban tanto la mayoría de los países aliados como también los diversos países de América y España. En este marco, era habitual, encontrar críticas a Juan Vázquez de Mella y al periódico carlista *El Correo Español*, uno de los portavoces de la causa germanófila más destacados[73]. Los tópicos que articulaban la revista eran los habituales en todas las publicaciones favorables a los Aliados[74]. Además, como respuesta a los argumentos recurrentes entre los sectores germanófilos españoles y americanos, también abordó el tema de la participación de tropas africanas en la guerra. Lo hizo a través de un texto de tres «diputados franceses negros» que, dirigiéndose a los países neutrales, afirmaban que «si el prestigio de la raza blanca ha podido sufrir algo en el curso de los acontecimientos de esta guerra» no era debido a la participación en ella de soldados africanos, «sino por el espectáculo de los crímenes alemanes»[75]. *América-Latina* también buscó proyectar el carácter latinista de los voluntarios españoles y argentinos que lucharon en la Legión Extranjera. Allí se realizó un ejercicio propagandístico en el que los voluntarios españoles y catalanes se mezclaban con los argentinos y latinoamericanos en el marco de una perspectiva estrechamente vinculada a la defensa de la neutralidad y la paz. No casualmente, la primera referencia a los voluntarios americanos en *América-Latina* apareció con motivo de la muerte de José García Calderón, hijo de uno de los presidentes de Perú y hermano de Francisco, el renombrado intelectual y referente del latinismo americano[76]. Las crónicas de Enrique Gómez Carrillo —quien también escribía para *La Nación* de Buenos Aires y *El Liberal* de Madrid— sobre los voluntarios se extendieron durante los meses siguientes en una larga columna titulada «Una semana con la "Legión Extranjera"», que se acompañaba de numerosas fotos de soldados españoles y americanos en el frente, algunas veces mezclados con combatientes franceses o suizos.

[71] TATO, María Inés, «Propaganda de guerra para el Nuevo Mundo. El caso de la revista América-Latina (1915-1918)», *Historia y Comunicación Social*, n.º 18 (2013), pp. 63-74.

[72] «A nuestros lectores», *América-Latina*, 1 de junio de 1916.

[73] «Algunas preguntas», *América-Latina*, 15 de septiembre de 1915.

[74] NERVO, Amado, «Algo sobre la Kultur y la Cultura», *América-Latina*, 15 de diciembre de 1915; SÁNCHEZ GAVITO, Manuel, «Germanofilismo y retroceso», *América-Latina*, 1 de julio de 1916. Véase también el poema de NERVO, Amado, «¡Dios proteja a Francia!», *América-Latina*, 15 de abril de 1916.

[75] «Las tropas de color y Alemania», *América-Latina*, 1 de febrero de 1917.

[76] GÓMEZ CARRILLO, Enrique, «Páginas Latino Americanas. Crónicas de la guerra», *América-Latina*, 1 de noviembre de 1916. Estas crónicas también eran reproducidas en *El Correo de España* de Buenos Aires.

5. Disputas internas en un marco internacional

En España, después de la caída del conservador Eduardo Dato en diciembre de 1915 comenzó un período liderado por el conde de Romanones en el cual se demostró que la cuestión de la neutralidad estaba directamente relacionada con los múltiples conflictos que se estaban desarrollando internamente[77]. Durante el «Mayo radiante» italiano, Luis Araquistáin, frente al hundimiento del vapor español «Lusitania», puso nuevamente el acento sobre los crímenes de lesa humanidad alemanes en el mar y «la camisa de fuerza» por la que el país optaba frente a la intervención italiana[78]. La imagen de España frente a la de Italia no solo era la de su impotencia internacional sino también la de sus graves problemas internos. El ideal civilizatorio representado por el ejercicio del poder británico se había vinculado —mediante un sugestivo giro retórico— a la latinidad en el Mediterráneo, en una interesante triangulación entre los intereses geopolíticos de España, Italia y Gran Bretaña. En enero de 1916 así lo reformularía llamativamente el historiador y diplomático francés Gabriel Hanotaux: «Los alemanes buscan hacerse fuertes contra Inglaterra, a costa precisamente de la fuerza latina. [....] La guerra va a demostrar lo que ha adelantado Italia. Yo me siento orgullosos del tesoro de energía y de talento que Italia está dispuesta a aportar al mundo moderno»[79]. En 1917, coincidiendo con lo que sucedía en el conjunto del continente europeo, la situación llegó a la máxima tensión. Diferentes grupos sociales —el movimiento obrero, la burguesía industrial catalana y el ejército— recurrieron a soluciones corporativas mediante las cuales consideraron que podían estar mejor protegidos sus intereses particulares[80]. Cuando abandonó el poder en abril de 1917, Romanones dejó un Partido Liberal resquebrajado y un movimiento obrero, una burguesía y un ejército que esperaban ansiosamente el momento de asestar el golpe definitivo al turno dinástico. Con su autoproclamada simpatía por la Entente, la polarización ideológica del país llegó a su punto más álgido[81]. En este proceso, además de los propios elementos internos, fue fundamental la lectura hecha en clave local del proceso revolucionario

[77] Ortega y Gasset, José, «Política de neutralidad. La nación frente al Estado», *España*, 12 de febrero de 1915.

[78] Araquistáin, Luis, «El "Lusitania" y la camisa de fuerza», *España*, 14 de mayo de 1915.

[79] Corpus Barga, «Visita al historiador y diplomático Gabriel Hanotaux», *España*, 27 de enero de 1916.

[80] González Calleja, Eduardo (coord.), *Anatomía de una crisis 1917 y los españoles* (Madrid: Alianza, 2017).

[81] Romero Salvadó, Francisco, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución* (Barcelona, Crítica, 2002), pp. 70-99.

ruso, de la influencia ejercida por la entrada de Estados Unidos en la guerra y, en particular, de la figura de Woodrow Wilson[82].

La entrada de los Estados Unidos en la guerra en 1917 y el nuevo impulso dado a la campaña panamericanista reactivó la hispanofilia. En Argentina, la exaltación de España, que tuvo en el gobierno de Hipólito Yrigoyen un protagonista fundamental, pretendió ensombrecer simbólicamente la influencia de los Estados Unidos y defender la neutralidad adoptada desde el comienzo de la guerra. Bajo la bandera del panamericanismo, los ataques a tres vapores argentinos fueron utilizados por el gobierno de los Estados Unidos para incitar a Yrigoyen a abandonar la neutralidad. Con este fin, desde Washington se hicieron públicos los mensajes secretos enviados a su gobierno por el ministro alemán en Argentina, el conde Karl von Luxburg, que habían sido descifrados en Londres y comunicados a Washington. En ellos, el diplomático alemán se refería al Ministro de Relaciones Exteriores local, Honorio Pueyrredón, como «un conocido burro y anglófilo», y recomendaba seguir atacando a los buques argentinos «sin dejar rastro»[83]. El cambio en la situación internacional provocó un impacto local que tuvo en cuenta todos los elementos anteriores. Los opositores al radicalismo, con una fuerte presencia del Comité Nacional de la Juventud, denunciaron que el presidente no atendía a la voluntad popular que se expresaba en las calles y la prensa. En este marco, apoyaron al Congreso Nacional (una institución controlada entonces por la oposición), que se había manifestado mayormente a favor de la ruptura de relaciones con Alemania. Mientras tanto, en España se desarrolló un proceso similar: los sectores favorables a los Aliados sostuvieron la necesidad de romper con Alemania mientras que los sectores neutralistas advirtieron sobre el peligro de que una ruptura de relaciones acabara conduciendo al caos[84].

A partir de entonces, conceptos como germanófilo y aliadófilo comenzaron a usarse en las luchas políticas como sinónimos de antipatrióticos y antinacionales. Se llevaron a cabo manifestaciones masivas organizadas por varias asociaciones surgidas en diversas áreas sociales y geográficas de ambos países. Desde 1917, en los sectores germanófilos y neutralistas la oposición entre los términos «intervención» y «neutralismo» se convirtió en una evidencia tanto en Argentina —también en el conjunto de

[82] RINKE, Stefan y WIDT, Michael (eds.), *Revolutions and Counter-Revolutions. 1917 and its Aftermath from a Global Perspective* (Frankfurt y Nueva York: Campus, 2017); FUENTES CODERA, Maximiliano, «1917, a Turning Point in neutral countries. Great War and Russian Revolution in Spain (and Argentina)» en Gerhard Besier y Katarzyna Stoklosa (eds.), *1917 and the Consequences* (Abingdon: Routledge, 2020), pp. 131-146.

[83] WEINMANN, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico* (Buenos Aires: Biblos, 1994), pp. 129-130.

[84] TATO, *La trinchera austral*, pp. 120-121; FUENTES CODERA, *España en la Primera Guerra Mundial*, pp. 155-170.

América Latina— como en España. Como afirmó el historiador francés Paul-Henri Michel, en el marco de esta aparente dicotomía, «hispanismo» y «neutralismo» parecieron confundirse en su lucha contra el latinismo y el panamericanismo[85]. En este contexto, y parcialmente como expresión de la defensa de su política neutralista frente a la creciente presión de los «rupturistas», el presidente Hipólito Irigoyen instituyó en 1917 el 12 de octubre como fiesta nacional, el «Día de la Raza», en Argentina[86]. Frente a ello, la defensa de los Aliados dio forma a un «genio latino» —que por supuesto incluía a España y sus antiguas colonias— que se conformó como horizonte nacionalizador y antítesis de lo que representaba Alemania. Se trató de un horizonte que pretendía incluir al hispanoamericanismo y que, en cierta manera, reprodujo en Argentina los debates que tenían lugar en España. Esta reivindicación de la solidaridad latina se expresó también en las celebraciones de la comunidad italiana en Argentina, especialmente durante los últimos meses de la guerra[87]. Durante los actos organizados para celebrar el fin de la guerra estas apelaciones a la latinidad crecieron exponencialmente a través de homenajes a Francia[88]. La Marsellesa y diversas canciones patrióticas italianas sonaron en las calles de Barcelona, Madrid, Buenos Aires y Rosario mientras los manifestantes enarbolaban banderas argentinas y españolas junto a francesas, italianas, estadounidenses y británicas[89]. En las semanas posteriores a la guerra se desplegarían todos los elementos de la solidaridad latina forjada durante la guerra.

6. Conclusiones

Hemos tratado de ejemplificar aquí las estrategias discursivas empleadas para explorar las posibilidades históricas que permitían conectar el compromiso de determinados intelectuales y su rol de mediadores sociales con la política exterior de España, Argentina e Italia, reclamando el poder de agencia del Estado dentro de la neutralidad. El itinerario italiano durante los primeros diez meses del conflicto permitió crear en la opinión pública española una serie de sugestivas ideas y representaciones que permitieron articular el debate público español alrededor de la neutralidad tanto desde la

[85] Michel, Paul-Henri, *L'Hispanisme dans les Républiques Espagnoles d'Amérique pendant la guerre de 1914-1918* (París: Alfred Costes Éditeur, 1931), pp. 81 y 87-88.

[86] Marcilhacy, David, *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración* (Madrid: CEPC, 2010), pp. 516-517.

[87] «XX de septiembre. La manifestación de ayer», *La Prensa*, 23 de septiembre de 1918.

[88] «Día de júbilo. La fiesta del 14 de julio», *La Correspondencia de España*, 14 de julio de 1919; «La fiesta del 14 de julio», *La Correspondencia de España*, 15 de julio de 1919.

[89] «Celebración del armisticio», *La Nación*, 14 de noviembre de 1918; «La victoria de los aliados», *La Mañana*, 12 de noviembre de 1918; «En honor de los aliados. España entera festeja la victoria», *El Sol*, 18 de noviembre de 1918; «Manifestaciones de júbilo», *El Liberal*, 12 de noviembre de 1918.

«España oficial» como desde la «España real». La neutralidad italiana fue bien acogida por el gobierno conservador de Eduardo Dato, que se mantenía a la expectativa, así como por los liberales más neutralistas, bajo el liderazgo de Manuel García Prieto en la oposición. Este último era un «partidario decidido de la neutralidad», pues los españoles «tenían derecho a ser dolorosamente neutrales», como recogería su órgano de expresión *La Mañana* en agosto de 1914. La opción adoptada por Italia alejaba la guerra del Mediterráneo y, por tanto, era una buena noticia[90]. Por otro lado, los aliadófilos españoles, a la vez que confiaban en la garantía externa franco-británica, trazaban un discurso sobre la necesidad de regeneración de la «raza hispana» en la que todas las esperanzas se depositaban en el carácter latino de la misma. José Ortega y Gasset así lo expresó en el editorial del primer número de la revista *España* a finales de enero de 1915. En este sentido, Italia siempre fue considerada una sugestiva imagen para el discurso neo-regeneracionista aliadófilo durante la guerra y, por el contrario, por el conservador en su gestión de la posguerra. En ambos casos, fue la proyección nacionalista italiana en el exterior y como pilar de su política interna lo que más atrajo a aquellos intelectuales españoles.

Además, el uso de imágenes de otros países como Gran Bretaña fortalecían los «modelos de intervención política», conectando las aspiraciones individuales de un grupo heterogéneo de aliadófilos con un proyecto político cambiante desde las plataformas mediáticas, estudiadas en este trabajo para los casos español, argentino e italiano. De hecho, las formulaciones binarias que ocuparon el espacio público en los tres países al calor del conflicto —expresadas en términos de amigo-enemigo, derecho-violencia, beligerante-neutral— pusieron a sus respectivos gobiernos y sociedades en la tesitura de justificarse a sí mismas, no solo posicionándose ante la agenda de los bandos contendientes, sino también estableciendo relaciones jerárquicas regionales, sin perder de vista el horizonte de una posguerra que alejaba los límites de lo posible como nunca antes. Se crearon, por tanto, espacios de imaginación geopolítica sobre los que la clase dirigente proyectaría exteriormente, desde la rivalidad política o la admiración cultural hacia Francia, sus aspiraciones e inseguridades internas. Y, pese a las diferencias evidentes en el modo de canalizar los discursos nacionales sobre la neutralidad y la beligerancia respectivamente en los casos español, argentino e italiano, ninguno de ellos partieron de la auto-referencialidad. En este marco, con la lógica *totalizante* de la guerra en todo su esplendor, las proyecciones latinistas se enfrentaron a una visión transnacional opuesta, el hispanismo, que fue desarrollada desde los sectores neutralistas de España y Argentina. Este enfrentamiento se expresó claramente en los intelectuales, las revistas y la prensa. El latinismo, interpretado desde una perspectiva

[90] «Ni Quijotes ni Sanchos. España ante el conflicto», *La Mañana*, 23 de agosto de 1914.

centrada en Francia e Italia, fue relacionado directamente por la propaganda aliada como un marco internacional desde el cual se habían de propugnar los valores de la civilización occidental. Frente a él, la propaganda alemana favoreció el desarrollo de unos renovados planteamientos neutralistas vinculados a la defensa de la soberanía nacional. En este marco, la disputa se articuló entorno a la nación: el debate sobre la españolidad y la argentinidad, sobre qué planteamientos defendían *verdaderamente* el país frente a la intervención extranjera, fue el eje sobre el cual se desarrolló la tensión que dominó ambos países en la segunda mitad de la guerra.

Latinizar la Rusia de los Soviets. La influencia del socialismo italiano en España y Argentina tras la Gran Guerra[1]

Steven Forti

Instituto de História Contemporânea, Universidade Nova de Lisboa
Universitat Autònoma de Barcelona

La creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) en 1864 y aún más de la Segunda Internacional en 1889 dieron un fuerte impulso a la circulación de ideas en el movimiento obrero internacional. En el marco de los encuentros de las Internacionales, los dirigentes obreros de los diferentes países entablaron relaciones que mantuvieron sobre todo a través de la correspondencia epistolar. Más allá de informaciones prácticas sobre la situación del movimiento obrero en cada país, se empezaron a intercambiar ideas y reflexiones. Asimismo, algunos de los primeros revolucionarios viajaron a otros países para buscar adhesiones y difundir el verbo marxista o anarquista. Por otro lado, se impulsaron las traducciones de diferentes obras que pudiesen difundir las ideas de la AIT, empezando por las de Karl Marx y Friedrich Engels.

En síntesis, aunque existía todavía un cierto desconocimiento de la producción teórica y los debates internos entre un país y otro y aunque las traducciones a veces eran parciales, resumidas o basadas en traducciones de los textos originales, las ideas socialistas habían conseguido un nada desdeñable nivel de difusión en el momento del estallido de la Gran Guerra y paulatinamente habían llegado también a los países latinos. No se trataba además ya solo de la traducción de obras y documentos de los marxistas alemanes —aunque eran estos preponderantes— y tampoco se daba únicamente una circulación centro-periferia —desde Alemania o Francia a los demás países— sino que empezaba a haber una incipiente transferencia recíproca y también

[1] Esta investigación ha estado financiada por los fondos nacionales portugueses a través de la FCT – Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I.P., en el ámbito de la Norma Transitória – DL 57/2016/CP1453/CT0030.

una circulación de un país periférico a otro. En muchos casos, los dirigentes o militantes emigrados de otros países jugaron un papel relevante por su conocimiento del idioma y la situación de su país de origen: esto vale, por ejemplo, para los italianos y los españoles en Amércia Latina o Estados Unidos, así como para los rusos en Italia, otros países de la Europa occidental y las Américas.

La Primera Guerra Mundial modificó radicalmente este panorama. En primer lugar, con el estallido del conflicto y la instauración de la censura se dificultaron las relaciones transnacionales. Los contactos se enrarecieron, también por vía epistolar, y la ruptura de la Segunda Internacional complicó las relaciones establecidas entre los socialistas de los diferentes países que se encontraban enfrentados en los campos de batalla. La única excepción de relieve fueron los encuentros de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916) de la izquierda del movimiento socialista internacional[2]. En segundo lugar, la revolución rusa introdujo nuevos elementos. Por un lado, se creó un interés notable para saber qué estaba pasando en el ex imperio zarista y qué defendían y hacían los revolucionarios rusos, sobre todo tras el octubre de 1917. Se dio un intenso debate, con divergencias y fracturas en el movimiento obrero, en un contexto marcado por la generalizada atracción de las masas hacia los acontecimientos rusos, la dificultad para obtener informaciones fehacientes y el desconocimiento de la situación y el pensamiento de los bolcheviques. Por otro, la creación de la Internacional Comunista (IC) en marzo de 1919 centralizó la difusión de textos, documentos y, por ende, ideas. Fue un proceso que según los diferentes países tardó por lo menos un par de años en desplegarse y que tuvo sus peculiaridades: en no pocos casos, jugaron un papel nada desdeñable los enviados y agentes de la IC en los diferentes países y los dirigentes que las organizaciones socialistas nacionales envíaron a Rusia para recabar informaciones o asistir a los primeros congresos de la nueva Internacional.

1. Italia, ¿un modelo para el socialismo latino?

La coyuntura que va de 1917 a 1921 fue un nudo gordiano crucial en la historia contemporánea marcada por los acontecimientos rusos, la fase final de la Gran Guerra, la gestión de la paz con el nuevo orden de Versalles, la crisis económica de la posguerra, las transformaciones vividas por el sistema capitalista, el ingreso de las masas en la vida política, el protagonismo del movimiento obrero y la reorganización de las derechas. En concreto, para el movimiento obrero ese lustro significó nuevas posibilidades y esperanzas revolucionarias, pero también una ruptura que marcó todo el siglo xx. La historiografía ha estudiado detenidamente esta etapa, tanto a nivel

[2] Véase Kirby, David, *War, Peace and Revolution: International Socialism at the Crossroads 1914-1918* (New York: St. Martin's Press, 1986).

internacional como en los diferentes niveles nacionales, centrándose en la recepción de la revolución rusa, los debates internos al movimiento obrero de cada país y, particularmente, la formación de los partidos comunistas. Así es también para los casos de Italia, España y Argentina[3].

Sin embargo, todavía escasean los estudios que vayan más allá de cada contexto nacional e intenten un análisis comparativo, especialmente sobre estos tres países latinos, tanto en lo que conciernen los procesos políticos vividos por los respectivos movimientos socialistas como en lo referido a la recepción de la revolución rusa, la circulación de ideas y las posibles influencias recíprocas, directas o indirectas. En este capítulo se propone una primera aproximación a esta cuestión, conscientes de que es todavía un campo (casi) inexplorado[4]. En primer lugar, se pondrán de relieve las analogías y las diferencias entre los movimientos socialistas de Italia, España y Argentina: entre 1917 y 1921 los tres partidos socialistas tuvieron que encarar, en un contexto marcado por el repunte de las agitaciones laborales y el crecimiento de la afiliación, unos intensos debates internos sobre la estrategia a seguir. En segundo lugar, se prestará atención a cómo el socialismo de los tres países recibió la revolución rusa y cómo sus diferentes lecturas influyeron en el nacimiento de los respectivos partidos comunistas. Finalmente, se pondrá de manifiesto la circulación de ideas relacionadas con el modelo soviético y su aplicación en el mundo latino entre los tres movimientos socialistas, mostrando el interés que la situación y las propuestas italianas despertaron en España y Argentina.

De fondo, se pone una cuestión que no es baladí, aunque la historiografía no se haya detenido en ella: en el contexto de la primera posguerra, ¿en Madrid y Buenos

[3] Sobre Italia, véase SPRIANO, Paolo, *Storia del Partito Comunista Italiano I: Da Bordiga a Gramsci* (Turín: Einaudi, 1967); CARETTI, Stefano, *La rivoluzione russa e il socialismo italiano (1917-1921)* (Pisa: Nistri-Lischi, 1974); CORTESI, Luigi, *Le origini del PCI* (Roma-Bari: Laterza, 1977). Sobre España, véase MEAKER, Gerald H., *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)* (Barcelona: Ariel, 1978); FORCADELL, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918* (Barcelona: Crítica, 1978); ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939* (Barcelona: Planeta, 1999); AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1999). Sobre Argentina, véase CORBIÈRE, Emilio, *Orígenes del comunismo argentino* (Buenos Aires: CEAL, 1984); PITTALUGA, Roberto E., *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la Revolución en Rusia*. Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2014; CAMARERO, Hernán, *Tiempos rojos. El impacto de la revolución rusa en Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2017) [edición Kindle].

[4] No tenemos el espacio aquí para detenernos en el movimiento obrero en su complejidad: nos centraremos en los partidos socialistas de Italia, España y Argentina. No se abordará pues, excepto con algunas referencias, lo que pasa en las organizaciones anarquistas, anarco-sindicalistas y sindicalistas revolucionarias de los tres países.

Aires se percibió Italia como un laboratorio socialista que podía convertirse en un modelo para el mundo latino? Para otras etapas históricas u otras corrientes políticas, no cabe duda de que así fue. No hace falta aquí recordar ni la influencia que el Partido Comunista Italiano (PCI) y los textos de Antonio Gramsci, pero también de Palmiro Togliatti y Enrico Berlinguer, tuvieron en España y Argentina tras la Segunda Guerra Mundial y sobre todo en los años del «largo 1968», ni el interés que despertó en los sectores conservadores y reaccionarios de los dos países el fascismo y especialmente el modelo corporativo que estaba construyendo el régimen de Mussolini. Es indudable que los dos casos citados no son comparables con lo que aquí planteamos relacionado con el socialismo de la primera posguerra: para el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Socialista (PS) argentino, controlados firmemente por los sectores más reformistas, la influencia principal fue indudablemente la de la socialdemocracia alemana, también después de la revolución de Octubre y la conclusión de la contienda mundial, mientras que para los sectores filo-bolcheviques, que fundaron en aquel entonces los respectivos partidos comunistas, la influencia y el modelo fue claramente la Rusia soviética[5].

Sin embargo, no es fútil acercarse al mundo socialista y ver qué interrelaciones se fueron creando, aunque estas fuesen extremadamente inestables y no tuviesen continuidad en los años siguientes. La Italia socialista del «bienio rojo» no fue la Tercera Roma propagandada por el fascismo y el Partido Socialista Italiano (PSI), en una coyuntura marcada por las divisiones internas y la aparición del escuadrismo fascista, no se planteó ni tuvo la suficiente fuerza para elaborar una estrategia «propagandística» hacia países considerados periféricos en la geografía de la (posible) revolución social de la primera posguerra. Su principal preocupación era encauzar las movilizaciones de las masas trabajadoras, dirimir sus divergencias internas, conocer más a fondo la realidad rusa y entablar lazos con el gobierno soviético. Esto no quita que desde Madrid y Buenos Aires, se miró con atención —sobre todo desde algunos sectores del movimiento obrero— a lo que se estaba haciendo en Italia, un país que entre 1919 y 1920 muchos consideraron al borde de una insurrección revolucionaria en la estela de Alemania y Hungría. La capacidad de movilización del movimiento socialista transalpino y los resultados electorales del PSI resultaban espectaculares en España y Argentina, donde la implantación del PSOE, el PS y los respectivos sindicatos socialistas era mucho más endeble. Además, se apreciaban las reflexiones teóricas y las prácticas políticas que el socialismo italiano estaba elaborando en aquel entonces. Por último, para los socialistas españoles y argentinos, Italia venía también a jugar un rol peculiar, convirtiéndose en una especie de realidad culturalmente más

[5] En el caso del PSOE y luego también del PCE, no debe desdeñarse tampoco la influencia del socialismo y del comunismo franceses.

cercana respecto a la lejana Rusia: según algunos, más que al país de los Soviets, era más provechoso mirar a cómo los socialistas italianos estaban intentando adaptar el novedoso y aún desconocido sistema ruso en un país latino, ligándolo a todo un entramado de organizaciones que existían en el territorio desde hace décadas. Esto explicaría, por ejemplo, el interés mostrado por el proyecto de constitución de los soviets de Bombacci, así como por los consejos de fábrica.

2. Italia, España y Argentina entre la guerra y la posguerra

En los últimos años la historiografía ha puesto de relieve como los países neutrales no fueron inmunes a las consecuencias de la Gran Guerra. Esto es muy evidente en los casos de España y Argentina[6]. Sin embargo, en una perspectiva comparada, es indudable que el impacto de la contienda fue diferente entre los tres países. Para Italia, que entró en la guerra en mayo de 1915 al lado de la Entente, el conflicto supuso 680.000 muertos, a los cuales deben sumarse otros 500.000 por la llamada gripe española y cerca de medio millón de mutilados, además de una deuda pública que se quintuplicó entre 1914 y 1919. Sin contar las consecuencias de la experiencia del frente que marcó fuertemente la sociedad y la política en la posguerra. En cuanto neutrales, España y Argentina se salvaron de la hecatombe. No obstante, los dos países hispanos no pudieron evitar el impacto de la guerra desde el punto de vista social, político, económico y cultural. Por un lado, vivieron una etapa de notable polarización interna acerca de la neutralidad. En España, la batalla entre aliadófilos y germanófilos marcó todo el periodo 1914-1918 y tuvo consecuencias también dentro del mismo PSOE: la dirigencia pabloiglesista, influenciada por la lectura que la SFIO francesa hizo del conflicto entre civilización e imperialismo alemán, había tomado claramente posición a favor de la Entente llegando a pedir la intervención de España en la guerra. En Argentina, aunque al principio hubo un cierto «consenso neutralista», a partir de 1916 la situación fue similar debido sobre todo a la guerra submarina alemana: también el PS fue mayoritariamente aliadófilo[7]. La posición del PSI fue, en cambio, distinta: los socialistas italianos fueron claramente neutralistas durante todo el conflicto, incluidos los reformistas de Filippo Turati. La del PSI fue una postura sin duda peculiar en el contexto del movimiento socialista internacional, comparable solo a la de los rusos, al menos hasta la revolución de febrero de 1917. El lema «né aderire né

[6] Fuentes Codera, Maximiliano, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural* (Madrid: Akal, 2014); Tato, María Inés, *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2017).

[7] Fuentes Codera, Maximiliano, «1917, a turning point in neutral countries. Great War and Russian Revolution in Spain (and Argentina)», en Gerhard Besier y Katarzyna Stoklosa (eds.), *1917 and the Consequences* (London: Routledge, 2020), pp. 131-146.

sabotare» [ni adherir ni sabotar] permitió al partido mantenerse unido con la única excepción de Benito Mussolini.

Por otro lado, de forma similar a Italia, España y Argentina vivieron una etapa de intensos estallidos sociales que aceleró la crisis de los respectivos Estados liberales, poniendo de manifiesto la debilidad de los gobiernos y poniendo los cimientos para los giros autoritarios que los tres países vivieron en los años siguientes. 1917 fue sin duda un año que marcó un antes y un después, influenciado más o menos directamente por las noticias que llegaban de Rusia: a la triple crisis española —Juntas de Defensas, asamblea de parlamentarios y huelga general revolucionaria— se deben sumar las violentas protestas antimilitaristas de Turín en agosto de 1917 y el repunte de la conflictividad laboral en Argentina[8]. Pero fue sobre todo a partir de la conclusión del conflicto cuando las movilizaciones de la clase trabajadora tuvieron un mayor y prolongado protagonismo: si en Italia se habló de «bienio rojo» —marcado por la ocupación de campos y fábricas, además de los alborotos contra el coste elevado de los víveres—, España tuvo su «trienio bolchevique» —con las agitaciones en el campo andaluz y la huelga de la Canadiense en Barcelona como momentos más visibles— y Argentina su «trienio rojo» en que destacaron la Semana Trágica bonaeriense de enero de 1919 y los acontecimientos de la Patagonia rebelde de 1920 y 1921. Es interesante analizar de forma comparada estos fenómenos que, por un lado, subrayan el impacto global de la guerra y la revolución rusa y, por el otro, ponen en cuestión la estricta diferenciación que durante mucho tiempo se ha mantenido entre países que participaron en el conflicto y países neutrales. Además, esta etapa de agitaciones populares se puede leer también más a largo plazo si le sumamos la Semana Trágica de Barcelona de 1909, la Semana Roja argentina de 1909 y la Semana Roja italiana de 1914.

3. Movilización e implantación del movimiento obrero en la posguerra

Ahora bien, comparado con los dos países hispanos, las conquistas del movimiento obrero italiano en 1919 y 1920 fueron sin duda mayores, aunque su aplicación fue en realidad limitada ya que los industriales no respetaron nunca los acuerdos firmados y su vigencia fue muy breve debido a la reacción fascista. Ya en febrero de 1919, la federación de los obreros metalúrgicos (FIOM) de la Confederación General del Trabajo (CGdL) consiguió el primer concordato nacional en la historia de las relaciones industriales italianas que preveía importantes aumentos salariales, el restablecimiento de las comisiones internas en las fábricas a nivel nacional y la jornada de trabajo de

[8] Ucelay-Da Cal, Enric, «Spain's "Crisis of 1917"», en Stefan Ranke y Michael Wildt (eds.), *Revolutions and Counter-Revolutions: 1917 and its Aftermath from a Global Perspective* (Frankfurt y New York: Campus Verlag, 2017), pp. 235-259.

ocho horas. En España las ocho horas se conquistaron un par de meses más tarde —tras la huelga de la Canadiense—, mientras que en Argentina se tuvo que esperar hasta 1929. Tras la ocupación de las fábricas de septiembre de 1920, la FIOM obtuvo otros relevantes aumentos salariales para los obreros y mejoras relativas a las vacaciones pagadas, la indemnización de despido y la retribución de las horas de trabajo extra. Además, en el campo, donde se libraron durísimas batallas en 1920, las conquistas de los trabajadores se sellaron no solo con la regularización por parte del gobierno de las ocupaciones de las tierras, sino también en los pactos agrarios del valle del Po que establecían el imponible de mano de obra, la colocación de clases y una serie de mejoras importantes para aparceros y colonos[9].

Al terminar hacia 1921 el Trienio Bolchevique y el Trienio Rojo del Río de la Plata, las conquistas del movimiento obrero no fueron tan sustanciales en España y Argentina, aunque hubo importantes victorias sobre todo en ámbito local fruto de largas huelgas, como las de la primavera de 1919 en Andalucía o la de la Canadiense de Barcelona. Esto se debió principalmente a dos razones. Por un lado, comparado con Italia, la represión en los dos países hispanos fue mucho más dura desde el principio. En España, excepto en algunos momentos, como cuando el Conde de Romanones estableció la jornada de ocho horas, el gobierno demostró poca voluntad política para encauzar el problema social. Además, la patronal —excepto, en algún caso, la vasca— se negó tajantemente a cualquier tipo de apertura hacia los sindicatos, adoptando antes que en Italia la estrategia de *lock-out* y promoviendo el pistolerismo, es decir el asesinato de líderes sindicales, con el favor y el apoyo de los gobernadores civiles, como demuestra el caso del general Martínez Anido en Barcelona. En Argentina, algo similar se puede decir del gobierno radical de Yrigoyen que reprimió brutalmente los conflictos de la Semana Trágica y la Patagonia y alentó las acciones paramilitares de la Liga Patriótica Argentina. En esa coyuntura, la postura de los ejecutivos de Nitti y Giolitti en el país transalpino fue bastante distinta: aunque no desdeñaron la mano dura, ambos ejecutivos se mostraron conciliantes e intentaron resolver de forma pragmática los estallidos sociales[10].

[9] CANDELORO, Giorgio, *Storia dell'Italia moderna. VIII: La prima guerra mondiale, il dopoguerra, l'avvento del fascismo (1914-1922)* (Milán: Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1979), p. 332; GIOVANNINI, Elio, *L'Italia massimalista. Socialismo e lotta sociale e politica nel primo dopoguerra italiano* (Roma: Ediesse, 2001), pp. 105-113 y 150-160; SPRIANO, Paolo, *L'occupazione delle fabbriche. Settembre 1920* (Turín: Einaudi, 1968), pp. 21-39.

[10] TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo xx*, vol. I: *La quiebra de una forma de Estado (1898-1931)* (Madrid: Akal, 2000), pp. 99-116; BILSKY, Edgardo, *La Semana Trágica* (Buenos Aires: CEAL, 1984); ANDREASSI, Alejandro, «Los límites del reformismo en la Argentina agroexportadora (La experiencia de la clase trabajadora bajo el radicalismo, 1916-1930)», en Pilar García Jordán *et al.* (eds.),

Por el otro, y aunque la conflictividad laboral, especialmente en España, fue sin precedentes, las movilizaciones en Italia fueron realmente espectaculares. Tanto en 1919 como en 1920 en las industrias transalpinas se contabilizaron cada año entre 15 y 20 millones de jornadas de trabajo perdidas. Bien distintos fueron los números en los otros dos países latinos[11]. Sin embargo, no podemos subvalorar lo conseguido en España y Argentina donde el proceso de industrialización fue más lento que en Italia y las organizaciones del movimiento obrero, aunque tuvieron un importante crecimiento, estaban menos arraigadas y eran más divididas que en el país transalpino. El movimiento anarquista y anarco-sindicalista, especialmente en el caso español con la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), pero también en Argentina con la FORA V Congreso, tenía un peso mucho mayor que en Italia.

La diferencia es notable sobre todo si nos centramos en la situación de los partidos socialistas: si bien la afiliación es en el conjunto más baja que en los países del centro-norte de Europa, entre 1918 y 1920 el PSI pasó de 25.000 a más de 210.000 afiliados, mientras que el PSOE pasó de 14.000 a 54.000[12]. El PS argentino, que había sufrido ya la escisión minoritaria de su sector internacionalista, tuvo un crecimiento mucho más limitado: pasó de 7.251 afiliados en 1918 a 10.274 en 1921[13]. Las diferencias son a grandes rasgos similares en lo que concierne las centrales sindicales de orientación socialista: entre 1918 y 1920, la CGdL italiana pasó de 600.000 a 2.150.000 afiliados, mientras que la Unión General de Trabajadores (UGT) española de 80.000 a 210.000[14]. En el caso argentino, la división entre acción política y acción sindical defendida por la «hipótesis Justo» había dificultado, si no directamente impedido, la creación de un sindicato socialista conectado estrechamente con el partido[15]. Aún

---

Estrategias de poder en América Latina. VII Encuentro-Debate. América Latina ayer y hoy (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2000), pp. 271-295, pp. 275-285.

[11] Respectivamente, FORTI, Steven, «El espejo italiano. El Partido Socialista y la Confederación General del Trabajo frente a la ocupación de las fábricas y los campos», en Alejandro Andreassi (ed.), *Crisis y revolución. El movimiento obrero europeo durante la guerra y la revolución rusa (1914-1921)* (Barcelona: El Viejo Topo, 2017), pp. 141-158, p. 148; SILVESTRE, Javier, «Los determinantes de la protesta obrera en España, 1905-1935: ciclo económico, marco político y organización sindical», *Revista de Historia Industrial*, n.º 24 (2003), pp. 51-79, p. 75; ANDREASSI, Alejandro, «Inmigración y huelga. Argentina, 1900-1920», *Ayer*, n.º 4 (1991), pp. 117-145, p. 124.

[12] GIOVANNINI, *L'Italia massimalista*, p. 192; ERICE, Francisco, «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE», en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después* (Madrid: Akal, 2017), pp. 331-356, p. 339.

[13] *La Vanguardia*, 7 de julio de 1918, p. 1 y *La Vanguardia*, 7 de enero de 1921, p. 2.

[14] FORTI, «El espejo italiano», pp. 145 y 147; ERICE, «El impacto de la Revolución rusa», p. 339.

[15] CAMARERO, Hernán, «El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917», *Revista Izquierdas*, n.º 22 (2015), pp. 158-179, p. 167 y PITTALUGA, *Soviets en Buenos Aires*, p. 46.

más chocante es la diferencia en cuanto a resultados electorales y representación parlamentaria: mientras el PSI en 1919 fue el primer partido con 156 diputados y el 32,3% de los votos, el PSOE en 1918 se tuvo que conformar con solo 6 escaños y el PS obtuvo 10 en 1920[16].

4. El impacto de la revolución rusa en los partidos socialistas

Tanto en el PSOE como en el PS las tensiones y las divisiones respecto a la cuestión de la neutralidad durante la Gran Guerra pusieron las bases de las diferentes interpretaciones sobre la revolución rusa y, a fin de cuentas, también de la ruptura de la unidad socialista. La revolución de febrero de 1917 fue considerada positivamente por todos los sectores de ambos partidos, mientras que la de octubre puso de relieve las profundas divergencias existentes. Las direcciones del PSOE y del PS, controladas firmemente por los sectores reformistas, vieron negativamente la toma del poder por parte de los bolcheviques no solo por el hecho en sí, sino por el riesgo de una salida de Rusia de la guerra que podía fortalecer a los Imperios Centrales. Iglesias y Justo apoyaban el gobierno provisional de la República rusa, simpatizaban con los mencheviques y eran firmemente aliadófilos y wilsonianos.

Tras 1918, la posición oficial de los dos partidos fue la misma de la socialdemocracia alemana expresada por Kautsky. A favor de los bolcheviques se mostraron solo una minoría que difícilmente tenía acceso a las páginas de los órganos oficiales del partido. Pacifistas y zimmerwaldianos fueron en España un conjunto heterogéneo (José Verdes Montenegro, Virginia González, Mariano García Cortés, Andreu Nin, Ramón Lamoneda y Manuel Núñez de Arenas) y, en Argentina, el grupo que en enero de 1918 creó el Partido Socialista Internacional constituido en buena medida por los jóvenes que criticaban desde principios de la década la estrategia de la dirección reformista[17].

En Italia las cosas fueron parcialmente distintas. No tanto acerca de la revolución de febrero, celebrada también en la península por todos los socialistas e incluso por Mussolini, el intervencionismo democrático y buena parte de la opinión pública del país que se podía librar del lastre de tener como aliado a una autocracia, sino acerca de la revolución de octubre . Si bien es cierto que Turati no se entusiasmó y la tachó

[16] Forti, «El espejo italiano», pp. 145-146; Termes, Josep y Alquézar, Ramón, *Historia del socialismo español, Vol. II: 1909-1931* (Barcelona: Conjunto Editorial, 1989); Walter, Richard J. *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930* (Austin: University of Texas Press, 1977); Walter, Richard J., «Elections in the City of Buenos Aires during the First Yrigoyen Administration: Social Class and Political Preferences», *The Hispanic American Historical Review*, n.º 58 (1978), pp. 595-624, pp. 600-601.

[17] Fuentes Codera, «1917, a turning point», pp. 141-144; Martín Ramos, José Luis, *Historia del Partido Comunisa de España* (Madrid: La Catarata, en prensa) cap. I; Camarero, *Tiempos rojos*, pos. 2181-2223 (versión Kindle).

casi inmediatamente de *blanquista*, durante todo 1918 los reformistas defendieron a capa y espada el gobierno bolchevique de la intervención occidental. Y en 1919, el momento de mayor aislamiento de la Rusia soviética del mundo, todo el PSI mostró un compromiso intachable con el gobierno de los Soviets, pidiendo repetidamente el retiro de los soldados extranjeros, el reconocimiento oficial del nuevo gobierno y promoviendo el boicot de la producción y el transporte de material bélico a los ejércitos blancos. En julio de ese año se organizó también una huelga internacional de dos días —aunque los sindicatos franceses y británicos se desfilaron a última hora— en solidaridad con la Rusia y la Hungría revolucionarias que paró el país. También en Argentina y España hubo acciones de solidaridad con el pueblo soviético, pero ahí eran los sectores minoritarios que las organizaban: en Italia, la dirección era firmemente en manos de los maximalistas desde el congreso de Reggio Emilia de 1912 y los reformistas, sobre todo tras 1917, se encontraban muy aislados, aunque controlaron hasta 1919 el grupo parlamentario[18].

Ahora bien, mientras los maximalistas leían el febrero y el octubre rusos en la secuencia ideológica revolución burguesa-revolución proletaria y consideraban acortados los tiempos de la evolución histórica, los reformistas fueron paulatinamente introduciendo un análisis que retomaba la de Kautsky. Por un lado, se consideraban en antítesis la doctrina marxista y la praxis leninista ya que en un país atrasado como Rusia no se podía construir el socialismo. Por el otro, se denunciaban el autoritarismo y el terrorismo de los bolcheviques, basándose en las informaciones que difundían los mencheviques[19].

La diferencia es que en Italia no solo las masas, sino la mayoría del mismo PSI se entusiasmó con la revolución bolchevique: el lema *Fare come in Russia* [Hacer como en Rusia], que se gritó por primera vez en marzo de 1917 durante las agitaciones obreras de Turín, se convirtió en una «fórmula passe-partout» para los maximalistas que no querían perder el contacto con las masas[20]. Unas masas que admiraban cada vez más a Lenin convertido en un verdadero mito, «liberador y protector de los débiles, instaurador de la justicia social, padre de los proletarios de todo el mundo»; una admiración que testimonian eslóganes escritos en las calles, efigies, canciones populares o

[18] CARETTI, *La rivoluzione russa*, pp. 106-185; PETRACCHI, Giorgio, «L'impatto della rivoluzione russa e bolscevica in Italia tra guerra e primo dopoguerra», *Annali della Fondazione Ugo la Malfa. Storia e politica* (Milán: Unicopli, 2017), pp. 51-84; BIANCHI, Roberto, *Pace, pane, terra. Il 1919 in Italia* (Roma: Odradek, 2006), pp. 133-202; KÖNIG, Helmut, *Lenin e il socialismo italiano, 1915-1921. Il Partito Socialista Italiano e la Terza Internazionale* (Florencia: Vallecchi, 1972), pp. 43-49.

[19] BEDESCHI, Giuseppe, «I socialisti riformisti italiani e la rivoluzione bolscevica in Russia», *Annali della Fondazione Ugo la Malfa. Storia e politica* (Milán: Unicopli, 2017), pp. 185-195.

[20] ARFÉ, Gaetano, *Storia del socialismo italiano (1892-1926)* (Turín: Einaudi, 1965), p. 233; GIOVANNINI, *L'Italia massimalista*, p. 125.

los nombres que muchos obreros dieron a sus hijos[21]. No resulta extraño que Giuseppe Scalarini dibujase en la portada del *Avanti!* una viñeta titulada *Ab Oriente Lux*. Como apuntó Elena Dundovich, en Italia hubo una especie de «síndrome de emulación» del octubre soviético[22].

De hecho, la gran mayoría del partido, aunque con matices que se fueron agrandando con el tiempo, juzgó la experiencia bolchevique como una base imprescindible para cualquier decisión política. Los maximalistas mostraron una verdadera adhesión sentimental a la revolución de octubre, aunque, a diferencia de los más fervientes filo-bolcheviques (Nicola Bombacci, Egidio Gennari, Ercole Bucco), uno de sus principales líderes, Giacinto Menotti Serrati, estaba ya convencido en 1919 de que la situación italiana y la rusa eran muy distintas y, consecuentemente, la revolución italiana tenía que seguir un camino autónomo. También la fracción astensionista liderada por Amadeo Bordiga y el grupo del *Ordine Nuovo* de Turín consideraban que el objetivo era la conquista del poder a través de una acción rivolucionaria e insurreccional siguiendo el modelo ruso[23]. En estas divergencias de análisis se encontraba ya la escisión comunista de 1921.

En el debate interno al PSI sobre la revolución rusa —el partido adhirió a la IC en marzo de 1919— se sumaron tanto la lectura de las agitaciones populares de la primera posguerra como las divergencias previas entre los sectores reformista y revolucionario. Como apuntó Gaetano Arfé, el maximalismo, una corriente política muy heterogénea, era el heredero del «viejo intransigentismo de derivación operaista» de finales del siglo XIX: más allá de la ruptura sindicalista revolucionaria de 1907, la batalla entre el socialismo gradualista y este sector marcó toda la historia del PSI desde su fundación hasta la llegada al poder de Mussolini[24].

En España, en cambio, si bien no pueden subestimarse las divergencias previas a 1914 y las críticas a la alianza con los republicanos, lo que abrió una grieta en el partido fue sobre todo la postura hacia la guerra. La oposición zimmerwaldiana, además, empezó a organizarse solo en 1918, aglutinándose en torno a la revista *Nuestra Palabra*, fundada en el mes de agosto por García Cortes y Lamoneda. En el X Congreso del PSOE (noviembre de 1918) representaba una minoría que tampoco consiguió que se enviara un telegrama de simpatía al gobierno de la República rusa de los Soviets. Ni siquiera las Juventudes Socialistas se habían adherido al manifiesto de Zimmerwald. La plana mayor del socialismo español se sentía identificada con el reformismo

[21] CARETTI, *La rivoluzione russa*, pp. 115-116 y 178-179.

[22] DUNDOVICH, Elena, *Bandiera rossa trionferà? L'Italia, la Rivoluzione di Ottobre e i rapporti con Mosca, 1917-1927* (Milán: FrancoAngeli, 2017), p. 51.

[23] CARETTI, *La rivoluzione russa*, pp. 196-220.

[24] ARFÉ, *Storia del socialismo*, p. 282.

parlamentarista y con el compromiso bélico de la socialdemocracia. El cambio se dio a principios de 1919 cuando, en un clima marcado por las movilizaciones sociales, la corriente de izquierdas ganó la importante Agrupación Socialista Madrileña y las Juventudes Socialistas se convirtieron en terceristas tras la creación en marzo de la IC, a la cual adhirieron el siguiente mes de diciembre. Fue eso que llevó, junto al contexto nacional e internacional marcado por las revoluciones en Alemania y Hungría, a la convocación en diciembre de un congreso extraordinario del PSOE que debía decidir sobre la adhesión del partido a la nueva Internacional de Moscú[25].

Más similar a Italia, en lo que se refiere a las divergencias previas en el partido, es lo que pasó en Argentina donde la corriente sindicalista revolucionaria había abandonado el PS en 1906. Críticos con el revisionismo de Bernstein y la estrategia parlamentaria del justismo, los más jóvenes, liderados por Juan Ferlini y José Fernando Penelón, empezaron a organizarse con el objetivo de recuperar los principios revolucionarios del marxismo. Este activismo, visto con recelo por la dirección y el grupo parlamentario, junto a una acentuada agitación antimilitarista que llevó a la adhesión inmediata a los manifiestos de Zimmerwald y Kienthal, puso los cimientos de la expulsión de los internacionalistas en el congreso extraordinario del PS de la primavera de 1917[26].

Aunque en los tres países encontramos grietas precedentes al octubre de 1917, que se agrandaron en el trienio sucesivo, a diferencia de Italia y España, en Argentina la ruptura fue previa a la toma del poder de los bolcheviques. En el proceso de constitución del Partido Socialista Internacional, la revolución rusa ocupó un lugar muy secundario, aunque la causa soviética se convirtió rápidamente en un elemento coagulante de las varias disidencias del PS, ofreciéndole una identificación. La demarcación entre el PS y los internacionalistas estaba más bien en la opuesta interpretación de temas como la democracia interna, la relación con las bases, la oposición entre la opción gremialista y la electoralista, además de ser un conflicto generacional[27].

Eso sí, en los tres países las escisiones de los terceristas fueron minoritarias y en todos ellos la gran mayoría de las juventudes se sumó a los respectivos partidos comunistas. En el momento de su fundación (enero de 1918), el Partido Socialista Internacional argentino —que en diciembre de 1920 cambió su nombre en Partido Comunista— podía contar con apenas unos 750 militantes que, de todos modos, crecieron en el trienio siguiente hasta llegar, según el enviado de la IC Henry Allen, a los

[25] MEAKER, *La izquierda revolucionaria*, pp. 262-290.

[26] CAMARERO, «El Partido Socialista de la Argentina», pp. 165-169.

[27] PITTALUGA, *Soviets en Buenos Aires*, pp. 80-83 y CAMARERO, *Tiempos rojos*, pos. 2040-2307.

5.000 en 1921[28]. En el caso italiano y español la ruptura se dio tras el II Congreso de la IC y el establecimiento de las 21 condiciones de admisión en la nueva Internacional moscovita. Además, el ciclo de movilizaciones sociales se estaba agotando y la reacción se estaba reorganizando, incluso en Italia: tan solo dos meses después de lo que se interpretó como el supuesto inicio de la revolución social —la ocupación de las fábricas de septiembre de 1920— las acciones del escuadrismo fascista se desarrollaron en una región «roja» como Emilia-Romaña.

Más allá de sus diferencias, pues, las escisiones en los tres países latinos no siguieron el patrón francés y alemán de 1920 (SFIO y USPD), como habrían deseado en Moscú: la mayoría de los dirigentes y militantes se quedó en los respectivos partidos socialistas. En España, en el III congreso extraordinario del PSOE (abril de 1921) los escisionistas favorables a la Tercera Internacional se llevaron al Partido Comunista Obrero Español (PCOE) poco menos de 5.000 militantes. A estos deben sumarse los escasos 2.000 afiliados del Partido Comunista Español: una pequeña formación de ultraizquierda creada un año antes a partir de las Juventudes Socialistas, cuyos principales dirigentes (Lamoneda, Ramón Merino Gracia, Juan Andrade) habían sido empujados a romper con el PSOE —incluso con sus sectores terceristas, tachados de centristas— por los enviados bolcheviques que llegaron a España a finales de 1919, Borodin y Jesús Ramírez. Cuando los dos partidos se unificaron en noviembre de 1921 —gracias a la paciente labor del comunista italiano Antonio Graziadei, enviado por la IC— el nuevo Partido Comunista de España (PCE) podía contar con unos 6.500 afiliados que por la represión y la falta de liderazgo y de una inteligente estrategia acabaron diezmados en menos de un bienio. La diferencia con el Partido Comunista Francés —que, de todos modos, pasó de 200.000 a 45.000 afiliados entre 1920 y 1923— es chocante[29].

Pero incluso lo es si lo comparamos con el caso italiano. La unidad mostrada por el PSI en su congreso nacional celebrado en Bolonia en octubre de 1919, cuando se decidió por aclamación la adhesión a la Tercera Internacional, se fue resquebrajando a lo largo de 1920. La incapacidad de guiar las movilizaciones de la clase trabajadora y las 21 condiciones de la IC rompieron la hegemónica corriente maximalista. Serrati chocó con Lenin sobre el cambio de nombre, la autonomía del partido y la expulsión de los reformistas —que en Italia no habían sido socialpatriotas como en otros países—, mientras que el sector liderado por Bombacci, Gennari y Graziadei defendió la

[28] CAMARERO, *Tiempos rojos*, pos. 2181, 2307 y 2763. El aumento se debe también a que, a comienzos de 1921, se sumaron también otros socialistas que provenían de la corriente tercerista del PS derrotados en el congreso extraordinario de Bahía Blanca.

[29] MARTÍN RAMOS, *Historia del Partido Comunista*, cap. II y III; ERICE, «El impacto de la Revolución rusa», pp. 342-353; ELORZA y BIZCARRONDO, *Queridos camaradas*, pp. 15-35.

adhesión sin condiciones a la nueva Internacional. En el Congreso de Livorno, celebrado en enero de 1921, Serrati, que retuvo la mayoría de los maximalistas, defendió la unidad del partido y se quedó en el PSI con los reformistas. La moción defendida por la fracción comunista —que incluía, además de una parte del maximalismo, a los astensionistas de Bordiga y al grupo del *Ordine Nuovo*— obtuvo 58.000 votos. En el nuevo Partido Comunista de Italia (PCdI) confluyeron poco después la gran mayoría de los más de 50.000 miembros de la Federación Juvenil Socialista Italiana[30].

5. El debate sobre los soviets en Italia

Como se apuntó, la circulación de ideas en el movimiento socialista internacional había aumentado de manera nada despreciable a principios del siglo xx. La guerra interrumpió en gran medida ese intercambio. Si para los sectores reformistas fue más sencillo reanudar las relaciones con sus homólogos europeos que estaban intentando reconstruir la Segunda Internacional, para los terceristas resultó extremadamente complejo ponerse en contacto con los bolcheviques por el aislamiento que sufría el país de los Soviets. Además, los comunistas de los diferentes países sabían muy poco de lo que pasaba en la Rusia soviética: incluso desconocían casi por completo los debates que se habían dado dentro de la socialdemocracia rusa antes de 1914. Esto valía tanto para Argentina y España como para Italia donde los primeros textos de Lenin se tradujeron tan solo en 1918. Tampoco los bolcheviques sabían mucho de lo que pasaba en los demás países[31].

Entre 1918 y 1920 se intentó suplir esta carencia con la traducción de los artículos aparecidos en la prensa socialista y comunista occidental —a menudo imprecisos o confusos—, los reportajes de algún periodista empático con la causa soviética que había estado en Rusia, como John Reed o Morgan Philip Price, y, cuando posible, los textos de los dirigentes bolcheviques. A esto se sumaron los artículos de los rusos exiliados que residían en los diferentes países occidentales. En Madrid, entre 1918 y 1921, fue sobre todo el menchevique Nikolái Tasin que explicó Rusia a los socialistas españoles desde las columnas de *El Sol*, *España* y *La Internacional*[32]. En Italia, colaboraron con el *Avanti!* el socialista revolucionario Vasilij Suchomlin, otro socialista revolucionario de orientación filo-bolchevique, Mijaíl Vodovozov, y finalmente, a partir del otoño de 1919, dos agentes de la IC, Nikolái Markovich Liubarski alias Carlo

[30] Caretti, *La rivoluzione russa*, pp. 217-226 y 255-273; Cortesi, *Le origini del PCI*, pp. 201-302.

[31] Arfé, *Storia del socialismo*, p. 288; Caretti, *La rivoluzione russa*, p. 24; Cortesi, *Le origini del PCI*, pp. 206-207.

[32] Zoffmann Rodríguez, Arturo, «El menchevique madrileño: Nikolái Tasin y la revolución rusa en España», *Ebre 38. Revista internacional de la Guerra Civil (1936-1939)*, n.º 8 (2018), pp. 25-51, pp. 25-33.

Niccolini, y Vladimir Degot[33]. En Argentina jugó un rol relevante la comunidad rusa y especialmente dos de sus representantes, Mayor S. Mashevich —cercano al PSI y la FORA IX Congreso— y Mijaíl Komin-Alexandrovsky —cercano a los anarquistas de la FORA V Congreso—, que fueron los primeros representantes del movimiento obrero argentino en viajar a Rusia en ocasión del II Congreso de la IC en el verano de 1920, convirtiéndose luego en agentes de la Internacional[34]. Finalmente, como en el caso de Mashevich y Komin-Alexandrovsky, jugaron un papel importante —también para las siguientes escisiones comunistas— los viajes de las primeras delegaciones de socialistas italianos y españoles en el país de los Soviets que relataron lo que ahí vieron vía corresponsalías o informes posteriores, a veces publicados en forma de libro[35].

Ahora bien, ¿cuánto influyó en los movimientos obreros español y argentino el socialismo italiano, y especialmente, su corriente maximalista? ¿Qué circulación de ideas hubo desde el país transalpino hacia España y Argentina? Como se ha venido explicando, es importante subrayar que los sectores terceristas en los dos países hispanos eran minoritarios: el PSOE y el PS, controlados saldamente por los reformistas, no podían que mirar con recelo a la hegemonía maximalista del PSI y su infatuación soviética. Fueron, pues, los zimmerwaldianos españoles y los internacionalistas argentinos —sin olvidar, de todos modos, también a unos cuantos sindicalistas y anarquistas del país austral— los que prestaron atención a las posibilidades revolucionarias que se dieron en Italia y a los debates y las propuestas que el PSI lanzó durante el «bienio rojo», mostrando una cierta envidia por la situación que se vivía debajo de los Alpes. En este contexto, cobra especial relevancia el interés que mostraron los unos y los otros por el proyecto de constitución de los soviets redactado a principios de 1920 por Nicola Bombacci en nombre de la dirección del partido italiano[36].

En el país transalpino, de hecho, se dio un intenso debate sobre los soviets y su posible adaptación italiana. A nivel historiográfico, se ha puesto de relieve como los maximalistas otorgaron un rol mítico a los consejos de obreros, campesinos y soldados fruto de una «elección psicológico-sentimental» que se basaba sobre un conocimiento más «mítico que histórico» del modelo ruso[37]. Un protagonista de

[33] KÖNIG, *Lenin e il socialismo*, pp. 61-67

[34] CAMARERO, *Tiempos rojos*, pos. 2580.

[35] KÖNIG, *Lenin e il socialismo*, pp. 105-140; MARTÍN RAMOS, *Historia del Partido*, cap. II.

[36] Sobre Bombacci, que tuvo una trayectoria política peculiar abandonando el comunismo a finales de los años Veinte y convirtiéndose al fascismo hasta acabar fusilado junto a Mussolini en 1945, véase FORTI, Steven, *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* (Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2014), pp. 41-273.

[37] BENZONI, Alberto y TEDESCO, Viva, «Soviet, Consigli di fabbrica e "preparazione rivoluzionaria" del PSI (1918-1920)», *Problemi del socialismo*, n.° 2-3 y 4 (1971), pp. 188-210, pp. 637-665 (especialmente pp. 200-203).

aquellos mismos años, el entonces joven socialista Angelo Tasca recordaría desde su exilio parisino que en lugar de «detectar los problemas peculiares de una revolución "italiana" e "inventar" un programa de lucha que podía realizarla, los socialistas italianos no sabían que gritar como alucinados: "Viva los Soviets!"»[38]. El recuerdo del miembro del grupo del *Ordine Nuovo* pecaba de un cierto resentimiento por lo que no se hizo en el «bienio rojo». De hecho, Alfonso Leonetti, compañero del mismo Tasca en el grupo turinés, apuntaba que «el problema del Soviet —el problema de encontrar "la forma práctica que permitiera al proletariado ejercer su dominio"— en la primera posguerra se había convertido en el argumento más discutido de las reuniones obreras y la prensa socialista»[39].

Ya en el Congreso Nacional del PSI de Bolonia de octubre de 1919, en la moción de la corriente maximalista de Serrati, Gennari, Salvatori y Bombacci, que obtuvo el 70% de los votos, se reconoció que a las administraciones públicas del estado burgués se debían oponer «nuevo organismos proletarios (Consejos de los trabajadores, campesinos y soldados; Consejos de la economía pública, etc.)» que funcionarían antes «como instrumentos de la violenta lucha de liberación» y se transformarían luego en «organismos de transformación social y económica y de reconstrucción del nuevo orden comunista»[40]. Así, el siguiente 13 de diciembre, Bombacci, entonces secretario político del PSI y recién elegido diputado, propuso en el Parlamento una enmienda en que se afirmaba que «es legítima la constitución de los Consejos de los Trabajadores, otorgando a estos todo el poder político y económico, a fin de qué también en Italia, como en la gloriosa Rusia de los Soviets, se llegue a un orden social fundado en el principio: Quién no trabaja no come»[41]. Finalmente, en el Consejo Nacional del PSI, celebrado en Florencia entre el 11 y el 13 de enero de 1920, el mismo Bombacci expuso el proyecto para la constitución de los soviets en Italia e invitaba «la Dirección del Partido a que iniciase una amplia discusión entre las masas obreras del Partido y los representantes del organismo de clase» a fin de qué se llegase a la «definitiva constitución de los Consejos de los trabajadores»[42].

En los tres meses siguientes, se desarrolló un intenso debate que ocupó una parte no desdeñable de las energías del partido[43]. Eso sí, hubo bastante confusión, una característica que encontraremos también en la traslación española y argentina de este debate hasta el punto que el mismo *Avanti!* llamó la relación sobre la constitución de

[38] TASCA, Angelo, *La nascita del fascismo* (Turín: Bollati Boringhieri, 2006), p. 16.

[39] GRAMSCI, Antonio y BORDIGA, Amadeo, *Dibattito sui Consigli di Fabbrica*, edición e introducción a cargo de Alfonso Leonetti (Roma: Savelli, 1973), p. 9.

[40] «Il Congresso Socialista di Bologna», *Comunismo*, 15-31 de octubre de 1919, p. 90.

[41] «L'emendamento Bombacci», *Avanti!*, 13 de diciembre de 1919, p. 1.

[42] «Il Consiglio nazionale socialista radunato a Firenze», *Avanti!*, 14 de enero de 1920, p. 1.

[43] CARETTI, *La rivoluzione russa*, pp. 244-254.

los soviets presentada por Bombacci en Florencia «relación sobre la constitución de los Consejos de fábrica»[44], una diferencia sustancial teniendo en cuenta que en aquel entonces ya existían unos organismos con este nombre defendidos por el grupo del *Ordine Nuovo* de Turín.

En general, los socialistas italianos o bien tomaron al pie de la letra lo que decían los bolcheviques y hablaron de soviets como de una realidad lejana que se debía crear *ex-novo* o bien intentaron interpretarlos a través de los organismos que existían en el movimiento obrero transalpino: a menudo se acabó manteniendo lo que ya había concebido y desarrollado la tradición socialista italiana y se le dio solo un barniz de «sovieticidad». Se acabó para denominar soviets organismos que ya tenían un nombre y una función o para asignar a organismos un significado, un rol y unas características que no les pertenecían y que jamás habrían podido poseer. Según la persona y el momento, consejos de fábrica y comisiones de fábrica, o también cooperativas y secciones del partido se interpretaron como la forma organizativa italiana que más se acercaba al soviet ruso. El reformista Giuseppe Emanuele Modigliani, por ejemplo, consideró las comisiones internas de las fábricas como las «verdaderas células de germinación de los soviets», mientras que según otro reformista, Enrico Dugoni, la Liga de los Campesinos era ya el nuevo poder proletario[45]. Hubo, en síntesis, un continuo y complejo juego de espejos donde los objetivos políticos, más o menos sinceros, de los unos y de los otros tuvieron un rol que no fue del todo secundario.

En su proyecto, publicado en el *Avanti!* a finales de enero, Bombacci abogaba por la inmediata constitución de los consejos en toda Italia. Asimismo, detallaba cómo debían constituirse los soviets, quién podía participar en ellos, cómo se habrían organizado en el territorio, cómo se llevaban a cabo las votaciones de los representantes y cuál era la función de este nuevo organismo. El que era aclamado en las plazas italianas como el Lenin de Romaña consideraba a los consejos de trabajadores el motor del mismo proceso revolucionario y «los únicos órganos de poder y de dirección suprema para la organización de la producción y la repartición comunista, y para la regularización de todo el complejo de las relaciones económicas, sociales y políticas». Según Bombacci, una vez constituidos, los soviets estarían «en espera de la posesión efectiva del poder» y sería el Partido Socialista «el iniciador, animador y guía política y revolucionaria de los Soviets». Está claro que el temor del entonces secretario político del PSI era el del desborde de las masas[46].

A este proyecto se sumaría poco después otro proyecto complementario de constitución de los soviets urbanos, elaborado por Egidio Gennari que sustituyó en febrero

[44] «Il Consiglio nazionale socialista radunato a Firenze», *Avanti!*, 14 de enero de 1920, p. 1.

[45] GIOVANNINI, *L'Italia massimalista*, pp. 131 y 209.

[46] BOMBACCI, Nicola, «La costituzione dei Soviet in Italia», *Avanti!*, 28 de enero de 1920, 2.

a Bombacci en la secretaría del PSI[47]. En otro artículo, Gennari, que según algunos representó a los internacionalistas argentinos en el II Congreso de la IC ya que Penelón no pudo viajar a Rusia, explicitaba que el soviet era «un órgano político», «la expresión política del Proletariado» y no podía confundirse ni «considerarse un sucedáneo, un duplicado, un competidor desleal de los Sindicatos» o los comités de fábrica. El soviet, afirmaba Gennari, «esta célula primitiva del organismo que lleva a la conquista y asegura el poder político en manos del proletariado, representa nuestra primera obra de actividad revolucionaria en sentido comunista»[48]. Al fondo de la propuesta de los dos líderes maximalistas existía la certeza de quel «el Soviet no es una institución rusa transitoria, sino internacional, definitiva y de carácter profundamente social»[49].

Excepto las juventudes socialistas, las demás corrientes del PSI criticaron unánimemente el proyecto de Bombacci. Más que los reformistas, que se quedaron al margen del debate considerándolo alejado de la realidad, fueron los sectores más izquierdistas del partido los que atacaron el proyecto del entonces secretario político del PSI Bombacci. Un joven Palmiro Togliatti lo tachó de «construcción jurídica anticipada» que creaba peligrosas ilusiones en las masas. El grupo del *Ordine Nuovo* defendía que la revolución debía ser en primer lugar económica: tenía, pues, que empezar de la «intimidad de la vida productiva», es decir los consejos de fábrica, que reflejaban la «aplicación de un principio nuevo» ya que eran las bases de una «organización natural de masas que surge en el terreno de la producción». Los soviets eran sencillamente «el extremo andamiaje político de la sociedad» y no debían constituirse antes de la transformación económica de la sociedad[50].

Distinta fue la crítica que hizo el futuro primer secretario del PCdI. En las palabras de Amadeo Bordiga, los soviets eran únicamente la superestructura, los «órganos de Estado del proletariado» con los cuales la clase trabajadora ejerce el poder político después de la revolución. Antes era imprescindible la constitución de un partido comunista, purificado de reformistas y colaboracionistas: el partido era el agente necesario para la revolución, que debía ser política y solo después económica. En un segundo momento podían formarse los consejos de fábrica que eran «la representación

[47] GENNARI, Egidio, «Per un Soviet urbano», *Avanti!*, 21 de febrero de 1920, p. 1; 22 de febrero de 1920, p. 2; 24 de febrero de 1920, p. 2.

[48] GENNARI, Egidio, «Formiamo i Soviet», *La Squilla*, 28 de febrero de 1920, p. 1.

[49] BOMBACCI, Nicola, «I Soviet in Italia. Pregiudiziali, critiche e proposte concrete», *Avanti!*, 27 de febrero de 1920, p. 2.

[50] TOGLIATTI, Palmiro, «La costituzione dei Soviet in Italia (Dal progetto Bombacci all'elezione dei Consigli di Fabbrica)», *L'Ordine Nuovo*, 14 de febrero de 1920, p. 291 y 13 de marzo de 1920, p. 315.

de intereses obreros limitados»[51]. En la misma línea se expresó también el enviado bolchevique en Italia: según Liubarski-Niccolini, los soviets eran el resultado del choque revolucionario, los «institutos de acción proletaria revolucionaria de la dictadura comunista», mientras los consejos de fábrica, que estaban penetrados por «ideas localísticas y reformisticas», después de la conquista del poder debían fundirse con el sindicato[52].

Finalmente, según el líder maximalista Giacinto Menotti Serrati, que gozaba de enorme popularidad, la revolución en Italia no era inminente y el proyecto de Bombacci era irrealizable porque las condiciones italianas eran distintas de las rusas. El entonces director del *Avanti!* se mostró extremadamente realista sobre la cuestión de los soviets y propendió por una solución intermedia, preocupado por las posibles rupturas de la unidad del PSI. Según Serrati, el partido debía dirigir los experimentos de constitución de los consejos de trabajadores, que eran los «órganos políticos de la colectividad», pero estos podían constituirse «solo durante y después de la revolución». Consecuentemente, Serrati se mostró favorable solo a un experimento de constitución de un soviet urbano en una localidad determinada. Asimismo, subrayaba que el sindicato era la única organización que poseía «la visión universal de la situación económica», así que no podía ser sustituido por el consejo de fábrica, defendido por el grupo del *Ordine Nuovo*, ya que esto se ocupaba solo de «la producción o el control de la fábrica»[53].

La línea de Serrati será la que se impondrá en el siguiente Consejo Nacional del PSI, celebrado en Milán a mediados de abril de 1920. Se redimensionó el proyecto de Bombacci y se decidió constituir los soviets solo en algunas localidades, encargando el control y la coordinación de estos experimentos al partido. Sin embargo, en los meses siguientes no se hizo nada: el PSI se encontraba con otras preocupaciones, a partir de la gestión de las movilizaciones sociales y laborales y las relaciones con Moscú. El debate en que todo el partido había gastado tanta energía en los primeros cuatro meses de 1920 pareció pues completamente inútil.

En realidad, su utilidad no fue nula, al contrario. A través de él se debatió sobre las cuestiones de fondo que dividían a las diferentes corrientes del socialismo italiano: la función y el rol del partido, la relación con el sindicato, la importancia y los riesgos de los consejos de fábrica, la relación con Moscú y la autonomía del PSI, la influencia de la guerra, la utilización de la violencia y el significado de la revolución. De hecho, se

[51] Bordiga, Amadeo, «Per la costituzione dei Consigli operai», *Il Soviet*, 4 de enero de 1920, p. 2; 11 de enero de 1920, pp. 2-3; 1 de febrero de 1920, pp. 2-3; 8 de febrero de 1920, p. 2; 22 de febrero de 1920, p. 2.

[52] Niccolini, Carlo, «La costituzione dei Soviety», *Avanti!*, 5 de febrero de 1920, p. 5.

[53] G. M. S. [Giacinto Menotti Serrati], «Qualche osservazione critica preliminare», *Avanti!*, 14 de marzo de 1920, p. 3.

vertieron ríos de tinta también sobre una cuestión que era crucial: ¿se encontraba Italia en una situación revolucionaria? Todo, a fin de cuentas, dependía de si se contestaba afirmativamente o no a esta pregunta. Según Gaetano Arfé, los maximalistas estaban convencidos de ello, pero le faltó una estrategia; además, no tenían una tradición de lucha extra-legal, como en el caso de los bolcheviques[54]. Sin embargo, en el magma maximalista las posiciones fueron más matizadas. Serrati consideraba, por ejemplo, que la revolución no era inminente. Y Graziadei, que en 1921 fue uno de los fundadores del PCdI, intentó teorizar la diferencia entre «periodo histórico revolucionario» y «momento de la acción material revolucionaria». En el congreso de Bolonia, el profesor marxista explicó que Italia se encontraba sí en un periodo revolucionario, pero aún no había llegado al momento en que se podía tomar el poder. Era necesario pues utilizar todos los medios a disposición, incluidos los legales, y evitar el «voluntarismo arbitrario» porque todavía la clase obrera no había conseguido «la capacidad necesaria para superar definitivamente la fase burguesa»[55].

6. ¿Hacia unos soviets latinos?

La historiografía ha dado prácticamente por descontado que el debate sobre la constitución de los soviets no salió de las fronteras italianas. En realidad, esto no es cierto, aunque no cabe duda de que más allá de los Alpes ni se entendió del todo la complejidad de la situación interna del PSI ni se percibieron los matices de fondo del debate. Prueba de ello es la visibilidad que se le dio al proyecto de Bombacci en España y Argentina.

Tan solo dos semanas después de su aparición en el *Avanti!*, el 14 de febrero de 1920, *España* lo publicaba íntegro, dedicándole incluso la portada[56]. La revista dirigida por Luis Araquistáin había pasado de una posición aliadófila y crítica con los bolcheviques, en línea con la dirigencia pabloiglesista del PSOE, a una posición favorable a la adhesión inmediata de los socialistas españoles a la IC[57]. El número del 7 de febrero, de hecho, fue íntegramente dedicado a «La República de los Soviets. Información sobre sus Doctrinas, sus Hombres y sus Hechos»[58]. En la introducción al proyecto de Bombacci, la redacción de la revista explicaba que esa constitución tendía «a la inmediata efectividad del Soviet, como necesidad para preparar el paso del

[54] Arfé, *Storia del socialismo*, p. 274.

[55] Graziadei, Antonio, *La guerra mondiale ed il Socialismo comunista* (Milán: Società Editrice Avanti!, 1920), pp. 16 y 10.

[56] «La Constitución de los Soviets en Italia», *España*, 14 de febrero de 1920, pp. 7-10.

[57] Véase el estudio preliminar de Ángeles Barrio a Araquistáin, Luis, *La revista «España» y la crisis del Estado liberal* (Santander: Universidad de Cantabria, 2001), pp. 25-62.

[58] *España*, 7 de febrero de 1920, pp. 1-22.

régimen burgués al comunista, sin trastorno ni desorden en la producción». Además, se añadía que era «una fórmula de unión interesante y ejemplo práctico para poner fin a antagonismos infundados», en referencia al rol de los consejos, el partido, el sindicato y el grupo parlamentario[59].

En los meses siguiente, *España* siguió mirando con interés a lo que pasaba en el socialismo transalpino. No fue el único periódico, desde luego, pero sí el que más empatía demostró con los sectores revolucionarios del PSI. *El Sol*, por ejemplo, dedicó bastante espacio a la situación italiana, leyendo a menudo lo que ahí pasaba en clave española y mostrando una cierta simpatía por los reformistas de Turati en las corresponsalías de Mario Pittaluga[60]. Mientras que el poco espacio que dedicaba *El Socialista* a la política internacional estaba más bien centrado en Rusia, Francia e Inglaterra. Las cosas cambiaron en mayo de 1920 cuando el diario del PSOE empezó a cubrir más la política internacional con una serie de corresponsales extranjeros, en el caso de Italia con los artículos de los periodistas del *Avanti!* Andrea Viglongo y Giuseppe Amoretti, muy cercanos a Gramsci. El lector de *El Socialista* pudo así seguir de forma bastante detallada tanto la ocupación de las fábricas como el congreso de Livorno. En sus corresponsalías se desprendía una posición sin duda favorable a la Tercera Internacional. Sin embargo, desde la redacción madrileña no se añadían comentarios ni aparecieron artículos dedicados al socialismo italiano.

Como se decía, distinto fue el caso de *España*. En un artículo del 13 de marzo, tras ofrecer una panorámica general centrada en la estrategia maximalista, se afirmaba tajantemente que

> Italia será un centro de atracción socialista. El interés que antes de la guerra despertaba el socialismo alemán por su gran aparato científico, se ha desviado al ocurrir su fracaso. Ahora habrá de dirigirse a Italia que presenta un modelo de socialismo práctico, más cercano a nosotros que el ruso. Es el socialismo italiano una adaptación de las bases rusas, que el contacto con las peculiaridades de la economía y psicología italiana irán modificando[61].

Desde las páginas de la revista fundada por José Ortega y Gasset se consideraba que el país transalpino atravesaba «una situación revolucionaria» hasta el punto de apuntar que «no hay país en Europa en que tan eminente aparezca la posibilidad de la revolución socialista»[62]. La consideración no era baladí si se tiene en cuenta que unos meses antes, y precisamente la semana siguiente a la publicación del proyecto

[59] «La Constitución de los Soviets en Italia», *España*, 14 de febrero de 1920, p. 7.

[60] PITTALUGA, Mario, «El Congreso Nacional Socialista Italiano», *El Sol*, 3 de noviembre de 1919, p. 7.

[61] «Crónica internacional. El socialismo en Italia», *España*, 13 de marzo de 1920, p. 6.

[62] «Crónica internacional. La crisis italiana», *España*, 22 de mayo de 1920, p. 7.

de Bombacci, Araquistáin afirmó que también España «lleva ya varios años —desde luego, tres bien definidos, desde 1917— de estado revolucionario, más agudo cada día conforme se acerca la crisis suprema»[63]. Reforzaba esa idea, engarzándola con el proyecto de constitución de los soviets, Manuel Pedroso, del sector tercerista del PSOE, que el 28 de febrero loaba a la propuesta de Bombacci, definida un ejemplo de la «labor creadora» del socialismo. Italia debía ser un estímulo para los socialistas españoles: el soviet debía concebirse como «terreno neutral» donde se encontrarían socialistas y sindicalistas para fundir sus diferencias y luchar juntos. Fiel al espíritu del proyecto de Bombacci, Pedroso subrayaba que el plan era «de inmediata ejecución. Sería la estructura económica de un régimen socialista, pero entre tanto, sería escuela de preparación y disciplina de maniobra. Prepararía la sustitución del Estado capitalista a quien [...] se le iría escapando su economía»[64].

En julio, en un artículo que otra vez copó la portada de la revista, titulado significativamente «Más cerca que Rusia», el mismo Pedroso remachaba la idea de que «los socialistas italianos han tomado en serio, latinizándolo, el ejemplo de la Rusia de los Soviets» y concluía avisando: «el caso de Italia ofrece enseñanzas a otros países latinos. No debe perderse de vista en España, en donde el socialismo quiere marchar por otros derroteros»[65]. La referencia era obviamente a la dirigencia del PSOE y las decisiones tomadas en el II Congreso Extraordinario del mes de junio en que se había postergado una vez más la adhesión a la IC.

Después del verano, *España* siguió mirando con interés al PSI. Se dedicaron diversos artículos a la ocupación de las fábricas y el camino hacia la escisión de Livorno. Sin embargo, el contexto ya era otro, tanto a nivel internacional como en ambos países mediterráneos. En aquella coyuntura, Araquistáin dio un giro respecto a la postura que tuvo durante la primera mitad del año. Dando por hecha la expulsión de los reformistas del PSI y viendo las tensiones causadas por las 21 condiciones impuestas por Moscú, el director de la revista madrileña se oponía ahora a la integración del PSOE en la IC considerando las 21 condiciones «una cuña de hierro que se clava en las organizaciones obreras del mundo entero, para debilitarlas [...] y retardar su emancipación». El director de *España* seguía la reflexión hecha por Serrati considerando necesario también en la península ibérica «reemplazar la franca violencia de los revolucionarios rusos con la fina agudeza del italiano», en referencia al líder maximalista[66].

Italia, pues, tuvo una función de espejo para un sector del socialismo español. En el caso concreto de la revista madrileña y el mismo Araquistáin, no es que tras el

[63] ARAQUISTÁIN, Luis, «Sintomatología revolucionaria», *España*, 21 de febrero de 1920, p. 1.
[64] PEDROSO, Manuel, «Socialismo constructivo», *España*, 28 de febrero de 1920, pp. 1-2.
[65] PEDROSO, Manuel, «Más cerca que Rusia», *España*, 10 de julio de 1920, pp. 1-2.
[66] ARAQUISTÁIN, Luis, «¿Unidad o escisión del socialismo?», *España*, 16 de octubre de 1920, pp. 1-2.

interés mostrado por el proyecto de Bombacci se dejase de mirar al país transalpino, sino que, analizando lo que ahí estaba pasando y considerando el PSI como el posible nuevo referente para los países latinos, se entendió que la posición de Serrati era la más adecuada para el contexto español. Se dejó así en un cajón el proyecto de constitución de los soviets de Bombacci tan valorado en la primera mitad del 1920, pero no se dejó de poner los ojos en lo que pasaba en la otra orilla del Mediterráneo.

Ahora bien, el proyecto de constitución de los soviets no se quedó tan solo en Madrid: al año siguiente se publicó también en Argentina. El contexto, sin embargo, era muy distinto. En la primera posguerra, aún más que en España, en el país austral el interés por lo que pasaba en Italia fue notable. Pesó obviamente la presencia de muchos inmigrantes italianos y los lazos culturales existentes entre los dos países. Un número no desdeñable de italianos o hijos de italianos militó en el socialismo y el comunismo argentinos, incluso ocupando cargos importantes, como en el caso de Victorio Codovilla, que había llegado a Buenos Aires en 1912 con el carnet del PSI, o de Rodolfo Ghioldi, hijo de inmigrantes italianos. Tanto *La Vanguardia*, órgano oficial del PS, como *La Internacional*, órgano oficial de los internacionalistas, prestaron atención al debate en el socialismo transalpino del «bienio rojo». *La Vanguardia* publicó diversos artículos de Serrati y tradujo noticias y opiniones aparecidas en el *Avanti!*. Muy estrechos eran también los lazos con España: en diversos diarios argentinos, colaboraban intelectuales y escritores españoles, como es el caso de Julio Álvarez del Vayo. Esta circulación de ideas iba más allá del movimiento socialista: tras la fundación del PCA, de hecho, los comunistas argentinos, además que de los bolcheviques rusos, recurrieron a menudo a textos de comunistas italianos, como Umberto Terracini, y españoles, como Juan Andrade, Eduardo Torralba Beci o Andreu Nin[67].

Asimismo, los anarquistas, más allá que de sus camaradas españoles como Ángel Pestaña, tradujeron diversos textos de los italianos, como Errico Malatesta y Luigi Fabbri. De este último, en 1921, apareció *La crisis del anarquismo*, publicado por la Editorial Argonauta, en un momento en que se dio un intenso debate sobre la revolución rusa dentro del anarcosindicalismo argentino. De forma similar a lo que estaba pasando en España e Italia, también en el país austral el movimiento anarquista empezó a cuestionar fuertemente la Rusia soviética. Frente al minoritario sector anarco-bolchevique, vinculado al periódico *Bandera Roja*, las críticas fueron creciendo: a las del grupo de *La Antorcha* se sumaron las del grupo de *La Protesta* que entre 1919 y 1920 se había mostrado aún favorable a la experienca soviética[68].

[67] PITTALUGA, *Soviets en Buenos Aires*, p. 33.

[68] DOESWIJK, Andreas, *Los anarcobolcheviques rioplatenses (1917-1930)* (Buenos Aires: CEDINCI, 2013).

En este contexto debemos incluir el interés que una parte del sindicalismo argentino mostró por la experiencia de los consejos de fábrica italianos. Dentro de la FORA IX Congreso, en 1919 se constituyó una sección bastante heterogénea aglutinada en la Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias (FASR), que de 1920 a 1923 editó el periódico *La Batalla Sindicalista*. Este sector se mostró crítico con la dirección del sindicato que había adherido a la Federación Sindical Internacional de Amsterdam —como hizo también la UGT española de Largo Caballero— y apostaba por una aproximación al gobierno radical de Yrigoyen. Además, la FASR defendía los bolcheviques y reconocía el derecho a ejercer la dictadura del proletariado llegando también a plantear una reelaboración doctrinal de lo que era el sindicalismo y el papel del sindicato en la sociedad. Sin embargo, frente a un sector más firmemente pro-bolchevique, dentro de los sindicalistas rojos se formó otro sector, liderado por Luis Lotito, más reacio a renunciar a su identidad de origen. Con el objetivo de preservar la centralidad del sindicato para la estrategia revolucionaria y contrastar la mitificación del soviet, Lotito miró a la experiencia italiana de la ocupación de las fábricas y a los mismos consejos de fábrica como modelo de su revolución deseable[69].

Pero Lotito no fue una excepción. Es interesante ver cómo también en los ambientes universitarios de izquierdas se tuviesen los ojos puestos en el país transalpino. Es el caso de *Insurrexit. Revista universitaria* de orientación libertaria e internacionalista —algunos de sus impulsores, como Hipólito Etchebehere y Mika Feldman, acabaron más tarde en el PCA— que se publicó entre 1920 y 1921[70]. En su primer número, de septiembre de 1920, apareció un artículo sobre la ocupación de las fábricas. Según los editores, un importante resultado de los acontecimientos italianos era

> la latinización del movimiento Ruso. Se ha discutido mucho sobre si sería conveniente la organización de soviets en el mundo latino, se ha hablado mucho sobre que la Revolución rusa era un movimiento eslavo que nosotros no comprendíamos bien [...] y aun más, se ha repetido mucho que aquel movimiento tenía profundas fallas que era necesario evitar.

Lo que el «valiosísimo experimento» italiano demostraba era que la experiencia rusa era portadora de principos o modos de acción política capaces de incidir en contextos distintos. En síntesis, se volvía a plantear la cuestión de manera similar a cómo

[69] AQUINO, Cristian, E., «Bajo la influencia de la Revolución Rusa. La Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias a través de *La Batalla Sindicalista*, 1920-1923», *Archivos*, n.º IV/7 (2015), pp. 123-142.

[70] BUSTELO, Natalia y DOMÍNGUEZ RUBIO, Lucas, «Radicalizar la Reforma Universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino, 1918-1922», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n.º 4/42 (2017), pp. 31-62.

lo hizo Pedroso desde las páginas de *España* unos meses antes: la fórmula italiana permitía al modelo ruso adaptarse al mundo latino[71].

Esto era lo que demostraba, en buena medida, también otra publicación de la Editorial Argonauta. Al lado del ya citado libro de Fabbri y otro que reunía textos críticos sobre la Rusia soviética de Emma Goldman, Rudolf Rocker y Piotr Kropotkin, la editorial anarquista publicó también las actas del Congreso de Bolonia de la Unión Comunista Anárquica Italiana (UCAI) y, sobre todo, un volumen que juntaba textos de socialistas, miembros del grupo del *Ordine Nuovo*, anarquistas y sindicalistas revolucionarios italianos. Titulado sintomáticamente *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*, el folleto es un ejemplo fehaciente de las necesidades de discusión política y teoríca de la izquierda argentina en aquella coyuntura. Tras un texto del filósofo socialista Zino Zini que planteaba la diferencia entre ciudadano y productor, en una primera parte, «Los planes de la nueva organización social», el volumen presentaba el debate que se había dado en Italia sobre la cuestión de los soviets. Aparecía la traducción del proyecto de Bombacci y tres opiniones muy críticas: la de Togliatti, citada anteriormente; la del sindicalista revolucionario Enrico Leone; y la del anarquista Sandro Molinari, que se firmaba con el pseudónimo de Argon y que representaba a la UCAI y el periódico *Umanità Nova*, fundado en 1920 por Malatesta. La segunda parte del folleto, «Los cimientos de la nueva organización social», estaba dedicada a los consejos de fábrica. En primer lugar, se publicaba un texto del grupo del *Ordine Nuovo* que presentaba la concepción «comunista marxista» de los consejos; en segundo lugar, un texto del obrero metalúrgico y miembro de la UCAI, Maurizio Garino —que impulsó estos organismos junto a los ordinovistas en la Turín de 1919— en el cual se defendía la concepción «comunista anárquica» de los consejos. Finalmente, se aportaban también las resoluciones del Consejo Nacional del PSI de enero de 1920 y del Congreso de Bolonia de la UCAI del siguiente mes de julio[72].

Con esta publicación la Editorial Argonauta quería ofrecer materiales para el debate que se estaba dando en Argentina y que, como hemos visto, enfrentaba a los diversos sectores del anarquismo del país. De fondo, estaba la batalla que se libraba dentro de la FORA IX Congreso respecto a su vinculación a la ISR de Moscú, defendida por los anarco-bolcheviques. Algo similar, salvando todas las distancias, estaba pasando en esos mismos meses en la CNT española. Más allá de la publicación del proyecto de Bombacci, lo que interesaba a los editores eran las críticas que todos los autores hacían a los soviets y la defensa de los consejos de fábrica, tanto en la vertiente ordinovista

[71] «Los obreros italianos», *Insurrexit. Revista universitaria*, 8 de septiembre de 1920, pp. 5-6.

[72] AA.VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia*. Buenos Aires: Editorial Argonauta, 1921.

como en la anarquista. Molinari y Garino se oponían firmemente a la creación de los soviets en régimen burgués porque su actuación sería «antirrevolucionaria y utópica». Solo tras la insurrección revolucionaria deberían formarse los soviets: en ese entonces los anarquistas entrarían en ellos para «mantenerlos en su carácter inicial, autónomo, descentralizador, federativo e impedir que se transformen en organismos políticos autoritarios y estatales». Mientras tanto, debían participar en los consejos de fábrica, «organismos técnicos para la expropiación y la necesaria continuación inmediata de la producción», evitando cualquier posible «desviación colaboracionista»[73].

Como sabemos, las cosas fueron diversamente en los tres países. El sueño de l soviets y la realidad de los consejos quedaron aplastadas bajo las botas de la reacc que había empezado a reorganizarse desde 1919. Tres años más tarde Mussolini lle al poder en Roma. Por aquel entonces el movimiento socialista estaba ya muy div y no jugaba a la ofensiva: más bien intentaba resistir. Las posibilidades revolucio se habían esfumado en toda Europa. La circulación de ideas, sin embargo, n más bien se aceleró, moviéndose por las redes antifascistas o a través de lo oficiales de la IC. Pero esta es otra historia.

[73] AA.VV., *Hacia una sociedad de productores*, pp.

El anarcosindicalismo italiano: conexiones y vínculos entre España y Argentina

Marco Masulli
Università di Bologna

1. El anarcosindicalismo como movimiento transnacional

La radical transformación del sistema político y económico que se produjo a nivel global entre los años 1989 y 1991 incluyó también el ámbito de la historiografía, consolidando un proceso más general de revisión de los paradigmas culturales que habían dominado la primera mitad del siglo xx. Se produjo, así, una primera y profunda fractura con el «nacionalismo metodológico» entendido como perspectiva científica que «asume como dado natural que el mundo se encuentra dividido en sociedades delimitadas por las fronteras establecidas por los Estados nacionales»[1]. Ante la imposibilidad de seguir considerando «el Estado-nación como la unidad analítica básica para la investigación histórica —y, así, considerar— los procesos transnacionales o sin fronteras como desviaciones del modelo "original"», los historiadores empezaron a ver más plausible entender la sociedad como una «entidad sin fronteras»[2]. Al mismo tiempo, se consolidaba una idea, sustentada por la renovación historiográfica que había experimentado el ámbito de la historia del movimiento obrero ya durante los años setenta[3], según la cual, en palabras de Dogliani, «el internacionalismo de los obreros no era solamente una idea y una organización»[4]. El internacionalismo

[1] Bohórquez-Montoya, Juan P., «Transnacionalismo e historia transnacional del trabajo: hacia una síntesis teórica», *Pap. Polít.*, n.º 3 1/14 (2009), pp. 273-301, p. 277.

[2] Van der Linden, Marcel, «Enjeux pour une histoire mondiale du travail», *Le Mouvement social*, n.º 241/4 (2012), pp. 3-29, p. 4.

[3] Iriye, Akira, *Global and Transnational History: The Past, Present, and Future* (Basingstoke: Palgrave, 2013), p. 8.

[4] Dogliani, Patrizia, «The fate of Socialist internationalism», en Glenda Sluga y Patricia Clavin (eds.), *Internationalisms. A twentieth-Century History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017), pp. 38-60, p. 55.

empezaba a ser estudiado en sus más amplias vertientes y, en particular, la atención se centraba en las dinámicas de las «acciones colectivas de un grupo de obreros de un país que dejan de lado sus intereses a corto plazo como grupo nacional en favor de un grupo de obreros de otro país, a fin de promover sus intereses a largo plazo como miembros de una clase transnacional»[5]. Desde el punto de vista historiográfico, se hizo particularmente evidente la reciente exigencia de replantear el estudio de la historia del movimiento obrero, convertida ya en historia del trabajo, para adaptarla a una perspectiva «transnacional»[6].

Como categoría sociológica, el transnacionalismo muestra una importante conexión con los fenómenos de la emigración. El análisis transnacional de un fenómeno se centra, así, prioritariamente en la relación y en la interconexión de sujetos sociales que, partiendo de contextos territoriales y, por ende, socioculturales diferentes, entran en contacto y establecen influencias recíprocas y prolongadas en el tiempo. Si un enfoque de tipo transnacional ofrece, como hace notar Clavin, «más bien una nueva "perspectiva de investigación" que una metodología revolucionaria»[7], el mismo, precisamente por este motivo, abarca una gran variedad de posibles estudios de caso, con el consiguiente riesgo de convertirse, como se ha observado, en «un concepto comodín»[8]. De esto se deriva la necesidad de definir, en el ámbito sociológico, el espacio social transnacional como una serie de vínculos de intercambio, solidaridad y reciprocidad que dan origen a una cohesión entre diferentes grupos étnicos y sociales basada en símbolos, intereses y representaciones colectivas comunes. Si, así pues, el concepto de transnacionalismo se caracteriza por lo general como un intento de observar «más allá de las fronteras nacionales y tratar de explorar las interconexiones transfronterizas»[9], cuando se aplica a la historia del trabajo se declina como una perspectiva de investigación desvinculada de una óptica eurocéntrica y, por consiguiente, como Historia Global del Trabajo. En 2004, sin embargo, Hanagan subrayó que tal «definición pretende ser inclusiva y acomodaticia, pero no tan amplia como para no tener sentido». Por ello, se considera oportuno restringir el ámbito y limitar un enfoque transnacional a los estudios centrados en los «cruces de fronteras estatales que resultan de la demanda del mercado laboral, las políticas laborales estatales, las acciones de los obreros o las prácticas de las instituciones de la clase

[5] VAN DER LINDEN, Marcel, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History* (Leiden-Boston: Brill, 2008), p. 259.

[6] HANAGAN, Michael P. y VAN DER LINDEN, Marcel, «New Approaches to global labor history». *International labor and working-class history*, n.º 66 (2004), pp. 1-11.

[7] CLAVIN, Patricia, «Defining Transnationalism», *Contemporary European History*, n.º 4/14 (2005), pp. 421-439, p. 436.

[8] *Ibid.*, p. 434.

[9] IRIYE, *Global and Transnational History*, p. 11.

obrera»[10]. Este cambio de perspectiva se producía paralelamente a la consolidación de un momento historiográfico que, de manera gradual, había llegado a revalorizar movimientos minoritarios, trayectorias humanas y políticas, incluso radicales, que durante mucho tiempo habían sido excluidas o marginadas por los estudios científicos. Como recuerda Berger, a partir de los años ochenta se empezó a aceptar la idea según la cual «es imposible comprender la evolución del movimiento obrero sin estudiar la historia de sus minorías, ya que estas proponen otros métodos y otras perspectivas que difieren de los de las organizaciones más grandes»[11]. También la experiencia del sindicalismo de acción directa, tras haber vivido un primer y, por mucho tiempo, único momento historiográficamente prolífico en los años setenta, empezaba a ser revalorizada y estudiada desde una perspectiva inter y transnacional, asociándose a la fase expansiva que en ese mismo período experimentaban los estudios anarquistas. El anarquismo, ideológica y organizativamente vinculado al sindicalismo de acción directa, fue también definido por Moya como «el primer y más extendido movimiento transnacional del mundo, organizado desde abajo y sin partidos políticos formales»[12]. Entre anarquismo y sindicalismo de acción directa existe por tanto una afinidad que, partiendo de evidentes constataciones históricas que, en muchos aspectos, podrían hacer casi indistinguibles las especificidades de ambos movimientos, se refleja en una metodología de investigación común. El análisis biográfico y el de las redes transnacionales[13], de hecho, se han revelado recientemente como instrumentos particularmente adecuados para el estudio de movimientos que se han distinguido por la inestabilidad de sus propias estructuras institucionales y por la ausencia de una homogeneidad ideológico-programática clara pero, sobre todo, por la intensa movilidad de sus militantes. Como también ha evidenciado Bruno, la biografía puede entenderse «como un género, como un método y como un recurso»[14]. En lo que se refiere al objetivo del presente capítulo, el método biográfico se aplicará como un instrumento orientado a aportar una nueva contribución a un imaginario y más amplio «mapa del exilio»[15] capaz de poner en

[10] HANAGAN, Michael P. «An Agenda for Transnational Labor History», *International review of social history*, n.º 49 (2004), pp. 455-474, p. 455.

[11] BERRY, David, *A History of the French Anarchist Movement, 1917-1945* (Oakland: Ak Press, 2008), p. 6.

[12] MIGUELAÑEZ MARTÍNEZ, María, «El proyecto continental del anarquismo argentino: resultados y usos de una propaganda transfronteriza (1920-1930)», *Ayer*, n.º 94 (2014), pp. 71-94, p. 74.

[13] CLAVIN, «Defining Transnationalism», p. 436.

[14] BRUNO, Paula, «Biografía e historia. Reflexiones y perspectivas», *Anuario IEHS*, n.º 27 (2012), pp. 155-162.

[15] SALVATI, Mariuccia, «Conclusioni», en Carlo De Maria (ed.), *Maria Luisa Berneri e l'anarchismo inglese* (Reggio Emilia: Biblioteca Panizzi Archivio Famiglia Berneri-Aurelio Chessa, 2013), p. 176.

evidencia la existencia de transferencias culturales y afinidades transnacionales en el seno del movimiento anarquista y sindicalista. La historiografía del anarquismo nunca ha obviado el tema del exilio ni tampoco ha dejado de prestar una atención especial al impacto que la movilidad de los militantes sindicalistas y anarquistas ha tenido en los contextos de llegada. Y, sin embargo, tal como subraya Di Paola, hasta muy recientemente no se ha entendido la necesidad de no limitarse a «conectar estas historias entre sí, sino de explorarlas como parte integrante y esencial de procesos más amplios»[16] que demostraran la existencia, en el seno del movimiento sindicalista y anarquista, de una continuidad organizativa que se extendía desde Europa hasta el otro lado del océano. En este sentido, el objetivo de este texto es analizar algunos aspectos del anarcosindicalismo internacional a través del prisma de la circulación de hombres, ideas y prácticas entre Italia, España y Argentina entre finales del siglo XIX y los años treinta del siglo XX.

2. *Le syndicalisme n'est pas une étiquette*. Conexiones políticas y organizativas entre Italia, España y Argentina

«Los acontecimientos europeos —se podía leer en diciembre de 1922 en el periódico anarquista y forista argentino *La Protesta*— influyen de tal manera sobre el espíritu de la clase trabajadora de aquí, que bien se puede pulsar el alma suya por las palpitaciones sociales que nos llegan de allende el mar»[17]. En ese mismo año, la variada pléyade del anarcosindicalismo internacional se daba cita en Berlín para refundar la AIT [Asociación Internacional de los Trabajadores]. La iniciativa se inscribía en el contexto de una redefinición general del internacionalismo obrero y, en particular, se situaba en una oposición frontal respecto a la Internacional Sindical Roja y sus intentos de infiltración en las organizaciones sindical-revolucionarias. El centro gravitacional de la renacida AIT, en palabras de su primer secretario, Rudolf Rocker, «estaba en los países latinos, donde el socialismo libertario pudo mantener desde los años de la Primera Internacional una fuerte influencia en el movimiento obrero»[18]. Italia fue uno de los principales centros de difusión de las ideas y de los programas internacionalistas en los países latinos. Los orígenes del socialismo italiano, no solo libertario, estaban estrechamente vinculados a los acontecimientos del Risorgimento. En el seno de este proceso, en efecto, una generación de militantes garibaldinos nacidos en la primera mitad del siglo XIX desempeñó un

[16] Di Paola, Pietro, «Sviluppi e problematiche degli studi sull'esilio anarchico nel mondo anglosassone», en Gianpietro Berti y Carlo De Maria (eds.), *L'anarchismo italiano. Storia e storiografia* (Milán: Biblion, 2016), pp. 321-336, p. 322.

[17] «Experiencia», *La Protesta*, 9 de diciembre de 1922.

[18] Rocker, Rudolf, *La revolución* (Buenos Aires: Reconstruir, 1945), p. 149.

papel determinante al intentar imprimir un carácter democrático y republicano a la unificación italiana. Más adelante, muchos de aquellos militantes, decepcionados por el resultado del Risorgimento, vieron en la adhesión a la Federación Italiana de la AIT (1872) la posibilidad de encontrar una convergencia entre la voluntad de revolución política y los sueños de revolución social. Esa misma aspiración empujó, entre 1868 y principios de 1869, a Giuseppe Fanelli (1827) —diputado de extrema izquierda, garibaldino e internacionalista de «confesión» bakuniana— a emprender[19] en territorio español una misión propagandística que sirvió para sentar las bases de la fundación de la FRE [Federación Regional Española], sección ibérica de la AIT que adoptó inmediatamente una clara orientación bakuniana[20]. Durante los años ochenta, mientras la FRE se alejaba de la mordaza represiva que la había abocado a la clandestinidad, algunas figuras destacadas de la primera generación del anarquismo italiano se disponían a cruzar las fronteras europeas. Entre finales de los años ochenta y principios de los noventa, tal como recuerda Devoto, llegaron a Argentina muchos internacionalistas italianos «aprovechando las facilidades que el gobierno concedía a los subversivos para que abandonaran el país»[21]. Cuando los primeros «grupúsculos de anarquistas», entre los que destacaba Errico Malatesta (1853), llegaron a Buenos Aires, encontraron ya operativas las primeras secciones internacionalistas, divididas según criterios de origen étnico y fundadas por los exiliados franceses, italianos y españoles[22]. Aunque no se pueda afirmar que la llegada de Malatesta marcara de por sí el nacimiento de un movimiento anarquista organizado en Argentina, su presencia representó sin duda un impulso decisivo para el arraigo del mismo entre las masas trabajadoras[23]. Un dato que quedaba confirmado por la proliferación de periódicos en lengua italiana, entre los que cabe recordar *La Questione Sociale* (1887) y, en Buenos Aires, la constitución de sindicatos como el de los panaderos, fundado por el italiano Ettore Mattei (1851) e impulsado por el propio Malatesta. La influencia de militantes italianos también fue determinante en la fundación de la FOA [Federación Obrera Argentina, 1901]. Entre ellos, el más

[19] VENZA, Claudio, «La Spagna e gli anarchici italiani. La missione di Giuseppe Fanelli (1868-1869), en Gianpietro Berti y Carlo De Maria (eds.), *L'anarchismo italiano. Storia e storiografia* (Milán: Biblion, 2016), pp. 209-226.

[20] TERMES, Josep, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional 1864-1881* (Barcelona: Ariel, 1972), p. 39.

[21] DEVOTO, Fernando, *Storia degli italiani in Argentina* (Roma: Donzelli, 2006), p. 300.

[22] ZARAGOZA RUVIRA, Gonzalo, «Anarchisme et mouvement ouvrier en argentine à la fin du XIXE siècle», *Le Mouvement Social*, n.º 103 (1978), pp. 7-30, pp. 12-13.

[23] BAYER, Osvaldo, «L'influenza dellimmigrazione italiana nel movimento anarchico argentino», en Bruno Bezza (ed.), *Gli Italiani fuori d'Italia: Gli emigrati italiani nei movimenti operai dei paesi d»adozione (1880–1940)* (Milán: FrancoAngeli, 1983), pp. 531-544.

recordado es Pietro Gori (1865) [24], prologuista, entre otros escritos, de la traducción española e italiana de la obra del padre del sindicalismo francés, Fernand Pelloutier (1867), *La organización corporativa y la anarquía*. Junto a los italianos, también la presencia de españoles influyó profundamente en la implantación del modelo de sindicato que iba perfilándose en Europa a finales del siglo XIX. Es el caso de militantes como Antonio Pellicer Paraire (1851), a quien Zaragoza Ruvira definió como «el padre espiritual de la federación [FOA, N. del A.]» [25] y cuya familia fue iniciada en el anarquismo por la «predicación» de Fanelli en España[26], o Inglán Lafarga, que se contaba entre los fundadores del periódico *La Protesta Humana*[27], más tarde convertido en *La Protesta*, órgano estrechamente vinculado a la futura FORA. Sin embargo, si bien los primeros núcleos de italianos y españoles llegados a Argentina sentaron las bases de un diálogo entre los movimientos libertarios latinos europeos y los no europeos, sería erróneo considerar que la realidad militante argentina se había limitado a imitar prácticas y modelos organizativos «de importación» europea.

El anarcosindicalismo argentino, influenciado por las conocidas posiciones malatestianas expresadas en el marco del Congreso Anarquista de Ámsterdam (1907), durante el cual el movimiento se enfrentó de manera crítica con la idea surgida en Francia de un sindicalismo que pudiera ser «autosuficiente», mantuvo siempre las distancias con el sindicalismo revolucionario «puro», que era formalmente apolítico. Fue precisamente esta última tendencia, inspirada en el sindicalismo francés, la que guió el nacimiento de la FOA, una organización a la cual se sumarían trabajadores de todas las tendencias políticas hasta la ruptura con los socialistas en 1902[28]. Sin embargo, los anarquistas comprometidos con la Federación, que en 1904 había adoptado el nombre de FORA [Federación Obrera Regional Argentina], fueron abandonando progresivamente la línea original, favorable a un modelo de sindicato plural, para aspirar a un compromiso más amplio con los objetivos del movimiento anarquista. Esta tendencia se consolidó con el tiempo también gracias a la actuación de dos militantes de origen español establecidos en Argentina, López Arango (1894) y Diego Abad de Santillán (1897), que reivindicaron en todo momento la necesidad de defender la opción de

[24] La figura de Pietro Gori se inserta generalmente dentro de una generación intermedia entre la primera y la segunda, siendo esta última identificada de manera clásica con los exponentes del movimiento nacido alrededor de los años setenta del siglo XIX.

[25] ZARAGOZA RUVIRA, «Anarchisme Et Mouvement Ouvrier», p. 25.

[26] BAER, James, *Anarchist Immigrants in Spain and Argentina* (Urbana: University of Illinois Press, 2015), pp. 17-18.

[27] SURIANO, Juan, *Paradoxes of Utopia: Anarchist Culture and Politics in Buenos Aires, 1890–1910* (Oakland: AK Press, 2010), pp. 120-126.

[28] GÓMEZ-MULLER, Alfredo, *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina: Colombia, Brasil, Argentina, México* (Medellín: La Carreta Editores, 2009), pp. 184-185.

situar el comunismo anarquista como orientación oficial de la FORA, tal como se había decidido durante su V Congreso (1905). Para gran parte del movimiento anarquista argentino de tendencia organicista era, pues, imposible aplicar un modelo de sindicalismo autónomo de la política. Fue por esto que en 1909 la fracción sindicalista revolucionaria intentó constituir una organización distinta, la CORA [Confederación Obrera Regional Argentina], e instaurar vínculos transnacionales con las organizaciones que habían permanecido fieles a los principios de Amiens, para lo cual encontraron un importante apoyo en Alceste De Ambris (1874). Fue precisamente este último, entonces todavía líder de la USI [Unione Sindacale Italiana], quien representó a la organización argentina con ocasión del Congreso de Londres de 1913, primer momento de enfrentamiento transnacional del movimiento llamado a crear, sin mucho éxito, una Internacional autónoma y alternativa a la de orientación socialdemócrata. En 1914, sin embargo, la CORA se integró de nuevo en la FORA, en un claro intento de arrebatar la dirección política de la organización a la facción anarquista. Una operación que no se consiguió del todo y que, más bien, provocó la fractura, en 1915, entre las dos tendencias y el consiguiente nacimiento de dos organizaciones diferentes: la FORA V, anarquista, y la FORA IX, sindicalista, que más adelante se uniría a la USA [Unión Sindical Argentina, 1922]. La escisión se produjo en el contexto de una crisis sobre el carácter masivo que había adquirido el sindicalismo anarquista argentino en los años anteriores[29] y estuvo acompañada por un debate interno surgido con motivo del estallido de la Primera Guerra Mundial. Mientras la FORA atravesaba un período crítico, la difusión transnacional del sindicalismo de acción directa experimentó, en cambio, un sorprendente impulso. Se trataba de una expansión vinculada a los cambios acaecidos en el contexto económico, social y político del período pre y posbélico y era, al mismo tiempo, un fenómeno no lineal ni basado en programas y estrategias compartidos por las diferentes organizaciones nacionales, que adoptaron modelos estructurales muy diferentes entre sí. El nacimiento en 1910 de la CNT [Confederación Nacional del Trabajo] se inscribió en esta fase expansiva del sindicalismo y fue acogido con extremo interés por parte de los libertarios ibéricos. Para ellos, la entidad representaba —en particular por sus vínculos con la CGT [Confédération Générale du Travail] francesa— un posible instrumento de contraposición a la línea adoptada por los sindicatos principales, que tenían como referente a la central socialdemócrata alemana. No obstante lo anterior, Pere Gabriel ha puesto de manifiesto cómo la tardía apertura al modelo sindicalista revolucionario contribuyó a hacer que la organización española asumiera unos rasgos particularmente diferentes de los de la CGT. En efecto, aquella apertura se

[29] MIGUELÁÑEZ MARTÍNEZ, María, «1910 y el declive del anarquismo argentino. ¿Hito histórico o hito historiográfico?», *IV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional* (Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2010), pp. 436-452.

producía precisamente mientras se asistía a la «pérdida de fervor de la misma CGT»[30]. La anarquista fue, así, una influencia que emergió con fuerza también en los acontecimientos del sindicalismo ibérico desde los orígenes y que, según Álvarez Junco, se manifestaba sobre todo en la «flexibilidad y espontaneísmo como principios [...] la inexistencia de jerarquización, de burocracia, de disciplina, ni de más obligación que la solidaridad»[31]. Una historiografía en gran parte condicionada desde un punto de vista militante[32] había, sin embargo, situado la experiencia de Solidaridad Obrera, célula sindical catalana que precedió al nacimiento de la CNT, «como un producto genuino del anarquismo». En realidad, representaba un entorno mucho más complejo y plural[33]. Un entorno variado que encontró un aglutinante, como sucedería en Italia con la USI dos años después, en la experiencia sindicalista francesa, que ofrecía una alternativa organizativa y teórica a las tendencias del movimiento obrero que no se reconocían en el proyecto de la UGT [Unión General de Trabajadores]. Dentro de la CNT, por lo tanto, habrían convivido varias tendencias, a cada una de las cuales correspondían grupos militantes diferenciados entre sí incluso por factores de tipo generacional y de pertenencia profesional: sindicalistas como Joan Peiró (1887) y Ángel Pestaña (1886) creían en el sindicato como célula de la sociedad futura y, por tanto, en una estructura obrera disciplinada, y se dirigían a los trabajadores cualificados de la industria catalana; activistas libertarios como Francisco Ascaso (1901) y Buenaventura Durruti (1896) entendían la práctica sindical como «gimnasia revolucionaria» y propugnaban teorías y métodos más radicales, dirigiéndose a los trabajadores menos cualificados, en particular a los de la construcción[34]. Esta complejidad en el seno de la organización derivaría en un enfrentamiento abierto entre tendencias a partir del golpe de Estado de Primo de Rivera y alcanzaría su punto álgido en el periodo republicano. Según Eulalia Vega, dicho enfrentamiento condujo a una «radicalización creciente de los militantes anarquistas frente a las vacilaciones de los más moderados»[35], algo que, a su vez, explica el empleo de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) como instrumento

[30] Gabriel, Pere, «Sindicalismo y huelga. Sindicalismo revolucionario francés e italiano. Su introducción en España», *Ayer*, n.º 4 (1991), pp. 15-46, p. 40.

[31] Álvarez Junco, José, *La ideología política del anarquismo español* (Madrid: Siglo XXI, 1976), p. 397.

[32] Casanova, Julián, «Guerra y revolución: la edad de oro del anarquismo español», *Historia Social*, n.º 1 (1988), pp. 63-76, pp. 63-65.

[33] Gil Andrés, Carlos, «La aurora proletaria. Orígenes y consolidación de la CNT», en Julián Casanova (coord.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España* (Barcelona: Crítica, 2010), pp. 89-117, p. 92.

[34] Casanova, Julián, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939* (Barcelona: Crítica, 1997), pp. 78-79.

[35] Vega, Eulalia, «Anarquismo y sindicalismo durante la Dictadura y la República», *Historia Social*, n.º 1 (1988), pp. 55-62.

de presión sobre el movimiento sindicalista a partir del 1927[36]. Si se la compara con las otras dos principales formaciones sindicalistas latinas, la USI y la CGT[37], un compromiso tan abierto del movimiento anarquista organizado con el sindicalista[38] hace sin duda la experiencia del anarcosindicalismo español una excepción en el contexto europeo, pero no en el internacional. Por otra parte, y tal como constató Rocker, fue en España y en los países de habla hispana de América Latina donde la anarquía y el sindicalismo de acción directa «arraigaron a gran escala, hasta el punto de que se puede hablar de auténticos movimientos de masas»[39].

De forma diferente a lo que sucedió en España y Argentina, en Italia la USI no solo no representó nunca un obstáculo para la hegemonía sindical de la CGdL [Confederazione Generale del Lavoro] reformista, sino que su implantación ni siquiera adquirió un verdadero carácter de masa. No obstante, gracias a la aportación decisiva de las fuerzas más activas del socialismo libertario, logró ejercer una influencia considerable sobre los acontecimientos del proletariado italiano hasta la época de las ocupaciones de las fábricas de 1920. Pero la USI, sobre todo con respecto a la CNT y la FORA V, nunca fue una central anarcosindicalista ni había tenido nunca la intención de definirse como tal. En su seno albergó núcleos diversos y enfrentados que, con el paso del tiempo, acabaron por escindirse. Al estallar la Gran Guerra, la primera en abandonar la organización fue la corriente intervencionista, encabezada por el líder sindicalista revolucionario Alceste de Ambris, para fundar, en 1918, la UIL [Unione Italiana del Lavoro]. Más tarde, durante los años veinte, bajo el impulso emocional de los hechos de Rusia de 1917 y del llamado «bienio rojo», fue el ala filocomunista, constituida en fracción sindicalista revolucionaria, la que desmembró la unidad interna de la USI, dejando definitivamente la organización en manos de la mayoría libertaria. Tal como destaca también Levy, «incluso cuando la

[36] Aunque la CNT, como destaca Casanova, fue un «movimiento dominado en términos generales por preocupaciones sindicales, independiente de los partidos políticos [...] para acceder al control de la organización se requería un mínimo conocimiento de las ideas libertarias [...] Las vías de formación ideológica que servían para dar el salto a la dirección se situaban en ámbitos "extrasindicales": ateneos libertarios, escuelas racionalistas, grupos de afinidad», en CASANOVA, Julián, «Auge y decadencia del anarcosindicalismo en España», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea*, t. 13 (2000), pp. 45-72, p. 54.

[37] LEHNING, Arthur, *L'anarcosindacalismo. Scritti scelti* (Pisa: Bfs, 1994), pp. 11-27.

[38] Una diferencia que, en los años treinta, era interpretada por Camillo Berneri, anarquista italiano y voluntario en la Guerra Civil Española, en estos términos: «la corriente anarcosindicalista estuvo sujeta principalmente a los errores e insuficiencias del anarquismo y el sindicato no supo cómo trazar líneas programáticas claras y orgánicas. No pudo principalmente por la heterogeneidad de sus cuadros, por el eclecticismo imperante en su prensa», en BERNERI, Camillo, «L'ora dell'anarcosindacalismo», *Guerra di classe*, septiembre de 1930.

[39] ROCKER, Rudolf, *Contro la corrente* (Milán: Eléuthera, 2018), p. 47.

USI estuvo dominada por los anarquistas, después de 1916, nunca se convirtió en una organización anarcosindicalista, y [...] la propia organización nacional de los anarquistas, la UAI [Unione Anarchica Italiana] jamás reconoció a la USI como la única organización de los obreros anarquistas»[40]. En Italia, por otra parte, el propio término «anarcosindicalismo» solo apareció tardíamente. Y el mismo, cuando no se utilizaba para desacreditar al sindicalismo revolucionario en sus fases iniciales, no indicaba la existencia de una corriente interna específica sino, más bien, «una realidad, a saber: la presencia activa de anarquistas en el movimiento obrero»[41].

A partir de los años veinte, no obstante lo anterior, se hacía cada vez más evidente que los militantes anarquistas habían hegemonizado el movimiento tras las diásporas internas al sindicalismo transnacional. Seguía profesándose una supuesta autonomía de la política, sobre todo por parte de las organizaciones europeas, pero era cada vez más patente que esta postura no hacía sino encubrir una estrategia destinada a obstaculizar las organizaciones socialdemócratas, por un lado, y las soviéticas, por otro, a través de la AIT, que fue refundada para este fin en 1922. Fue precisamente durante el proceso de constitución de este organismo cuando emergieron las diferencias estructurales de base política y organizativa entre las organizaciones europeas y la argentina. En esa ocasión, el movimiento anarquista argentino envió por primera vez a un representante, Diego Abad de Santillán, a un escenario de debate internacional. Como ya se ha dicho, la organización argentina asumía en aquel contexto una posición crítica con respecto a la orientación política de las formaciones sindicalistas europeas. Estas, según los foristas, aunque movidas por el «loable propósito de intensificar la propaganda anarquista», no comprendían la inutilidad de la existencia de tres organizaciones internacionales distintas, especializadas, respectivamente, en el ámbito sindical, en el específicamente anarquista y, por último, en el antimilitarista. Según la FORA, el movimiento anarquista internacional necesitaba «reconstruir su unidad ideológica y establecer la homogeneidad de sus actividades en los diversos campos»[42]. En este sentido hay que interpretar la denuncia, promovida desde las columnas de *La Protesta*, de las «vacilaciones»[43] de los miembros del Comité Nacional de la CNT, que en el Congreso de Zaragoza (1922) se mostraban titubeantes a la hora de reafirmar la orientación libertaria de la organización española frente a las presiones de sus miembros filosoviéticos. Para los foristas, esas presiones —advertidas también en Argentina con la constitución

[40] LEVY, Carl, «Currents of Italian Syndicalism before 1926», *International Review of Social History*, n.º 45 (2000), pp. 209-250, p. 243.

[41] LEHNING, *L'anarcosindacalismo*, p. 11.

[42] «La unidad en la propaganda», *La Protesta*, 2 de diciembre 1922.

[43] «Las vacilaciones del sindicalismo español», *La Protesta. Suplemento*, 5 de marzo de 1923.

de la USA, que integraba en su seno a miembros anarcobolcheviques, además de sindicalistas— debían expulsarse de la estructura de la nueva Internacional, que ellos querían exclusivamente anarquista, sin ninguna vacilación. A pesar de las discusiones internas, el resultado del encuentro berlinés ratificaba «la formalización de los nexos internacionales de la familia antipolítica»[44], pero también el abandono, con la excepción del caso español, de la posibilidad realista de adquirir los rasgos de un movimiento revolucionario de masas. Para la FORA, en aquel momento comenzaba lo que Abad de Santillán definiría como su período «menos interesante», que se prolongó hasta los años treinta, cuando la incapacidad «de responder al fatal golpe de Estado del general Uriburu»[45] confirmó su ocaso definitivo. La USI, tal como podía leerse en *Guerra di Classe* en 1923, sobrevivía al fascismo «como puede vivir una organización sindical [...] con su estructura rota en muchas partes, con casi la totalidad de sus mejores miembros en el exilio o en la cárcel»[46]. En efecto, tras el último congreso, celebrado en 1925 clandestinamente en Génova, la organización se identificaba de hecho con el Comité de Emigración de la USI, establecido en París. En cuanto a la CNT, durante todo el período del régimen de Primo de Rivera se redujo a la clandestinidad y tuvo que esperar al estallido de la guerra civil para demostrar su vitalidad y la de los militantes sindicalistas y anarquistas dispersos por el mundo, que no dudarían en recurrir a las armas para apoyarla.

3. *Nuestra patria es el mundo entero*. Itinerarios militantes entre Italia, Argentina y España

A lo largo de toda su trayectoria histórica, como hemos visto, el movimiento sindicalista transnacional presentó una amplia variedad de modelos organizativos. Por esta razón, el estudio de las biografías de sus militantes ayuda a percibir una homogeneidad más marcada del movimiento, que se reconocía más en el conjunto de métodos y prácticas cotidianos que en una teoría definida de la acción. En este apartado se intentará comparar las biografías de dos militantes anarquistas italianos, exponentes de dos generaciones militantes diferentes, ambos activos en el movimiento obrero argentino y después voluntarios en la guerra civil española, donde actuaron apoyando a las formaciones de la CNT-FAI. Precisamente su pertenencia a diferentes momentos de la historia del movimiento anarquista y sindicalista

[44] Miguelañez Martínez, María, «La presencia argentina en la esfera del anarquismo y el sindicalismo internacional: las luchas de representación». *Historia, Trabajo y Sociedad*, n.º 4 (2013), pp. 89-117, p. 103.

[45] Gómez-Müller, *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina*, p 209.

[46] «A piombo. Morto che parla», *Guerra di classe*, 18 de noviembre de 1923, p. 31.

internacional debería poder proporcionar una imagen más clara de las dinámicas derivadas de la circulación de ideas y prácticas dentro de las redes militantes, vinculadas, a su vez, al fenómeno migratorio transoceánico. La intención es proponer un modelo de estudio biográfico que, dando la justa importancia a las opciones de clara índole personal, sirva también para captar, citando a Georges Sorel, aquello que «de menos individual hay en los acontecimientos»[47] y, así, proporcionar una, aunque muy limitada, imagen diacrónica del movimiento.

El período comprendido entre 1870 y 1920, como es sabido, representa el momento álgido del primer ciclo expansivo de la corriente migratoria desde Italia hacia Argentina, que conoció una suspensión temporal solo en los primeros años noventa del siglo xx. Fernando Devoto, en su fundamental estudio sobre la presencia de italianos en Argentina, señaló que «un gran número de inmigrantes se mantenía indirectamente en relación con los compatriotas e interactuaba con ellos a través del centro de emisión común que constituían los periódicos»[48]. Este dato es tanto más cierto cuando se refiere a militantes y agitadores procedentes del ambiente libertario. Desde siempre, los anarquistas han dejado huella de su continuo errar por el mundo con la fundación de diarios, a menudo con nombres similares a los del país de pertenencia, y con colaboraciones periodísticas a distancia, en calidad de observadores. El caso de Alberto Meschi no fue una excepción. Nacido en 1879 en Fidenza, territorio de larga tradición socialista del norte de Italia, era albañil y ayudante de carpintero de profesión. Emigrado a Argentina en 1907, según las autoridades en poco tiempo «había destacado entre los anarquistas italianos de aquella localidad» y también como miembro de la Comisión Ejecutiva de la FORA. Colaboraba, además, con el periódico forista *La Protesta*, con el antimilitarista *La Luz del Soldado* y, como corresponsal en el extranjero, con *Il Libertario* de La Spezia y *L'Alleanza Libertaria* de Roma. En 1909, sin embargo, Meschi fue expulsado del país[49] en virtud de las leyes antianarquistas, que, dictadas por el Gobierno argentino a raíz del asesinato del coronel Falcón, también afectaron a la facción italiana de la FORA[50]. Esa expulsión, testimonio del gran número de seguidores que Meschi había logrado conseguir en tan poco tiempo, fue percibida por las corrientes sindicales adversarias de la FORA casi como un símbolo de la derrota de la propia organización, hasta el punto de obligar a su Consejo Federal a desmentir tales afirmaciones[51]. Aunque integrado, como anarquista, en la estructura de la FORA —que en aquellos mismos años afrontaba la escisión del ala

[47] Sorel, Georges, *Scritti politici* (Turín: Utet, 2006), p. 128.

[48] Devoto, *Storia degli italiani in Argentina*, p. 163.

[49] Prefettura di Genova, *Cenno biografico al 1910*, Archivio Centrale dello Stato (ACS), Casellario Politico Centrale (CPC), b. 3249, fasc. «Meschi Alberto Guglielmo Mario».

[50] L.J.M., «Sezione Italiana. Ai compagni di lingua italiana», *La Protesta*, 20 de enero de 1910.

[51] Consejo Federal, «La F.O.R.A. al proletariado», *La Protesta*, 20 de enero de 1910.

sindicalista revolucionaria—, Meschi demostraba un gran interés por el sindicalismo francés, interés que quedaba patente en los artículos que enviaba a las cabeceras anarquistas italianas desde Argentina[52]. En uno de ellos, en particular, Meschi elogiaba la capacidad de los «camaradas de Francia, que [...] arrancaban de las manos de los reformistas las organizaciones obreras, rodeados por la simpatía del proletariado»[53].Ya de vuelta en Italia[54], en 1911 Meschi asumió la dirección de la CdL [Camera del Lavoro] de Carrara que, a pesar de la arraigada presencia anarquista, se abrió también a los republicanos. Esta organización no solo vio crecer rápidamente el número de sus afiliados, que pasaron de los 1.355 en enero de 1911 a los 8.309 en enero de 1913[55], sino que consiguió importantes victorias contra el frente patronal mediante la práctica de la huelga. Una de estas huelgas, la de los combativos canteros de mármol de 1911[56], encontró eco, por su ejemplaridad, en las páginas del semanario francés *Le Libertaire*[57]. El estallido de la Primera Guerra Mundial, y el consiguiente inicio de un duro enfrentamiento interno en la USI, obligó a Meschi a abandonar la idea de un sindicalismo ajeno a las contiendas políticas y a situarse decididamente al lado de la causa antimilitarista. En noviembre de 1918, terminada la guerra, Meschi volvió a Carrara, donde intentó reorganizar la CdL y la redacción del periódico *Il Cavatore*. Tras una intensa etapa de luchas sindicales acaecidas durante el llamado «bienio rojo», en mayo de 1922 la CdL de Carrara fue ocupada por las escuadras fascistas. Meschi, como otros muchos, tuvo que refugiarse en París. A partir de 1923, el éxodo antifascista asumió progresivamente un carácter masivo y, en comparación con la oleada anterior, se distinguió por la mayor presencia de profesionales y empleados. Pero si muchos de ellos, los más cualificados y provistos de pasaportes vigentes, no hallaron grandes dificultades para integrarse en el mercado laboral, algo muy diferente ocurrió con los emigrantes políticos que habían entrado en el país sin los documentos necesarios para obtener la tarjeta de residencia[58]. En estos últimos casos, la única ancla de salvación eran las redes de solidaridad, los comités y los grupos de ayuda, como el Comité de Emigración de la USI, cada vez más preparado

[52] MESCHI, Alberto, «Dall'Argentina. Congresso operaio sud-americano», *Il Libertario*, 15 de abril de 1909; «La storia del primo maggio argentino», *Il Libertario*, 17 de junio de 1909.

[53] MESCHI, Alberto, «Gli anarchici e l'organizzazione operaia», *Il Libertario*, 26 de mayo de 1910

[54] Prefettura di Genova, *Cenno biografico al 1910*, ACS, CPC, b. 3249, fasc. «Meschi Alberto Guglielmo Mario».

[55] ANTONIOLI, Maurizio *et al.* (eds.), *Dizionario biografico degli anarchici italiani* (vols. 1-2). (Pisa: BFS, 2003-2004), p. 170.

[56] Prefettura di Genova, *Cenno biografico all'11 ottobre 1911*, ACS, CPC, b. 3249, fasc. «Meschi Alberto Guglielmo Mario».

[57] «Mouvement Internationale. Italie», *Le Libertaire*, 2 de septiembre de 1911.

[58] CERRITO, Gino, «L'emigrazione libertaria italiana in Francia nel ventennio fra le due guerre», en Bruno Bezza (ed.), *Gli italiani fuori d'Italia. Gli emigrati italiani nei movimenti operai dei paesi d'adozione 1880-1940* (Milán: Franco Angeli, 1983), pp. 831-911, p. 834.

para acoger a los recién llegados «con dinero [...] trabajo o asistencia legal o médica [...] sin pedir pasaportes políticos a nadie»[59]. Tras un primer periodo de asentamiento, los ambientes del exilio anarquista empezaron a reorganizarse. Como de costumbre, comenzaron a proliferar diarios y revistas y, correlativamente, a crearse grupos, étnicamente diferentes, que se aliaban de manera periódica con otras formaciones para abordar temas o problemas específicos. En esta fase, los grupos más comprometidos en el plano sindical fueron especialmente proclives a articular acciones unitarias con los sindicatos franceses. En 1923, el grupo parisino más cercano a las posiciones anarcosindicalistas era el «Pietro Gori», del cual Meschi fue uno de los principales promotores. En junio de ese mismo año se publicó el primer número de *La Voce del Profugo*, una iniciativa que contaba con la adhesión inicial del líder sindicalista Armando Borghi (1882), decidido a «mantener en pie la USI y proporcionarle un sólido anclaje en el seno de la AIT y del anarcosindicalismo francés»[60].

Ese mismo año, otro militante anarquista italiano tomó el camino del exilio. Aldo Aguzzi, nacido en Voghera en 1902, pertenecía a otra generación del anarquismo italiano y, por lo tanto, había vivido el compromiso en el movimiento sindicalista en una fase totalmente diferente de la de Alberto Meschi. La reseña biográfica redactada por la policía italiana lo calificaba de frecuentador asiduo de la CdL[61] de la población y miembro del grupo libertario local. Tras haberse distinguido en la lucha frente al ascenso del fascismo, en 1923 Aguzzi se exilió en Argentina. Establecido en Buenos Aires, enseguida se convirtió en uno de los miembros más activos de la comunidad anarquista italiana[62]. A su partida de Italia, sin embargo, Aguzzi se llevó consigo la imagen de una USI devastada por la diáspora interna pero sobre todo por los golpes asestados por la violencia de las escuadras, que al cabo de poco tiempo provocaron la disolución de la organización sindical por orden de la autoridad. Tal vez también por esto, una vez llegado a Argentina su compromiso en el ámbito propiamente sindical fue marginal y gran parte de su actividad se centró en el apoyo a las víctimas políticas del fascismo y en una prolífica actividad periodística[63]. A diferencia de Meschi, la trayectoria militante de Aguzzi en Argentina se entrecruza con otra corriente fundamental del anarquismo argentino, la «individualista». Esta tendencia, al igual que la

[59] Messerotti, Vittorio, «Comitato d'emigrazione dell'USI in Francia (sunto di relazione)», *Calendimaggio*, 1924.

[60] Di Lembo, Luigi, «Borghi in Francia tra i fuoriusciti (estate 1923-autunno 1926)», *Bolletino del Museo del Risorgimento*, Año XXXV, 1990, pp. 91-143, pp. 95-96.

[61] Prefettura di Pavia, *Cenno biografico*, 10 de abril 1920, ACS, CPC, b. 33, fasc. «Aguzzi, Aldo».

[62] Prefettura di Pavia, *Sovversivi attentatori*, 2 de septiembre 1933, ACS, CPC.b. 33, fasc. «Aguzzi, Aldo».

[63] Sergi, Pantaleone, «Tra coscienza etnica e coscienza di classe. Giornali italiani anarco-comunisti in Argentina (1885-1935)», *Giornale di Storia Contemporanea*, n.° 1 (2008), pp. 101-126, pp. 122-124.

favorable a los proyectos de organización anarquista, contaba entre sus miembros más destacados con varios militantes de origen italiano, entre ellos Severino Di Giovanni (1901). Llegado también a Argentina en 1923, Di Giovanni se distinguió rápidamente por actividades de «anarcobandidismo», como las definió *La Protesta*. En efecto, las clamorosas acciones de carácter terrorista que caracterizaron la actuación del grupo dirigido por él y, en particular, la explosión de una bomba en el Consulado de Italia en Buenos Aires, provocaron una oleada persecutoria que afectó a todo el movimiento libertario, especialmente al de procedencia italiana. Por aquella explosión fue investigado y, seguidamente, absuelto por falta de pruebas el propio Aguzzi, que ya en 1927 había estado implicado en la investigación de otro atentado con bomba organizado por Di Giovanni contra el National City Bank de Buenos Aires[64]. Fue precisamente la acción contra el consulado el desencadenante de la ruptura definitiva de los ambientes de la FORA con los del individualismo anarquista. Una ruptura que no se mantuvo precisamente en un plano de diálogo político. En octubre de 1929, el responsable de *La Protesta*, Emilio López Arango, fue asesinado por Di Giovanni. Aunque sin pruebas contundentes, la redacción del periódico no dudó en asociar el asesinato a la iniciativa del anarquista individualista, contra el cual se había proferido la grave acusación de ser un agente provocador fascista, acusaciones de las que se disoció Aguzzi, que intervino en defensa de Di Giovanni. En este contexto, la figura de Aguzzi resulta particularmente interesante por la posición equidistante que asumió durante la lucha intestina en el anarquismo argentino. En mayo de 1929, en efecto, Aguzzi había participado en el Congreso Anarquista de Buenos Aires, que reunió a representantes de una decena de organizaciones sindicalistas latinoamericanas y propició el nacimiento de la ACAT [Asociación Continental Americana de Trabajadores], afiliada a la AIT.[65] La creación de esta nueva organización supuso para la FORA una doble función: la de oponerse al Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo, promovido por el Profintern, pero también la de reafirmar su propia heterodoxia con respecto a la orientación política asumida por la AIT sindicalista. En el caso de Aguzzi, por el contrario, su renovado interés por los asuntos sindicales podría explicarse quizá por la influencia ejercida por Luigi Fabbri (1887). El conocido anarquista italiano, en efecto, después del asesinato de López Arango instó a Aguzzi —tal como se desprende de un informe policial— a «agrupar en torno a *La Protesta* a aquellos compañeros de Argentina disgregados a causa de la lucha intestina y sangrienta»[66]. Como muestra de su acercamiento al

[64] Direzione Generale P.S. – Affari Generali e Riservati, *Attentati anarchici*, 29 de diciembre de 1927, ACS, CPC, b. 33, fasc. «Aguzzi, Aldo».

[65] Direzione Generale P.S. – Affari Generali e Riservati, *Appunto n-500/2013*, 29 de enero de 1930, ACS, CPC, b. 33, fasc. «Aguzzi, Aldo».

[66] *Dichiarazioni di Lanciotti Umberto*, 15 de junio de 1930, ACS, CPC, b. 33, fasc. «Aguzzi, Aldo».

grupo de *La Protesta*, desde 1932, bajo el seudónimo de «Massimo Amaro», Aguzzi comenzará a colaborar con esta publicación escribiendo artículos dedicados no solo a la causa antifascista, sino también a la actividad sindical[67].

En plena década de los treinta, las trayectorias de Aguzzi y Meschi estuvieron a punto de cruzarse en España. Mientras tanto, las condiciones del sindicalismo italiano exiliado en Francia habían cambiado drásticamente. *La Voce del Profugo*, órgano de expresión del grupo «Gori», había cesado sus publicaciones ya a principios de enero de 1924. En aquel año, el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti y la consiguiente crisis del sistema liberal-parlamentario obligó a los opositores del fascismo a una reflexión más profunda sobre la naturaleza del movimiento fascista y sobre los medios para poder combatirlo eficazmente[68]. En este contexto, el «Gori» había adoptado una política aperturista con respecto a las demás fuerzas antifascistas, en oposición directa con la línea antiunitaria seguida por la USI, que se ratificó con ocasión de su Congreso de los Refugiados celebrado en París en 1925. Para los unitaristas del grupo «Gori» fue una derrota. Comenzó así el progresivo alejamiento de sus militantes de los métodos y los fines de la acción sindicalista: la lucha antifascista acabó por absorber las reivindicaciones específicas del grupo, especialmente las sindicalistas. Después de la nueva diáspora, también según la policía, el núcleo de la USI en el exilio estaba ahora «compuesto por pocos anarquistas»[69]. Pero, al menos formalmente, el movimiento consiguió reorganizarse poco antes del estallido de la guerra civil española. Como ha señalado Susanna Tavera, «la atracción que la guerra civil española suscitó en los refugiados italianos era también la consecuencia de vínculos surgidos principalmente durante la década de los veinte»[70]. Inicialmente, estos vínculos se estrecharon en torno a la cuestión catalana, para después extenderse al tema de la oposición al avance de los fascismos europeos y a los problemas teórico-organizativos surgidos a partir del período republicano en España. En el campo anarquista, con ocasión del Congreso de Sartrouville (1935), que había reunido a un buen número de exiliados[71], se decidió contrarrestar el aislamiento del movimiento abriendo el diálogo con las demás fuerzas

[67] Regia Ambasciata d'Italia, *Rapporto sull'attività di Aldo Aguzzi*, 3 de noviembre de 1932, ACS, CPC, b. 33, fasc. «Aguzzi, Aldo».

[68] MANFREDONIA, Gaetano, «Les anarchistes italiens en France dans la lutte antifasciste», en Pierre Milza (dir.), *Les italiens en France de 1914 à 1940* (Roma: École française de Roma, 1986), pp. 223-255, pp. 226-227.

[69] Ministero degli Affari Esteri, *Nota sull'Unione Sindacale a Parigi*, 28 de noviembre de 1929, ACS, Associazioni sovversive, cat.G1, busta n.127

[70] TAVERA, Susanna, «Caro amico, caro nemico. Carlo Rosselli, Camillo Berneri e i libertari catalani (1936-1937)», *Quaderni del Circolo Rosselli*, n.º 52/2 (1996), pp. 49-66, p. 49.

[71] DI LEMBO, Luigi, *Guerra di classe e lotta umana. L'anarchismo in Italia dal «Biennio rosso» alla Guerra di Spagna (1919-1939)* (Pisa: Bfs, 2001), pp. 191-192.

antifascistas. Esto permitió al conocido anarquista Camillo Berneri (1897) cruzar la frontera en julio de 1936 y estrechar relaciones con la CNT-FAI[72] con el objeto de constituir, junto con los integrantes de Giustizia e Libertà y los republicanos, una formación de voluntarios que se asociaron exclusivamente con el objetivo de combatir el fascismo: nacía la Sección Italiana de la Columna Ascaso. La Sección, activa en el frente aragonés, aquel «con más fuerzas que luchan por la revolución social y no solo por la defensa de la República»[73], precedió en algunos meses a la fundación de las más conocidas Brigadas Internacionales. Según fuentes policiales, en octubre de 1936 Berneri recibió, además, «2.000 pesetas para crear un periódico sindicalista»[74]. Se trataba de la nueva época de *Guerra di Classe*, que ahora se publicaba en Barcelona y que retomaba su actividad periodística el 9 de octubre dejando claro, ya desde la primera página, el valor que los voluntarios concedían a la gesta española: «aquí se combate una lucha que es mundial en sus repercusiones actuales y aún más en las futuras»[75]. Llegaron a España, entre otros, los mayores exponentes del ya disuelto grupo «Gori». Especialmente en las primeras etapas de la guerra, el rasgo identitario entre los voluntarios que acudieron a España era, sin duda, su pertenencia al ambiente «antifascista». Una dinámica que confirmaba el carácter instrumental que los anarquistas a menudo habían otorgado al sindicalismo: en efecto, aunque las estructuras formales de la USI seguían existiendo, los italianos que, llegados a España, se sentían y se declaraban «sindicalistas» eran los menos, mientras que la mayoría reivindicaba su pertenencia al campo «anarquista» o «antifascista»[76]. En agosto de 1936, un grupo de voluntarios italianos antifascistas miembros de GL [Giustizia e Libertà] partía de Francia «hacia Perpiñán [...] ayudados por el "Comité pour l'Espagne" local». Alberto Meschi formaba parte de este grupo, que llegó a España desde la estación de Austerlitz de París bajo las estrictas indicaciones de Carlo Rosselli (1899)[77]. Procedentes principalmente de Marsella, Lyon y París, después de cruzar la frontera por Perpiñán, una vez identificados y tras permitírseles la entrada en la España revolucionaria, los voluntarios llegaban a Barcelona. Todos ellos eran conscientes de que tras «la aparente

[72] «Rapporto Generale dell'attività dell'USI (Dal luglio 1936 all'aprile 1937)», *Guerra di classe* II, 1 de mayo de 1937.

[73] VENZA, Claudio, *Anarchia e potere nella guerra civile spagnola (1936-1939)* (Milán: Elèuthera, 2016), p. 109.

[74] Ministero dell'Interno, *Nota riservata al Ministero Affari Esteri*, 16 de octubre de 1936, ACS, CPC, b. 3249, fasc. «Meschi Alberto Guglielmo Mario».

[75] «Levando l'ancora», *Guerra di classe*, 9 de octubre de 1936.

[76] ACCIAI, Enrico, *Antifascismo, volontariato e Guerra civile in Spagna. La Sezione Italiana della Colonna Ascaso* (Milán: Unicopli, 2016), pp. 66-67.

[77] Direzione Generale di P.S., *Copia confidenziale n.500/23850*, París, 13 de agosto de 1936, ACS, CPC, b. 3249, fasc. «Meschi Alberto Guglielmo Mario».

normalidad de la vida en los barrios céntricos de Barcelona» se escondía «una febril actividad de preparación [...] un proceso de transformación social difícil y, al mismo tiempo, más necesario por las múltiples y complejas necesidades de la guerra»[78]. A su llegada, Meschi participó en las operaciones militares en Monte Pelado y, en octubre de 1936, fue enviado al frente para «luchar contra los nacionales insurgentes»[79]. En diciembre, sin embargo, regresaba temporalmente a Francia debido a sus malas condiciones de salud[80].

En poco tiempo, el rápido devenir de los acontecimientos hizo evidentes las contradicciones entre las fuerzas antifascistas presentes en España, e incluso entre GL y la fracción anarquista, cuya unidad en pos de un objetivo común comenzó pronto a resquebrajarse[81]. Al mismo tiempo, la inclusión de miembros de la CNT en el gobierno catalán y republicano, junto con el proceso de militarización, empezaba a crear un fuerte malestar dentro del propio ámbito libertario. Con la formación del gobierno de Largo Caballero comenzaron a cambiar «los esquemas fundamentales que el anarcosindicalismo había adoptado a lo largo de su historia en el terreno de la organización y de las prácticas sindicales»[82]. Los comités y colectivos anarquistas, especialmente los agrarios, fueron gradualmente disueltos y sus funciones económicas absorbidas por el Gobierno. Pero, sobre todo, el poder central quería hacerse con la gestión de las operaciones bélicas y, por tanto, también con el control de las milicias[83]. Un proceso con respecto al cual los miembros de tendencia libertaria de la Sección italiana reaccionaron declarándose, en calidad de voluntarios, «liberados de cualquier compromiso moral, reivindicando plena libertad de acción»[84]. La militarización de las milicias fue la prueba irrefutable del momento crítico que atravesaba la CNT, que se enfrentaba al problema no resuelto de la relación entre los fines y los medios de la acción revolucionaria. La dirección asumida por las máximas autoridades del movimiento parecía por el momento clara: la prioridad era ganar la guerra y posponer los problemas de la gestión de los objetivos revolucionarios a más adelante. Esta elección despertó perplejidad en los voluntarios italianos, cuya posición resumió Berneri. Delegado de la USI y de la Sección Italiana,

[78] L.M. «I problemi della rivoluzione», *Guerra di classe*, 9 de octubre de 1936, p. 1.

[79] Divisione Polizia Politica, *Nota n. 500/28441*, 2 de octubre de 1936, ACS, CPC, b. 3249, fasc. «Meschi Alberto Guglielmo Mario».

[80] *Lettera di Alberto Meschi a Lorenzo Giusti*, 16 de diciembre de 1937, Centro Documental de la Memoria Histórica (CDHM), caja PS Madrid 486/6, 166 y 167.

[81] BIFOLCHI, Giuseppe, «La colonna italiana sul fronte di Huesca», *Rivista Abruzzese di Studi Storici dal Fascismo alla Resistenza*, n.º 3 (1980), pp. 141-153, p. 149.

[82] CASANOVA, Julián, «Auge y decadencia», p. 63.

[83] GRAHAM, Helen, *The Spanish Republic at War (1936-1939)* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), p. 129.

[84] «Gruppo italiano Colonna Ascaso» y «La militarizzazione», *Guerra di classe*, 16 de diciembre de 1936.

además de, como se sabe, situado entre los pensadores más eclécticos y originales del anarquismo de tercera generación[85], consideraba que el de la CNT constituía un «giro peligroso»: no solo «la ausencia de unidad de mando» hacía poco tranquilizadoras las noticias procedentes del frente, sino que la falta de conexión entre los acontecimientos «estrictamente militares» y las «condiciones político-sociales» ponía de manifiesto el desvío de los objetivos más nobles de la guerra/revolución. Mientras el conflicto adquiría una dimensión internacional que comprometía, según Abad de Santillán, «el destino del mundo»[86], la irrupción soviética en los acontecimientos españoles, particularmente marcada en los primeros meses de 1937, tuvo importantes repercusiones en la gestión política del conflicto y trajo consigo un recrudecimiento de las divisiones en el seno del frente antifascista, disensiones que posteriormente desembocaron en los dramáticos sucesos de mayo de 1937. Pasados los primeros meses en el frente, la decepción por la gestión de la guerra y, sobre todo, por las relaciones con las demás fuerzas que actuaban en el bando antifascista comenzaba a generar resignación. A estas alturas, se avanzaba hacia la disolución de la Sección Italiana, que tuvo lugar en abril de 1937. Desilusionados y exhaustos, algunos militantes se entregaron a las autoridades italianas abjurando, más o menos sinceramente, de su pasado subversivo, mientras que muchos otros atravesaron la frontera para unirse a la resistencia francesa e italiana. Fue en este contexto cuando, inmediatamente después del asesinato de Camillo Berneri, Aldo Aguzzi asumió la dirección de *Guerra di Classe*. Su primer artículo aparecido en la edición española de la revista tenía el tono de una última llamada a las armas del anarquismo internacional contra los enemigos que ya no eran, denunciaba, solo los exteriores, sino también los internos al frente revolucionario. «La tragedia de mayo — afirmaba Aguzzi— [...] fue el presagio de una [...] contienda que, hoy, más que locura es traición»[87]. Después de haber defendido durante mucho tiempo a través de la prensa la actuación de la CNT-FAI e intentado obstaculizar las maniobras moscovitas para desacreditar a los militantes del POUM [Partido Obrero de Unificación Marxista], en 1938 Aguzzi abandonó España y se trasladó a Marsella. De regreso a Buenos Aires, se suicidó en 1939. Con sus artículos, Aguzzi había contribuido a escribir algunas de las últimas páginas de la historia del sindicalismo transnacional de acción directa.

[85] De Maria, Carlo, «Metodo biografico e scansioni generazionali nello studio del socialismo anarchico italiano», en Giampietro Berti and Carlo De Maria (eds.), *L'anarchismo italiano. Storia e storiografia* (Milán: Biblion, 2016), pp. 91-108.

[86] Abad De Santillan, Diego, «La Spagna e il mondo», *Guerra di classe*, 17 de octubre de 1936, p. 2.

[87] Aguzzi, Aldo, «Dopo un'altra prova», *Guerra di classe*, 16 de junio de 1937, p. 18.

El republicanismo y la recepción de Maquiavelo en la Argentina (1920-1940)

Leandro Losada
CONICET
Centro de Estudios de Historia Política
Escuela de Política y Gobierno
Universidad Nacional de San Martín

La transformación ocurrida en las ideas políticas argentinas durante las dos décadas que mediaron entre el final de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la segunda es usualmente conocida como crisis de la «Argentina liberal». Las circunstancias políticas fueron una manifestación elocuente de esa crisis. En 1930 un golpe de estado derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen, emblema de la Unión Cívica Radical, partido que había accedido al poder en 1916 (también con Yrigoyen), en las primeras elecciones presidenciales realizadas con la llamada Ley Sáenz Peña, sancionada en 1912, y que había establecido el sufragio secreto y obligatorio para la población masculina. Derrocado Yrigoyen, a partir de 1930 la política argentina estuvo signada por ensayos autoritarios y corporativos (durante el denominado «gobierno provisional» del general José Félix Uriburu entre 1930 y 1932), o la tergiversación de las contiendas electorales y la consecuente distorsión de las instituciones republicanas y liberales establecidas por la Constitución de 1853/1860, en especial durante la presidencia del general Agustín Justo entre 1932 y 1938. Este ciclo culminó a su vez con un nuevo golpe de estado, en 1943. Visto en perspectiva, entonces, la vida pública expuso el escepticismo y la impugnación al proyecto político fundacional de la Argentina como nación en el siglo XIX, precisamente condensado en la Constitución de 1853/1860, según el cual el país debía coronar su estatura de nación civilizada como república liberal y democrática[1].

[1] Losada, Leandro (comp.), *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2017); Halperín Donghi, *Vida y Muerte*; Halperín Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003); Halperín Donghi, Tulio, *La República Imposible (1930-1945)* (Buenos Aires: Ariel, 2004).

Las interpretaciones sobre este tema han oscilado entre dos afirmaciones. Por un lado, se ha sostenido que la «Argentina liberal» fue sustituida por una «Argentina autoritaria», entendida como expresión local de la más extendida crisis de la democracia liberal en el Occidente de entreguerras[2]. Por otro lado, se matizó esta sustitución en su ritmo y alcance, planteando que la crisis de la «Argentina liberal» habría tenido en realidad su punto culminante en el segundo golpe de Estado ocurrido en el siglo XX, el de 1943, y no en el primero, en 1930, como sostenía la primera perspectiva[3].

En ambos prismas, el problema se pensó a partir de la relación entre liberalismo y democracia, una premisa fundada en una de las singularidades que la historiografía ha atribuido a la Argentina, haber sido un país «nacido liberal». Pues sobre ella se abrió el interrogante de cómo concebir un liberalismo sin contendientes programáticos o doctrinarios relevantes, y que por ello fue una especie de «sentido común» transversal a divisiones políticas e intelectuales[4].

En este trabajo, en cambio, el eje está puesto en otro repertorio político y doctrinario, el republicanismo. Esta elección se sustenta en razones historiográficas e históricas. Respecto de las primeras, la relación entre republicanismo, liberalismo y democracia es un problema abierto, y más transitado para el siglo XIX que para el siglo XX[5]. Algunas interpretaciones han señalado una síntesis, o una convergencia, entre

[2] ROCK, David, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública* (Buenos Aires: Ariel, 1993); ZANATTA, Loris, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1996); POTASH, Robert, *El Ejército y la política argentina. Tomo I: 1928-1945. De Yrigoyen a Perón* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986); ROUQUIÉ, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. Tomo I. hasta 1943* (Buenos Aires: Emecé, 1998); TATO, María Inés, *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932* (Buenos Aires: Sudamericana, 2004); PRISLEI, Leticia, *Los orígenes del fascismo argentino* (Buenos Aires: Edhasa, 2008); FINCHELSTEIN, Federico, *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945* (Buenos Aires: FCE, 2010).

[3] DEVOTO, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002); DEVOTO, Fernando, «Para una reflexión en torno al golpe del 4 de junio de 1943», *Estudios sociales*, n.º 46/1 (2014), pp. 171-186; PASOLINI, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX* (Buenos Aires: Sudamericana, 2013); ZANCA, José, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2013); NÁLLIM, Jorge, *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955* (Buenos Aires: Gedisa, 2014).

[4] HALPERÍN DONGHI, Tulio, «Argentina: Liberalism in a Country Born Liberal», en Joseph Love and Nils Jacobsen (eds.), *Guiding the Invisible Hand. Economic Liberalism and the State in Latin America* (New York: Praeger, 1988), pp. 99-117; ROLDÁN, Darío, «La cuestión liberal en la Argentina en el siglo XIX. Política, sociedad, representación», en Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (coords.), *Un nuevo orden político. Provincias y estadonacional, 1852-1880* (Buenos Aires: Biblos, 2010), pp. 275-291.

[5] SABATO, Hilda, *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in Nineteenth-Century Latin America* (Princeton: Princeton University Press, 2018).

tradición liberal y tradición republicana[6]. Otros estudios, en cambio, mostraron los fundamentos republicanos de experiencias políticas autoritarias, como los gobiernos de Juan Manuel Rosas de las décadas de 1830 a 1850[7]. También se ha destacado la pluralidad de versiones (clásicas; católicas e hispánicas; inspiradas en las revoluciones norteamericana y francesa), que nutrieron el republicanismo en tiempos de las guerras de independencia[8].

Con relación a las razones históricas, es posible afirmar que, si el republicanismo no fue una novedad, sí recibió una considerable e inusual atención entre las décadas de 1920 y 1940. Es sintomático que esto haya ocurrido en un escenario de crisis e inestabilidad política, y de una creciente desconfianza hacia las posibilidades, o la deseabilidad, de la democracia liberal.

Al respecto, vale una aclaración: el eje aquí no será el escrutinio de las formas que la república había adquirido en la Argentina, y los diagnósticos y propuestas que se trazaron sobre ellas[9]. En las líneas que siguen la atención se colocará en textos y autores que abordaron doctrinaria e históricamente al republicanismo. Es decir, cuáles eran sus principios y ejes fundamentales, cuáles sus experiencias históricas distintivas y sus autores claves, qué relación guardaba con el liberalismo y la democracia. Estos interrogantes atravesaron a una producción variada, tanto por los registros y los móviles que incluyó (ensayos históricos, textos de intervención política, estudios académicos) como por las figuras y voces que participaron.

En segundo lugar, otra singularidad que tuvo el interés por el republicanismo en este período es que estuvo vinculado, incluso incidido, por otro fenómeno original en el pensamiento político argentino: la recepción y la interpretación de la obra de Nicolás Maquiavelo. Pensar el republicanismo, para buena parte de quienes acometieron esta tarea entre los años veinte y cuarenta, fue un corolario o un síntoma de cómo pensar a Maquiavelo[10].

[6] BOTANA, Natalio, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo* (Buenos Aires: Sudamericana, 1997).

[7] MYERS, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1995).

[8] ENTÍN, Gabriel, «Catholic Republicanism: The Creation of the Spanish American Republics During Revolution», *Journal of the History of Ideas*, n.º 79 (2018), pp. 105-123.

[9] ROLDÁN, Darío (comp.), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la República Verdadera* (Buenos Aires: FCE, 2006).

[10] He desarrollado este tema en profundidad en LOSADA, Leandro, *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940* (Buenos Aires: Katz Editores, 2019).

1. Republicanismo y antiliberalismo

Las semblanzas del antiliberalismo argentino de las décadas de 1920 y 1930 han variado según los problemas y temas elegidos para estudiarlo. En algunos casos, el «nacionalismo» fue concebido como su manifestación distintiva, distinguiéndose entre «nacionalistas republicanos» y «nacionalistas doctrinarios», o entre «nacionalistas restauradores» y «nacionalistas populistas», según sus opciones políticas y referencias doctrinarias. Otros enfoques han planteado al catolicismo tomista como la expresión más importante del antiliberalismo local, a partir del cual debería situarse y entenderse el nacionalismo[11]. Semejantes perspectivas, a su vez, han sido discutidas por retratos más fluidos, que señalaron las conexiones entre nacionalistas y católicos, o la heterogeneidad del propio campo católico[12].

Las disímiles apuestas y referencias políticas (desde el filofascismo hasta la restauración de un «estado cristiano», pasando por una aceptación de la tradición democrática, o del elemento popular, en la historia argentina), se conectan con otro punto destacado por la historiografía, la diversidad de fundamentaciones doctrinarias, enhebradas por autores clásicos y escolásticos, reaccionarios y tradicionalistas. Aun así, el énfasis ha sido subrayar la primacía de la intervención política antes que la elaboración teórica en el antiliberalismo argentino.

Teniendo en cuenta este panorama, cabe resaltar otras facetas, menos exploradas. Estas remiten, precisamente, a la atención que el antiliberalismo local prestó al republicanismo. La crítica a la democracia liberal no se voceó solamente a través de una ponderación de las experiencias autoritarias y corporativas contemporáneas (entre sí, además, de naturaleza y características diferentes -del fascismo al franquismo-). También se expresó contraponiendo república y democracia liberal. Esta contraposición fue extendida, en tanto se advierte en autores a menudo colocados en franjas diferentes, cuando no enfrentadas, del antiliberalismo argentino.

El segundo punto a destacar es que el interés por el republicanismo viró de la aprobación a la crítica. Semejantes oscilaciones respondieron, sobre todo y como lo han resaltado los estudios ya citados, a móviles políticos, a cambios de apreciación y de posicionamiento en la coyuntura. Pero, aun así, tales reposicionamientos también pueden atribuirse, o en todo caso se fundamentaron, en referencias teóricas, que informan sobre sustratos doctrinarios.

[11] Zuleta Álvarez, Enrique, *El nacionalismo argentino (2 tomos)* (Buenos Aires: La Bastilla, 1976); Buchrucker, Cristian, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987); Zanatta, *Del estado liberal.*

[12] Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo*; Zanca, *Cristianos antifascistas.*

Con relación al primer punto, entonces. Las invocaciones a la república fueron recurrentes en una publicación fundacional del nacionalismo argentino, precisamente llamada *La Nueva República* (iniciada en 1927). Esas invocaciones pueden, a su vez, diferenciarse entre sí. Por un lado, hubo una distinción entre república y democracia basada en la afirmación de que la Constitución argentina de 1853/1860 consagraba la primera y no la segunda[13]. Semejante contraste contraponía la democracia a una república liberal. Se distinguía entre liberalismo y democracia, a partir de una relectura, más que de una crítica abierta, del liberalismo decimonónico (connotaciones que han fundamentado la observación sobre el tenue antiliberalismo de esta publicación en sus primeros momentos) [14].

Ahora bien, también se opuso república a democracia con un repertorio lejano al liberalismo. Por ejemplo, Julio Irazusta (1899-1982), figura destacada de *La Nueva República*, asoció república con «gobierno mixto», entendido como una forma política (una combinación de instituciones de rasgos monárquicos, aristocráticos y democráticos) que era a su vez traducción del «orden natural de las cosas». Es decir, de una sociedad jerárquica y no igualitaria. La república así entendida permitía conciliar «los anhelos de la libertad con las exigencias de la autoridad» [15]. En otro texto, subrayó que república implicaba la admisión de «las diferencias establecidas por la naturaleza». Por ende, había que alertar a los «incautos» que creían que «toda república debía tender a la democracia» [16]. Estas consideraciones se sostenían en una amplia gama de

[13] IRAZUSTA, Rodolfo, «Con motivo del sufragio universal» (28-4-1928), en Julio Irazusta (ed.), *El pensamiento político nacionalista. T. 1. De Alvear a Yrigoyen* (Buenos Aires: Obligado, 1975), pp. 96-104. Irazusta, Rodolfo, «El aniversario de la Constitución» (5-5-1928), en Julio Irazusta (ed.), *El pensamiento político nacionalista. T. 1. De Alvear a Yrigoyen* (Buenos Aires: Obligado, 1975), pp. 105-106.

[14] DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo*, pp. 169-262.

[15] El gobierno mixto podía darse en «monarquías, aristocracias o república». Así, puede detectarse una oscilación en el uso de la noción de república: como una forma de sociedad y como una forma de gobierno; y en este sentido, como sinónimo de la mejor fórmula (gobierno mixto), y como variante particular de esa fórmula ideal. Frente a ésta coloca las «repúblicas democráticas», una expresión que parece conjugar una crítica a la democracia liberal (la democracia como inexorable derivación del individualismo liberal —plasmada en el sufragio universal—) con la noción de raíz clásica de la democracia como gobierno de un sector de la sociedad (el más numeroso). Pues las «repúblicas democráticas» «niegan la multiplicidad que es condición de dicha jerarquía [natural] y aspiran a la uniformidad por medio del sacrificio de todas las clases en beneficio de una sola». IRAZUSTA, Julio, «La forma mixta de gobierno» (31-1-1928), en Julio Irazusta (ed.), *El pensamiento político nacionalista. T. 1. De Alvear a Yrigoyen* (Buenos Aires: Obligado, 1975), pp. 55-59, pp. 58-59.

[16] IRAZUSTA, Julio, «República y democracia» (15-3-1928), en Julio Irazusta (ed.), *El pensamiento político nacionalista. T. 1. De Alvear a Yrigoyen* (Buenos Aires: Obligado, 1975), pp. 79-82.

referencias históricas y autores, pues se aludía a la república romana y a la monarquía francesa, a Platón, Aristóteles, Santo Tomás y Maquiavelo[17].

La contraposición entre república y democracia también fue postulada por otras voces. Tal el caso de Julio Meinvielle (1905-1973), exponente del catolicismo más intransigente. La formulación de Meinvielle, apoyada en Santo Tomás, tenía sustentos doctrinarios más ortodoxos que la de Irazusta. La república era, otra vez, gobierno mixto, mientras que la democracia era «el gobierno inicuo ejercido por muchos». La república permitía conjugar la «desigualdad natural» con la «participación de todos los ciudadanos en el gobierno», pues en lugar de «la participación aritméticamente igualitaria» implicaba un otorgamiento de «derechos políticos, proporcional a la función social». La república, por ende, podía ser la base del régimen corporativo y autoritario que debía plasmar el estado cristiano apuntalado por Meinvielle en este texto, pues se adecuaba «a la tradición republicana de países como el nuestro», y era a la vez diferente a las «repúblicas modernas», «mezcla de la demagogia con la oligarquía de los bribones»[18].

Avanzando los años treinta y cuarenta, el interés por el republicanismo no desapareció, pero sí mutó su valoración. Sugestivamente, este cambio de registro se advierte en autores usualmente catalogados como «nacionalistas republicanos», como el citado Irazusta o Ernesto Palacio (1900-1979)[19]. En este ejercicio, sobresalió un género extendido, y un tópico visible y perdurable en el horizonte de inquietudes de figuras como las mencionadas, el estudio de la historia de la Roma republicana. Esta experiencia histórica, que había sido ponderada en las páginas de *La Nueva República*, fue objeto de una revisión crítica en libros como *Catilina* o *Historia de Roma* (de Ernesto Palacio), o *Tito Livio* (de Julio Irazusta).

Palacio subrayó las imposturas del republicanismo romano. La república protegía los intereses de la oligarquía (una aristocracia corrompida). La revalidación de Catilina se apoya precisamente en el hecho de haber desenmascarado, y enfrentado, las falsedades de la república. El apego «republicano» a las instituciones era solo una mascarada para resguardar los intereses de los más favorecidos: «la perfección del régimen republicano requiere la existencia de una clase gobernante consubstancializada [sic] con el bien público, de una verdadera aristocracia [...] cuando no hay tal, sino una oligarquía, las libertades se traducen en libertad de rapiña y explotación, se

[17] También se ha destacado la gravitación de Charles Maurras, un autor recurrentemente asociado a esta variante del nacionalismo. DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo*, pp. 200-201.

[18] MEINVIELLE, Julio, *Concepción católica de la política* (Buenos Aires: Cursos de Cultura Católica, 1941), pp. 160-187.

[19] Cabe decir que esta categoría, postulada por Zuleta Álvarez, alude ante todo a un modo de acción política (que asume las instituciones republicanas argentinas en lugar de apuntalar un régimen autoritario inspirado en las experiencias europeas) más que a una posición doctrinaria.

vuelven contra el pueblo, quien debe buscar un protector en el poder personal de un caudillo, del dictador que erija»[20]. La ruptura revolucionaria del orden institucional y la «dictadura democrática» que procuró Catilina eran así reivindicadas: «hay que apartarse de la legalidad y acudir a los medios revolucionarios para quebrar el sistema, instituyendo un poder personal que organice nuevamente la República. Pero la dictadura antioligárquica: la dictadura del caudillo del pueblo contra sus explotadores, adueñados de los medios legales; la dictadura democrática»[21].

La contraposición aquí era, otra vez, república y democracia, pero, en contraste con los tiempos de *La Nueva República*, a favor de la última y como denuncia de la primera. Este prisma puede advertirse en otro libro contemporáneo, que también acometió una revisión crítica de la Roma republicana y que se apoyó en el texto de Palacio, firmado por Joaquín Díaz de Vivar (1907-2002): «en la República, por ejemplo, forma de gobierno que los escritores políticos de la antigüedad creían indispensable para la existencia de la Democracia, puede una clase privilegiada hacer servir exclusivamente en su interés, el orden jurídico estatuido, torturando los del común y convirtiendo entonces la república en un gobierno anti-democrático»[22]. En cambio: «Con la acción de César la Democracia logra la realización de su programa en forma integral, y a pesar de su exteriorización cesarista, el nuevo orden instrumenta a la vieja fuerza». Por eso, la muerte de César «realizada en nombre de principios liberales para salvar las instituciones republicanas, fue en verdad, si bien se mira, un acto de perturbación democrática»[23].

En *Tito Livio*, Julio Irazusta desplegó apreciaciones similares. El ensayo discute los prestigios de la república romana en «el espíritu occidental», «modelado por él [Livio] para verlo todo bien en la república destruida y todo mal en el imperio levantado sobre sus ruinas»[24]. En esta dirección, en lugar de subrayar la funcionalidad de la república para los intereses de los poderosos (al modo de Díaz de Vivar o Palacio), Irazusta cuestionó las cualidades que, a su juicio, habían fundamentado la ponderación republicana: la excelencia de su constitución y su asociación con la libertad.

Así, definió a la grandeza, más que a la libertad, como el motor que impulsó a la república. Por ello, el «imperialismo» había sido uno de sus rasgos distintivos. Esta

[20] PALACIO, Ernesto, *Catilina contra la oligarquía* (Buenos Aires: Rosso, 1935), p. 132. Sobre el papel de la aristocracia, también PALACIO, Ernesto, *Historia de Roma* (Buenos Aires: Albatros, 1939), p. 20.

[21] PALACIO, *Catilina*, p. 168-169.

[22] DÍAZ DE VIVAR, Joaquín, *Ideas para una biología de la democracia* (Buenos Aires: La Facultad, 1937), p. 26.

[23] DÍAZ DE VIVAR, *Ideas*, pp. 64-65.

[24] J IRAZUSTA, Julio, *Tito Livio. O del imperialismo en relación con las formas de gobierno y la evolución histórica* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1951), p. 287; también: pp. 11-20 y 179-191.

afirmación se conectaba con el otro punto aludido: el brillo de la Roma republicana no se había sustentado en su diseño institucional. Su perduración se había debido menos a la aplicación de un modelo abstracto y perfecto y más a que «la constitución romana fue resultado de la política romana, y no ésta resultado de aquella constitución»[25]. De esto se infería que «la cosa romana adelantó ininterrumpidamente gracias a sistemáticas violaciones de la constitución»[26]. Todo esto permitía entender por qué no había contradicción entre república e imperialismo, a diferencia de lo que habían repetido incansablemente los historiadores republicanos (un falso contraste que Estados Unidos demostraba, a su juicio, en el presente de Irazusta)[27]. E indicaba, a su vez, los problemas de la Roma republicana para acometer una expansión que necesitaba para su existencia. La república romana aristocrática idealizada por Tito Livio -definido como un «conservador liberal»[28]-, en suma, no había sido «un ideal de gobierno perfecto» sino una empresa de conquista (más brutal con los pueblos sometidos, además, que el imperio de los Césares)[29].

El otro elemento que había motorizado a la república, para Irazusta, fue el desempeño de su aristocracia. Por un lado, por haber sido «abierta al mérito». En segundo lugar, por haber advertido la importancia de la concordia. Ambos aspectos hicieron posible la deferente obediencia del pueblo, que perduró aun cuando se consagró la igualdad de derechos políticos (es decir, las jerarquías naturales se salvaron a pesar de la igualdad política)[30]. Sobre ello se había cimentado «la época de las grandes virtudes, acendradas en los patricios por una mejor comprensión de la indispensable solidaridad con el orden inferior, adquiridas por los plebeyos en su afán de elevarse a la nobleza, sin suprimirla»[31].

La revisión de la historia republicana romana, entonces, alentó críticas sobre la república como forma política y como experiencia histórica, fuera porque había protegido los intereses de los poderosos, fuera porque había apuntalado una experiencia imperialista (que sus apologetas habían matizado o idealizado), fuera porque su esplendor se debía menos a su arquitectura institucional que a la virtud y a la concordia alcanzada entre la aristocracia y el pueblo.

[25] IRAZUSTA, *Tito Livio*, p. 106.

[26] *Ibid*, p. 81.

[27] *Ibid*, pp. 286-296.

[28] *Ibid*, p. 185.

[29] Otro notorio intelectual antiliberal, Leopoldo Lugones, ya en los años veinte había cuestionado a la república y reivindicado el imperio, LUGONES, Leopoldo, «Historia del dogma», *Boletín de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, n.° I (1921), pp. 1-112.

[30] IRAZUSTA, *Tito Livio*, pp. 17-20, 98-99, 124-126 y 163-166.

[31] *Ibid*, p. 130.

Ciertamente, estos giros pueden ponerse en relación con los cambios de estos intelectuales en la política local. Palacio o Irazusta habían alentado el golpe de estado de 1930, apelando desde *La Nueva República* al compromiso cívico de la «aristocracia argentina» para terminar con la demagogia de Hipólito Yrigoyen (el presidente depuesto por ese golpe de estado). El fallido intento de instalar un gobierno autoritario y corporativo a cargo del general José Félix Uriburu y su sustitución por una restauración institucional acompañada de distorsiones electorales, pergeñada por el general Agustín Justo, fue causa de desencanto y de irritación para estos publicistas. Expresión de ello, viraron de la ponderación a la aristocracia al repudio de la «oligarquía», entendida como artífice o al menos cómplice del fracaso corporativo y del retorno constitucional. Así lo plasmó Julio Irazusta junto a su hermano Rodolfo en un texto emblemático del nacionalismo antiliberal, *La Argentina y el imperialismo británico* en 1934[32].

La reivindicación de Catilina por Palacio, a su vez, puede leerse como una revalidación póstuma de Uriburu (y una anticipación de su entusiasmo por el peronismo —que también atraerá a Díaz de Vivar-). La aprobación más comedida a estas opciones por parte de Irazusta, en cambio, está en sintonía con su acercamiento a la Unión Cívica Radical a fines de los años treinta (el partido político a cuyo derrocamiento había adherido a inicios de esa década), y la distancia que mantendrá respecto del peronismo. Más en general, la crítica a la república se vincula con el desplazamiento de las formas de gobierno como tema de interés de estos autores, en favor de una reflexión política que priorizó su conexión con las dimensiones sociales o económicas, como lo indican el mismo tópico de la dominación oligárquica o sus inquietudes por el imperialismo o por el estado (más que por el régimen político —perspectivas que recorren al *Tito Livio* de Irazusta o que Palacio volcó en su *Teoría del Estado*—)[33].

Aun así, cabe subrayar un punto. Si se concede que la coyuntura argentina subyace a estos trabajos sobre la Roma republicana clásica, quiere decir que estos autores vieron en la república romana un modelo que servía para pensar o exponer los dilemas e imposturas de una república liberal como la argentina. El republicanismo romano era un parámetro (más aún, la referencia paradigmática) del republicanismo liberal.

[32] DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora, *Historia de la historiografía en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009), pp. 201-285; HALPERÍN DONGHI, Tulio, *Ensayos de Historiografía* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996); CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIÁN, Alejandro, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960* (Buenos Aires: Alianza, 2003).

[33] ZULETA ÁLVAREZ, Enrique, *El nacionalismo argentino*, 2 tomos, (Buenos Aires: La Bastilla, 1976), T. I, pp. 263-414; T. II, pp. 423-508; LOSADA, Leandro, «Las elites y los "males" de la Argentina. Juicios e interpretaciones en tres momentos del siglo XX», *Desarrollo Económico*, n.º 54/214 (2015), pp. 387-409; DEVOTO, Fernando, «Acerca de la clase dirigente como problema en el pensamiento de la derecha nacionalista argentina», en Carlos Altamirano y Adrián Gorelik (comps.), *La Argentina como problema* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2018), pp. 207-221.

La equiparación del republicanismo romano y el liberalismo es explícita en Palacio y en Díaz de Vivar, así como la historiografía republicana discutida por Irazusta está integrada por autores asociados al liberalismo, de Mommsen a Montesquieu. A través de este recorrido, el republicanismo, en lugar de antídoto al liberalismo y a la democracia, como se había apuntado a fines de los años 20 e inicios de los 30 (incluyendo a la Roma republicana como ejemplo), se asociaba con el liberalismo y se contraponía a la democracia (cuya realización podía requerir, por ello, de formas cesaristas, no republicanas).[34]

Esta relectura del republicanismo (de antónimo del liberalismo a convergente con él) puede conectarse con otro aspecto, menos relacionado con el devenir de las apuestas políticas, y más con referencias teóricas y doctrinarias. Concretamente, con el itinerario que, a lo largo de estos trabajos, puede reconstruirse de la lectura de Nicolás Maquiavelo.

Se ha visto que el florentino figuraba entre los autores aludidos para fundamentar una noción de república jerárquica, incluso corporativa, que afirmaba el principio de autoridad. Semejante interpretación se desdibujó en los trabajos más tardíos. Irazusta identificó en Maquiavelo a uno de los discípulos de Tito Livio que habían contribuido a la injustificada glorificación de la república romana, incluso a un glosador más que a un comentarista con intervenciones originales; y discutió algunas de sus consideraciones, como la relación entre la crisis de la república y la prorrogación de los mandos militares[35]. Los argumentos de Irazusta sobre el esplendor republicano, se ha dicho, destacaron el afán de grandeza, la aristocracia y la concordia. Estas afirmaciones, que también pueden encontrarse en Ernesto Palacio[36], si a juicio del propio Irazusta estaban en contrapunto con las que atribuyó a Livio, también lo estaban con el Maquiavelo

[34] La invocación de la dictadura contra la república (explícita sobre todo en Palacio) también podría pensarse como síntoma de la asociación de republicanismo y liberalismo, en tanto es una contraposición propia de la modernidad, y no de la república romana. Quizás es inapropiado postular que estos autores desconocieron la raíz republicana de la dictadura en Roma. Pero sí la entendieron como un instrumento de inestabilidad antes que como una institución de preservación del orden en situaciones excepcionales. La dictadura, en Palacio, es sinónimo de apartamiento de la legalidad y de ruptura revolucionaria, mientras que en Irazusta es expresión de las aporías de la república y no de sus virtudes, pues aún contemplada en su marco normativo, lo ponía en peligro en el largo plazo (relativizando con ello, además, las fronteras entre república e imperio).

[35] IRAZUSTA, *Tito Livio*, pp. 145-166.

[36] Como se citó líneas arriba, para Palacio, «la perfección del régimen republicano requiere la existencia de una clase gobernante consubstancializada [sic] con el bien público, de una verdadera aristocracia».

de los *Discursos* y su señalamiento de una república libre gracias al conflicto y a la participación del elemento democrático[37].

Por lo demás, cabe acotar que Palacio e Irazusta objetaron otras facetas del pensamiento de Maquiavelo, también motivo de repudio entre otras voces antiliberales del período más definidamente encuadradas en el catolicismo, como el citado Meinvielle, o Tomás Casares (1895-1976): la separación entre moral cristiana y política[38]. Ciertamente, Palacio o Irazusta fueron acusados de «maquiavelismo» dentro del mismo antiliberalismo, por su ponderación de la acción política, o por su afán de poder y oportunismo (acusación paralela a las objeciones a su «maurrasianismo» —y que denota la descalificación que preponderó sobre el florentino en el antiliberalismo local—)[39]. Y, a su vez, es evidente que el tono de ambos frente a Maquiavelo no llegó a los extremos de Meinvielle o Casares, así como que su abanico de autores e influencias fue ecléctica[40].

Pero, aun así, entonces, el florentino no se contó entre las referencias perdurables de Palacio o Irazusta, ni fue un autor ponderado; por el contrario, fue blanco de críticas e impugnaciones. Rasgos que trasuntan huellas del tomismo, indicando lo extendido que estuvo en el antiliberalismo local, aun entre quienes no se contaron entre sus filas más ortodoxas[41].

[37] Irazusta reconoce y enumera los conflictos de la Roma republicana. Pero en ellos ve un síntoma de la imperfección del diseño constitucional antes que una causa del «gobierno libre». IRAZUSTA, *Tito Livio*, pp. 111-120. Asimismo, sus consideraciones sobre la relación entre república, guerra y conquista pueden leerse como una discusión con Maquiavelo. Pues si se ha argumentado que éste reconoció el papel de la guerra para asegurar o extender la libertad externa e interna de la ciudad (esto último, al acicatear el *vivere político* a través de un pueblo armado), también criticó la guerra guiada por afán de conquista, y contrapuso grandeza y libertad. VIROLI, Maurizio, *De la política a la razón de Estado La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)* (Madrid: Akal, 2009), pp. 196-199.

[38] PALACIO, *Catilina*, pp. 181-182; IRAZUSTA, *Tito Livio*, pp. 100-101; CASARES, Tomás, *Conocimiento, política y moral. Jerarquías espirituales* (Buenos Aires: 1981), pp. 53-73.

[39] Véanse por ejemplo las críticas a Palacio de SAMPAY, Arturo, *Introducción a la teoría del Estado* (Buenos Aires: Politeia, 1951), pp. 468-469.

[40] PALACIO, Ernesto, *Teoría del Estado* (Buenos Aires: Eudeba, 1973). Cabe decir, de todos modos, que este texto tiene más deudas con la teoría de las elites de los «neomaquiavelianos» italianos (Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto) que con el propio florentino. Tales autores también subyacen al texto citado de Irazusta, quien suma a Spengler, Ortega y Gasset, Toynbee, Taine o Renan entre sus referencias. IRAZUSTA, *Tito Livio*, p. 20.

[41] Las invocaciones positivas a Maquiavelo existieron en el antiliberalismo local Pero, justamente, en autores distantes del catolicismo, al menos durante buena parte de su trayectoria pública e intelectual. Tal el caso de Leopoldo Lugones, quien, empero, entendió al florentino como un precursor del fascismo (como lo había hecho el propio Mussolini) antes que de un eventual republicanismo antiliberal. La asociación de Maquiavelo y el fascismo también puede encontrarse en Marcelo Sánchez Sorondo, en quien asimismo se advierte una inflexión aristocratizante de la lectura del florentino, al vincularlo a una política biológica y a la vez estética (un «arte»), que la vuelve «cosa de pocos LUGONES, Leopoldo,

Lo cierto es que al mirar en conjunto los textos de los años veinte a cuarenta, es reconocible un cambio de apreciación sobre Maquiavelo, que se yuxtapone con el que hubo sobre el republicanismo romano. En un primer momento asociados o incluidos en un republicanismo clásico que se asociaba a orden y virtud, o que se concebía como un antídoto a la democracia liberal (y en el que Maquiavelo convivía con Santo Tomás y Aristóteles), el florentino y la historia de la Roma republicana culminaron asociándose a un republicanismo convergente o filiable con el liberalismo[42].

Un punto interesante a destacar es que este recorrido sobre el republicanismo entre los nacionalistas durante los años veinte y treinta no solo puede atribuirse a sus fuentes doctrinarias o a sus oscilantes apuestas políticas[43]. También pueden vincularse con otras versiones contemporáneas, vertidas desde autores referenciados con el liberalismo.

2. Republicanismo y liberalismo

Entre fines de los años veinte y los años cincuenta, Mariano de Vedia y Mitre (1881-1958) se interesó por el republicanismo y propuso una interpretación que lo hacía converger con el liberalismo y la democracia. En esa interpretación, ocupó un papel clave la lectura que hizo de Maquiavelo.

La reflexión de De Vedia y Mitre respondió a razones principalmente académicas. A diferencia de los autores vistos en el apartado anterior, no tuvo una participación destacada en la prensa o en escritos con vocación de intervención política. En cambio, su interés por las ideas políticas en general y por Maquiavelo en particular se conectan con las responsabilidades de la cátedra. De Vedia y Mitre fue el primer profesor de Derecho Político de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, cargo que desempeñó entre 1922 y 1946, una faceta de su biografía que ha quedado en un segundo plano (es más conocido por su labor como intendente de la ciudad de Buenos Aires entre 1932 y 1938, durante la presidencia de Agustín Justo). La trayectoria de

«Elogio de Maquiavelo», *Repertorio Americano*, 19 de noviembre de 1927, pp. 297-301 (originalmente publicado en *La Nación*, 19 de junio de 1927); Sánchez Sorondo, Marcelo, *La clase dirigente y la crisis del régimen* (Buenos Aires: Adsum, 1941).

[42] Irazusta admitió su «demora» en conocer a Tito Livio y desde allí a la historiografía republicana, precisando que lo leyó por primera vez en 1932-1933. Es decir, después de la etapa de *La Nueva República*: Irazusta, *Tito Livio*, p. 11.

[43] Puestas en el largo plazo, sus intervenciones podrían incluso leerse en otras coordenadas. Por ejemplo, en la larga tradición (remontable al siglo xvi) de impugnación tomista a Maquiavelo en el pensamiento político hispanoamericano. Por otro lado, la mixtura de republicanismo clásico y republicanismo católico no había sido inusual en tiempos de la ruptura colonial a inicios del siglo xix (si bien, claro está, para invocar libertad y no jerarquías). González García, Moisés y Herrera Guillén, Rafael (coords.), *Maquiavelo en España y Latinoamérica (del siglo xvi al xxi)* (Madrid: Tecnos, 2014); Entín, «Catholic Republicanism».

De Vedia revela en este sentido la renovación de los estudios de derecho ocurrida en la Argentina después de la reforma universitaria de 1918, que, entre otras cosas, exigió un abordaje más sistemático y erudito de campos de estudio hasta entonces subordinados, entre ellos la historia del pensamiento político[44]. En estas coordenadas, De Vedia fue el impulsor del primer libro de factura universitaria dedicado en la Argentina específica y detenidamente al estudio de la obra de Maquiavelo (en 1927, en ocasión de los 400 años del fallecimiento). Asimismo, De Vedia fue pionero en la historia de las ideas políticas desde una aproximación académica (publicó una obra de trece tomos en 1946)[45].

A lo largo de estos textos es posible advertir una atención especial al republicanismo y a Maquiavelo como una de sus referencias insoslayables. La identificación de Maquiavelo con el republicanismo alentó en De Vedia una caracterización singular del florentino y de su obra, y una interpretación igualmente particular del republicanismo.

Respecto del primer punto, el estatuto de Maquiavelo como autor republicano se sustentó en una valoración específica de sus principales textos. De Vedia consideró a los *Discursos* como su obra mayor y a *El Príncipe* como un texto secundario. Este último se dedicaba a una situación excepcional, la fragmentación política y territorial de la península itálica, y proponía por ende una solución también excepcional, el principado. De Vedia discutía así dos extendidas tradiciones de lectura sobre este libro y su autor: la que proponía que su tema era la tiranía (y que hacía de Maquiavelo sinónimo de inmoralidad y apólogo de la arbitrariedad —interpretación de larga y heterogénea genealogía en Occidente, con raíces en el siglo XVI y fuentes humanistas, católicas y protestantes—), y aquella que, frente a ésta, veía en *El Príncipe* una denuncia velada de la arbitrariedad[46].

En los *Discursos*, en cambio, según De Vedia, Maquiavelo había reflexionado sobre la política en situaciones de normalidad, develando así su verdadero rostro, un autor identificado con la república y con la libertad como principio sustantivo: «lo

[44] BUCHBINDER, Pablo, *¿Revolución en los claustros? La reforma universitaria de 1918* (Buenos Aires: Sudamericana, 2012); AGUERO, Ana Clarisa y EUJANIAN, Alejandro (coords.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y experiencias* (Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2018); ARLOTTI, Raúl, «Las primeras lecciones de Derecho Político en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA», en Tulio Ortiz (coord.), *Nuevos aportes a la historia de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires* (Buenos Aires: Facultad de Derecho, UBA, 2014), pp. 47-82.

[45] LOSADA, Leandro, «Republicanismo y liberalismo en la Argentina. Mariano de Vedia y Mitre (1920-1950)», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, n.º 119 (2020), pp. 109-134.

[46] DE VEDIA Y MITRE, Mariano, *Derecho Político General*, 2 Tomos (Buenos Aires: Kraft, 1946), T. 1, p. 291; DE VEDIA Y MITRE, Mariano, *Historia general de las ideas políticas*, 13 Tomos (Buenos Aires: Kraft, 1946). T. V, pp. 332-334; RUFFO-FIORE, Silvia, *Niccolo Machiavelli: An Annotated Bibliography of Modern Criticism and Scholarship* (Westport: Greenwood Press, 1990).

esencial de su pensamiento está contenido en los *Discorsi*, donde razona sobre el modo de que el pueblo alcance la libertad y se gobierne por ella; en *El Príncipe* discurre sobre los medios de fundar una monarquía nueva y absoluta para obtener la independencia y la unidad de la patria»[47]. Maquiavelo había sido «un apasionado de la libertad»[48], que recortaba «como objetivo cardinal del gobierno el mantenimiento de la libertad»[49].

El republicanismo de Maquiavelo, según De Vedia, afirmaba la libertad en una dimensión externa (la clave de su patriotismo en la invocación a librar a Italia de los bárbaros en el último capítulo de *El Príncipe*), pero también en una dimensión interna, al postular la «igualdad de todos los habitantes»; es decir, la ausencia de relaciones internas de dominación.

La libertad interna de la ciudad suponía entonces una participación igualitaria en los asuntos públicos, conjugada con un reconocimiento de la diversidad social. No implicaba nada parecido a la soberanía del pueblo o a la homogeneidad implícita a la idea de un hombre/ un voto. Pero tampoco aludía a la postulación de desigualdades naturales o a una consagración de jerarquías deferenciales, ni a la primacía de la aristocracia o de la concordia. Así lo manifestaba su noción de gobierno mixto, en la que De Vedia advirtió una ruptura con los clásicos, al menos con la versión que de él había acuñado Polibio. Para Maquiavelo, postulaba De Vedia, el gobierno mixto estaba pautado por el conflicto; éste era lo que explicaba su naturaleza y su virtuosa dinámica: «la república en Roma puso frente al gobierno de los cónsules al senado, pero el pueblo que no se sentía representado en el senado fue un motivo constante y permanente de peligro público, de conjuraciones y de movimientos sediciosos contra la autoridad establecida y agrega Maquiavelo que a estas disidencias entre el pueblo y el senado debe Roma sus libertades republicanas. Si no hubiera estado el pueblo alerta, con el pensamiento despierto, y con su ansia de libertad, si no hubiera obtenido finalmente la creación de los tribunos del pueblo para ejercer el control de los actos del senado, la república no habría sido una verdad ni la democracia habría surgido»[50].

El conflicto jugaba un papel decisivo. Pero, asimismo, más que las luchas entre los grandes y el pueblo, eran las instituciones democráticas (los «tribunos del pueblo»), la garantía de la libertad. Por ello De Vedia vio en Maquiavelo a un demócrata: «Su pensamiento es esencialmente democrático»[51]. Maquiavelo había pensado la política

[47] De Vedia y Mitre, Mariano (dir.), *Maquiavelo* (Buenos Aires: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1927), p. XLVIII.

[48] De Vedia y Mitre, *Derecho Político General*, T.1, p. 286.

[49] De Vedia y Mitre, Mariano (dir.), *Maquiavelo* (Buenos Aires: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1927), p. XLIV. También De Vedia y Mitre, *Historia general de las ideas políticas*, T. V, p. 302.

[50] De Vedia y Mitre, *Maquiavelo*, p. XLIV.

[51] De Vedia y Mitre, *Derecho Político General*, T.1, p. 272.

desde los intereses del pueblo, no desde los del príncipe[52]. Y había advertido el peligro de las aristocracias para una república: «se mantiene fiel al principio de que la mayor rémora para la suerte del Estado proviene de la conducta y de la acción de las clases privilegiadas [...] Asegura que mientras existan en el Estado los magnates no puede haber régimen de libertad y de igualdad»[53].

El florentino, por lo tanto, no enseñaba la contraposición entre república y democracia. Por el contrario, y esta era otra de sus rupturas con los clásicos, había sido el primer autor en concebir la república en su sentido moderno, como «gobierno popular», tal como lo hacía en el inicio de *El Príncipe* (afirmación que muestra que De Vedia veía el republicanismo maquiaveliano en sus dos grandes obras)[54].

La lección que De Vedia extraía de Maquiavelo, en suma, era que proveía una convergencia entre republicanismo, liberalismo (o al menos, amor y compromiso con la libertad, externa e interna de la ciudad) y democracia, que licuaba las insuficiencias de cada una de esas tradiciones por separado o limitaba sus peligros (el «individualismo» del liberalismo, la potencialidad despótica de la soberanía popular)[55].

Por lo demás, cabe agregar que para De Vedia, Maquiavelo era un «genio» por haber escindido política y moral, y fundar así la reflexión política moderna. La amoralidad de su política, con todo, no quería decir inmoralidad, ni abría el camino a la tiranía. La política maquiaveliana tenía una dimensión moral (que, por cierto, nada tenía que ver con el cristianismo: la ruptura con éste era otro de sus legados destacados)[56]. El norte de esa dimensión moral era la libertad del pueblo: «Según su pensamiento la razón de estado consiste en la libertad del pueblo, en la igualdad de todos los habitantes del país, y ante este solo objetivo superior puede el príncipe faltar a la promesa de fe». La moral de la política maquiaveliana no apuntalaba la autoridad, sino la libertad[57].

Semejantes afirmaciones pueden contraponerse casi en espejo con las vistas en el apartado anterior. El retrato es el mismo pero la valoración es opuesta, precisamente porque el retrato es similar: el florentino como exponente de un republicanismo liberal. Maquiavelo era moderno; no remitía a orden y jerarquía, ni a una política subordinada a la moral (o en todo caso, el horizonte moral de la política, en sí entendida como cosa distinta de la moral cristiana, aludía a la libertad en este mundo); enaltecía el

[52] *Ibid.* p. 290.

[53] DE VEDIA Y MITRE, *Derecho Político General*, T.1, p 275; DE VEDIA Y MITRE, *Historia general de las ideas políticas*, T. V, p. 310.

[54] DE VEDIA Y MITRE, *Historia general de las ideas políticas*, T. V, pp. 306-309.

[55] LOSADA, Leandro, «Soberanía y libertad. Balances y diagnósticos de Mariano de Vedia y Mitre sobre el liberalismo (Argentina, 1920-1950)», *Anuario IEHS*, n.° 33/2 (2018), pp. 39-60.

[56] DE VEDIA Y MITRE, *Historia general de las ideas políticas*, T. V, pp. 287-288.

[57] DE VEDIA Y MITRE, *Derecho Político General*, T.1, p. 286. Véase: LOSADA, «Republicanismo y liberalismo en la Argentina».

conflicto por sobre la concordia, y al elemento democrático sobre el aristocrático (lo que permitía conciliar república y democracia; concebirla como «gobierno popular»)[58].

Según se dijo, los textos de De Vedia fueron principalmente académicos; no se les puede adjudicar, al menos explícitamente, una motivación política ni tienen las características de textos de intervención pública, como fue usual entre los nacionalistas. De todos modos, es nítido que estuvieron en lugares opuestos de la política argentina. De Vedia estaba referenciado con el liberalismo argentino por razones no solo doctrinarias (era sobrino nieto de Bartolomé Mitre, presidente de la Nación entre 1862 y 1868, y figura excluyente de la Argentina liberal del siglo XIX junto a Juan Bautista Alberdi o Domingo Faustino Sarmiento). Y, vale recordar, fue parte del gobierno de Agustín Justo, objeto de las diatribas o los desencantos de Palacio e Irazusta. De hecho, De Vedia se apartó de la cátedra apenas el peronismo llegó al poder, a inicios de 1947. Quizás más relevante, tuvo conflictos directos con los hermanos Irazusta (se le atribuyeron maniobras para que no se otorgara el Premio Municipal de Literatura, cuando era intendente, a *La Argentina y el imperialismo británico*)[59]. Y sus trabajos fueron discutidos y citados por Casares y Meinvielle, precisamente por ver en De Vedia a un autor que reivindicaba a Maquiavelo y que desplegaba una noción de la política escindida de la religión[60].

3. Conclusiones

Algunos balances, para finalizar, a partir de lo explorado en estas páginas. En primer lugar, un punto ya señalado al inicio: hubo un interés por la caracterización histórica y doctrinaria del republicanismo durante las décadas de 1920, y sobre todo, 1930, para cuyo espesor y grado de polémica es difícil encontrar antecedentes. Sugestivamente, el período abierto por la crisis política de 1930 ha sido definido como un «*machiavellian moment*»[61]. Esta afirmación puede interpretarse en sus dos sentidos posibles: como un escenario de incertidumbre que alentó la reflexión política y doctrinaria, y

[58] Otro autor referenciando en el liberalismo local, José Luis Romero, se interesó también por la Roma republicana y Maquiavelo, concibiéndolo asimismo como un «moderno» y un republicano (señalando, de todos modos, las tensiones de su republicanismo con el liberalismo). Romero, José Luis, *La crisis de la República Romana. Los Gracos y la recepción de la política imperial helenística* (Buenos Aires: Losada, 1942); Romero, José Luis, *Maquiavelo historiador* (Buenos Aires: Signos, 1970).

[59] Gálvez, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria. Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales* (Buenos Aires: Taurus, 2003), pp. 654-656. Mutsuki, Noriko, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino* (Buenos Aires: Biblos, 2004), p. 103.

[60] Casares, *Conocimiento, política y moral*, p. 53; Meinvielle, Julio, *Concepción católica de la política*, pp. 73-74.

[61] Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta*, p. 81.

como un interés por Maquiavelo[62]. Ambas tendencias, vale decir, fueron reconocidas y vinculadas por algunos contemporáneos[63].

En segundo lugar, el interés por el republicanismo, la historia de la Roma republicana y Maquiavelo indican una atención a la historia, el pensamiento y la política italianas. Desde ya, y como suele suceder, es posible encontrar antecedentes y reconstruir itinerarios en esta dirección (que ameritarían un trabajo en sí mismo), remontables al menos al romanticismo del siglo XIX (las referencialidades entre la Joven Italia de Giuseppe Mazzini y la Joven Argentina apuntalada por la generación de 1837 de los ya mencionados Sarmiento o Alberdi), sin olvidar el incentivo que la masiva inmigración de esa procedencia en el pasaje del siglo XIX al XX supuso para el arraigo y la expansión de la cultura italiana en la Argentina[64]. En lo que aquí concierne, las intervenciones abordadas muestran varios fenómenos a considerar en el territorio de la circulación trasnacional de saberes. Más allá del interés en sí por el fascismo (con el que se vinculó a Maquiavelo, aludiendo explícitamente a la conexión que el propio Mussolini había hecho con el florentino —Mariano de Vedia y Mitre tradujo y enseñó el «Preludio a Maquiavelo» del Duce y Leopoldo Lugones lo exaltó por ser precursor del fascismo—)[65], la lectura que hizo De Vedia y Mitre de Maquiavelo como un republicano comprometido con la unidad nacional y la edificación estatal tenía, entre sus fuentes, toda una tradición de lectura desplegada en Italia, y que en los años del *Risorgimento* habían reactivado intelectuales y juristas que De Vedia citó y refirió, como Luigi Passerini, Gaetano Milanesi, Pietro Fanfani, Francesco de Sanctis, Oreste Tommasini o Vittorio Emmanuele Orlando. Asimismo, se puede decir que en Julio Irazusta, pero sobre todo en Ernesto Palacio, la lectura de Maquiavelo está incidida por Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, los teóricos de las elites cuyo impacto en estos autores es explícito en sus textos, como *Teoría del Estado* de Palacio.

En tercer lugar, y volviendo al tema de las versiones desplegadas sobre el republicanismo, se ha visto que autores vinculados al antiliberalismo y figuras referenciadas con el liberalismo, culminaron asociando republicanismo y liberalismo. En el primer caso, en un sentido crítico (para el cual el tomismo fue una fuente de crítica doctrinaria más que de una versión alternativa del republicanismo políticamente viable). En el segundo caso, procurando una síntesis virtuosa. En esa convergencia, un elemento

[62] POCOCK, John G. A., *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica* (Madrid: Tecnos, 2008).

[63] ASTRADA, Carlos, *La Real Politik. De Maquiavelo a Spengler* (Córdoba: Estudio Gráfico Biffignandi, 1924); ROMERO, *Maquiavelo Historiador*.

[64] PATAT, Alejandro, *Un destino sudamericano. La letteratura italiana in Argentina (1910-1970)* (Perugia: Guerra, 2005).

[65] Véase nota 41; MITARCITONDO, Laura, *Un preludio a Machiavelli. Letture e interpretazioni fra Mussolini e Gramsci* (Turín: G. Giappichelli, 2016).

distintivo, y común, fue una lectura «liberal» de Maquiavelo. De ello pueden extraerse cuatro observaciones.

La primera, es que en el pensamiento político argentino, la síntesis o la convergencia entre liberalismo y republicanismo fue un fenómeno también novedoso, al menos desde los años de la organización constitucional a mediados del siglo XIX. Desde ya, el hecho de que la Argentina era una república liberal había formado parte central del proyecto de nación y fue uno de sus consensos más perdurables. Esto no debe hacer olvidar, sin embargo, que la compatibilidad entre republicanismo y liberalismo en función de sus principios sustantivos había sido cuestionada por algunos de los principales referentes del liberalismo local. Tal el caso, por ejemplo, de las objeciones y críticas de Juan Bautista Alberdi al republicanismo (entre cuyos referentes incluyó a Maquiavelo) y a sus valores o pasiones (la gloria, el patriotismo) basadas o inspiradas en las distinciones de Fustel de Coulanges y de Benjamin Constant entre la libertad de los antiguos y la libertad de los modernos[66]. También había sido usual la asociación de Maquiavelo con la inmoralidad y la tiranía, en el propio Alberdi, Sarmiento o Esteban Echeverría[67].

En segundo lugar, no parece desatinado concluir que la versión de la convergencia entre republicanismo y liberalismo con mayor proyección a futuro, o al menos con mayor gravitación inercial en el sentido común histórico argentino, fue la formulada por el antiliberalismo. Esto es, la asociación del republicanismo liberal con lo antipopular y la dominación oligárquica, o, en todo caso, con una concepción aristocratizante, más que con un repertorio que promueve la participación popular, se cimenta en la libertad interna y externa de la ciudad, y otorga un papel virtuoso al conflicto[68].

El carácter marginal, incluso olvidado, de esta última versión, tal como la formuló De Vedia y Mitre, podría adjudicarse a razones políticas; es decir, a la impopularidad, que aún hoy, perdura en la memoria colectiva sobre la década de 1930 y los gobiernos de ese entonces, que De Vedia, como se dijo, integró. Su reivindicación de un republicanismo popular y patriótico sería una demostración más de los contrastes entre las

[66] Algunas interpretaciones han encuadrado este contraste en términos de dos tradiciones republicanas, una clásica y otra moderna (o liberal). CAROZZI, Silvana y FERRERO, Maximiliano, «El siglo XIX rioplatense y el ensayo liminar de una nación republicana», en Gabriela Rodríguez Rial (ed.), *República y republicanismos. Conceptos, tradiciones y prácticas en pugna* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2016), pp. 227-244.

[67] LOSADA, *Maquiavelo en la Argentina*, pp. 23-39.

[68] Proyección que, por cierto, no podría atribuirse solo a la publicística nacionalista. La vida pública y los discursos políticos de figuras ajenas e incluso opuestas al nacionalismo revelan tópicos parecidos, alentados por las disputas de coyuntura, repertorios y tradiciones partidarias, y juicios personales: LOSADA, Leandro, «El ocaso de la "Argentina liberal" y la tradición republicana. Reflexiones en torno a los discursos públicos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Marcelo T. de Alvear, 1930-1943», *Estudios sociales*, n.º 54/1 (2018), pp. 43-66.

palabras y los hechos de sus protagonistas, otra impostura del «republicanismo liberal». Desde una perspectiva académica, sin embargo, la marginalidad podría relativizarse, al recordar su lugar de enunciación, la principal casa de estudios en la formación de las elites argentinas, la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, durante más de veinte años. Con todo, esto también debería matizarse considerando la preponderancia que allí adquirió el tomismo. De hecho, De Vedia fue sustituido en Derecho Político en 1947 por un reconocido jurista de filiación tomista, Faustino Legón (de quien Arturo Sampay, jurista de gravitación en la reforma constitucional impulsada por el peronismo en 1949, se reconoció discípulo). Desde este punto de vista, su intervención intelectual emergería como un síntoma de la declinación del liberalismo en las ideas y en el campo intelectual argentino de la época, e incluso de su significación cultural en un sentido más amplio.

En tercer lugar, la infrecuencia de una modulación republicana en el liberalismo, o de una incorporación del republicanismo al pensamiento liberal (al menos inspirada en una lectura republicana de Maquiavelo como la que ofreció De Vedia) informa sobre algunos rasgos del liberalismo argentino, no solo de su declinación. Por un lado, revela versiones hasta el momento poco exploradas, que suman vetas y riqueza a su fisonomía. Por otro lado, y en relación con lo anterior, si esa reflexión se contrapuso a la del antiliberalismo, también tuvo contrapuntos con la del liberalismo del siglo XIX, que había recelado del republicanismo y del propio Maquiavelo (como De Vedia advirtió y discutió)[69].

En cuarto y último lugar, el repudio o el desdén a Maquiavelo (y sobre todo a un Maquiavelo republicano) del antiliberalismo de la primera mitad del siglo XX, así como del liberalismo del ochocientos, muestra una coincidencia a primera vista quizá sorprendente entre antípodas políticas e ideológicas. Y sugiere una hipótesis para pensar transversalmente al pensamiento político argentino: la prudencia o el recelo para incorporar el conflicto a la reflexión política (sustituido por diversas versiones del consenso —o del agente postulado para alcanzarlo: el estado, la iglesia, el mercado-). Semejante prudencia o recelo podría concebirse, incluso, como una dificultad para pensar la política, si se asume que una de sus características distintivas es, precisamente, el conflicto[70].

[69] DE VEDIA Y MITRE, *Historia general de las ideas políticas*, T XIII, pp. 52-53 y 104-107; LOSADA, «Republicanismo y liberalismo en la Argentina».

[70] ESPOSITO, Roberto, *Confines de lo político. Nueve pensamientos sobre política* (Madrid: Trotta, 1996), pp. 19-37.

La idea de la latinidad en la política cultural del fascismo en América Latina: el caso de Argentina.

Federica Bertagna
Università degli Studi di Verona

1. Pródromos

El objetivo de este ensayo es analizar de qué manera la idea de *latinità* jugó un papel en la acción de penetración del fascismo en América Latina a partir del caso de Argentina, el país que, por el peso sociodemográfico que tenían ahí los italianos, superior por mucho a aquel que tenían en todos los demás destinos migratorios, más atrajo la atención del régimen de Mussolini, en absoluta continuidad con lo que había pasado de la unificación italiana en adelante[1].

Con este fin, antes es oportuno reconstruir el contexto de posibilidad para una operación como aquella, analizando los significados atribuidos hasta ese momento a la idea de *latinità* en relación con América Latina, es decir, analizar los usos políticos y culturales del término.

Con respecto a Italia, se puede decir que antes del fascismo el concepto de *latinità* y la relación con América Latina discurrieron en vías paralelas, que prácticamente no se cruzaron. Por una parte, durante el Risorgimento estaba bien presente la idea de que Italia fuera la heredera de Roma —la *Terza Roma* de Giuseppe Mazzini, después de la Roma imperial y de la de los papas[2] —, y ligada a esta también la idea de que le correspondiera una misión civilizatoria que se desplegaría en Europa y, eventualmente, en África[3]. Por otra parte, América Latina todavía hacia la mitad del siglo XIX era algo exótico y ciertamente ajeno: cuando el fundador de la antropología italiana Paolo

[1] Devoto, Fernando J., *Historia de los italianos en la Argentina* (Buenos Aires: Biblos, 2006).

[2] Veáse Mazzini, Giuseppe, *Note autobiografiche* (Milán: Rizzoli, 1986), p. 382.

[3] Así por ejemplo en el último Mazzini, Mazzini, Giuseppe, «Politica internazionale», en Giuseppe Mazzini, *Scritti editi e inediti*, vol. XCIII (Imola: Galeati, 1941), pp. 143-172 y 186-187. El propio Mazzini, por otra parte, tuvo no poca influencia en el Río de la Plata, en particular en Montevideo, donde la élite local estrechó vínculos a mitad del siglo XIX con exiliados «mazzinianos», por un lado, y argentinos, por el otro (entre ellos, el futuro presidente argentino Bartolomé Mitre).

Mantegazza viajó a la región, describió las poblaciones del interior argentino como fruto exclusivo (y negativo, en su opinión) de la mezcla entre indios y españoles[4]. Todo cambió en la segunda mitad del siglo, cuando miles y, luego, decenas de miles de emigrantes italianos empezaron a radicarse en el Río de la Plata. La formación de colectividades fue vista como potencialmente ventajosa, desde un punto de vista económico y comercial antes que político (o si se quiere político en cuanto económico y comercial), por una parte de la clase dirigente. Algunos fueron incluso más allá y llegaron a hablar en particular de Argentina como de una potencial «Australia italiana», como vaticinó el geógrafo, economista y diplomático Cristoforo Negri en 1864, pensando que Italia podía tener ahí una influencia económica parecida a la de Inglaterra en Australia.

En realidad, entre 1870 y 1914, mientras la emigración italiana a Sudamérica se trasformaba en «aluvión» en la propia Argentina, fue en África donde Italia intentó «hacerse grande» con desigual fortuna. En América Latina, con la parcial salvedad de los gobiernos de Francesco Crispi, las iniciativas fueron casi siempre privadas (como las de la Società Dante Alighieri, fundada en Florencia para tutelar y promover la cultura italiana en el mundo) y estuvieron dirigidas exclusivamente a las colectividades italianas, o directamente surgieron en su seno (como las escuelas italianas, creadas y financiadas en su gran mayoría por las sociedades de socorros mutuos de los emigrantes)[5].

Argentina fue claramente el país que concentró los mayores esfuerzos. Sin embargo, muy tempranamente, a comienzos del siglo xx, las miradas sobre la república sudamericana ya empezaron a ser ambivalentes: por un lado, para muchos liberales seguía siendo un modelo virtuoso de emigración exitosa[6]; por el otro, el interés hacia los emigrantes ahí radicados y la preservación de su *italianità* se transformó en preocupación de parte de la clase dirigente italiana, frente a la rápida asimilación que

[4] «La apatía india ha encontrado en la inercia española un tronco muy cómodo sobre el que injertarse y de esto surgió un producto moral, que difícilmente se encuentra en otras naciones; es el estoicismo de la ignorancia; [...] es un horror congénito, educado por el hábito de toda la vida, por todo lo que sabe a fatiga». Esta y todas las traducciones del italiano al español en el texto son obra de la autora. MANTEGAZZA, Paolo, *Rio de la Plata e Tenerife* (Milán: Gaetano Brigola Editore, 1867), p. 36.

[5] Véase el cap. 3 de DEVOTO, *Historia de los italianos en la Argentina*. En 1889 el gobierno Crispi aprobó la primera ley orgánica que establecía subsidios para las escuelas italianas en el exterior: en América Latina no existían escuelas estatales, como en el área del Mediterráneo, pero en la Argentina empezaron a recibir modestos subsidios algunos institutos privados que cumplían con las normas del Estado italiano: véase SALVETTI, Patrizia, «Le scuole italiane all'estero», en Piero Bevilacqua, Andreina De Clementi y Emilio Franzina (eds.), *Storia dell'emigrazione italiana*, vol. II (Roma: Donzelli, 2001), pp. 534-549. Sobre la Dante Alighieri véase PISA, Beatrice, *Nazione e politica nella Società «Dante Alighieri»* (Roma: Bonacci, 1995).

[6] Emblemático el trabajo de un joven EINAUDI, Luigi, *Un principe mercante* (Turín: Bocca, 1900).

viajeros, intelectuales y periodistas empezaron a reportar[7]. Con comunidades prósperas que sumaban casi un millón de emigrantes nacidos en Italia, la Argentina pasó a ser un emblema negativo de este proceso cuando el nacionalismo italiano se aglutinó en movimiento político hacia 1910 y, alrededor del centenario de la independencia argentina, devino el ejemplo por definición de los daños que producía la emigración y el blanco de la campaña nacionalista que oponía a ella la expansión colonial en África[8].

En 1912, cuando Italia conquistó Libia derrotando a Turquía, volvió la retórica de la *Terza Roma*, que debía realizar la «gran idea de la unidad latina» y afirmar «contra la opinión de los alemanes y de los anglosajones» su derecho histórico a la expansión. Este derecho se daba dentro un espacio que seguía siendo el Mediterráneo (como era por lo demás inevitable que fuera, hablándose de expansión militar): «el perímetro de la natural semilla latina todavía está entre el Mar Adriático y el Mediterráneo»[9].

La atribución a la América central y meridional de una pertenencia/identidad latina, y de la propia denominación «latina» a la región, tenía ya a esta altura una larga historia más allá de Italia. Se trataba de un proceso que se había iniciado poco después de la mitad del XIX siglo, más o menos contemporáneamente adentro y afuera de la que sería la región latinoamericana, y construida en ambos casos en contraposición a la proyección anglosajona de América del Norte, en parte también como reacción a la política imperialista de los Estados Unidos (en este sentido, el vínculo entre el plano de las ideas y el de las políticas fue constante)[10]. Sin embargo, hasta finales del siglo esta historia involucró solo marginalmente a Argentina.

En Europa, fue sobre todo en la Francia del Segundo Imperio que conoció cierta difusión la idea de la existencia de razas latinas[11], presentes no solo en la propia Europa sino también en las Américas española y portuguesa, que Francia tenía que

[7] En 1902 el prestigioso reportero del *Corriere della Sera* Luigi Barzini observó que en la Argentina los italianos, a pesar de su número y de los esfuerzos de las élites de sus comunidades, no tenían relevancia política alguna.

[8] Sigue siendo fundamental GENTILE, Emilio, «L'emigrazione italiana in Argentina nella politica di espansione del nazionalismo e del fascismo», *Storia contemporanea*, n.º 3 (1986), pp. 355-396.

[9] Veáse el texto *Gente latina* de 1912 de Giovanni Borrelli, un colonialista liberal que pasó de posiciones antiparlamentarias a posiciones fascistas, en apéndice a su colección de escritos, BORELLI, Giovanni, *Albori coloniali d'Italia* (Módena: Società tipografica modenese, 1942). Las citas en pp. 189 y 192.

[10] ARDAO, Arturo, *Genesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980).

[11] Al observar los diccionarios, se comprueba que no hay referencias a la cultura latina y la raza latina en España (en el *Diccionario de la lengua castellana* de 1852). En Italia los términos «romanità» o «latinità» tampoco aparecen con el sentido de raza o cultura en el *Dizionario della lingua italiana* de TOMMASEO, Nicolò y BELLINI, Bernardo (Turín: Società L'Unione Tipografica Editrice, 1861).

liderar[12]. Esta idea volvería, en clave más bien defensiva, cuando la desastrosa derrota en la guerra contra Prusia en 1870 suscitó la amenaza del pan-germanismo y del pan-eslavismo en el continente europeo[13].

En América Latina, en cambio, el colombiano José María Torres Caicedo es considerado el primero en utilizar en 1856 la expresión América Latina en su poema «Las dos Américas», donde contrapuso «La raza de la América Latina» a la «sajona» norteamericana, vista como una amenaza por su libertad. A finales de siglo, cuando el triunfo de Estados Unidos contra España por la isla de Cuba en 1898 dejó en claro definitivamente la superioridad militar y la modernidad norteamericana, haciendo más concreto el peligro que los Estados Unidos podían representar para América Latina, aumentaron las elaboraciones intelectuales y los proyectos políticos alrededor de la idea de la latinidad[14].

Con respecto a las primeras, dos trabajos, muy diferentes entre sí, aportaron elementos fundamentales para la definición de los contenidos de la latinidad, que habían quedado bastante vagos e indeterminados hasta ese momento: tanto el breve y polémico artículo «El triunfo de Calibán», del nicaraguense Rubén Darío, publicado en ese mismo 1898, como el mucho más articulado ensayo «Ariel», del uruguayo José Enrique Rodó, que apareció dos años más tarde, establecieron una doble y contrapuesta asociación que tendría gran fortuna: aquella entre mundo latino y vocación «espiritual», por un lado, y aquella entre mundo anglosajón y «material», por el otro[15].

[12] Veáse SHAWCROSS, Edward, *France, Mexico and Informal Empire in Latin America, 1820-1867* (Cambridge: Palgrave Macmillan, 2018) y PHELAN, John L., «El origen de la idea de América», *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana*, n.º 31 (1979), pp. 5-21

[13] Veáse el proyecto de agrupación latina de la «Revue du Monde latin» (1883-1896): FERREIRA DOS SANTOS, Marie-José, «La Revue du Monde Latin et le Brésil, 1883-1896», *Cahiers du Brésil Contemporain*, n.º 23-24 (1994), pp. 77-92

[14] En el plano político, intentos de constituir una «Unión latinoamericana» se produjeron durante todo el siglo XIX, superponiéndose o en algunos casos contraponiéndose a los esfuerzos de construir una unidad continental «panamericana», promovidos estos últimos principalmente (pero no solo) por los Estados Unidos. En la primera mitad del siglo, a los proyectos federativos latinoamericanos de Simón Bolívar se opuso, en 1823, el presidente norteamericano James Monroe, que con su conocida «doctrina» afirmó el derecho a la supremacía de los Estados Unidos en el continente americano. En la segunda mitad del siglo, fracasados los planes bolivarianos, los países de América Latina organizaron más de una decena de congresos entre 1850 y 1886 para intentar frenar las pretensiones hegemónicas de los Estados Unidos, con resultados casi nulos. A su vez, los Estados Unidos promovieron una serie de conferencias «panamericanas» que llevaron en 1890 a la creación de una oficina comercial, trasformada en el siglo XX en la Unión Panamericana.

[15] La dicotomía entre espiritualismo y materialismo estaba presente en el drama filosófico de Ernest Renan: RENAN, Ernest, *Caliban: suite de la «Tempête»* (París: Calmann Lévy Editeur, 1878). Su Caliban, después de haberse rebelado contra Próspero gritándole «¡Quítenles sus libros! ¡Abajo el latín!», aprenderá

En la Argentina de la segunda mitad de siglo esta contraposición no estuvo muy presente: es más, los textos fundantes de la literatura política del país tienen en el centro una idea de civilización y progreso casi opuesta. En el *Facundo*[16], publicado por Domingo Faustino Sarmiento en 1845, dominaba la antítesis entre civilización, europea y norteamericana, y barbarie sudamericana y el modelo a seguir para la Argentina era representado por los países capitalistas avanzados. En sus *Bases* de 1852[17], Juan Bautista Alberdi, como Sarmiento exponente de la llamada «generación del 1837», sostuvo que para favorecer la civilización argentina era necesario atraer capitales y construir ferrocarriles pero sobre todo importar hombres, empresarios e inmigrantes, provenientes de los países más avanzados de Europa, y en particular los anglosajones, que proveerían a los criollos modelos de comportamiento virtuosos y con el paso del tiempo cancelarían la herencia colonial de España, identificada con el «atraso». En ninguna de las dos obras, por otra parte, tenía relevancia la idea de la latinidad como factor de identidad[18].

Confirmando la trayectoria sui generis del pensamiento argentino, las ideas de Sarmiento fueron objeto de severas críticas por parte de uno de los mayores intelectuales latinoamericanos del siglo XIX, el cubano José Martí, que en su *Nuestra América*, publicado por primera vez en 1891 y considerado uno de los manifiestos de la unión de los países latinoamericanos, atacó en particular la visión cosmopolita de Sarmiento: a su dicotomía entre civilización «externa» y barbarie «interna», Martí contrapuso aquella entre «falsa erudición» y «naturaleza», entendida esta segunda como identidad propia de América Latina[19].

---

a apreciar sus valores, la belleza y las artes contra lo «útil». Véase LANARO, Silvio, «Introduzione» en Ernest Renan, *Cos'è una nazione? e altri saggi* (Roma: Donzelli, 1998), pp. XXV-XXVI.

[16] El título completo de la primera edición, publicada en Santiago de Chile, donde Sarmiento se había exiliado, por la Librería del Progreso (1845), era *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*: SARMIENTO, Domingo Faustino, *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina* (Santiago de Chile: Librería del Progreso, 1845). La última edición compilada por Sarmiento se publicó en París: SARMIENTO, Domingo Faustino (ed.), *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas* (París: Hachette, 1874).

[17] ALBERDI, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la orgazación política de la República Argentina* (Buenos Aires: Librería de La Facultad, 1915 [1852]).

[18] Tampoco se encuentra en el *Dogma Socialista* del otro exponente de la generación del 37, ECHEVARRÍA, Esteban, *Dogma socialista de la Asociación de Mayo* (Montevideo: Imprenta del Nacional, 1846). En sus *Viajes*, en cambio, Sarmiento contrapone la forma de gobierno de los Estados Unidos con la sudamericana llamándola «nuestra forma latina de gobierno»; SARMIENTO, Domingo Faustino, *Viajes en Europa, África y América* (Santiago de Chile: Imp. de Julio Belin y Cía., 1851).

[19] MARTÍ, José, *Nuestra América* (Caracas: Biblioteca de Ayacucho, 2005).

La visión de Sarmiento y Alberdi, sin embargo, fue dominante, si no indiscutida, en la Argentina hasta el centenario de la declaración de la independencia de 1910. En la Argentina, como en otros países latinoamericanos, el «desastre» de España de 1898 contribuyó a promover una redefinición de las identidades en un sentido «criollista», que incluía claramente componentes hispánicos, y que alcanzaría un lugar relevante en la coyuntura de 1910.

En ese momento se volvió a valorizar este componente preexistente como uno de los núcleos de una identidad nacional, que se consideraba amenazada por el aluvión inmigratorio e *in primis* por la «invasión» italiana: el censo nacional de 1914 registraría casi el 30% de extranjeros sobre el total de la población del país. De ellos, el 12,5% eran italianos. En este marco, una nueva generación de intelectuales nacionalistas (Ricardo Rojas, Manuel Gálvez) empezó un proceso de recuperación del legado español, repudiado en la Argentina desde el proceso de independencia en adelante[20], proceso que culminaría en 1917, cuando el 12 de octubre fue declarado fiesta nacional como «Día de la raza», entendida, por supuesto, como la raza hispana.

Mientras, la tormenta de la Primera Guerra Mundial volvió a plantear en Europa, con más fuerza que nunca, la urgencia de una unión entre los países latinos, contra el pangermanismo y el nuevo enemigo, el bolchevismo eslavo. Como notó el intelectual y político nacionalista argentino Ernesto Palacio, la latinidad conoció en ese entonces su momento de gloria[21].

Italia, que entró en la guerra en 1915 al lado de Francia e Inglaterra, participó de este clima. En particular, entre 1916 y 1919 fue publicada la *Rivista delle nazioni latine*, co-dirigida por el sociólogo e historiador italiano Guglielmo Ferrero y el escritor francés Julien Luchaire, que proponía una alianza italo-francesa para terminar con la hegemonía político-cultural alemana y construir una nueva Europa alrededor del «genio latino»[22]. En otra clave, se produjo también el llamado «A los italianos de las repúblicas latinas» de Gabriele D'Annunzio, que en 1918 invitó los emigrados a América Latina a dar su contribución al esfuerzo bélico de una de sus «dos patrias»,

[20] Un papel importante lo tuvo la visita a Argentina, en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, de la Infanta Isabel. Dos años más tarde se fundó la Institución Cultural Española, que promovería la visita de intelectuales y científicos españoles a la Argentina: entre ellos José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Benito Pérez Galdós, Américo Castro, Eugenio D'Ors, Federico García Lorca y Severo Ochoa.

[21] PALACIO, Ernesto, *La Historia falsificada* (Buenos Aires: Editorial Difusión, 1939), p. 31.

[22] Véase el editorial del segundo número de la revista, obra de Guglielmo Ferrero y titulado *Il genio latino*, citado en LACAITA, Carlo G. (ed.), *Grande guerra e idea d'Europa* (Milán: Franco Angeli, 2017), pp. 99-101. Ferrero llamó a colaborar a la revista por el lado italiano una serie de intelectuales e historiadores «intervencionistas democráticos», desde Gaetano Salvemini a Giuseppe Antonio Borgese (ambos acabarán exiliándose durante el fascismo).

con un implícito reconocimiento de que su sentido de pertenencia nacional italiana era por lo menos compartido con análogo sentimiento hacia sus países de residencia[23].

En la posguerra, por lo menos hasta comienzos de los años veinte, las propuestas panlatinistas mantuvieron perspectivas diversas (como muchas otras iniciativas nacidas en un contexto posbélico dominado por el caos y el derrumbe de la idea de civilización europea), pero perdieron progresivamente el signo democrático que habían tenido durante el conflicto.

Un buen termómetro de las dinámicas viejas y nuevas alrededor de la idea de latinidad fue la Association de la Presse Latine[24]. Fundada en 1923, hasta 1935 aglutinó cientos de periodistas de países «latinos» europeos y latinoamericanos, y organizó una serie de congresos a los dos lados del océano Atlántico con el fin de aumentar la visibilidad y reforzar las posiciones en el campo cultural internaciona de esos países. Tres datos hay que señalar aquí.

Primero, como indica la denominación (aunque su fundador era un portugués, radicado en París), el motor de las principales iniciativas panlatinistas en Europa seguía siendo, como desde la mitad del siglo anterior, Francia. Segundo: agregaciones de este tipo —con raíces europeas y liderazgo francés— eran bien toleradas por las élites latinoamericanas, en la medida en que les permitían reafirmar su autonomía y desvincularse del hispanoamericanismo, que a pesar de su retorno fugaz en la coyuntura de 1898, seguía arrastrando su costado colonial negativo. Tercero: si el eje de la latinidad seguía basculando entorno a Francia, la Italia fascista se asomaba: uno de los periodistas estrella de Mussolini, Mario Appelius, fue en efecto el delegado italiano en el congreso de la asociación en Cuba en 1928 y reafirmó que todas las naciones latinas «hermanas» de Europa y América Latina tenían una madre y esta era Roma. En su saludo al congreso, el propio Mussolini reiteró el concepto:

> LEGACIÓN DE ITALIA. – HABANA.
>
> Sírvase Su Señoría hacerse intérprete de la Comisión organizadora del VII Congreso de la Prensa Latina de mi vivo agradecimiento por las amables frases que acaba de telegrafiarme y por el pensamiento dirigido hacia Italia y Roma. Que el nombre y el espíritu de Roma, imperecedero centro de latinidad, animen las labores del Congreso al que envío mis más fervorosos augurios. MUSSOLINI[25].

[23] D'ANNUNZIO, Gabriele, *La Riscossa* (Milán: Bestetti and Tuminelli, 1918).

[24] GORI, Annanta, «Pan-latinismo e reti di intellettuali tra le due guerre. Il caso dell'Association de la Presse latine», en Laura Cerasi (ed.), *Genealogie e geografie dell'anti-democrazia nella crisi europea degli anni Trenta* (Venecia: Edizioni Ca' Foscari, 2019), pp. 159-182.

[25] El cable de Mussolini fue enviado en respuesta a este mensaje de la comisión organizadora: «Comisión organizadora representada por mi almuerzo íntimo ministro Italia, colonia y periodistas italianos, brinda por Vuestra Excelencia e Italia hija primogénita Roma. Battemberg»; BATTEMBERG, Domingo

En este punto es necesario volver atrás para ver qué significaba la latinidad para Benito Mussolini y como se articuló la relación del fascismo con América Latina desde su ascenso al poder, en 1922.

2. Ascenso

> Todos debemos facilitar el establecimiento de un gran bloque latino. No solo las naciones ibéricas, sino también las repúblicas latinas, miran hacia Roma y París. [...] Todo lo que se intente en el sentido de un entendimiento más íntimo entre nosotros, entre las naciones latinas en general, merece ser alentado y alabado. Francia e Italia deben entenderse. No hablemos de sangre latina: la raza es una entidad muy vaga, tantas son las mezclas a lo largo de los siglos; pero la civilización, la cultura constituyen un patrimonio común admirable. Con un francés, inmediatamente nos encontramos en confianza, en un mismo plano; con un inglés, ya debemos hacer un esfuerzo por comprenderle y hacernos entender; con un alemán, la diferencia aún se acentúa y un verdadero abismo nos separa de un ruso.

A pesar de que las ideas de Mussolini sobre las relaciones internacionales más convenientes para Italia y sobre el «espíritu de los pueblos» cambiarían radicalmente con respecto a las expresadas en esta entrevista concedida al corresponsal de un diario parisino en diciembre 1927[26], su concepción de la latinidad quedaría sustancialmente inalterada a lo largo de las dos décadas en el poder: la latina no era una raza sino una civilización, extendida en Europa (Italia, Francia y Península Ibérica) y en las Américas (las repúblicas latinas), y a Italia le correspondía el rol de guía.

Como la historiografía ha mostrado ampliamente, para el fascismo las referencias simbólicas y míticas a la antigua Roma, y por ende a la latinidad entendida como su expresión cultural, fueron centrales no solamente para su uso en el interior del país, en la medida en que ellas permitían inscribir el régimen mussoliniano en la historia de Italia, sino también como base ideológica de su política exterior imperialista[27].

---

de, *Cuba en 1928. Reminiscencias, documentos, informaciones, gráficos, artículos y opiniones del VII Congreso de la Prensa Latina* (París: Malherbe, 1928), p. 49.

[26] Mussolini, Benito, *Opera omnia*, vol. XXIII (Edoardo Susmel y Duilio Susmel, eds.) (Florencia: La Fenice, 1957), pp. 108-9. Para la relación de Mussolini con Francia, véase la biografía de Renzo De Felice

[27] Cfr Giardina, Andrea, «Ritorno al futuro: la romanità fascista», en Andrea Giardina y André Vauchez, *Il mito di Roma. Da Carlo Magno a Mussolini* (Roma-Bari: Laterza, 2008), pp. 212-293; Gentile, Emilio, *Fascismo di pietra* (Roma-Bari: Laterza, 2007); Tarquini, Alessandra, *Storia della cultura fascista* (Bolonia: Il Mulino, 2016 [2011]); Guedj, Jérémy y Meazzi, Barbara (eds.), «La culture fasciste entre latinité et méditerranéité (1880-1940)», *Cahiers de la Mediterranée*, 95 (2017); Salvatori, Paola, «La Roma di Mussolini dal socialismo al fascismo (1901-1922)», *Studi Storici*, n.º 47/3 (2006), pp. 749-780.

En este marco, la América meridional era el contexto ideal en el cual utilizar la idea de latinidad como herramienta de penetración cultural y construcción de una hegemonía política, considerando que fuera del contexto europeo y africano un imperialismo de conquista no era, evidentemente, viable.

Por un lado, en efecto, la región a esa altura estaba plenamente asociada con la latinidad, tanto en el sentido político como en el cultural del término[28]; por el otro, aunque no fuera un área estratégica a nivel geopolítico para el fascismo, que orientó su política exterior según las directrices tradicionales del expansionismo italiano (África y, en segundo lugar, los Balcanes), tuvo una importancia no menor, por la presencia de comunidades italianas formadas en los años veinte por millones de emigrados y sus descendientes[29]. Así se refería Mussolini a América Latina en 1923:

> Cuando se trata de la decadencia de España, se olvida con demasiada facilidad lo que España creó al otro lado del océano, donde nuestras dos razas se fusionaron para crear un nuevo mundo latino. [...] Las sociedades jóvenes de América del Sur nacieron de nosotros [...]. Tenemos nuestra sangre ahí. Nuestra civilización ha creado una nueva civilización, nuestro trabajo tenaz y cuadrado como nos han enseñado y legado las colonias legionarias romanas, ha roto los bosques y el desierto. Los españoles e italianos no podemos dejar de mirar con orgullo allí. No podemos dejar de sentir en común la alegría de contribuir a la puesta en valor de esas jóvenes naciones en las que hemos comprometido la herencia centenaria de nuestra civilización[30].

A pesar de que la ambición de la Italia fascista era clara, tomar el lugar que había sido de España en el pasado y estrechar vínculos con el mundo latino-americano apoyándose en las comunidades italianas («Roma y la latinidad deberían florecer y crecer entre las colonias de América del Sur, que son casi todas colonias ligures»), el propio Mussolini no ignoraba que las bases de la operación no eran sólidas, ya que «el carácter italiano de las personas que emigraron a Sudamérica es un poco gélido y suelen descartar incluso la palabra América Latina»[31].

[28] Esta asociación entre América meridional y el término latinidad en su sentido cultural perdura hoy: en el diccionario publicado por el Instituto de la Enciclopedia italiana Treccani a partir de los años 1980 y luego constantemente actualizado, el primer significado atribuido a la palabra latinidad es «El ser latino, es decir, la pertenencia (y el sentimiento de pertenencia) a la nación, la tradición, la civilización, la cultura, a la lengua latina» y uno de los tres ejemplos de este uso del término es «la latinidad de la América meridional»; véase la página http://www.treccani.it/vocabolario/latinita/.

[29] Veáse el discurso pronunciado por Mussolini en el Senado el 3 junio 1928, «L'Italia nel mondo», ahora en MUSSOLINI, *Opera omnia*, vol. XXII, pp. 158-163.

[30] MUSSOLINI, *Opera omnia*, vol. XX, p. 92. Se trata de la síntesis de una entrevista concedida por Mussolini al enviado especial del diario monárquico y conservador *ABC* de Madrid, Papel Mazas, el 14 noviembre 1923, publicada originariamente en *Il Popolo d'Italia*, 16 de noviembre de 1923.

[31] Intervención de Mussolini en el Ateneo de Genova en 1926, en MUSSOLINI, *Opera omnia*, vol. XXII, p. 144.

En esta frase estaba, *in nuce*, el doble nudo que el fascismo no llegaría a desatar. Por un lado, la posibilidad de construir una influencia política de amplio alcance en la región pasaba en primer lugar por el mantenimiento de la «italianidad» de los millones de emigrantes establecidos en algunos países (principalmente Argentina, Brasil, Chile, Uruguay), pero la misma italianidad peligraba ya en la década del 1920 debido a la asimilación rápida de estos emigrantes. El freno a la emigración que el propio fascismo impuso a partir de 1927 y, más abruptamente, la crisis de 1929 no harían más que acelerar el proceso, reduciendo casi a cero las nuevas llegadas. Por el otro, el objetivo del mantenimiento de la italianidad y la propuesta de una más abarcadora pertenencia latina para los países latinoamericanos en su conjunto terminaban siendo contradictorias, si no directamente en conflicto entre sí.

Con respecto a la primera cuestión, el fascismo heredaba los escasos resultados de la acción de difusión de la cultura italiana de la Italia liberal, que en América Latina había sido proporcionalmente mucho menos asidua que en el área del Mediterráneo, y comparativamente menos intensa que la de Francia, como ya el citado Mantegazza había observado durante su viaje, señalando que Francia estaba ejerciendo una influencia cultural de tal envergadura en el continente sudamericano que la cultura francesa, «nivelando todo lo que encuentra en su camino», amenazaba con eliminar la propia especificidad americana[32].

La aproximación del fascismo a América Latina fue temprana y de gran envergadura: en 1924 el crucero de la nave «Italia», una exposición itinerante de productos industriales y obras de arte italianos, navegó durante nueve meses visitando trece países de la región con la idea de mostrar los logros y la modernidad de Italia y promover las exportaciones[33]. En la fase preparatoria, Mussolini afirmó frente a los industriales reunidos para explicarles la iniciativa que «El mejor campo que se ofrece para nuestra actividad es América Latina, que también podría llamarse italiana»[34].

La presencia con rango de embajador extraordinario de Giovanni Giuriati, fascista «de la primera hora» y ministro del primer gobierno de Mussolini en 1922, indicaba que la misión era también política: presentar la nueva Italia fascista y su propuesta

[32] MANTEGAZZA, *Rio de la Plata e Tenerife*. Por otra parte, en el siglo XIX Francia puede considerarse más una excepción que la norma, pues las políticas destinadas a organizar de forma sistemática la difusión de su cultura y de su lengua en el mundo por parte de los Estados nacionales —lo que llamamos política cultural o también diplomacia cultural o propaganda (las distinciones entre estas diferentes expresiones son poco evidentes)— son un fenómeno más bien del siglo XX.

[33] FOTIA, Laura, *La crociera della nave «Italia» e le origini della diplomazia culturale del fascismo in Argentina* (Roma: Aracne, 2017).

[34] MUSSOLINI, *Opera omnia*, vol. XIX, p. 321.

de relaciones privilegiadas con las «naciones latinas» de América[35]. Empero, aquí se hizo evidente otro obstáculo no menor: la política de Estado se confundía con la política de partido, y esta última era en general mal tolerada por los gobiernos latinoamericanos (lo mostró la fría acogida reservada al propio crucero en algunos países, especialmente allí donde no había grandes colectividades italianas, como en Cuba).

En efecto, la propaganda política directa dirigida a las colectividades italianas dejó rápidamente de ser una opción: los Fasci italiani all'estero, agrupaciones en el exterior del Partido Nacional Fascista fundadas a comienzos de los años veinte, provocaron conflictos dentro de las propias colectividades y con las autoridades locales, al punto de ser reorganizadas en 1928 y obligadas a partir de ese momento a ocuparse exclusivamente de la defensa de la italianidad y de tareas asistenciales bajo el control de una diplomacia puesta bajo los auspicios del gobierno[36].

El ámbito de la propaganda cultural fue de hecho el campo privilegiado de acción del régimen fascista. Aquí también la nave «Italia» había marcado el camino: la exposición itinerante contaba con una sección cultural y que tenía como objetivo promover la «civilización mundial latina»[37], y estaba a cargo del escritor y periodista Eugenio Coselschi. En este marco, en 1929 el periodista Franco Ciarlantini[38] elaboró la fórmula del «imperialismo espiritual» como clave de la expansión fascista en el mundo, con América Latina y las comunidades italianas en la Argentina en particular como primera línea de acción.

Argentina fue en efecto el país en el cual la acción del fascismo en el campo cultural asumió mayor alcance, ya que se orientó hacia diferentes ámbitos y públicos. De los viajes de periodistas, a la difusión del libro italiano[39], de las exposiciones de arte a las visitas de intelectuales y políticos, de los intercambios académicos a la creación o financiación de institutos culturales y escuelas y los vuelos transatlánticos de propaganda, un conjunto de iniciativas sustanció la ambición de proyectarse más allá de las colectividades italianas.

[35] Moure Cecchini, Laura, «The Nave Italia and the Politics of Latinità: Art, Commerce, and Cultural Colonization in the Early Days Of Fascism», *Italian Studies*, n.º 71/4 (2016), pp. 447-476.

[36] Mussolini, Benito, «Nuovo Statuto dei Fasci italiani all'estero», *Il Popolo d'Italia*, 5 de febrero de 1928. Véase Franzina, Emilio y Sanfilippo, Matteo (eds), *Il fascismo e gli emigrati. La parabola dei Fasci italiani all'estero (1920-1943)* (Roma-Bari: Laterza, 2003).

[37] Véase Fotia, *La crociera della nave «Italia»*, p. 9.

[38] No sorprende, desde luego, que la revista fundada en 1925 se llamara «Augustea» y que su *leitmotiv* fuera la afirmación de la «latinità» en el mundo. Sobre la revista véase Gennaro, Rosario, «"L'imperialismo spirituale" negli esordi della rivista *Augustea* (1925-1927)», *Incontri*, n.º 27/2 (2012), pp. 42-50.

[39] En 1927 el propio Ciarlantini fue el curador de la «Mostra del libro italiano» en Buenos Aires, la primera en el exterior. Véase Fotia, Laura, *La politica culturale del fascismo in Argentina*, Tesis Doctoral (Roma: Università Degli Studi Roma Tre, 2015), pp. 323-334, que analiza con detenimiento todo el complejo de iniciativas del fascismo en el campo cultural.

Empero, la idea de la común pertenencia latina, aun dejando de lado el hecho de que pareciera más un eslogan o una etiqueta que la base de una propuesta concreta, no logró resolver la aporía de fondo, representada por la contextual ambición de salvaguardar la *italianità* frente a la amenaza de la asimilación en el medio argentino-latino y de defenderla, al mismo tiempo, con una propuesta de signo político fascista. Dos ejemplos ilustran, de forma diferente, estos límites: la exposición «Mostra del Novecento italiano», que tuvo lugar en Buenos Aires entre septiembre y octubre 1930, y el diario *Il Mattino d'Italia*, fundado en marzo 1933.

La «Mostra del Novecento italiano» resultaría el más exitoso evento cultural italiano en la Argentina del periodo de entreguerras, empero este éxito, más allá de la calidad de las obras expuestas, dependió en parte de la decisión de la curadora, Margherita Sarfatti, la destacada intelectual, organizadora cultural e íntima amiga de Mussolini, que se preocupó por evitar cualquier tipo de referencia al fascismo, ya fuese en las entrevistas y conferencias que dio en el marco de su visita a la Argentina para participar en el estreno, ya fuese en el catálogo. En efecto, quiso escribir personalmente el prefacio del mismo para evitar intromisiones del partido fascista, a pesar de que el Fascio de Buenos Aires hubiese financiado la iniciativa[40], y se limitó a hacer referencia a la común pertenencia latina: «Nos llegó una noble invitación de las tierras latinas de ultramar, donde la gente de nuestra antigua civilización romana, mediterránea y en parte italiana, [...] levanta el edificio de una nueva civilización»[41].

En esta misma línea, en la búsqueda de un diálogo con la cultura argentina como parte de la familia latina, en marzo 1930 tomó forma la apuesta más ambiciosa del fascismo en la Argentina: el diario *Il Mattino d'Italia*[42], bajo la dirección entre mayo de 1930 y marzo de 1933 de Mario Appelius. Periodista y escritor, reportero en América Latina del diario de la familia Mussolini, *Il Popolo d'Italia*, Appelius había llegado a Buenos Aires en diciembre 1929, después de varios años de peregrinaciones por Centroamérica y Sudamérica y largas estancias en Cuba y en México[43].

[40] La muestra fue una iniciativa de la asociación cultural Amigos del Arte. La preparación fue problemática por varias razones, entre ellas el escaso interés de muchos artistas a los que se pidió su participación: véase el estudio muy documentado de Moure Cecchini, Laura, «1930: Margherita Sarfatti entre Buenos Aires, Roma y Milán», *Modos. Revista de história da arte*, n.º 4/1 (2020), pp. 205-223, en particular pp. 217-219.

[41] *Mostra del Novecento italiano* (Buenos Aires: Amigos del Arte, 1930).

[42] Sobre *Il Matino* véase Cattarulla, Camilla, «"Cosa direste a Mussolini se aveste occasione di parlargli?": un'inchiesta de "Il Mattino d'Italia"», en Eugenia Scarzanella (ed.), *Fascisti in Sud America* (Florencia: Le Lettere, 2005), pp. 175-203; y Blengino, Vanni, «La marcia su Buenos Aires (*Il Mattino d'Italia*)», en Eugenia Scarzanella (ed.), *Fascisti in Sud America*, pp. 205-233; sobre la prensa italiana entre las dos guerras: Bertagna, Federica, *La stampa italiana in Argentina* (Roma: Donzelli, 2009).

[43] Nótese al pasar que el propio Appelius tenía dudas sobre la latinidad de Centroamérica. En Appelius, Mario, *L'aquila di Chapultepec* (Milán: Alpes, 1929) se preguntaba hasta donde se podía

Con el *Mattino*, Appelius intentó sentar las bases de unas relaciones culturales más sólidas entre Italia y Argentina alrededor de un eje, la común pertenencia latina y la derivación de Roma, que fueron incesantemente recordadas en el diario. La operación era inteligente y novedosa, en cuanto superaba la retórica de «la Italia en el Plata», repetida hasta al cansancio por las clases dirigentes en Italia y por las propias élites de la colectividad italiana en Argentina.

El de Appelius fue un triple llamado. A Italia, que se había conformado hasta ese momento con colaborar en iniciativas de particulares inspiradas por la simpatía recíproca entre los dos países y nacidas en el medio local argentino, al punto que todavía en ese 1930, y es bastante llamativo, «todas las iniciativas culturales italianas de este año en Argentina son de iniciativa local»[44]. A la Argentina, «bastión de la latinidad en América», para que liderara como capital simbólica el mundo latinoamericano y resistiera al avance lingüístico, cultural y económico de los Estados Unidos sobre el continente. Por último, era también un llamado muy significativo a la colaboración en la lucha por la latinidad entre los tres países —Francia y España e Italia— que habían contribuido a darle forma, con sus aportes respectivamente culturales, lingüísticos y étnicos[45].

Las colaboraciones de destacados intelectuales y escritores argentinos en el *Mattino*[46] fueron el eje vertebrador de la propuesta de Appelius y fueron sus análisis los que procuraron mostrar como, de los tres polos mencionados de la latinidad —Francia, España, Italia—, era el de Italia el que claudicaba. Fue en particular el colaborador argentino más prestigioso y asiduo, Manuel Gálvez, quien puso al desnudo esas debilidades. Protagonista del mencionado revival hispanófilo del Centenario de 1910[47], en

---

considerar latino un país con un 40% de indios y un 40% de mestizos. Las dos fuerzas culturales, económicas y sociales que chocaban en México eran según el periodista el latinismo y el indianismo, es decir, por un lado la parte católica y conservadora, que venía parcialmente del componente español, y, por otro lado, la parte india, que emergió con el porfiriato y luego con la revolución frente a la amenaza y la presión de Estados Unidos.

[44] «Intercambi intellettuali», *Il Coloniale*, 10 de agosto de 1930.

[45] LAMBERTI, Nero, «Collaborazione latina», *Il Mattino d'Italia*, 18 de septiembre de 1930. Posiblemente fuera el seudónimo de Lamberti Sorrentino.

[46] Entre ellos, Leopoldo Lugones, el escritor e historiador de arte José León Pagano, el jurista de escuela positivista Juan P. Ramos, y monseñor Gustavo Franceschi, exponente del clericalismo nacionalista, anticomunista y antiliberal y director de la importante revista católica *Criterio*.

[47] En el libro resultante de su viaje a Europa en 1913 había anotado: «nosotros, a pesar de las apariencias, somos en el fondo españoles. Constituimos una forma especial de españoles, como ellos constituyen todavía, no obstante haber desaparecido el Imperio Romano, una forma especial de latinos»: GÁLVEZ, Manuel, *El solar de la raza* (Madrid: Editorial Saturnino Calleja, 1920 [1913]), p. 19. Sobre esta fase véase QUINZIANO, Franco, *Manuel Gálvez: La Argentina del Centenario y la «nueva raza latina»* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2013); sobre Gálvez en general véase

un artículo clave, «Latinismo ed ispanoamericanismo»[48], destacó que mientras que a Argentina le había servido a comienzos de siglo el hispanismo para definirse frente a los otros países europeos, ahora le convenía el latinismo. Era necesaria la creación de un «bloque espiritual» con Italia, Francia y España porque la amenaza era otra: el poderío cultural y económico de Estados Unidos, frente al cual España sola, potencia menor, poco podía ofrecer. Por otra parte, según Gálvez en la Argentina se había dado un fenómeno de sustitución de razas: por la enorme inmigración italiana, los argentinos ya se parecían más a los genoveses que a los madrileños:

> Ya no se puede decir, sin incurrir en inexactitudes, que los argentinos somos descendientes exclusivamente de España. [...] Siempre somos una especie de españoles porque hablamos español, pero si nos alejamos de España siempre más no es para alejarnos de nuestros orígenes, sino para volver a ellos. Nuestro origen más remoto, y ahora el más cercano, es Roma.

Sin embargo, aquí estaban implícitas dos cuestiones no menores. La primera era que el hilo que unía la Argentina a Roma no era el que Mussolini hubiese deseado: «Nosotros somos católicos, por ende romanos», puntualizaba Gálvez. En el tránsito desde el hispanismo al latinismo era el catolicismo el camino directo a la Roma de los Papas, saltando la estación intermedia de Madrid. La segunda era que, en la relación de Italia con Argentina, Gálvez observaba un problema lingüístico, y en sentido amplio, cultura que se manifestaba en la escasa circulación cultural con la Argentina, es decir en el casi nulo conocimiento de los autores argentinos en Italia; y en la escasa difusión de los autores italianos contemporáneos, por la falta de traducciones y el escaso conocimiento del italiano en Argentina[49].

3. Caída

Se volvía así al principio. Que la Argentina era entonces algo bien diferente de la «colonia de ligures» imaginada por Mussolini era bastante claro en los ambientes de la alta cultura italiana. La entrada sobre Argentina de la *Enciclopedia italiana Treccani* (lo mismo se podría decir de las otras sobre América Latina) ofreció en 1929 un retrato

---

Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (Buenos Aires: Siglo xxi, 2002).

[48] Gálvez, Manuel, «Latinismo ed ispanoamericanismo», *Il Mattino d'Italia*, 23 de septiembre de 1930.

[49] Véanse sus artículos: Gálvez, Manuel, «La letteratura argentina in Italia», *Il Mattino d'Italia*, 5 de febrero de 1931; Gálvez, Manuel, «Le influenze sulla letteratura argentina», *Il Mattino d'Italia*, 4 de julio de 1930; Gálvez, Manuel, «L'ambiente letterario in Argentina», *Il Mattino d'Italia*, 5 de agosto de 1930. La única influencia italiana que le parecía relevante se encontraba en el teatro (en particular a través de la obrea de Gabriele D'Annunzio).

del país sudamericano de doble cara: por un lado, en la parte histórica era ampliamente celebrado el aporte del «elemento italiano» y su población era descrita como «prácticamente toda blanca», con un predominio de los «latinos», es decir italianos y españoles; por el otro, se reconocía que «Los hijos de extranjeros son argentinos por ley y por sentimiento, y no faltan inmigrantes que tienen un cariño hacia la Argentina no menos vivo que el de los nacionales»[50]. En la parte relativa a la cultura, que era fruto de la colaboración de autores argentinos[51], se hablaba de obras exclusivamente argentinas y de una influencia italiana escasa y reciente[52].

La literatura era según Ricardo Rojas, que escribió la parte correspondiente, ya plenamente nacional. Este carácter nacional no era aquel cosmopolita que Sarmiento y Alberdi habían imaginado, sino una mezcla diferente y original: como escribió Rojas en *Eurindia* (1924), la «argentinidad» y más en general la identidad latinoamericana eran la fusión beneficiosa de lo exótico europeo y lo natural indígena: «La civilización europea trasplantada a América traía dentro de sí los impulsos de su cultura clásica, pero en el nuevo ambiente geográfico las puras especies de helenismo y latinidad se debilitaron»[53].

Por otra parte, la idea de alcanzar una mayor influencia a través de la ideología tampoco resultaría viable. Mientras la internacional fascista —el «fascismo universal» imaginado por Eugenio Coselschi, que llegaría con mucho retraso a América Latina y la Argentina[54]— quedaba como una caja vacía. Las diferentes soluciones autoritarias

[50] Véase la entrada «Argentina» de la *Enciclopedia Italiana Treccani* (Roma: Istituto Treccani, 1929).

[51] Los colaboradores (entre ellos Juan P. Ramos, Ricardo Rojas y José L. Pagano) le fueron probablemente sugeridos a Giovanni Gentile por uno de los principales intelectuales argentinos, y gran admirador de Mussolini, Leopoldo Lugones, a quien el propio filosofo desconocía antes de contactarlo en diciembre 1925 por sugerencia del embajador argentino en Italia. Entre los autores italianos de la entrada se destacaban el periodista fascista Lamberti Sorrentino, que vivió en Argentina en la segunda mitad de los años 20, y sobre todo Emilio Zuccarini, periodista y docente de italiano residente en la Argentina desde 1890 y autor del mejor estudio disponible en ese momento sobre los italianos en la Argentina: ZUCCARINI, Emilio, *Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina dal 1516 al 1910. Studi leggende ricerche* (Buenos Aires: Giornale la Patria degli Italiani, 1910).

[52] Los mismos conceptos fueron expresados en una larga encuesta de la revista *Nosotros* sobre la influencia italiana en la cultura argentina publicada en 1928. Prácticamente todos los autores argentinos interpelados, algunos de ellos de origen italiano, afirmaron que, en un ambiente local que se caracterizaba por su cosmopolitismo, la gran influencia en el campo cultural era la francesa, siendo comparativamente muy relativa la española. Véase «Sobre la influencia italiana en nuestra cultura», *Nosotros* (1928), pp. 22, 225-226.

[53] ROJAS, Ricardo, *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas* (Buenos Aires: Losada, 1951 [1924]), p. 14.

[54] En 1933, Coselschi intentó aglutinar los movimientos fascistas en el mundo a través de los «Comitati d'Azione per l'Universalità di Roma», prácticamente sin resultados concretos: solo en marzo

desarrolladas en la década del 1930 en América Latina serían tachadas por el fascismo italiano de conservadoras, y consideradas alejadas de la inspiración revolucionaria que los fascistas se atribuían a sí mismos, a pesar de las abiertas simpatías hacia el régimen fascista, y particularmente hacia Mussolini, de muchos intelectuales y exponentes de las clases dirigentes latinoamericanas[55].

En el caso argentino, cuando se produjo el golpe del general José Félix Uriburu, el embajador de Mussolini en Buenos Aires, Bonifacio Pignatti Morano di Custoza, lamentó el «desprecio» mostrado por los nuevos gobernantes hacia la «progresiva elevación moral y material de las clases burguesas y trabajadoras»[56]. Manuel Gálvez, en un apéndice titulado «Las posibilidades del fascismo en la Argentina» que apareció en su libro *Este pueblo necesita*, después de haber afirmado que era un error aún común considerar el fascismo solamente como algo de extrema derecha —mientras «en lo social y lo económico el fascismo es una doctrina de izquierda, en cuanto realiza una obra a favor del pueblo, y conduce al socialismo de estado»—, repetía el mismo concepto: «Tal vez Uriburu fue fascista en el fondo de su conciencia, pero nada hizo para llevar a la práctica sus ideas»[57].

Unos meses después del golpe de Uriburu, interviniendo en Roma en ocasión de las celebraciones del centenario de la muerte de Simón Bolívar, el mayor historiador fascista, Gioacchino Volpe, subrayó que los países de América central y meridional no tenían solo una formación histórica hispánica sino también componentes «étnicos y espirituales latinos» y que estos componentes establecían un vínculo entre la Italia fascista y el continente latinoamericano[58].

---

del 1935 se creó el comité para toda América Latina, con la presidencia de Tommaso Milani, director de la agencia de prensa filofascista *Roma* en Buenos Aires. Véase Archivio Centrale dello Stato, Ministero della Cultura Popolare, Direzione Generale Servizi della Propaganda, Propaganda presso gli Stati Esteri 1930-1943, caja 5, carpeta «Roma Press 1935».

[55] Véanse SAVARINO, Franco, «En busca de un "eje" latino: la política latinoamericana de Italia entre las dos guerras mundiales». *Anuario del Centro de Estudios Históricos «Prof. Carlos S. A. Segreti»*, n.º 6/16 (2006), pp. 239-262; SAVARINO, Franco, «Juego de ilusiones: Brasil, México y los "fascismos" latinoamericanos frente al fascismo italiano», *Historia Crítica*, n.º 37 (2009), pp. 120-147; BERTAGNA, Federica, «Miradas desde la Italia fascista sobre la Argentina de los años treinta», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Coloques, en línea desde el 25 de junio de 2020 (http://journals.openedition.org/nuevomundo/80532)

[56] Citado en ZANATTA, Loris, *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943* (Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Quilmes, 1996), p. 52.

[57] GÁLVEZ, Manuel, *Este pueblo necesita* (Buenos Aires: A. García Santos, 1934), p. 122.

[58] VOLPE, Gioacchino, *Simone Bolívar. 1783-1830. Discorso per il centenario pronunziato alla Reale Accademia d'Italia il 17 dicembre 1930* (Roma: Reale Accademia d'Italia, 1931), citado por FILIPPI, Alberto, «Mito bolivariano e istituzioni latinoamericane nel pensiero storiografico fascista», *Quaderni ISES*, n.º 6 (1987), p. 53. Tres años más tarde fue inaugurado en Roma, en ocasión de la festividad del «Natale di Roma» (21 de abril) instituida por el fascismo, un monumento a Simón Bolívar donado a la ciudad por los gobiernos de Bolivia, Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador, Panamá. Mussolini en

Unos años después el propio Volpe, a cargo de la relación general en la sección «Relazioni politiche, economiche, spirituali tra l'Italia e l'America Latina» del «I Convegno nazionale di politica estera» que tuvo lugar en Milán en 1936, subrayó que si América Latina «en cierto sentido es unidad y toda nos interesa, por ese vínculo solidario que nos une a ella y que toma su origen y nombre de Roma», el eje de las relaciones con la región eran las colectividades italianas y por ende los países que más habían recibido la emigración italiana y su influencia: Argentina, Brasil, Chile *in primis*, Uruguay detrás[59]. Sin embargo, el balance y sobre todo las perspectivas para el futuro no eran prometedores: «Nuestro idioma, nuestra cultura, no han logrado ocupar un lugar correspondiente a la entidad numérica e importancia social de esas comunidades, así como al valor intrínseco de esa cultura». Volpe señalaba la necesidad de ir más allá de la colectividad, aprovechando su aporte a las «nuevas nacionalidades» del continente sudamericano y el prestigio adquirido por la Italia fascista.

Ya era tarde. Si, como ha sido subrayado, desde los primeros años veinte era frecuente en los análisis geopolíticos de la realidad latinoamericana elaborados por los publicistas fascistas la exaltación del panlatinismo «como arma para contraponer al imperialismo estadounidense»[60], hacia la mitad de la década siguiente los avances en términos políticos en la construcción de alguna forma de hegemonía habían sido casi nulos: los países latinoamericanos seguían orientando sus relaciones internacionales según las respectivas pautas tradicionales (como era de esperar: las políticas exteriores de los países no conocen, por lo general, cambios repentinos y son casi siempre independientes de los movimientos de los diplomáticos, y en cierta medida incluso de las orientaciones de los gobiernos del momento; y desde luego, lo son más aún de los discursos de los intelectuales). La guerra de Etiopía y sus reflejos en las decisiones de política exterior del fascismo (marcadas el progresivo acercamiento de Italia a la Alemania hitleriana) y de los países latinoamericanos (ejemplificadas en el voto favorable a las sanciones contra Italia de la mayoría de los países) pusieron al desnudo el fracaso del proyecto de «imperialismo espiritual» del fascismo y la

---

la ceremonia agradeció el obsequio «muy bienvenido» a «Roma, madre y alma de nuestra y vuestra latinidad». Véase el vídeo de la ceremonia en https://patrimonio.archivioluce.com/luce-web/detail/IL5000012489/2/il-saluto-del-ministro-del-venezuela-e-risposta-del-duce.html.

[59] VOLPE, Gioacchino, «Le relazioni politiche, economiche, spirituali, tra l'Italia e l'America Latina», en *Primo Convegno di politica estera. Mediterraneo orientale, i protocolli di Roma, Italia e America Latina, le materie prime, Società delle Nazioni* (Milán: Istituto per gli studi di politica internazionale, 1937), p. 190.

[60] SCARZANELLA, Eugenia y TRENTO, Angelo, «L'immagine dell'America Latina nel fascismo italiano», en Agostino Giovagnoli y Giorgio del Zanna (eds.), *Il mondo visto dall'Italia* (Milán: Guerini e Associati, 2005), pp. 217-227. Véase sobre todo GIANNATTASIO, Valerio, *Il fascismo alla ricerca del «Nuovo Mondo». L'America Latina nella pubblicistica italiana, 1922-1943* (Verona: Ombre corte, 2018).

inexistencia absoluta de un «bloque latino». La decisión de Argentina de sumarse en Ginebra a los países favorables a las sanciones sonó como un *de profundis*, que el *Mattino* no dudó en reconocer:

> La denominación de raza latina adquiere contornos cada vez más vagos, y la latinidad aparece día a día como un potencial carente de orientación, mientras nosotros, que somos sus autores más remotos y los más legítimos y nuevos descendientes, estamos viendo ahora una represalia hostil contra nosotros de muchos de nuestros vástagos [...][61].

Latinidad, última llamada. El 4 noviembre 1935 se publicó en Buenos Aires el primer número del periódico *Latina gens*, que celebraba en su portada la revolución fascista inaugurada por la *Marcia su Roma* y, apelando a Sarmiento, invocaba en el editorial la solidaridad de los pueblos latinos —incluyendo todavía a Francia— en respuesta a los ataques que la prensa argentina había dirigido a los italianos por la invasión de Etiopía[62]. Sin embargo sus esfuerzos contra las sanciones a Italia y el apoyo al Comité Argentino Pro-Italia, que sostuvo en el Congreso la inconstitucionalidad de las mismas, fueron vanos.

Dos años más tarde, el científico y académico fascista Carlo Foà, tras un largo viaje a Brasil y Argentina, sugería que Italia, en su relación con América Latina, tenía quizás que conformarse con un «objetivo mínimo», que era en definitiva el punto del cual se había empezado:

> No podemos esperar de la emigración a América del Sur más de lo que puede dar. Tratamos de utilizar a sus descendientes para fines italianos, que se limitan a la intensificación de las relaciones espirituales y económicas, para mantener viva la cordialidad, para asegurarnos de que Italia sea vista con simpatía, bien juzgada y querida en estas nuevas naciones[63].

En 1940, finalmente, una entrada «latinità» fue incluida en el *Dizionario di Politica*, una obra imponente (cuatro volúmenes con cerca de mil entradas) editada por el Istituto dell'Enciclopedia italiana, la prestigiosa editorial nacional fundada en 1925 como Istituto Treccani por Giovanni Gentile y Giovanni Treccani para redactar la homónima enciclopedia. En realidad, vale la pena recordarlo, este diccionario fue concebido por sus compiladores, por voluntad de Mussolini, como la *summa* doctrinaria del fascismo, en una clave por ende muy distante de la inspiración científica que Giovanni Gentile había querido darle a la propia *Enciclopedia*, la mayor empresa

[61] T.V., «Il giorno di Colombo», *Il Mattino d'Italia*, 12 de octubre de 1935.

[62] ORLANDINI, Atilio, «Presentación», *Latina gens*, 4 de noviembre de 1935. Nótense que a partir del n.° 5 el periódico cambió el nombre de su cabecera por *Latinidad*.

[63] FOÀ, Carlo, «Nazionalismi Sudamericani», *Gerarchia*, 17 de julio de 1937, pp. 477-489.

cultural del país[64]. Al término «latinità» eran atribuidos aquí diferentes significados, de acuerdo con las distintas épocas: como en el pasado había habido una latinidad arcaica, una clásica, una medieval y universal y una humanística, ahora había una «moderna y nuestra». Esta latinidad «nuestra», es decir fascista, era identificada, en forma casi tautológica, con la «romanidad»: «para nosotros los italianos [...] modernos, como no había Latinos sin Romanos [...] el término latinidad no puede existir sin el otro de romanidad [...] la romanidad es para nosotros la médula, el núcleo vivo de la latinidad»[65].

El concepto de «romanità» era en realidad, más que un sinónimo, la declinación agresiva de «latinidad» que el fascismo había utilizado desde los años treinta[66]. En América Latina y Argentina, el primero era aún menos evocativo que el segundo, que a esta altura había fracasado como herramienta para construir una hegemonía cultural. La pregunta que Mussolini le había dirigido en su momento a los miembros de la citada Association de Presse Latine, dubitativo sobre la utilidad de sus iniciativas —«Y entonces, en la práctica, ¿qué habeis hecho?»[67]— nos recuerda hasta qué punto las ideas y las retóricas de los discursos pueden distar de los desarrollos concretos de la política.

[64] De los dos comisarios, Guido Mancini y Antonio Pagliaro, era sobre todo Pagliaro, lingüista y ex editor de la *Enciclopedia* en conflicto con Gentile, quien quería una obra que fuera la expresión plena de la cultura política fascista en la versión del Partito Nazionale Fascista. El resultado no fue del todo consistente en este sentido, como señaló PEDIO, Alessia, *La cultura del totalitarismo imperfetto. Il* Dizionario di politica *del Partito Nazionale Fascista* (Milán: Unicopli, 2000).

[65] Cfr. «Latinità», en *Dizionario di Politica*, al cuidado del Partito Nazionale Fascista, 4 vols., vol. II (Roma: Istituto dell'Enciclopedia italiana, 1939-1940), p. 717. El autor de la entrada era el filólogo y linguista Luigi Sorrento.

[66] La distinción en la evolución de la asociación que se ha propuesto (ver GORI, «Pan-latinismo e reti di intellettuali») entre la fase en la cual predominó una política exterior menos agresiva de Mussolini, en los años veinte, y la fase sucesiva propiamente imperialista en los treinta expresada en los conceptos de «latinidad» (más cultural) y «romanidad» (más político) no parece en realidad del todo persuasiva y peca tal vez de excesiva sutileza: en realidad «latinidad» fue usado muy frecuentemente junto a «Roma» y en el *Dizionario di Politica* aparece como sinónimo de «romanidad».

[67] Citado en GORI, «Pan-latinismo e reti di intellettuali», p. 168.

La intervención cultural de la Italia fascista en el mundo hispánico (1938-1943)

Patrizia Dogliani
Università di Bologna

1. Introducción

Como contrapunto a una historiografía alimentada por el mito del voluntarismo y el sacrificio de los combatientes extranjeros en defensa de la Segunda República española que ha dado vida y continúa generando estudios sobre la intervención de los antifascistas en España, recientemente se ha retomado la intervención del fascismo italiano en el conflicto civil que atormentó a España entre 1936 y 1939. Son pocos los trabajos nuevos que no sean superficiales o conmemorativos sobre la presencia de combatientes italianos supuestamente voluntarios que el régimen fascista envió a España a luchar junto al bando nacional[1], y es todavía más escasa la investigación sobre las políticas culturales que la Italia fascista desarrolló a favor de los insurrectos contra la Segunda República[2]. Se trata de un tema fundamental para entender las relaciones culturales que el fascismo impulsó en los años treinta y el «giro totalitario» que intentó a mediados de esa década en competencia con la invasión ideológica, previa incluso a la territorial, que desarrolló el nazismo. «No cabe duda —sostiene el historiador estadounidense De Grand— de que hacia mediados de los años treinta el régimen fascista había llegado a un callejón ideológico sin salida. El experimento corporativo

[1] Véase a este respecto Rodrigo, Javier, *La guerra fascista. Italia en la guerra civil española, 1936-1939* (Madrid: Alianza Editorial, 2016). En cambio, algunos trabajos exploran la relación entre Franco y Mussolini, en especial el de Carotenuto, Gennaro, *Franco e Mussolini. La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: i diversi destini dei due dittatori* (Milán: Sperling e Kupfer, 2005).

[2] Véase la tesis doctoral de Rubén Domínguez Méndez: Domínguez Méndez, Rubén, «Note sulla politica culturale del fascismo in Spagna (1922-1945)», *Diacronie. Studi di Storia contemporanea*, n.º 12/4 (2012). Tanto el ensayo como el libro del mismo autor, Domínguez Méndez, Rubén, *Mussolini y la exportación de la cultura italiana a España* (Madrid: Arco Libros, 2012) se centran en el periodo previo a la Guerra Civil.

había alcanzado los límites de la ineficacia de su propaganda (...) y tampoco cabe duda de que el régimen fascista se enfrentaba a un formidable competidor, la dinámica Alemania nazi»[3]. Por consiguiente, a mediados de los años treinta, el fascismo debe revisar su política interna e internacional dentro de un nuevo orden europeo y mundial que se transforma a gran velocidad. Su participación en la Sociedad de Naciones en calidad de país vencedor de la Gran Guerra pierde importancia a la par que adquiere relevancia su rol en el Mediterráneo una perspectiva antifrancesa y antibritánica. El dinamismo nazi en Europa central provoca una competición a distancia entre los dos regímenes en la búsqueda de un área de influencia geopolítica propia que en 1940 los conducirá a librar dos «guerras paralelas».

El fascismo intentó construir una hegemonía propia en la zona mediterránea con un proyecto que, desde las colonias y los protectorados de Libia, del Egeo y, sucesivamente, de Albania, se extendería a territorios todavía sometidos a las autoridades de Gran Bretaña y Francia, aspirando asimismo a controlar todo el mar Adriático, penetrar en la zona del Danubio y alcanzar Oriente Medio. En este marco, Malta y Córcega se habrían convertido en islas «satélites»[4]. Existió una amplia literatura de los años veinte que reivindicaba la supremacía histórica italiana en el Mediterráneo; durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera se adelanta también la hipótesis de una alianza naval italoespañola con función antifrancesa[5]. Nuevamente, después del paréntesis de la Segunda República y según los estrategas italianos, la victoria del bando nacional habría permitido hacer del Mediterráneo un «mare nostrum», un área geopolítica para un «nuevo orden mediterráneo» enfrentado al proyecto de «nuevo orden» del nazismo en Europa central[6]. El pasado civilizador del Imperio romano, portador de latinidad y posteriormente de cristiandad, podía resurgir con un esplendor renovado gracias a la afirmación de la universalidad de la Roma fascista, faro para todos los pueblos latinos[7]. Bajo la influencia nacionalista primero y fascista después, nació en Italia una

[3] De Grand, Alexander, «Italian Fascism and its Imperial and Racist Phase, 1935-1940», *Contemporary European History*, n.º 13/2 (2004), pp. 127-147, p. 136

[4] Paci, Deborah, *Corsica fatal, Malta baluardo di romanità. L'irredentismo fascista nel mare nostrum 1922-1942* (Milán: Le Monnier, 2015).

[5] Bertonelli, Francesco (Capitano di Vascello RN), *Il Nostro Mare. Studio sulla situazione politica militare dell'Italia nel Mediterraneo* (Florencia: Bemporad e Figlio, 1930).

[6] Aunque se refiera al periodo posterior, cfr. Rodogno, Davide, *Il nuovo ordine mediterraneo. Le politiche di occupazione dell'Italia fascista in Europa (1940-1943)* (Turín: Bollati Boringhieri, 2003).

[7] Pedrazzi, Orazio, *Il Levante Mediterraneo e l'Italia* (Milán: Alpes, 1925) expresa una nostalgia explícita de un Oriente latino, mientras que Gaspare Ambrosini, Ambrosini, Gaspare, *L'Italia nel Mediterraneo* (Foligno: Franco Campitelli, 1927), atribuye a la clase dirigente liberal la incapacidad de utilizar la victoria en la Gran Guerra para obtener resultados en el Mediterráneo.

escuela de arqueología clásica que reivindicaba mediante las excavaciones de vestigios romanos la hegemonía itálica en la cuenca mediterránea, península ibérica incluida[8].

Así pues, el estallido de la Guerra Civil en España avivó la esperanza de construir una hegemonía italiana y fascista en la Europa meridional, buscada durante mucho tiempo por medio de contactos con partidos y movimientos filofascistas en Francia, Austria, España y Portugal. La cultura falangista en España se construyó en gran parte sobre la base de los fuertes vínculos existentes con el fascismo italiano, incluso podríamos decir que se inspiró en él. Desde el principio de la Guerra Civil, las relaciones se habían dejado en manos de intelectuales de manera individual. Entre ellos destacó la figura de Ernesto Giménez Caballero (1899-1988). Casado con una florentina, conocedor y admirador de Italia, concedió espacio a intelectuales filofascistas de ambos países en su *Gaceta Literaria*, publicada entre 1927 y 1931. En sus numerosos viajes a Italia conoció y estableció relaciones de colaboración y correspondencia con Curzio Malaparte, Filippo Tommaso Marinetti, Massimo Bontempelli, Giuseppe Bottai y Giovanni Gentile[9]. Sin embargo, fue entre 1933 y 1934, con la aparición de la figura política de José Antonio Primo de Rivera, cuando las corrientes culturales y los movimientos políticos filofascistas y nacionalistas convergieron en España y consiguieron captar la atención del fascismo italiano. El proyecto para la fundación del periódico *El Fascio* nació en una reunión celebrada a principios de 1933 en casa de Giménez Caballero, a quien también se le debe que José Antonio Primo de Rivera se reuniese por primera vez en Roma con Mussolini y preparase la traducción y la introducción del libro del líder del fascismo italiano: *El Fascismo*, publicado en Madrid en abril de 1934.

Ese año, como sostiene Ismael Saz, se produjo una convergencia completa para la construcción en España de un «fascismo pleno basado en una concepción mística de la revolución regeneradora, populista y ultranacionalista destinada a la construcción de un Estado totalitario como base y refuerzo de una comunidad nacional ordenada y entusiasta, jerarquizada»[10]. En mayo de 1935, José Antonio visitó por segunda vez a Mussolini y, por mediación de las embajadas italianas de París y Madrid, obtuvo los primeros medios de financiación y los ánimos para crear la Falange Española[11]. Espoleado por el componente urbano y juvenil del Sindicato Español Universitario (SEU), el movimiento fascista, paramilitar y miliciano se adhirió al proyecto de los Comités de Acción para la Universalidad de Roma (CAUR) para constituir una Internacional fascista, y algunos de sus miembros participaron en las conferencias de Montreux en

[8] Cfr. Barbanera, Marcello, *L'archeologia degli italiani* (Rome: Editori Riuniti, 1998).

[9] Peña Sánchez, Victoriano, *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del «ventennio fascista» y su repercusión en España* (Granada: Universidad de Granada, 1995).

[10] Saz Campos, Ismael, *Fascismo y franquismo* (Valencia: PUV, 2004), p. 69.

[11] Cfr. Thomàs, Joan Maria, *José Antonio. Realidad y mito* (Barcelona: Debate, 2017).

1934 y 1935[12]. Roma, capital plurimilenaria de la latinidad, representaba para estos jóvenes intelectuales un referente ideal indispensable para su proyecto revolucionario; la ciudad italiana se presentaba como alternativa a un Madrid republicano y plebeyo que había traicionado a su vocación imperial. En una entrevista de 1976, Giménez Caballero recordaba que, para él, el «encuentro con Roma» en los años veinte había sido determinante[13]. También se refirieron a esta latinidad compartida los intelectuales fascistas presentes en España durante la Guerra Civil. Entre ellos, Stanis Ruinas, escritor y referente de un fascismo «de izquierdas», apuntaba: «Doscientos años antes de Cristo, Roma interviene en España para liberarla de los tentáculos del Imperio púnico. En 1936, la Roma de Mussolini interviene en España para ayudarla a librarse de la invasión bolchevique y de las angosturas de las grandes democracias, que personifican el mismo espíritu mercantil que guiaba a los cartagineses»[14].

Ya en plena Guerra Civil, la Italia fascista destinó ideas, hombres y recursos económicos a impulsar una relación cultural con la España nacional sobre la base de un proyecto de «fascismo panlatino» y con la ambición de lograr la hegemonía. Tras el fracaso del experimento con la Austria de Dollfuss en 1934, España se podía convertir en el primer país europeo bajo la influencia del fascismo italiano y beneficiarse de su experiencia y su ideología para construir un Estado corporativo y una sociedad «latina» clerical-fascista. En pocas palabras, España debía convertirse en una hermana menor a la que había que tutelar. Además, el fascismo consideraba que la región ibérica iba a ser un mercado privilegiado para exportar los productos de la industria cultural italiana; muy pronto cambió de opinión, pero no a tiempo para analizar su fracaso antes de la caída del régimen en el verano de 1943.

El presente capítulo tiene como objetivo señalar de manera sintética algunas etapas de la propaganda fascista en el exterior, en lo concerniente a las comunidades italianas primero y en el intento de convencer con su política a los pueblos neolatinos después. En este contexto, en la segunda mitad de los años treinta, la relación cultural y política entre la Italia fascista y la España nacional y después franquista devino fundamental. Los informes procedentes de España que llegaban al Ministerio de Cultura Popular (MinCulPop) atestiguan las diferentes fases de esta

[12] Cfr. Saz Campos, Ismael, «De la conspiración a la intervención. Mussolini y el alzamiento nacional», *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Roma*, n.º 15 (1981), pp. 321-358; Tusell, Javier y Saz Campos, Ismael, «Mussolini y Primo de Rivera. Las relaciones políticas y diplomáticas de dos dictaturas mediterráneas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n.º CLXXIX/III (1982), pp. 413-483.

[13] Selva, Enrique, *Ernesto Giménez Caballero entre la vanguardia y el fascismo* (Valencia: Pre-Textos – Institució Alfons el Magnànim, 2000), p. 105.

[14] Ruinas, Stanis, *Vecchia e nuova Spagna* (Milán: Garzanti, 1940-XVIII), p. 7.

operación cultural [15]. En la primera fase destacó la difusión de la prensa italiana entre una élite de españoles simpatizantes de la Italia fascista. En un segundo momento, el esfuerzo fascista se amplió con la elaboración de una propaganda específica destinada a las provincias conquistadas por los nacionales gracias a la actividad editorial, las radios y el cine. Durante el conflicto, se invitó a empresas privadas italianas a colaborar con socios españoles para llevar a cabo una acción conjunta en materia literaria, teatral y cinematográfica. Con el final de la Guerra Civil, la Italia fascista empezó a detectar las primeras dificultades debidas a la competencia alemana y estadounidense, a los obstáculos comerciales y de transporte y a la falta de iniciativa de los socios privados del proyecto. Para hacer frente a estas dificultades, a partir de la primavera de 1939, la Italia fascista procuró firmar acuerdos con la España franquista, pasando de este modo de una posición de privilegio a una de colaboración; entre 1942 y 1943 se acogió a los españoles con el objetivo de impulsar intercambios comerciales. En 1943, el fascismo italiano se derrumbó y no estuvo en condiciones de ofrecer nada más a la España franquista, la cual, a su vez, se cerró defensivamente con el objetivo de sobrevivir tras la derrota de los fascismos en Europa.

2. De la italianidad a la latinidad

Al principio, la posición de Mussolini en cuanto a las comunidades de italianos emigrados no era distinta de la que ya habían expresado las clases dirigentes de la época liberal. Ésta, en concreto, se inspiraba en la postura nacionalista que, desde principios de siglo, veía a la comunidad italiana emigrada como un potencial instrumento de expansión demográfica en paralelo a las ambiciones coloniales que se alimentaron en un primer momento, sobre todo en el entorno militar. Se consideraba que las comunidades italianas compactas que se habían establecido en países débiles en materia de tradiciones políticas e instituciones podían convertirse en hegemónicas e imponer rasgos de «italianidad», por ejemplo, en América Latina o en África. Tanto las corrientes de pensamiento populistas como las liberales y nacionalistas convergieron antes de la Gran Guerra en el diseño de una especie de mercado común, una Commonwealth italiana: una unión de comunidades italianas vinculadas por sus orígenes comunes de raza y civilización y fundamentadas en los valores del trabajo, de la propiedad y del emprendimiento y la cooperación libres. La «misión histórica» de los italianos que abordó el poeta Giovanni Pascoli consistiría en estos aspectos,

[15] Toda la documentación citada está disponible en el Archivio Centrale dello Stato de Roma (Archivo Central del Estado, en adelante: ACS), Fondo Ministero Cultura popolare (Ministerio de la Cultura Popular, en adelante: MinCulPop) Gabinete, buste (en adelante b.) 75, 76 y 60.

así como en las premisas para un «príncipe mercante» italiano, motor de un librecambismo establecido entre la patria y las regiones de residencia ideado por el economista liberal Luigi Einaudi en un estudio de 1898: *Per l'espansione coloniale italiana*. Estas cuestiones se retomaron en la primera posguerra tanto por parte de los liberales como de los nacionalistas moderados. En 1920, el liberal Vittorio Emanuele Orlando y el nacionalista Giovanni Giurati promovieron la fundación de una Liga Italiana para la Defensa de los Intereses Nacionales que fue disuelta en 1923, en cuanto el fascismo subió al poder, con el objetivo de dejar espacio a la creación de los Fascios Italianos en el Extranjero (FIE)[16].

En un principio, el fascismo había identificado a los FIE como el principal vehículo para su expansión ideológica y organizativa fuera del país. Se dejaron en manos del joven *squadrista* Giuseppe Bastianini, nacido en 1899, y estuvieron divididos en cinco secciones de trabajo en función de una dispersión geográfica que preveía intervenciones específicas en Europa, América del Norte, América del Sur, Asia y África. Bajo la dirección de Bastianini, los FIE vivieron una primera difusión en las comunidades italianas en el extranjero, pero chocaron con el crecimiento paralelo de estas últimas con trabajadores huidos de Italia debido a la expansión del fascismo; en los años veinte, la situación comportó violentos enfrentamientos en las comunidades italianas entre fascistas y antifascistas, en especial en Francia, Bélgica y Luxemburgo, que más tarde se extendieron a Estados Unidos. Los FIE, con el objetivo de fascistizar a la «gran nación» italiana en el extranjero, formada por unos diez millones de personas, no hacían más que repetir lo que ya se había concebido con anterioridad. Con este fin, en la primera mitad de los años veinte, Giuseppe Bottai y Giovanni Giurati realizaron algunos viajes de reconocimiento por el continente americano, apostando sobre todo por la fascistización de las comunidades italianas de Argentina, Brasil y de las ciudades de Nueva York y Boston. La debilidad de la relación de Italia en el extranjero era bien conocida: las comunidades no estaban cohesionadas y, salvo algunas excepciones, no tenían capacidad financiera en los países de acogida, factor que se sumaba a una ausencia congénita de órganos informativos en lengua italiana.

La contraposición en dos frentes de las comunidades italianas se vio acentuada por la línea que sostuvo Bastianini. Perteneciente a la corriente intransigente del partido, Bastianini tenía la intención de utilizar a los fascios como instrumentos de afirmación del fascismo en el extranjero y para la consecución de un «internacionalismo» fascista. Para Bastianini y para el ala *squadrista* del primer fascismo de la que provenía, el valor del fascismo era universal y constituía, por su naturaleza, una revolución espiritual

[16] En cuanto a los FIE, véase FRANZINA, Emilio y SANFILIPPO, Matteo (eds.), *Il fascismo e gli emigrati. La parabola dei Fasci italiani all'estero (1920-1943)* (Roma-Bari: Laterza, 2003) y también DOGLIANI, Patrizia, *El fascismo de los italianos. Una historia social* (Valencia: PUV, 2017), pp. 288-305.

capaz de regenerar el mundo occidental y de contraponerse al materialismo del comunismo y a la decadencia de las democracias parlamentarias. Por este motivo también era necesario acabar con la diplomacia tradicional y crear otra nueva, cuyo objetivo fuese el entendimiento entre las corrientes de la derecha revolucionaria del mundo por medio de los fascistas residentes en el extranjero. En cambio, otros dirigentes del partido, incluido Mussolini al principio, pretendían que el fascismo fuera un fenómeno esencialmente italiano destinado a regenerar el país después de la Gran Guerra. En el primer y único congreso de los FIE, que tuvo lugar en Roma en noviembre de 1925, Bastianini presentó los que eran, a su entender, los objetivos preestablecidos por la organización: definir una nueva figura del italiano y de la italianidad para imponerla en el extranjero, tanto en las colonias como entre la población de origen italiano residente en países extranjeros. En su discurso de clausura del congreso, Mussolini se limitó a exigir que los italianos en el extranjero —lo cual incluía a los FIE— no interfiriesen en la política exterior. Lo que debían era «no participar en la política interior de los países que acogían a los fascistas; no suscitar desacuerdos en las colonias, sino resolverlos a la sombra del Littorio; dar ejemplo de honradez pública y privada; respetar a los representantes de Italia en el extranjero; defender la italianidad en el pasado y en el presente (...) vuestro sencillo ejemplo dará una idea de lo que es nuestra Italia, la Italia viril que estamos creando con un esfuerzo asiduo y cotidiano»[17]. El activismo que Bastianini exigía a los FIE, desvinculándolos de la autoridad consular, obstaculizaba las relaciones entre el gobierno y el cuerpo diplomático y generó desacuerdos entre él y el subsecretario de Asuntos Exteriores, Dino Grandi. Bastianini ostentaba el monopolio del partido y de sus representaciones en la comunidad italiana residente en el extranjero y exigía que las autoridades consulares estuvieran en la práctica al servicio de los fascios. En cambio, Grandi revalorizó el rol de la nueva diplomacia como única representante del Estado fascista en el extranjero y resolvió a su favor la contienda frente a las incertidumbres de Mussolini, que en ese momento ocupaba la cartera de Exteriores. Las sedes de los FIE, con sus Casas de Italia, debían seguir siendo centros de solidaridad, de renovada italianidad y de educación destinados a los italianos residentes en el extranjero que no querían perder el contacto con la patria.

La victoria de la línea de Grandi provocó la dimisión de Bastianini a finales de 1926, la cesión de la dirección de los FIE del partido al Ministerio de Asuntos Exteriores y el acceso de varios *squadristi* a la carrera diplomática. Desde ese momento, el mismo Bastianini emprendió una carrera diplomática al asumir la dirección de la embajada italiana en Lisboa. La dirección de los FIE, antes en manos de hombres de acción, se concedió a periodistas y propagandistas: al periodista Cornelio di Marzio,

[17] ASSOCIAZIONE NAZIONALE VOLONTARI DI GUERRA (ed.), *Il Decennale. X Anniversario della Vittoria* (Florencia: Vallecchi, 1929), p. 428.

exnacionalista y anterior jefe de prensa de la embajada italiana de Constantinopla, y a Luigi Freddi, hasta entonces jefe de prensa del PNF. Di Marzio propuso y sintetizó en un escrito de 1923, *Il fascismo all'estero*, que los italianos en el extranjero fueran representados en el parlamento nacional por medio de delegados propios electos en consejos en el extranjero e incorporados como diputados en algunos colegios italianos abiertos al mar y a la emigración como los de Génova y Bari. La disolución definitiva del parlamento después de la crisis Matteotti hizo descarrilar la propuesta que, sin embargo, se mantuvo largamente en la memoria de la derecha italiana hasta tiempos recientes[18]. Di Marzio transformó el periódico de los FIE *Il Legionario* en un periódico de amplia difusión y en el «órgano de los italianos en el extranjero y en las colonias».

Piero Parini, sucesor de Di Marzio en 1928, expresaba la nueva línea nacional y populista del partido: pragmática, sin pretensiones y ya sin rastro del fideísmo alimentado antes por Bastianini y la primera quinta revolucionaria, de la misión fascista entre los emigrados italianos. Con el apoyo de Roma, se dedicó al apaciguamiento de la «gran nación» italiana en el extranjero y a lograr que esta se viese reflejada en el fascismo, que constituía la esencia misma del patriotismo y de la fidelidad a los valores nacionales. Esto debía hacerse con menos adoctrinamiento político y más asistencia y educación, atribuyendo a los gobiernos anteriores al fascismo toda la responsabilidad por haberlos obligado a abandonar su país. Gracias al Concordato suscrito por el Estado italiano con la Iglesia de Roma en 1929, el apoyo a esta política provenía del clero trasladado al extranjero, en especial en los países de origen anglosajón en los cuales el catolicismo era minoritario y tenía ambiciones evangelizadoras. El fascismo se presentaba así como doble abanderado: de la fe nacional y de la civilización católica. En lugar de combatir al antifascismo, Parini le daba a los FIE instrucciones explícitas de aislarlo y minimizarlo. Como parte de esta política a finales de los años veinte se suprimió el término «emigrante»: todo aquel que mantenía vínculos culturales, institucionales o lingüísticos con la Italia fascista se consideraba un «italiano en el extranjero». La modificación no era meramente terminológica, sino que implicaba un juicio; por contra, los antifascistas se denominaban *fuorusciti*: no solo eran expatriados ilegalmente que perdían la ciudadanía italiana, sino que también eran considerados como aquellos que habían salido fuera de su comunidad nacional. De la intervención política se pasó progresivamente a otras intervenciones en los ámbitos de la cultura,

[18] Gracias a una ley de 2001, en 2006 los italianos residentes en el extranjero pudieron votar a sus propios representantes en circunscripciones electorales específicas. Durante mucho tiempo, Mirko Tremaglia, nacido en 1926 y dirigente del Movimiento Social Italiano, el partido post-fascista, había reclamado una ley como esta. Tremaglia fue uno de los más estrechos colaboradores de Giorgio Almirante, máximo exponente de la política cultural y racial durante los meses de la República Social Italiana

el ocio y el trabajo. La introducción en muchos países, desde Estados Unidos hasta Brasil, de prohibiciones que impedían a los extranjeros desempeñar actividades políticas, aconsejaba al fascismo la mimetización de su propaganda bajo formas distintas.

A mediados de los años treinta, cuando el fascismo había perdido su capacidad impulsora y «revolucionaria», su alma *squadrista* dejó de interesarse por los emigrados italianos para centrarse en los esfuerzos coloniales y la colonización interna y africana. A estas alturas ya eran pocos los que creían en la eficacia y el alcance político de una expansión del fascismo entre las comunidades italianas en el extranjero, especialmente en las del otro lado del océano. Los grandes flujos transoceánicos se habían detenido; en menos de una generación, los emigrados tendían a integrarse en el país de acogida, aunque a menudo seguían con entusiasmo las iniciativas de la Italia fascista. Después de 1936, muchos círculos romanos ponían seriamente en duda la fiabilidad política de los italianos en el extranjero. Es sintomático el desprecio con el que Galeazzo Ciano, el nuevo ministro de Exteriores, juzgaba a muchos de los emigrados italoargentinos. Según escribía en su diario con fecha del 30 de enero de 1938: «Durante varios años, muchos desechos de la humanidad se marcharon a Sudamérica; los peores de ellos se quedaban en el lugar de llegada: allí surgió Buenos Aires (...) a esa desfavorable mezcla se le ha sumado en estos últimos años y en grandes cantidades el elemento judío. No creo que esto haya contribuido a mejorarla». La época de los cruceros navales y los viajes transoceánicos guiados por Italo Balbo hacia el continente americano se apagaba lentamente; el tema central había pasado a ser la fundación del Imperio y lo que Italia podía aportar al desarrollo de la latinidad en el mundo. Tanto fue así que en 1939 se constituyó una Comisión de Repatriación de la Emigración en el marco de una política demográfica que pretendía trasladar a trabajadores y sus familias desde los países a los que habían emigrado hacia las colonias italianas. A partir de 1927, los esfuerzos se centraron en la creación de Institutos Italianos de Cultura en detrimento de las Casas de Italia fundadas en las comunidades italianas, a menudo objeto de contienda entre fascistas y antifascistas. Junto a las cátedras de literatura y civilización italiana, estos institutos ambicionaban presentar una «alta» cultura de Italia y de sus nuevas instituciones, destinada ya no solo a las comunidades italianas, sino también a las élites cultas de los países de acogida.

A finales de los años treinta, la cuestión migratoria se vinculó cada vez más a las políticas demográficas y coloniales del régimen, mientras la política exterior de la Italia fascista «asumía rasgos cada vez más ideológicos, hasta el punto de confundirse con la expansión de la ideología fascista en el mundo»[19]. El motor de dicha expansión ya no eran las comunidades de italianos en el extranjero, sino el apoyo directo a regímenes

[19] Bertonha, João Fábio, «Emigrazione e politica estera: la "diplomazia sovversiva" di Mussolini e la questione degli italiani all'estero, 1922-1945», *Altreitalie*, n.º 23 (julio-diciembre 2001), p. 5.

afines al fascismo donde fuera posible. A finales de los años veinte se puso en marcha un experimento en el Portugal de Salazar, donde la comunidad italiana a principios de los años treinta era de unas 500 personas, mientras «la consolidación del Estado Novo, gracias también a la promulgación de la Constitución corporativa... favoreció en gran medida las actividades de la propaganda italiana»[20]. Lo mismo se puede decir de España, donde no había comunidades italianas numerosas y compactas y donde la emigración italiana, más que por trabajadora, se había caracterizado a partir del siglo XIX por sus corrientes revolucionarias. De manera análoga, en América Latina, donde el fascismo esperaba atraer a gobiernos hacia su órbita ideológica —en Chile y, sobre todo, en Brasil, con el Estado Novo de Vargas—, «la comunidad italiana se concibió como una fuerza de apoyo a esta diplomacia subversiva; [implicación] que no se produce, al menos en apariencia, ni en Argentina ni en Uruguay. Este hecho parece depender [...] de la menor popularidad del fascismo entre los italianos»[21]. En este contexto, el fascismo jugó su última carta «de la latinidad, que se consideraba expresión del carácter de universalidad de la civilización italiana. El concepto se prestaba sobre todo a su uso en América Latina»[22] y en el mundo hispánico en general. La universalidad espiritual de la latinidad se consideraba superior a culturas «primitivas» como las de los pueblos eslavos y las colonias africanas.

3. El fascismo italiano llega a España

La presencia militar italiana en tierras españolas se extendió de diciembre de 1936 hasta junio de 1939, cuando se repatriaron las últimas tropas con la Guerra Civil terminada. Es importante recordar, sin embargo, que ya desde finales de julio de 1936 la aviación italiana operaba desde sus bases de las Baleares para apoyar a los insurrectos. El 18 de noviembre de 1936, la Italia fascista, junto a la Alemania nazi, había reconocido al gobierno nacional provisional con sede en Burgos y en diciembre había creado una Misión Militar en Salamanca. Nunca se ha definido con exactitud la cifra de italianos que combatieron por la España nacional: se ha alcanzado una estimación total de 75.000, con una presencia de 40.000 efectivos en los meses más intensos de combate, entre 1937 y 1938.

Con el fin de apoyar esta importante presencia, Roma intentó difundir ampliamente la prensa italiana en las zonas controladas por el bando nacional con dos objetivos primordiales: llegar a las tropas italianas desplazadas a España y conquistar a los

[20] Ivani, Mario, *Esportare il fascismo. Collaborazione di polizia e diplomazia culturale tra Italia e Portogallo di Salazar (1928-1945)* (Bolonia: Clueb, 2008), p. 171.

[21] Bertonha, «Emigrazione e politica estera», p. 7.

[22] Pretelli, Matteo, *Il fascismo e gli italiani all'estero* (Bolonia: Clueb, 2010), p. 77.

lectores españoles. Un primer experimento se aplicó en Palma de Mallorca a principios del verano de 1937[23] con el intento de sustituir a los tres periódicos ingleses que se publicaban en la isla. El consulado italiano de Palma llevó a cabo la tarea en colaboración con la Dirección General de Turismo de Roma. Las islas Baleares se consideraban una avanzada militar italiana ideal, tanto por su posición estratégica, que permitía a la aviación italiana volar con un radio corto para controlar los cielos de Cataluña y para, en caso de necesidad, bombardear Barcelona, así como —en un orden de cosas muy distinto— para contrarrestar la influencia británica en el turismo y favorecer en este ámbito una colaboración italoespañola. El consulado italiano se empleó a fondo haciendo propaganda del fascismo entre los círculos pudientes de Palma y favoreciendo el asentamiento turístico italiano en la isla. Los periódicos italianos se vendían en Palma a un precio más bajo que en Sevilla, Salamanca o San Sebastián. Por otro lado, la prensa italiana llegaba rápidamente a Palma de Mallorca por vía aérea, mientras que en la España continental se distribuía por la vía ordinaria —por mar— con mucho retraso. En una nota del 2 de octubre de 1937, el gabinete de prensa y propaganda italoespañol de Salamanca se planteó la cuestión de enviar la prensa italiana por vía aérea, dando pie a una disputa sobre quién debía correr con el coste del servicio: el MinCulPop o la compañía aérea nacional, financiada con capital público: Ala Littoria. En septiembre de 1937, Mussolini en persona dio la orden de transportar copias de *Popolo d'Italia* por vía aérea, mientras que los otros periódicos iban a llegar en buques de vapor que zarpaban cada 15 días. En 1937 emergieron las dificultades y contradicciones que posteriormente caracterizarían la penetración cultural y propagandística italiana en la España nacional: por una parte, el entusiasmo y los proyectos para asegurar una presencia dilatada; por la otra, los altos costes y la incapacidad para su materialización. A partir del verano de 1937, el presidente de Ala Littoria, Umberto Klinger, rechazó el transporte gratuito de la prensa. Por ello, fueron pocas las publicaciones presentes en los quioscos de Palma; sí se encontraba, en cambio, *Il Corriere della Sera*, que sufragaba por su cuenta el coste del envío aéreo.

La segunda y más duradera tarea fue la difusión de la prensa italiana entre los soldados y milicianos italianos del Cuerpo de Tropas Voluntarias (CTV), en especial de dos publicaciones de carácter político: *Il Popolo d'Italia*, que pasó de los 4.000 ejemplares iniciales a 10.000 ejemplares para su distribución a las secciones legionarias, gasto que corría por cuenta del gabinete de prensa de San Sebastián, e *Il Legionario*, editado en Valladolid a partir de diciembre de 1937. A pesar de su gran difusión, los lectores de *Il Popolo d'Italia* eran los mandos, oficiales y jóvenes legionarios con un buen nivel cultural, como los estudiantes de los Grupos Universitarios Fascistas

[23] ACS, MinCulPop, b. 75, f. 508.

(GUF), alistados voluntariamente y en contacto con las autoridades políticas y militares nacionales, mientras que para las tropas había otras publicaciones llegadas de Italia que trataban de costumbres, sucesos y, sobre todo, deportes. Las de mayor difusión eran *La Gazzetta dello Sport*, que pasó de los 500 ejemplares iniciales a los 4.000 de septiembre de 1938, y *Domenica del Corriere*[24]. *El Legionario*, que se publicó deliberadamente con el nombre en español hasta el verano de 1937, cuando se convirtió en *Il Legionario. Giornale dei lavoratori combattenti in Spagna in difesa della civiltà europea, contro la barbarie rossa* [*El Legionario. Periódico de los trabajadores combatientes en España para la defensa de la civilización europea contra la barbarie roja*][25] era en realidad un boletín diario de dos planas financiado por el MinCulPop y redactado por el gabinete de prensa de Salamanca, dirigido por Guglielmo Danzi[26]. Así pues, se limitaba a los fascistas desplegados en España y, tal como solicitaba explícitamente el gabinete de Roma, debía adecuarse a los gustos y exigencias de los italianos destinados en España y no al público español. El boletín contenía informaciones sobre el avance de la guerra y sobre el frente interno, alguna noticia sobre Italia y mucho deporte. Las noticias deportivas llegaban vía radio desde Italia y justificaban su gran tirada, que en abril de 1937 alcanzó los 45.000 ejemplares para que se pudiera seguir día a día el Giro de Italia[27]. En la última fase de la guerra, el envío de periódicos (así como de tropas) se redujo: en septiembre de 1938, *Il Popolo d'Italia* contaba con 7.000 ejemplares, además de las 2.000 suscripciones pagadas directamente en el gabinete de prensa de San Sebastián; los demás periódicos llegaban en paquetes de 500 ejemplares. El envío se suspendió el 1 de mayo de 1939. Al terminar la guerra en España y empezar en Europa, aumentaron las dificultades en el transporte de periódicos y, especialmente, de libros desde Italia. A partir de junio de 1940 los gabinetes de prensa ubicados en España lamentaban la lentitud en la recepción de los principales periódicos italianos para realizar las reseñas de prensa destinadas a la prensa española.

Del mismo modo, el transporte de prensa italiana tenía lugar dos veces por semana por vía aérea con escala en Barcelona, y posteriormente llegaba hasta las sedes de Madrid y Salamanca. Los libros eran lo que más se sacrificaba debido a la mala organización, la censura y porque «nuestra importación [...] choca con las importaciones

[24] Todas las noticias sobre la prensa, ACS, MinCulPop, b. 75, ff. 1900/8-9-10: hasta mayo de 1939 llegaban vía la Agencia de Aduanas Pages de Hendaya. Intendencia CTV – Apdo. correos 2 –Vitoria.

[25] *Ibid*, b. 75, f. 1900/8.

[26] Cfr. CORTI, Paola y PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, *Giornali contro: Il Legionario e Il Garibaldino: la propaganda degli italiani nella guerra di Spagna* (Alessandria: Ed. Dell'Orso, 1993), así como también PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, «Intervención extranjera y propaganda: la propaganda exterior de las dos Españas», *Historia y comunicación social*, n.º 6 (2001), pp. 63-95, pp. 71 y ss.

[27] ACS, MinCulPop, b. 75, f. 1900/10, gabinete de prensa San Sebastián.

de libros alemanes»[28]. Para vencer a la competencia extranjera, se organizó con el apoyo de los FIE una feria itinerante del libro italiano que se inauguró en Sevilla con la presencia de Alessandro Pavolini, ministro del MinCulPop de la época. Posteriormente se trasladó a Salamanca, Valladolid, Burgos, Zaragoza, San Sebastián y, después, a Portugal[29]. Se intentó, además, solucionar el problema del transporte por medio de la comunicación telegráfica de servicios de agencias de prensa entre Italia y España, y con la creación de una Casa Editorial ítaloespañola. Las autoridades italianas se apoyaron en una pequeña editorial de Madrid propiedad de un exponente de los FIE, Ambrogio Candiani, activo en España desde 1932, financiándola generosamente a través del Instituto para las Relaciones Culturales con el Extranjero (IRCE)[30]. Siendo una simple imprenta, la editorial de Candiani parecía una solución temporal, pero en agosto de 1942 todavía no se había creado una auténtica editorial italoespañola a pesar de los esfuerzos económicos realizados por la entidad Banca Nazionale del Lavoro. En junio de 1942 se preparó un memorando con la Sociedad de Autores Italianos representada por Ferruccio Pasquali, que se encontraba en España desde 1933. Pasquali afirmaba que «se debe tener presente la susceptibilidad española, en especial en el ámbito cultural, que hace preferible evitar formas y manifestaciones demasiado vistosas [...] es preferible realizar acciones de penetración sabias y prudentes y presentar el problema de modo que se pueda convencer a los españoles de que se trata de una iniciativa destinada a desarrollar las relaciones y los intereses recíprocos»[31].

Así pues, Roma se limitó a enviar material didáctico destinado al restringido número de alumnos de las escuelas italianas y los cursos de italiano del Instituto Italiano de Cultura hasta que, en verano de 1942, «la creación de nuevas editoriales e imprentas queda prohibida [...] el arancel que grava las publicaciones en español impresas en el extranjero es prohibitivo». El gobierno franquista había aprobado una ley de control de la industria cultural que prohibía la fundación en España de sociedades y entes que contasen con más del 25 % de capital extranjero. Por lo tanto, se perdió la esperanza de poner en marcha en España una editorial con capital italiano. Además, en octubre de 1941 se produjo una reorganización de la prensa y la propaganda por parte de las autoridades españolas. Siguiendo el modelo alemán e italiano, el régimen franquista dividió el sector en cuatro secciones de trabajo: prensa, propaganda, cinematografía y teatro, y radiodifusión. Todo lo que se distribuía en territorio español debía contar con la autorización de las nuevas autoridades españolas; la Italia fascista no consiguió obtener los permisos de importación de libros y revistas

[28] Para el mercado editorial: cfr. *ivi*, b. 76, f. 1900/15.

[29] Acerca de la presencia de Pavolini en Portugal: cfr. IVANI, *Esportare il fascismo*, pp. 185-186.

[30] ACS, MinCulPop, b. 76, f. 1900/14.

[31] *Ibidem*.

hasta finales de 1942, cuando ya estaba a punto de desmoronarse. A partir de ese momento, los funcionarios italianos toparon con algunos problemas fundamentales: de traducción y de difusión, pero también de cambio de divisas al llegar la prensa y los equipos. Desde el principio del conflicto, la relación entre la lira italiana y la moneda corriente en la España nacional había sido compleja en cuanto a la obtención de compensaciones justas: cobrar liras como pago de exportaciones a España y obtener el valor equivalente en pesetas para utilizarlas en España. Además del difícil equilibrio de *clearing*, en algunos sectores —del editorial al cinematográfico— se crearon unas *joint ventures* buscando arduamente, por un lado, agencias españolas que pudieran colaborar con los italianos y, por otro, empresas italianas fiables dentro de las pocas presentes en España.

Aun así, y a pesar de las numerosas dificultades, la actividad editorial se mantuvo hasta principios de verano de 1943. La Dirección General de la Prensa Italiana había establecido en 1940 relaciones con la Sociedad Ibérica de Publicaciones (SIP) de Madrid con el fin de potenciar las ventas de libros y revistas. Estas actividades gozaban de un interés especial por parte del IRCE. El instituto romano fue fundado en 1938, tras la marcha de Italia de la Sociedad de Naciones, y había heredado los funcionarios italianos que hasta ese momento habían trabajado en el Instituto Internacional de Cinematografía Educativa (ICE), organismo que dependía de Ginebra[32]. El objetivo era desarrollar una política autónoma, desvinculada de la Sociedad de Naciones, de expansión cultural en ámbitos considerados alcanzables y asimilables al fascismo italiano. Así, a principios de los años cuarenta nos encontramos con dos personajes activos en este sentido: Luciano De Feo, que pasa de la dirección del ICE a la del IRCE, y Giacomo Paulucci di Calboli Barone, diplomático de formación, exsecretario particular de asuntos exteriores de Mussolini, posteriormente presidente del Instituto Luce y enviado a Madrid en calidad de embajador en la primavera de 1943. En esos últimos años del régimen, Paulucci di Calboli[33] potenció el gabinete de prensa de la embajada e impulsó un «servicio América vía Madrid» para enviar prensa y libros italianos a América Latina con escala en la capital española, «partiendo de las comunicaciones de los corresponsales de medios españoles en Buenos Aires, Washington y Nueva York»[34].

[32] Cfr. TAILLIBERT, Christek, *L'Institut International du cinématographe éducatif. Regards sur le rôle du cinéma éducatif dans la politique internationale du fascisme italien* (París: L'Harmattan, 1999).

[33] En cuanto a la vida de Paulucci Di Calboli, véase la biografía escrita por TASSANI, Giovanni, *Diplomatico tra due guerre. Vita di Giacomo Paulucci di Calboli Barone* (Florencia: Le Lettere, 2012).

[34] ACS, MinCulPop, b. 75, f. 510.

A partir de 1936, Roma inauguró once gabinetes de prensa en las principales capitales europeas, además de los de Washington, Buenos Aires y Shanghái[35], y, en la primavera de 1937, las autoridades italianas empezaron a prestar más atención a la calidad del material editorial en lengua española que se difundía en España y en América Latina[36]. Sin embargo, entre 1941 y 1943, las dificultades aumentaron a pesar de que en la operación para potenciar la presencia en países de lenguas latinas se había contado con la participación de las principales instituciones culturales y propagandísticas del régimen, tal como indica una nota del 30 de abril de 1943: la Dirección General de Prensa Extranjera, los Institutos de Cultura Italianos y las entidades cinematográficas, de teatro y música, además del apoyo del sector editorial privado. De los documentos consultados, y sin que se declare explícitamente, se desprende una desconfianza progresiva en la operación cultural emprendida en España. Antes de trasladarse a la sede consular de Berna, el responsable de prensa de Madrid hace balance de su actuación en un informe de fecha 31 de marzo de 1943. En él subraya los esfuerzos inútiles realizados para crear una agencia de prensa italiana en Madrid, propuesta de la agencia Stefani en septiembre de 1939, con la idea de dejarla en manos de un español «para que se le abran las puertas a la propaganda italiana y no choque con las previsibles susceptibilidades nacionales [...] es necesario que no se detecte a primera vista su procedencia; así pues, además de la redacción de los artículos y noticias en lengua española, la actividad de la agencia debería ser lo más reservada posible»[37]. El último intento llegó en mayo de 1943 desde Berna. Se envió a Madrid a un experto en el mercado editorial para abordar las difíciles relaciones comerciales entre el sector editorial italiano y la SIP, financiada por Italia durante años sin obtener de ello ninguna ventaja relevante. La opción autárquica de los primeros gobiernos franquistas, acentuada por el aislamiento en que España se sumió durante la Segunda Guerra Mundial, la represión política, la crisis económica y el embargo, que generaron escasez y altos costes de los materiales, en especial del papel, condujeron a una ulterior reducción del consumo de bienes considerados secundarios. Indicio de esta situación fueron las grandes dificultades a las que el régimen fascista se enfrentó a la hora de imprimir en España el último libro de Benito Mussolini, *Hablo con Bruno* (escrito a raíz de la trágica muerte de su hijo Bruno). El coste de la traducción y, sobre todo, la falta de papel adecuado para una edición elegante que incluyera también las ilustraciones llevaron al editor Candiani a aplazar su publicación. A pesar de ello, no se perdía la esperanza y Roma auguraba que «los agentes propios, los acuerdos de colaboración

[35] Cfr. CAVAROCCHI, Francesca, *Avanguardie dello spirito. Il fascismo e la propaganda culturale all'estero* (Carocci: Roma, 2010), p. 145.

[36] ACS, MinCulPop, b. 75, f. 1900/4.

[37] *Ibid*, b.75, f. 1900-4/1.

con editoriales extranjeras, las posibilidades de colocación (...) se mantendrán a favor de una creciente expansión del pensamiento italiano»[38].

Cinco años antes, la operación parecía haber nacido bajo los mejores auspicios. En la primavera de 1938 se había impulsado en Salamanca un Centro Bibliográfico Italiano que preparaba un boletín sobre las novedades editoriales italianas para enviárselo a las editoriales españolas: «Es el momento propicio para lograr que se escuche nuestra voz: las traducciones de obras científicas italianas, de nuestros mejores autores, posiblemente complementadas con apéndices sobre la reciente evolución político-jurídica española». Esta iniciativa se apoyaba también en el intercambio de estudiantes y académicos universitarios, gracias a una intervención cultural italiana prevista en doce universidades españolas por medio de escuelas de verano, asociaciones de estudiantes españoles y GUF, en especial a través del Colegio Español de la Universidad de Bolonia. En abril de 1938, el consulado italiano de Salamanca intentó reunir en una asociación dotada de un boletín a todos aquellos que habían realizado una estancia de estudios en Italia y que ahora ocupaban cargos de responsabilidad en el nuevo gobierno nacional: entre ellos, el ministro de Interior, Serrano Suñer, y el jefe de prensa en la zona nacional, Arnau Giménez. Se adelantó también la idea de crear un Centro de Información Bibliográfica basado en el modelo del Centro Italiano de Información de Nueva York para las «actividades informativas de carácter científico [...] o cultural destinado a entidades culturales, académicos y editoriales españolas. A este centro [...] el cometido de crear una red de individuos y entidades orientados por simpatía —desde un punto de vista cultural y espiritual— hacia nuestro país, su cultura y su sistema de vida. El funcionamiento del centro bibliográfico [...] se debería confiar a jóvenes académicos, preferiblemente dedicados a la carrera universitaria», como proponía Amor Bavaj, que pasó de Madrid a San Sebastián como responsable de prensa, en un mensaje a Luciano Celso, su jefe directo de gabinete en el Ministerio de Cultura Popular[39]. En enero de 1940, Italia estaba presente en el cuarto congreso del Sindicato Español Universitario (SEU) para entablar relaciones con los GUF y aumentar la cantidad de estudiantes españoles residentes en Bolonia (como reflejaba un informe del mismo Bavaj con fecha 16 de enero).

El final de la Guerra Civil trajo consigo un cambio en las relaciones entre la Italia fascista y la España nacional. La nueva España ya no necesitaba la ayuda militar de Italia, aunque continuara considerándola un importante aliado para su reconocimiento internacional. Así pues, a partir de 1940 dio a entender que, desde ese momento, la relación se iba a desarrollar en pie de igualdad: esto respondía a las exigencias del nuevo Estado corporativo y clerical fascista español que afirmaba su independencia

[38] *Ibidem*.

[39] Actividad del responsable de prensa de Salamanca, ACS, MinCulPop, b. 75, f. 1900/4.1.

y soberanía basándose en una identidad cultural cada vez más orientada a subrayar la tradición milenaria, militar e imperial española con los rasgos que la distinguían del camino emprendido en Italia por el fascismo. Roma tardó un tiempo en entender este distanciamiento; entre mayo y junio de 1939, el fascismo insistió en crear un Centro Internacional de Estudios Hispánicos «destinado a constituir un punto de convergencia para académicos de todos los países de la cultura española y un centro de información», e identificó a unos cincuenta académicos italianos aptos para la colaboración con la España franquista. El sector editorial italiano que el fascismo se obstinaba en difundir en España tenía esencialmente un carácter político e ideológico que todavía consideraba a España como a una «hermana pequeña» a la que adoctrinar y guiar, sin darse cuenta, probablemente, de las nuevas relaciones de fuerza entre la «vieja guardia» falangista y filofascista y el nuevo cuadro de mando franquista y militar, que se mostraba cada vez más molesto por las excesivas interferencias externas y que promulgaba una cultura conservadora y despolitizada, respondiendo asimismo a una opinión pública favorable a ella y a una población cansada de guerra e ideología que anhelaba la evasión.

Esta cortedad de miras queda patente en el informe sobre la situación cultural en España escrito por Giuliano Mazzoni, profesor titular de Derecho Corporativo en la Universidad de Florencia, tras visitar España en viaje oficial. El 28 de mayo de 1942, Mazzoni lamentaba que la cultura italiana estuviera representada por «demasiada literatura, mientras la Italia del fascismo, la Italia revolucionaria [...] no se conoce bien en España sino por la publicación de propaganda o manifestaciones esporádicas». En su viaje se había dado cuenta de que «la actividad cultural de británicos y franceses no parece disminuir, sino al contrario, florece», con una presencia mayoritaria de académicos hispanistas provenientes de Reino Unido y Francia que residen en España desde hace tiempo[40]. Las escuelas en lengua inglesa y francesa tenían abundante alumnado y había una institución cultural alemana. Cuando Mazzoni visitó España, las asignaturas universitarias de lengua italiana eran optativas, mientras que el aprendizaje del francés era obligatorio: «los docentes italianos no son bienvenidos en la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid, lo sabe todo el mundo». El alumnado de las asignaturas de italiano del Instituto Italiano de Cultura de Madrid era sobre todo femenino, «con un muy modesto nivel intelectual y cultural. El alumnado culto aprende inglés, francés y alemán». En su informe, Mazzoni sugería cuidar las relaciones universitarias en disciplinas hasta entonces ignoradas como las jurídicas, económicas y sociales, y estar presentes en la cultura española con relaciones directas y personales. Un intercambio tardío se llevó a cabo a principios de 1943 con la concepción de una exposición del

[40] *Ibid*, b. 76, f. 1900/14.

nuevo sector editorial español, itinerante entre Génova, Milán y Roma, en colaboración con la representación de la Falange en Italia. El año previo a la caída del fascismo se tradujeron en Italia hasta seis obras de autores falangistas[41].

Entre el otoño de 1942 y la primavera de 1943, el fascismo jugó su última carta: intentó privilegiar las relaciones entre Italia y España a través del vínculo común con la fe católica. El 27 de octubre de 1942, De Feo escribe a Pavolini, entonces ministro del MinCulPop, en tono de camaradería: «Estimada Excelencia, nuestros enemigos [...] aprovechan con ganas el catolicismo. Tú lo sabes mejor que yo». En España, el nuevo embajador estadounidense organizaba exposiciones y difundía publicidad para demostrar la importancia de los estudios religiosos en Estados Unidos: «podríamos elaborar una valiosa guía bibliográfica, incluso organizar una exposición [...]; la cultura nacional italiana en las últimas cuatro décadas ha contribuido a la defensa y al fortalecimiento de la tradición cristiano-católica». Era necesario subrayar, proseguía De Feo, la espiritualidad que une a Italia y España, a diferencia de las culturas inglesa y francesa, derivadas del «sensualismo y el positivismo», y marcar la diferencia con respecto a Alemania, donde bajo «la presión del movimiento luterano, la cultura se encamina hacia formas de subjetivismo idealista [...]. En cambio, Italia y también España se mantienen fieles en todo momento a los fundamentos culturales que constituyen el eje hereditario de la latinidad»[42]. La Italia fascista había desarrollado su propaganda en esta línea en España, Portugal, Suiza y Croacia, solicitando asimismo un apoyo directo por parte del «mundo oficial de la Iglesia». A Pavolini no le entusiasmó, y respondió de manera lapidaria a De Feo el 1 de noviembre de 1942 instándole solo a ocuparse de una guía bibliográfica histórico-religiosa sin implicar a las autoridades eclesiásticas y a preparar una exposición del libro histórico-filosófico-religioso para llevarla por la península ibérica, Suiza y Eslovaquia. Luciano De Feo obedeció con una nota enviada el 24 de mayo de 1943 a Angelo Corria, director del IRCE, en que subrayaba que esas iniciativas ayudarían a «destacar la enorme importancia, la libertad absoluta, la utilidad esencial que los estudios religioso-históricos han tenido en Italia en las últimas cinco décadas». Sin embargo, De Feo, para responder a la «necesidad de desarrollar en España una propaganda oportuna de la política religiosa del régimen», el 31 de mayo siguiente empleó el medio que más conocía y apreciaba, la cinematografía, para preparar materiales que ilustrasen «eficazmente el peso de la religión en las distintas manifestaciones de la vida nacional italiana». Por lo tanto, la cinematografía «se encargará de que el aspecto religioso no se convierta en objeto

[41] *Ibidem*.

[42] ACS, MinCulPop, b. 76, f. 1900/15.

de una propaganda religiosa particular sino [...] que se presente como un elemento esencial de la vida italiana»[43].

4. Los medios llegan a España

La presencia italiana, que había empezado como servicio de información a los «voluntarios» fascistas presentes en España y como servicio de comunicación con las autoridades nacionales españolas, adquiere una nueva misión en 1937: encontrar una voz política, ideológica y cultural que sustituyera a las lenguas y culturas presentes en España desde hacía tiempo, como la francesa, la británica y la angloamericana. Se probaron todas las vías: literatura, radiofonía, teatro, música y —sobre todo— cinematografía a partir de las actividades de los consulados, como el que ya existía en San Sebastián, pero especialmente el de Salamanca, centro neurálgico de la propaganda fascista en España, donde actuó fundamentalmente el Instituto Luce; a estos se le unió el de Málaga, donde se desarrollaron las principales relaciones turísticas entre Italia y España a partir de 1939, y el de Barcelona, donde se constituyó un consulado general a partir de abril de 1940.

En esencia, al terminar la guerra, el público español deseaba evadirse, divertirse. No era la actividad editorial política ni la religiosa italiana lo que gustaba, sino el teatro, la música y el cine. Entre febrero y marzo de 1939, los teatros de San Sebastián y Barcelona volvieron a abrir y, en septiembre de ese año, se propuso el intercambio de compañías teatrales por medio de la Unión Nacional de Arte Teatral (UNAT), con sede en Roma. En España se prefirió traducir algunas obras italianas para que las representaran compañías españolas. Al final de la temporada teatral de 1941, un informe señalaba que el teatro italiano gozaba de una buena acogida entre el público español y había topado con menos obstáculos para la exportación en comparación con la cinematografía, gracias también a la intensa actividad del Ente Italiano de Intercambio Teatral, que en la temporada de 1941 había hecho representar hasta ocho obras teatrales traducidas al español gracias a la colaboración con la Junta Nacional del Teatro[44].

También en el ámbito radiofónico, después de la experiencia de emisiones radiofónicas independientes durante la Guerra Civil, la Italia fascista había intentado conservar su independencia en territorio español. En marzo de 1939 se puso en marcha en San Sebastián un proyecto de colaboración radiofónica entre Italia, España y Alemania. Sin embargo, en 1940, a los italianos solo se les había reservado un espacio dentro de la red nacional de radio, en Radio Madrid, que tenía un programa en italiano por cuenta de la Radio Nacional; era a primera hora de la tarde, en competencia directa

[43] *Ibidem.*

[44] En cuanto al teatro: cfr. ACS, MinCulPop, b. 75, f.1900/4 e 4.1

con los alemanes, que tenían «su propio espacio más académico y científico y [con] mucha música clásica». Al principio, los italianos habían pensado en un programa para aprender las bases gramaticales de la lengua italiana, se habían orientado «a dar una mayor importancia a la música ligera existente, utilizando sus letras para extraer material de estudio breve y de reglas gramaticales» Las letras de las canciones se reproducían en postales que se enviaban a los radioyentes que lo solicitaban, a menudo acompañadas de libros de gramática que distribuía Radio Zamora. La música italiana se difundía mediante la radio y pequeñas orquestas gracias a piezas bailables de moda en Italia, en sintonía «con el espíritu popular y juvenil». En 1942, se habían reservado espacios a la música y la cultura italianas en emisoras de Madrid, Barcelona, Valencia e incluso Sevilla, San Sebastián, Santiago de Compostela, Alicante y Málaga. Mientras, en 1941, el Ente Italiano Radiofónico (EIAR) invitó a Roma a un equipo de la Radio Nacional de España. La música italiana intentaba alcanzar lugares de veraneo como San Sebastián, donde se estaba recuperando el turismo internacional y cosmopolita, y adonde acudían miembros de los ejércitos alemán e italiano destacados en Francia. A partir de 1941 se retomaron las actividades estivales con música de Verdi y conciertos instrumentales. La Compagnia D'Opera Italiana realizó una última temporada operística con una gira por teatros españoles.

Sin embargo, la empresa más compleja y duradera en la que el fascismo italiano depositó grandes expectativas fue la cinematográfica, que incluyó tanto la producción de documentales y propaganda de Estado por parte dell'Unione cinematografica educativa (la Unión de Cine Educativo: LUCE), como la industria privada del entretenimiento. A partir del invierno de 1936-1937, la Italia fascista estaba presente en los territorios conquistados por el bando nacional y en los campos de batalla de la Guerra Civil con tres iniciativas: la primera, destinada a difundir largometrajes y cortometrajes italianos entre los españoles; la segunda, orientada a organizar proyecciones entre las tropas italianas en el frente; y la tercera, dedicada a grabar la guerra directamente con equipos cinematográficos propios[45]. Desde el primer momento la Unión Nacional de Exportación de Películas (UNEP) estuvo implicada en el intercambio cinematográfico con la España nacional; contaba con una financiación del MinCulPop de 100.000 liras iniciales para favorecer la exportación. A principios de 1937, aun antes de la ayuda económica, se importaron tres películas italianas con subtítulos en español; a partir de febrero de ese año se empezaron a financiar los doblajes al español. Un informe del 30 de junio de 1937 refleja que en el primer semestre de ese año se habían vendido a la España nacional treinta y cinco películas italianas. En este sector, y con un cambio de divisas incierto, disponer de capital para la importación y el doblaje se convertía

[45] En cuanto a la cinematografía: *Ibid*, b. 75, f. 1900/4, 4.1 y 5; *ivi*, b. 76, f. 1900/15.

en un factor clave. En julio de 1937, un informe a Roma advertía de que era necesario encontrar una solución rápida para el segundo semestre del año porque «una interrupción tan larga de las exportaciones conduciría sin duda a perder el terreno ganado en el mercado español a favor de la competencia estadounidense y alemana, que sigue ofreciendo sus películas al mercado español de manera casi gratuita». Resultaba especialmente agresiva la competencia nazi, gracias al apoyo que recibía de los militantes de la Falange. Como respuesta, en noviembre de ese año, se invitó al público de Valladolid y León a ver los documentales LUCE que presentaban la labor de las tropas italianas en España y las nuevas conquistas coloniales en Etiopía. Además, a partir de 1937, el LUCE proyectó semanalmente en las salas de cine, como en Italia, los nodos LUCE doblados al español antes de las principales proyecciones. Durante 1938, se vieron en más de sesenta localidades controladas por el bando nacional, desde España a Marruecos y hasta Palma de Mallorca. Ese mismo año, varias empresas privadas de revelado y doblaje firmaron contratos con las autoridades del bando nacional gracias a la intermediación de la UNEP.

1938 fue el año de oro del cine italiano en España; en verano de ese año se firmaron varios importantes contratos italoespañoles en este ámbito. El primero fue entre las empresas cinematográficas UNEP y CIFESA de Sevilla para la coproducción de cuatro películas con la participación de las empresas Sevilla Film y la italiana Scalera Film (creada en 1938) y con una dotación de capital de 5 millones de pesetas. En este marco, el primer proyecto contó con Luca de Tena como director, con los exteriores rodados en España y los interiores en Cinecittà de Roma. Un segundo contrato para la circulación de películas se firmó en Roma entre la UNEP y la empresa Lorenzo Fargas de Juny de San Sebastián; esta última se encargaba de llevar cuarenta películas italianas subtituladas a las salas de cine españolas en un plazo de tres años. Se eligieron los primeros doce largometrajes en cuestión, previo consenso con la censura italiana y verificación de los ministerios de Comercio tanto italiano como franquista, que cubrían además una parte de los costes iniciales. Auspiciado por la UNEP, se alcanzó otro acuerdo entre Fonoroma y CIFESA de Sevilla para tres películas: *I tre desideri* [*Los tres deseos*], *Come le foglie* [*Como las hojas*], *Sette giorni all'altro mondo* [*Siete días en el otro mundo*] y para la distribución de *Re burlone* [*Rey burlón*], cedidas en su momento a una distribuidora de Barcelona situada en territorio republicano. Ese año, los nodos y mediometrajes de propaganda del Instituto Luce se proyectaron en forma de «reportajes cinematográficos» que informaban sobre la guerra, como *Fin del frente rojo en el Cantábrico* y *Revista imperial* y, en el ámbito colonial, mostrando los programas y logros del fascismo italiano, de la «defensa de la raza» a las políticas sociales y las realizaciones con la cinta *Imperio*. Hacia el final de la Guerra Civil se introdujeron las prohibiciones de «difusión en España de películas extranjeras dobladas en Barcelona durante el periodo rojo 1937-1938» y de «producción de películas con actores filobolcheviques». La derrota del bando republicano en las últimas zonas

resistentes de Cataluña parecía abrir también para los italianos nuevas posibilidades de mercado, sobre todo en Barcelona, como se percibe en una nota de abril de 1939 remitida a Roma para recibir «urgentemente [...] aparatos de proyección para cinematógrafos en ex zonas rojas».

1939, año de la victoria franquista, se presentaba, así, efervescente y rebosante de perspectivas. En febrero, Manlio Gigliotti, del Ente Nacional de Industrias Cinematográficas (ENIC), acudió a Barcelona para presentar la nueva producción de Luce; en junio, un equipo cinematográfico dirigido por Giorgio Ferroni llegó a Barcelona para rodar un documental que probablemente se llamaría *¡España una, grande y libre!* para la recién constituida empresa privada Incom. Ala Littoria patrocinó el envío de equipos y material cinematográfico. En septiembre, siguiendo el modelo italiano, se acondicionó un autobús para la proyección itinerante de cine al aire libre, mientras que en el Festival de Venecia se pusieron en marcha proyectos para difundir la cinematografía italiana entre las asociaciones de cinéfilos españoles, como el Club Circe de Madrid, y presentar reseñas dedicadas a la cinematografía italiana. Ese mismo año se firmó un acuerdo entre la empresa CIFESA de Sevilla y la italiana Imperial Film para rodar películas en Roma, en Cinecittà. La primera fue *I figli della notte* [*Los hijos de la noche*], una comedia de Torrado y Navarro dirigida por Benito Perrojo; la segunda, *Frente de Madrid*, de Edgar Neville; la tercera, la que sin duda tuvo mayor impacto en el público por su carga ideológica y heroica y que sigue siendo aun hoy un clásico del cine fascista, la coproducción italoespañola *Sin novedad en el Alcázar*, de 1940, dirigida por Pietro Genina[46]. Fue el último gran éxito italiano en tierras españolas, en comparación con la creciente colaboración española con los estudios berlineses de Babelsberg, donde la Hispano Film Produktion coprodujo cinco películas comerciales entre 1938 y 1939: tres del mismo Benito Perojo y dos de Florian Rey, entre ellas *Carmen, la de Triana*, que cosechó un gran éxito en España[47].

A partir de 1941, el franquismo impulsó una política proteccionista y autárquica también en el ámbito cinematográfico. Un informe del 4 de febrero de 1942 del responsable de prensa de Madrid acerca de la situación del cine italiano en España revelaba que «nuestra cinematografía no ha convencido del todo, con la excepción de las producciones más ligeras y brillantes; el público español sigue prefiriendo la producción estadounidense, francesa y alemana, además de la propia nacional, aun siendo muy

[46] ACS, MinCulPop, b. 75, f. 1900-3, *Propaganda fascista in Spagna*.

[47] Cfr. Caparrós Lera, José María, *Historia del cine español* (Madrid: T&B Editores, 2007), pp. 68 y ss. En cuanto al cine alemán en España: Montero, Julio y Paz, María Antonia, *La larga sombra de Hitler. El cine nazi en España (1933-1945)* (Madrid: Cátedra, 2009) y Zimmermann, Clemans, *Medien im Nationalsozialismus. Deutschland, Italien und Spanien in den 1930er und 1940er Jahren* (Viena-Colonia-Weimar: Böhlau Verlag, 2007); Brunetta, Gian Piero, *Storia del cinema italiano. Il cinema del regime 1929-1945* (Roma: Editori Riuniti, 2001), p. 143.

inferior a las demás, incluida la sudamericana». El mes anterior, en una síntesis sobre la temporada cinematográfica recién concluida, el gabinete de prensa de Salamanca informaba de que en 1941 se habían distribuido en Madrid y en la red cinematográfica española un total de 214 películas procedentes de nueve países productores: Alemania había introducido 66 películas, Estados Unidos 50 películas, 29 películas producidas y distribuidas por España, 19 en Italia[48], 19 procedentes de Francia y 16 del Reino Unido, seguidas de una decena de películas llegadas de México y Argentina y una de Japón. Los nodos de LUCE que habían alcanzado un gran impacto propagandístico no eran más que un mero rastro debido al gran retraso informativo con que llegaban a España, a diferencia de los nodos alemanes producidos por la UFA y de los británicos de la Fox Movietone, que se revelaban directamente en Madrid y en español; sin embargo, en 1942, y junto a muchos bienes de primera necesidad, se produjo también una escasez de cintas vírgenes que se importaban de Alemania. En mayo de 1942, la Italia fascista suspendió el envío de prensa y, a principios de 1943, el de nodos del Instituto Luce, entidad que abandonó los estudios de Barcelona y legó su patrimonio al nodo español, NO-DO (Noticias y Documentales cinematográficos).

5. Algunas reflexiones finales

La España *nacional*, después de recibir el apoyo militar y diplomático para ganar la Guerra Civil, adquirió unos rasgos diferentes a los que esperaba el régimen fascista: el componente falangista originario que se había inspirado en la «revolución fascista» había quedado marginado y la penetración cultural fascista había sido derrotada no solo por la eficacia de la competencia alemana nazi, sino también por la industria del entretenimiento, sobre todo estadounidense. El proyecto fascista de influir en la política cultural de la España franquista casi como compensación por el apoyo militar prestado al bando nacional resultó ser vano e inconstante ya desde 1941. Del mismo modo, el proyecto de introducir a España en un Mediterráneo latino e imperial guiado por Roma chocó muy pronto con el renacimiento de una orgullosa autonomía cultural del nuevo régimen basado en sus valores seculares de hispanidad católica, imperial y nacionalista. En este contexto, aunque hubieran nacido de un sustrato ideológico común, la latinidad y la hispanidad no solo no coincidían, sino que se podían convertir en dos proyectos en competencia directa en el mundo hispánico, sobre todo en América Latina, donde la hispanidad se basaba también en una idea de élite y de pureza racial de la cual la reciente emigración italiana, simplemente latina, quedaba excluida.

El proyecto italiano en España había sido ambicioso, pero resultó débil por las incapacidades estructurales y por la presencia de un personal ciertamente numeroso,

[48] ACS, MinCulPop, b. 75, f. 1900.4/1.

pero no preparado para su consecución, lastrado por conflictos de competencias entre los ministerios y los sectores privados, invitados también a intervenir en España. Fue asimismo un proyecto obstaculizado por el conocimiento vago de las culturas, de las mentalidades y del territorio españoles. Muchos periodistas e intelectuales italianos invitados a España, como el citado Ruinas, divulgaron a su vuelta meros estereotipos del país, contribuyendo a la idea de su inferioridad con respecto de la Italia fascista. La habilidad de Franco para evitar los compromisos durante el conflicto europeo y, en este sentido, también para no desarrollar relaciones diplomáticas oficiales con la República Social Italiana hicieron imposible proseguir con cualquier relación hasta el punto que desvirtuó incluso todo lo realizado entre 1937 y 1941 por medio de las redes comerciales, consulares y los Institutos Italianos de Cultura en España que, en septiembre de 1943, ya no sabían a cuál de las dos Italias dirigirse, si a la regia y badogliana o a la republicana fascista.

Fascismos que circulan: Mussolini, Hitler e Hispanidad en Argentina

Federico Finchelstein
New School for Social Research

En este capítulo analizo la circulación transatlántica de la ideología fascista en el contexto del fascismo transnacional y de la cultura política argentina. El fascismo argentino, también llamado *nacionalismo*, presentó una configuración latinoamericana específica de la política y lo sagrado y combinó las nociones de antisemitismo, violencia política y sexualidad. Los nacionalistas argentinos vieron al fascismo como una ideología universal que en Italia se llamó fascismo, en Alemania nazismo y en Argentina nacionalismo. Los nacionalistas tenían una relación activa con el fascismo italiano y otros movimientos fascistas europeos a través de la propaganda y otros intercambios transnacionales. El odio hacia las tradiciones liberales argentinas iba de la mano con su admiración global por Hitler y Mussolini. A pesar de su respeto por estos líderes fascistas europeos, los nacionalistas argentinos creían que eran mejores que los nazis o los fascistas. Se consideraban a sí mismos como instrumentos panamericanos de Dios, y en consecuencia, argumentaron que no tenían ni una gota de las formas europeas del paganismo. Esta creencia fue justificada por la fe. Para ellos, el jefe del nacionalismo era Jesucristo.

Con todo, para los nacionalistas, la cuestión de la creencia en el fascismo como ideología transatlántica era central. No vieron una distinción entre fascismo y extrema derecha. La ideología fascista argentina, según su entendimiento, era excluyente, militarista, antisemita, nacionalista, populista y católica. Pero esta ideología no se estructuró en partidos políticos ni en libros canónicos. Para los fascistas argentinos, «el nacionalismo no es un partido político, y no debe serlo; es más que una ideología, es una emoción»[1]. Según la revista *Alianza*, fue esta misma trascendencia de lo racional y su sustitución por lo interno y/o sensorial lo que hizo extremista al nacionalismo: «En cuanto ser extremista quiera decir una cierta fe por encima de la convicción

[1] «... Y sigue el confusionismo», *Clarinada*, 30 de junio de 1941.

puramente intelectual, un fervor y un "pathos" que trasciende los límites de la fría razón, una voluntad apasionada de abrir rumbos nuevos para la Patria, salvando su perenne identidad, entonces no cabe duda de que el nacionalismo es extremista y se vanagloria de serlo»[2]. Enrique Osés en su libro *Medios y fines del nacionalismo* reiteró esta idea del nacionalismo como un «sentimiento colectivo», un «estado espiritual» y un «movimiento de almas. Convergencia ideal de un puñado de aspiraciones argentinas»[3].

Esta «convergencia ideal» extremista de nación y política también trascendió al país. Fue parte de un movimiento global. Quedan pocas dudas de que los nacionalistas estaban bien informados sobre los fascismos europeos. Muchos viajaron a Europa para ver a Mussolini y otros líderes fascistas. Entre ellos se encontraban nacionalistas famosos como Manuel Fresco, Matías Sánchez Sorondo y Juan Carlos Goyeneche. En una entrevista privada en 1943, el Duce prometió a Goyeneche y sus aliados fascistas argentinos que «la República Argentina tendrá un rol de vital importancia en el futuro orden mundial»[4].

Para Mussolini, Argentina fue líder en las transformaciones del nuevo orden en América del Sur. Además, Mussolini también le dijo a Goyeneche que apoyaba la campaña neutralista liderada por los nacionalistas y el ejército y astutamente argumentó que «Italia reconocía la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas»[5]. Muchos fascistas italianos también visitaron Argentina durante esos años y nazis y fascistas contribuyeron con dinero al fascismo argentino, subvencionando en secreto la prensa fascista y otras actividades[6].

Los nacionalistas expresaron abiertamente su reverencia por Mussolini como figura transatlántica. En su libro *El fascismo y nosotros* publicado en 1933, el nacionalista Felipe Yofre argumentó que el fascismo no podía restringirse a Italia ya que era un «estado de espíritu». El fascismo era una «concepción de vida»[7]. De la misma

[2] «Alianza. Ubicación del nacionalismo», *Alianza*, 2 de octubre de 1945.

[3] Osés, Enrique, *Medios y fines del nacionalismo* (Buenos Aires: Editorial La Mazorca, 1941), pp. 57 y 60.

[4] Véase Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto (de ahora en adelante AMREC), Argentina, División Política, Caja 22, Italia, «Entrevista concedida por el señor Mussolini al señor Juan Carlos Goyeneche», Exp. 7. Año 1943, Folios 1-4. Véase también Archivio Centrale dello Stato (de ahora en adelante ACS), Italia, Ministero della Cultura Popolare, D.G Serv. Propaganda, B. 8 Argentina 1938 I/4/1 T. 487; Finchelstein, Federico, *Transatlantic Fascism. Ideology, Violence and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945* (Durham-Londres: Duke University Press, 2010), pp. 163-164.

[5] ACS, Ministero della Cultura Popolare, D.G Serv. Propaganda, B. 9 Argentina 5/1/8 y AMREC, División Política, Caja 22, Italia, Telegrama cifrado. N 511, N 34, Estrictamente reservado y muy confidencial, Folio 1, 4 de junio de 1943.

[6] Finchelstein, *Transatlantic Fascism* y Newton, Ronald, *The 'Nazi' Menace in Argentina, 1931-1947* (Stanford: Stanford University Press, 1992).

[7] Yofre, Felipe, *El fascismo y nosotros* (Buenos Aires: Liga Republicana, 1933), pp. 18 y 40.

forma, el nacionalista Carlos Ibarguren expresó que el fascismo nació de un contexto de «malestar» global. Este estatus definió su contexto argentino[8]. De manera similar, el intelectual argentino Luis Gallardo reconoció al fascismo como «el intérprete de nuestro siglo», pero destacó la necesidad de que los fascistas argentinos lo modelaran a la manera argentina[9]. Según Yofre, los fascistas argentinos eran ante todo nacionalistas y debían identificarse con la «grande Argentina» del célebre poeta fascista argentino Leopoldo Lugones y con «el ejemplo» del dictador argentino José Félix Uriburu (1930-1932). El nacionalismo no «encarna la imitación ciega e inconsciente del régimen italiano, sino la de que nuestro movimiento y aquel que dio origen a la organización fascista son la consecuencia de situaciones y necesidades análogas». El fascismo era una ideología global en batalla contra el comunismo y la democracia liberal y estaba definida por peculiaridades nacionales. «Antes que todo», sostuvo Yofre, promovieron «la reacción antiliberal»[10]. Como Juan P. Ramos, el líder de *Aduna*, argumentó en un célebre discurso en el Teatro Coliseo de Buenos Aires, el fascismo sería «implantado en la Argentina» tendría características argentinas sin olvidar que el fascismo de Mussolini sonaba como una «clarinada en la noche»[11]. Los miembros del Partido Fascista Argentino (PFA) también compartieron esta visión en 1933. Se inspiraron en Roma en su intento de dominar plenamente la vida del país hasta el punto de que «el fascismo y el Estado argentino constituyeran una sola entidad»[12].

Para los fascistas argentinos, su movimiento local era parte del orden fascista transatlántico, pero rechazaba las excesivas influencias extranjeras de otros fascismos. Además, en países «colonizados» como Argentina, las «ideas del Nuevo Orden» adoptaron un ímpetu iconoclasta[13]. También, para los fascistas de Argentina su fascismo era incluso mejor que los otros fascismos en la medida en que combinaba tradiciones sagradas al otro lado del Atlántico[14]. «El nacionalismo es una ideología esencialmente nacional, nutrido por la verdad del revisionismo histórico que reclama el imperio majestuoso de la tradición hispánica, eslabonándose con el aporte cultural latino y el

[8] IBARGUREN, Carlos, *La inquietud de esta hora: liberalismo, corporativismo, nacionalismo* (Buenos Aires: Librería y Editorial La Facultad, 1934).

[9] GALLARDO, Luis F., *La Mística del Adunismo*, folleto (Buenos Aires, 1933), p.15, en Archivo General de la Nación Argentina (de ahora en adelante AGNA), Archivo Uriburu, Legajo 26.

[10] YOFRE, *El fascismo y nosotros*, pp. 18, 21, 28, 36, 42 y 43.

[11] Veáse discurso de Ramos en AGNA, Archivo Agustín P. Justo, Caja 45, doc. 146.

[12] AGNA, Archivo Agustín P. Justo, Caja 49, Doc. 29. ROLÓN, Roberto A. (hijo, «La voz de Abrojos»), «Boletín oficial del partido nacional fascista», *Abrojos*, noviembre de 1933.

[13] DOLL, Ramón, *Itinerario de la Revolución Rusa* (Buenos Aires: La Mazorca, 1943), p. 53.

[14] FINCHELSTEIN, *Transatlantic Fascism*, pp. 115-117.

destello perenne de Roma: la Cruz de Cristo, el Nacionalismo Argentino, sin ser un movimiento de reflejo, se alinea en el frente del nuevo orden»[15].

Como argumentaron los miembros del PFA de la ciudad portuaria de Rosario, el fascismo tenía implicaciones transnacionales universalistas. Pero ¿cómo podría el nacionalismo radical, la versión argentina del fascismo, trascender a la nación? Para los fascistas de Rosario, sus premisas principales eran «unitarias y totalitarias» y esto significaba que el fascismo estaba enraizado en «el concepto de universalidad» mientras respondía individualmente a las necesidades de cada nación. Para ellos, el fascismo estaba preocupado por lo social a diferencia del «viejo nacionalismo oligárquico». Por tanto, el fascismo promovió la colaboración de clases en lugar de la lucha de clases a nivel nacional. Argumentaron que el viejo nacionalismo estaba desapareciendo, cediendo su lugar al «nuevo nacionalismo universal». De hecho, para ellos como para los demás miembros del nacionalismo, el fascismo era el concepto italiano que designaba un nuevo nacionalismo global. Claramente invirtieron los términos de la ecuación y argumentaron que el fascismo había dejado de ser exclusivamente italiano como su creador lo había definido. Entendido así, el fascismo había trascendido las fronteras políticas, uniendo Europa y América Latina. El fascismo «ha iniciado su expansión mundial como una cruzada redentora». Si la noción de cruzada recordó a la noción de guerra medieval en nombre de lo sagrado, en Argentina se utilizó de manera similar otro término tomado del pasado de Europa, «reconquista». La referencia fascista a lo que vieron como una lucha épica entre la Cruz y la Media Luna, les ayudó a combinar el liberalismo argentino con el Islam, y así insistir en su alteridad y anclar la autenticidad de su propia lucha. El grupo de historiadores nacionalistas que rechazó los fundamentos liberales de Argentina y creó el «revisionismo histórico» expresó preocupaciones antiimperialistas más amplias del nacionalismo mezclándolas con temas imperialistas y religiosos. «En nuestra Patria, los argentinos debemos reconquistar, (...) lo nuestro es propiedad de los otros (...) la idea fascista comienza a difundirse como una necesidad innegablemente sentida por el pueblo». Creían que la constante repetición popular de la idea de que «se necesitaría un Mussolini es un síntoma evidente de esta necesidad [de la idea fascista]». El fascismo tenía una «misión redentora» y los fascistas argentinos tuvieron una «segura fe en la victoria»[16].

La idea de Mussolini como icono global del fascismo fue central pero no exclusiva. Tampoco lo era la idea del papel subordinado del fascismo como vehículo de los diseños políticos de lo sagrado. En definitiva, el nacionalismo consideraba al fascismo

[15] FALERONI, Alberto Daniel, «Imperialismo, nacionalismo, revolución», *Clarinada*, septiembre de 1946, p. 6.

[16] E.M, «Universalidad del fascismo» *Nueva Idea*, 19 de enero de 1934; AGNA, Archivo Agustín P. Justo, Caja 36, doc. 271.

como el instrumento político de Dios. Además, los líderes fascistas globales fueron concebidos como el paradigma del surgimiento de una nueva era. Personificaron la teoría fascista con sus acciones. En esta nueva era fascista, la razón cedería su lugar a una forma sacralizada de violencia. La violencia nazi representó una metáfora perfecta de esta tendencia general del fascismo transnacional, como lo ilustró tan acertadamente el escritor antifascista Jorge Luis Borges en su historia contemporánea sobre el Holocausto, *Deutsches Requiem*[17].

El odio a la Argentina democrática iba de la mano de la admiración por líderes europeos como Hitler. Nacionalistas como Juan Carulla más tarde llamarían a este movimiento ideológico extendido la «hipnosis hitleriana»[18]. Hitler adquirió el aura de un destacado hombre de acción y, lo que es más sorprendente, la de un destacado intelectual que combinaba teoría y práctica. Julio Irazusta compartía con casi todos sus colegas nacionalistas una profunda admiración por el Führer. En un revelador texto escrito para *Nuevo Orden* en 1941 y titulado «La personalidad de Hitler», argumentó que las razones que presentó el español Ramiro de Maeztu para definir a Hitler como el «genio político del siglo xx» habían «aumentado considerablemente» desde la muerte del español. Según Irazusta, sin ser un «filósofo político» el dictador alemán había presentado en *Mein Kampf* «un tratado de ciencia práctica, para uso de alemanes, basado en ideas generales de la mayor solidez». Se pensó en las «ideas generales» como la matriz común del fascismo transnacional. Para Irazusta, la personalidad de Hitler se caracterizó por su «carrera brillante», su «acción eficaz», su «flexibilidad», su «modestia» y su «amplitud». Hitler era, en suma, «un hombre eminentemente sensato, lo más opuesto al megalómano intolerante y presuntuoso que nos pintan sus detractores»[19].

El ataque de Hitler al liberalismo y la democracia también fue admirado, como sostenía Nimio de Anquín en 1941: «por obra del gran Hitler, el liberalismo y la fea democracia han muerto»[20]. La admiración por Hitler se inscribió en el marco del fascismo global que incluía tanto a nacionalistas como a nazis. Por ejemplo, los miembros de Alianza de la Juventud Nacionalista en Córdoba y Santa Fe sintieron un sentimiento especial de afecto por las victorias nazis. Hitler era uno de los suyos[21]. Ante críticas antifascistas como las del filósofo francés exiliado Roger Callois, quien

[17] Sobre este tema, véase FINCHELSTEIN, Federico, *El mito del fascismo: de Freud a Borges* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2015).

[18] CARULLA, Juan E., *Al filo del Medio Siglo* (Buenos Aires: Huemul, 1964), p. 241.

[19] Julio IRAZUSTA, Julio, «La personalidad de Hitler», *Nuevo Orden*, 14 de mayo de 1941. Veáse también «El miedo al adunismo» *Aduna*, 31 de marzo de 1935, p. 1

[20] ANQUÍN, Nimio de, «Liberalismo subrepticio y libertad cristiana», *Nueva Política*, n.º 12 (junio de 1941), p. 7.

[21] AGNA, Archivo Agustín P. Justo, Caja 104, doc.149; doc.148 y Caja 104 bis, doc. 318.

en 1940 había argumentado en una conferencia de Buenos Aires organizada por la revista liberal *Sur* que Hitler «es un inspirado cuya función consitste en blandir el rayo y correr ciegamente hacia un destino catastrófico», los nacionalistas de *Nuevo Orden* respondieron: «nos hemos reído mucho del lenguaraz extranjero»[22].

¿Cuál era el motivo de esta risa nacionalista? No fue la referencia antifascista al dictador alemán como una figura mítica parecida a un Dios. Hitler no podía tener atributos sobrenaturales ya que solo los poseía el divino «maestro» del nacionalismo. Para sacerdotes nacionalistas como Meinvielle o Franceschi, el «paganismo» de los fascismos europeos estaba relacionado con su creencia en la humanidad todopoderosa del líder. Lo mismo sucedió con Mussolini. Esta no fue una observación basada en el pensamiento democrático, sino más bien en la idea de que, a sabiendas o no, los fascismos lucharon por el reino de Dios en la tierra contra las supersticiones tradicionales. Como comentó Alberto Ezcurra Medrano: «aunque nos equivocáramos, aunque Hitler fuera un precursor del anticristo, tampoco le temeríamos tanto como a vosotros... discípulos de Judas». Ezcurra nombró entre estos discípulos al protestantismo, el liberalismo, el judaísmo, el comunismo y la masonería: «Dejemos que Hitler luche contra todas las sectas anticristianas y sea para ellas el terrible verdugo que han incubado y que nosotros sabemos que después, suceda lo que suceda, las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y que Jesucristo basta para salvar la civilización cristiana»[23].

La idea de que Hitler o Mussolini pudieran resultar contrarios a Cristo y su nacionalismo no era un tema menor para los fascistas argentinos. Estaba en el centro de sus preocupaciones con respecto a las acciones de los hermanos mayores más importantes de la constelación fascista universal. Si Mussolini promovió un imperialismo de pueblos «proletarios», ¿qué podrían esperar las naciones pobres en militares como Argentina frente a una completa victoria nazi-fascista? ¿Argentina se convertiría en parte del «espacio vital» de las potencias fascistas como denunciaron los antifascistas argentinos? Goyeneche también le preguntó a Mussolini sobre esto:

> Goyeneche: ¿Cree V. E. en el temor, muy pronunciado en América, de que una victoria total del Eje pondría en peligro la independencia de los diversos países que tienen una individualidad y una historia propias?; ¿y que se trataría de imponerles ideologías contrarias a la esencia católica de los países latinos?
>
> Mussolini: Declaro en la forma más categórica que tal temor es completamente infundado. Las potencias del Eje nunca han tenido en su programa, ni mucho menos

[22] «Un lenguaraz extranjero», *Nuevo Orden*, 5 de septiembre de 1940.

[23] Ezcurra Medrano, Alberto, «La obra del liberalismo y sus pretensiones actuales», *Nueva Política*, n.° 18 (diciembre de 1941), p. 22.

en sus objetivos de guerra, la anulación de la independencia de Estados menores y la imposición de ideologías extrañas a las naciones llenas de historia y de tradición»[24].

La referencia de Mussolini a los «países menores» pudo no haber sido apreciada por los nacionalistas argentinos.

A pesar de su idealización de los líderes fascistas europeos, como nacionalistas argentinos creían que representaban una forma superior de fascismo debido a su simbiosis con el catolicismo. De hecho, esta creencia fue justificada por la fe. Para ellos, el jefe del nacionalismo era Jesucristo. En el catolicismo integral los nacionalistas encontraron una fuente de conocimiento e inspiración. El catolicismo integral dio al nacionalismo la legitimidad de lo sagrado. Al fin y al cabo, incluso en política Dios, y no Mussolini, Hitler o Uriburu, era para ellos todopoderoso.

Si los nacionalistas se consideraban católicos perfectos, eran también soldados literales de Dios. Ya en 1928, el nacionalista César Pico había explicado el supuesto fracaso de la democracia y el supuesto peligro del comunismo como ejemplos de una dirección fascista que era imposible de evitar. Lejos de proponerse copiar aspectos concretos de los movimientos fascistas europeos, Pico concluyó con lo que para él era sinónimo de acción teórica y guía práctica: «Busca primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás vendrá por añadidura»[25]. El fascismo era una ideología transnacional con variantes locales, mientras que para ellos el catolicismo era más verdaderamente global y trascendental. En resumen, vieron el fascismo como una expresión política del catolicismo. Para los nacionalistas de *Crisol*, el catolicismo era la bisagra que definía «lo que queremos y lo que no queremos»[26]. En 1933, la revista católica nacionalista *Criterio* avaló a *Aduna*. Esto no sorprendió a los contemporáneos, ya que los fascistas de *Aduna* afirmaron que defendían a Dios y la patria y estaban en contra de los socialistas y de los judíos a quienes consideraban «enemigos de Jesús». Presentaron su sagrada comprensión del fascismo como un «ideal supremo y eterno de la superación trascendental de la vida»[27]. Los nacionalistas creían que eran los vicarios políticos de Dios en la Tierra. Esta idea, interesante por su falta de ortodoxia,

[24] Véase ACS, Ministero della Cultura Popolare, D.G Serv. Propaganda, B. 9 Argentina 5/1/8; AMREC, División Política, Caja 22, Italia, Telegrama cifrado. N 511, N 34, Estrictamente reservado y muy confidencial, Folio 1, 4 de junio de 1943. Veáse División Política, Mueble 7, Casilla 40, Guerra Europea, Ex. 448, Año 1942, Telegrama cifrado 460; División Política, Mueble 7, Casilla 37, Guerra Europea, Ex. 365, Año 1941.

[25] Pico, César, «Inteligencia y revolución» *La Nueva República*, 1 de enero de 1928; Irazusta, Rodolfo (ed.), *El Pensamiento político nacionalista* (Buenos Aires: Obligado Editora, 1975), p. 29.

[26] «Lo que queremos y lo que no queremos» *Crisol*, 18 de octubre de 1936

[27] Véase T.P y T., «Adunismo» *Criterio*, 1 de junio de 1933, p. 204; «El congreso Eucarístico», *Aduna*, 31 de julio de 1934, p. 1. Véase también «La injuria a Dios» *Aduna*, 30 de septiembre de 1934, p. 1; «¡Christus Regnat!» *Aduna*, 15 de octubre de 1934, p. 1.

es notable si se tiene en cuenta que los sacerdotes católicos más importantes de la corriente principal eclesiástica, los principales referentes de la ortodoxia católica en la Argentina de entreguerras, participaron en el movimiento nacionalista. Como sostenía el intelectual católico Ezcurra Medrano, «el catolicismo y el nacionalismo deben marchar unidos». Y así fue[28].

Sacerdotes como los padres Gustavo Franceschi, Julio Meinvielle, Virgilio Filippo, Leonardo Castellani y Gabriel Riesco, por nombrar los más famosos, eran miembros de la Iglesia y al mismo tiempo nacionalistas en la primera línea. Como ha demostrado el historiador Loris Zanatta, «durante la década de 1930, la Iglesia argentina era radicalmente nacionalista» y de igual manera los grupos nacionalistas eran una «parte orgánica» del «movimiento católico»[29].

No es difícil entender estas acciones eclesiásticas si tenemos en cuenta la cruzada que emprendió la Iglesia contra la Argentina liberal, durante la cual construyó un proyecto hegemónico nacional en alianza con los nacionalistas y el Ejército. La idea de que la cruz y la espada pudieran ser los emblemas de un proyecto fascista, a la vez extremadamente nacionalista y xenófobo, ya había sido explorada en la experiencia nacionalista con la dictadura de Uriburu (1930-1932), pero también estaba circunscrita a una relectura global de la historia de Argentina y del mundo. En este contexto, el nacionalista César Pico señaló: «nuestra historia, la de la civilización cristiana, fue forjada por la cruz y la espada»[30]. Para Pico, el nacionalismo argentino tenía que ser «fascismo cristianizado»[31]. En este sentido Pico, como el resto de los nacionalistas, no promovió un producto de importación extranjera sino una variante argentina de la constelación fascista universal. Pero ¿cómo podría definirse lógicamente el fascismo si una cosa era en Italia y otra en Argentina? Esta fue una pregunta que los nacionalistas descartaron en el sentido de que veían el fascismo como una ideología basada en sentimientos y no en libros, lógica o constituciones programáticas. Los nacionalistas rechazaron la necesidad de explicar los lazos transnacionales, que concibieron como firmemente arraigados en sentimientos, mitos e intuiciones.

[28] Ezcurra Medrano, Alberto, *Catolicismo y nacionalismo* (Buenos Aires: Adsum, 1939), p. 49.

[29] Zanatta, Loris, *Del estado liberal a la nación católica: Política, economía y sociedad* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1996). Para la Iglesia, ver también Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX* (Buenos Aires: Grijalbo, 2000) y Romero, Luis Alberto, «Una nación católica 1880-1946» en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX* (Buenos Aires: Ariel, 1999), pp. 314-324.

[30] Pico, César, *Doctrina y finalidades del comunismo* (Santiago de Chile: Editorial Difusión Chilena, 1942), p. 51.

[31] Pico, César, *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista* (Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1937), pp. 13-14, 7-8, 20, 21, 36, 40-41 y 43.

Para el principal diario católico del momento, *El Pueblo*, y su columnista estrella Luis Barrantes Molina, la defensa del nacionalismo y el fascismo italiano era una actividad cotidiana. *El Pueblo* fue parcialmente subvencionado por el fascismo italiano e incluyó a conocidos nacionalistas entre sus contribuyentes. Para Barrantes, aunque el fascismo era difícil de definir, constituía un ejemplo de tendencia dictatorial universal. La oposición binaria entre comunismo y fascismo legitimó la elección de este último. Pero, lo que es más importante, para ellos el fascismo era el defensor de la religión. Para Barrantes, «el Duce no es totalitario pues... en la práctica reconoce la soberanía espiritual y temporal del Papa»[32]. Barrantes no mencionó, o ignoró los conflictos de Mussolini con la Iglesia; en su forma de pensar, la de un clérigo-fascista argentino, Mussolini era lo que Barrantes quería que fuera.

Para el padre Julio Meinvielle, el dilema entre fascismo y comunismo era en realidad la expresión de una conjunción de dicotomías que definían al ser nacional y sus enemigos. Eventualmente, el buen fascismo se convertiría en fascismo cristianizado: ¿«Haremos una alianza con el fascismo o con la democracia? ¿Propiciaremos las conquistas modernas del sufragio femenino? ¿Trataremos de cristianizar al liberalismo, al socialismo, a la democracia, al feminismo? Sería más saludable que nos cristianicemos»[33]. Meinvielle entendía la cristianización como una forma de hacer política fascista nacionalista.

Se trataba de una visión política binaria, basada en el dilema entre comunismo y fascismo, no solo por el antagonismo último entre amigo y enemigo, sino también por la complementariedad con la idea de que el enemigo debía ser expulsado del ámbito político ya que no estaba de acuerdo con el mito político nacionalista. Menos que constituir una concepción nacionalista de lo político, este antagonismo indicaba su resolución violenta y mesiánica. El enemigo tenía que desaparecer.

Defender a la nación contra sus enemigos también implicó la promoción de un «imperialismo argentino» que se entendía como el renacimiento secular del sagrado virreinato colonial[34]. Los nacionalistas de *Guardia Argentina* rechazaron «el hueco americanismo» promovido por el liberalismo, y en cambio, apoyaron la «Unidad del Plata», un imaginario consorcio de cinco naciones cuyos territorios conformaban el

[32] BARRANTES MOLINA, Luis, «Fascismo y totalitarismo», *El Pueblo*, 22-23 de febrero de 1937, p. 4.

[33] MEINVIELLE, Julio, *Concepción católica de la política* (Buenos Aires: Cursos de Cultura Católica, 1941), p. 252.

[34] Véase HARRIAGUE CORONADO, Enrique, «Sigue el reajuste del estatuto colonial» *La Voz de la Plata*, 30 de septiembre de 1942, p. 4; IBARGUREN, Federico, *Rosas y la tradición hispanoamericana* (Buenos Aires: 1942); «Como se ha venido achicando la Patria», *Choque*, 3 de enero de 1941, p. 6; «Ylex Paraguayensis», *Nueva Política*, n.° 13, julio de 1941, p. 6; SÁENZ Y QUESADA, H., «¿Qué sería una política imperial argentina?», *Nueva Política*, n.° 9, febrero de1940; CASCELLA, Armando, «Hay que retomar la ruta del virreynato», *Nuevo Orden*, 8 de agosto de 1940.

antiguo virreinato colonial del Río de la Plata. Para Lugones, autor de los «propósitos» políticos de la Guardia, lograr esta «unidad» representaba «nuestro destino manifiesto». Este destino simbolizó una segunda independencia: «Nuestros padres hicieron la emancipación. Nosotros tenemos que sostenerla y completarla»[35]. El «imperialismo argentino» se entendió como una regeneración secular del sagrado virreinato. Argentina todavía estaba lidiando con el «colonialismo remanente de nuestra subemancipación política nacional»[36]. En resumen, para nacionalistas como Ramón Doll, la situación poscolonial argentina significaba que el país no era verdaderamente libre. Sin tener en cuenta la contradicción de que Argentina se convirtió en nación solo cuándo dejó de formar parte del Virreinato de Río de la Plata, los nacionalistas cosificaron la experiencia colonial de la Argentina antes de la independencia y promovieron su reconfiguración fascista.

Para Doll, Juan Manuel de Rosas (el caudillo argentino del siglo XIX) ya había comenzado esta tarea ya que «tenía un vasto programa de reconstrucción del virreinato» y había defendido a la Argentina del imperialismo europeo, así como de las supuestas formas de imperialismo de Brasil, Bolivia y Chile. Doll argumentó que, gracias a Rosas, Argentina no se convirtió en Argelia, árbitro de la colonización del país norteafricano por Francia[37]. La idea de que la América Latina poscolonial era sustancialmente diferente del África colonial tenía importantes matices racistas –esto sería muy claro durante la ocupación italiana de Etiopía y el abrumador apoyo fascista argentino a ella– pero también estaba relacionada con el enfoque nacionalista sobre la religión.

Mientras positivistas como José Ingenieros habían anunciado en 1910 que existían razones científicas para pensar en la «evolución» de la historia argentina como un camino matemático de la «barbarie hasta el imperialismo», para los nacionalistas, la Argentina imperial no emanaba de la ciencia sino de la Cruz[38]. Pensaban que la necesidad de un imperio argentino era una consecuencia obvia de la naturaleza supuestamente inútil de la lucha de clases. En el imaginario nacionalista y fascista, la lucha de clases fue reemplazada por una nueva lucha entre naciones, las naciones

[35] Archivo Privado de Leopoldo Lugones, Papeles y carpetas de Leopoldo Lugones, *Guardia Argentina. Propósitos*, 1933, p. 10.

[36] DOLL, Ramón, «Un pleito protocolar: la Suprema Corte y el cardenal», *La Voz del Plata*, 29 de julio de 1942, p. 5

[37] DOLL, Ramón, *Acerca de una política nacional* (Buenos Aires: Difusión, 1939), pp. 165, 169, 175 y 189. Veáse también FONT EZCURRA, Ricardo, *La Unidad Nacional* (Buenos Aires: Editorial La Mazorca 1941), pp. XI, XII y 200.

[38] INGENIEROS, José, *La evolución sociológica argentina: de la barbarie al imperialismo* (Buenos Aires: Libr. J. Menéndez, 1910), pp. 86 y 90. Véase también «El día de la raza», *Nueva Política*, n.º 28, octubre de 1942.

«plutocráticas» y los pueblos «proletarios». Para Rodolfo Irazusta, los ingleses eran un pueblo «totalitario» mientras que los argentinos eran «proletarios»[39].

Como había sostenido Mussolini, el liberalismo y el fascismo representaban dos formas distintas de imperialismo. Pero en Argentina más que en Italia, la forma de imperialismo de Mussolini fue equiparada con la tradición latinoamericana antiimperialista, presentada por los fascistas argentinos como una manifestación de soberanía popular antidemocrática. Por lo general, también agregaban motivos teológicos a este punto de vista. Para ellos, los imperios seculares tradicionales (es decir, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos) eran paganos y totalitarios mientras que el imperialismo fascista era visto como una negación antiimperialista aprobada por Dios de los imperios seculares. Esta fue, para los nacionalistas, «la dialéctica del imperio» que entendieron como una regeneración argentina de los legados imperiales de los imperios español y romano[40]. Sin embargo, los nacionalistas no pensaron en el legado imperial como reaccionario, como un mero regreso al pasado, porque la Cruz y la Espada tenían que estar al servicio de un «nuevo orden»[41]. En contraste con otros fascistas argentinos que equipararon el totalitarismo con el paganismo, el comunismo y el liberalismo, Pico, Ezcurra Medrano y muchos otros intentaron recuperar este concepto para el fascismo clerical. Se suponía que la naturaleza totalitaria del fascismo argentino era integralmente cristiana. Como dijo Ezcurra Medrano, «solo un totalitarismo católico puede asegurar la libertad católica». Este sagrado integralismo fue un «totalitarismo de la verdad»[42]. Sin duda, Mussolini se había apropiado de manera similar el término «totalitarismo» de los antifascistas, que habían presentado el fascismo como una tiranía, mientras que el propio Duce presentaba el fascismo como una forma integral de política. Pero para los nacionalistas, el imperialismo y el integralismo eran parte del totalitarismo porque eran cristianos. En otras palabras, el imperialismo representó una dimensión significativa del catolicismo integral.

Para Pico, el imperialismo demostró un destino superior para Argentina y América Latina. Quienes criticaron al imperialismo se vieron afectados por «la tradición analítica de Freud y Marx, quienes al explicar lo superior por lo inferior, desconfían de todo el esplendor de la ciudad temporal»[43]. La defensa de la noción fascista de soberanía fue un ejemplo del poder y la potencia «superiores» del movimiento. Para el nacionalista

[39] IRAZUSTA, Rodolfo, «Los ingleses y el progreso argentino», *Reconquista*, 30 de noviembre de 1939.

[40] SÁNCHEZ SORONDO, Marcelo, «Dialéctica del imperio», *Sol y Luna*, n.º 1, 1938, pp. 107 y 109-110.

[41] RAMOS, Juan P., «La cultura española y la conquista de América», *Sol y Luna*, n.º 9, 1942, p. 47.

[42] EZCURRA MEDRANO, Alberto, «Libertad y totalitarismo», *Nueva Política*, n.º 28, mayo de 1943, p. 13.

[43] PICO, César, «Totalitarismo», *Sol y Luna*, n.º 3, 1939, p. 79.

argentino Ernesto Palacio «adoptar del fascismo nada más que su armazón autoritaria cuando lo esencial es su mística, y cuando solo esta constituye la arquitectura de Estado, resulta pues una insensatez [...] La adhesión popular es lo que hace fuerte al fascismo, y perderá su fuerza cuando ella falte»[44]. Para Palacio, una dictadura fascista tenía que ser parte de un proyecto hegemónico (entendido por él como antiliberal, imperial, latino e hispano) marcado por una historia y religión comunes. El nacionalismo permitiría entonces la realización del Reino de Dios fascista en la Tierra. Por tanto, la «acción» nacionalista fue vista como la confirmación de que el nacionalismo en Argentina era un fascismo como Dios lo quería.

Para los nacionalistas la hispanidad y el fascismo se fusionaron en Argentina. Su uso del concepto muestra cómo entendieron la circulación fascista transnacional en términos de primacía argentina.

El padre Riesco, un sacerdote argentino nacido en España, fue más allá de la corriente nacionalista cuando afirmó que la «hispanidad» debería funcionar como un modelo internacional para los argentinos, una noción que los historiadores posteriores del nacionalismo argentino han cosificado[45]. Riesco argumentó que América Latina carecía de autonomía y siempre había copiado a Europa. Así, criticó en ocasiones a los nacionalistas por su excesivo «localismo» en la concepción de la política y su negativa a aceptar el modelo español europeo. Al plantearse una ideología que pudiera ir «más allá del nacionalismo», Riesco hizo explícita la esperanza de copiar la versión franquista del fascismo[46]. Si bien hubo tendencias miméticas en el nacionalismo, no predominaron entre la mayoría nacionalista.

La importancia del fascismo y la Guerra Civil española de 1936 no debe subestimarse. Si el fascismo italiano dominó la escena fascista internacional antes de 1936, la aparición del fascismo español, una forma de fascismo que se asemejaba al nacionalismo argentino, afectó claramente las fluctuaciones dinámicas de la ideología nacionalista argentina. La mayoría de los nacionalistas vieron la Guerra Civil española como una cruzada en la que el fascismo trabajó para «restaurar el cristianismo». Franceschi, por ejemplo, viajó al frente español como representante oficial del

[44] PALACIO, Ernesto, *La historia falsificada* (Buenos Aires: Difusión, 1939), p. 151.

[45] RIESCO afirmó que «la argentinidad es la concreción de la hispanidad en nuestra realidad nacional». Véase RIESCO, *El destino de Argentina*, p. 249. Véase mi crítica a esta historiografía, FINCHELSTEIN, Federico, *Fascismo, liturgia e imaginario: el mito del generar Uriburu y la Argentina Nacionalista* (Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2002), pp. 10-14.

[46] RIESCO, Gabriel, *El destino de Argentina* (Buenos Aires: Grupo de Eds. Católicas, 1944), pp. 145, 171-176, 181, 199, 210-211 y 262-263. Véase también RIESCO, Gabriel, *Nuestra misión histórica* (Buenos Aires: Imprenta Guadalupe, 1941), pp. 9, 12-13, 113, 119, 121-123, 143, 151 y 163.

catolicismo argentino y jugó un papel central en la negación argentina de la masacre de Guernica[47]. A diferencia del padre Riesco, la mayoría de los nacionalistas identificaron el fascismo español como una forma más de nacionalismo. Entre 1936 y 1945, los nacionalistas argentinos presentaron la «hispanidad» como una dimensión central del nacionalismo. La idea de «hispanidad» estaba directamente relacionada con la Guerra Civil española, ya que los fascistas españoles necesitaban repensar su pasado imperial en términos neo-imperialistas. Pero el mismo término «hispanidad» no nació en Europa sino en Argentina. El sacerdote católico de origen español Zacarías de Vizcarra, importante intelectual fascista-clerical y guía del nacionalismo argentino en sus primeros años, acuñó el término «hispanidad» en Buenos Aires en las páginas de una revista argentina. Vizcarra, quien era un colaborador habitual en *Criterio*, afirmó que la hispanidad funcionaba mejor que la «raza» al pensar en los vínculos entre América Latina y España.

El uso original del término por Vizcarra fue explícitamente reconocido por los fascistas españoles. Sin embargo, antes de la Guerra Civil española, la idea de hispanidad se conocía principalmente a través de la influencia del texto *Defensa de la hispanidad* (1934) de Ramiro de Maeztu. En este libro, Maeztu planteó ideas compartidas entre los argentinos, como el énfasis en la interpenetración de lo temporal con lo espiritual y su corolario, a saber, la fusión del Anticristo con un enemigo interno («Antipatria»)[48]. Maeztu había sido embajador de España en Buenos Aires a finales de la década de 1920 y desde entonces había mantenido estrechos contactos con nacionalistas y católicos[49]. Antes de la publicación de su *Defensa de la Hispanidad*, anticipó sus puntos principales en artículos que escribió para *Criterio*[50]. Aunque Maeztu dejó muy claro que España tenía una misión paterna hacia los territorios de su antiguo imperio, *Criterio*

[47] Para Franceschi, Guernica había estado «intencionadamente» atacada por los «rojos», FRANCESCHI, Gustavo J., «El eclipse de la moral», *Criterio*, 27 de mayo de 1937, p. 77; FRANCESCHI, Gustavo J., *En el humo del incendio* (Buenos Aires: Difusión, 1938). Véase también, VARELA, A.H., «Dios en España», *Criterio*, 9 de septiembre de 1937, p. 41; MEINVIELLE, Julio, «Pastor Angelicus», *Sol y Luna*, n.º 2, 1939, p. 114. Veáse también ACS, Ministero della Cultura Popolare, D.G Serv. B. 7, Argentina, 1937 I/4/18, T. 105.

[48] MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, segunda edición ampliada (Madrid: Gráfica Universal, 1935), pp. 8, 16, 19-21, 36, 39, 73, 105-106, 109, 132-135, 168-169, 184, 216-217 y 288-289. Es interesante que Maeztu situó la genealogía del concepto vocacional de hispanidad en los textos del Padre Vizcarra, a quien él identificó como un cura español. Sobre Vizcarra, ZANATTA, *Del estado liberal a la nación católica*, pp. 45, 162, 295.

[49] Veáse *Criterio*, 16 de febrero de 1930, p. 198; «El momento español», *Criterio*, 18 de diciembre de 1930, p. 782.

[50] MAEZTU, Ramiro de, «Las aguas de Rousseau», *Criterio*, 4 de diciembre de 1930, pp. 723-724.

revisó sintomáticamente su libro ya que a través de él solo hablaba del pasado español e ignoraba su supuesto paternalismo hacia América Latina[51].

La muerte de Maeztu a manos de los antifascistas españoles simbolizó la creencia nacionalista de que el debate sobre la hispanidad no era exclusivamente teórico. Para todo el movimiento nacionalista, el futuro del nacionalismo estaba en juego en España[52]. Los fascistas españoles coincidieron con este argumento durante sus frecuentes visitas a Argentina. A excepción del estratégicamente dialógico Pemán, la mayoría de los hispanistas fascistas españoles, especialmente el sacerdote derechista García Morente y los teóricos Antonio Tovar, Alfonso de Ascanio, Feliciano Cereceda, el sacerdote católico Enrique Díaz de Robles, José Ibáñez Martín y el general Millán Astray, mostraron sin matices una noción religiosa y neoimperialista de la hispanidad que afirmaba que España estaba destinada a desempeñar el papel de líder fascista transnacional en América Latina[53]. El neoimperialismo ocupaba un lugar crucial en los planes de España para el futuro, como dijo el ministro de Relaciones Exteriores español Serrano Suñer al periódico nazi *Volkischer Beobachter* en 1941: «el futuro de España y su imperio es la principal preocupación del líder español»[54].

Para Serrano Suñer, España estaba naturalmente «preocupada» por las naciones de Hispanoamérica y el «peligro» del comunismo en la región[55]. Pero ¿qué tipo de

[51] *Criterio*, 12 de julio de 1934, p. 243.

[52] «¿Qué hace América ante la tragedia de España?» *Crisol*, 13 de octubre de 1936; «La causa de los nacionalistas españoles es una causa de cultura universal», *La Fronda*, 21 de enero de 1937; BARRANTES MOLINA, Luis, «El movimiento militar de Franco no es sedición», *El Pueblo*, 18 de febrero de 1937, p. 4.

[53] GARCÍA MORENTE, Manuel, *Idea de la hispanidad* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1939), pp. 12-17, 22, 25, 55 y 129; *Sol y Luna*, n° 2, 1939, p. 174; PEMÁN, José María, *Seis conferencias pronunciadas en Hispano América* (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1941), pp. 9-11, 28, 37, 43, 87, 95 y 99; PEMÁN, José María, *El paraíso y la serpiente. Notas de un viaje por tierras de la hispanidad* (Madrid: Escelicer, 1942), pp. 7-15 y 20-21 Veáse también, PEMÁN, José María, *Cartas a un escéptico en materias de formas de gobierno* (Burgos: Cultura Española, 1937), pp. 86 y 153. Veáse también, TOVAR, Antonio, *El imperio de España* (Madrid: Ediciones Afrodisio Aguado, 1941), pp. 9-16; ASCANIO, Alfonso de, *España imperio. El nuevo humanismo y la humanidad* (Ávila: Librería religiosa Sigirano Díaz, 1939), p. 3, 11, 14, 18, 27-32, 43, 115-122, 127 y 168-171; CERECEDA, Feliciano, *Historia del imperio español y de la hispanidad* (Madrid: Razón y Fe, 1940), pp. 8-9 y 265-275 ; DÍAZ DE ROBLES, Enrique, *El ideal hispánico a través de la historia* (La Coruña: El ideal gallego, 1937), pp. 19, 54, 60, 65-66, 109-112 y 126-127; MILLÁN ASTRAY, José, «Emoción de la hispanidad» en ASOCIACIÓN CULTURAL HISPANO-AMERICANA, *Voces de Hispanidad. Ciclo de Conferencias* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1940), pp. 45-52. Hispanistas como Maeztu o Díaz de Robles criticaron al argentino Domingo Sarmiento como icono del intelectual anti-hispánico.

[54] AMREC, División Política, Mueble 7, Casilla 22, Guerra Europea. Ex 258, Año 1940, ver folio 3.

[55] AMREC, División Política, Mueble 7, Casilla 22, Guerra Europea. Ex 20, Año 1940. Véanse también los informes en la prensa española «Las cosas claras», *Informaciones*, 26 de noviembre de 1941; «Discurso de Serrano Suñer en nombre de España». *Informaciones*, 26 de noviembre de 1941; «El ministro español de Asuntos Exteriores, recibido por el Fiuhrer-canciller», *Arriba*, 28 de noviembre de 1941.

obligación y qué tipo de imperio tenían en mente los fascistas españoles? La mayoría creía que España debería recuperar el papel protagónico en un «imperio espiritual» hispano-latinoamericano. Por ello, presionaron por una España que guiara a América Latina intelectual y políticamente. Como dijo el general fascista español Millán Astray al pueblo argentino en una carta abierta publicada en *La Razón*, América Latina iba a vivir una crisis semejante a la que había llevado a la insurgencia nacionalista[56]. Por tanto, la solución española podría ser su solución.

La mayoría de los nacionalistas argentinos estuvieron de acuerdo. Sin embargo, sin reconocer las diferencias entre la noción española de hispanidad como un esfuerzo neoimperialista y su propia noción de hispanidad como una aventura latinoamericana, la mayoría de los nacionalistas integraron el concepto de hispanidad con una idea de América Latina que tenía a Argentina como heredera legítima del imperio[57]. Para Pemán, los fascistas españoles debían «escuchar» a América Latina, y en particular a Argentina, ya que era la manifestación territorial de la hispanidad[58]. Pemán elogió personalmente los escritos de Meinvielle y Pico sobre Maritain y el fascismo, argumentando que el nacionalismo argentino estaba mejor calificado que el fascismo español porque carecía del carácter «de copia o mimético» de este último: «¡Cuánto más limpia y altamente se hace un poco de fascismo cuando no hay una Etiopía que conquistar, ni una Túnez que recordar, ni una Austria que sorber!»[59]. La comprensión de Pemán del fascismo argentino reflejaba la forma en que los nacionalistas argentinos se entendían a sí mismos, pero Pemán tendía a considerar al fascismo como genérico y al nacionalismo como un caso nacional particular, y no al revés. Les dijo a los

[56] VILLAFAÑE, Benjamín, *Chusmocracia. Continuación de Hora obscura y La ley suicida* (Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1937), p. 43.

[57] Para algunos ejemplos, véanse SÁNCHEZ SORONDO, Marcelo, «Dialéctica del imperio», *Sol y Luna*, n.° 1, 1938, pp. 107 y 109-110; CASCELLA, Armando, «Hay que retomar la ruta del virreynato», *Nuevo Orden*, 8 de agosto de 1940; SÁENZ Y QUESADA, Héctor, «¿Qué sería una Política imperial argentina?», *Nueva Política*, n.° 9, febrero de 1941, pp. 16-19; *Nueva Política*, n.° 10, marzo de 1941, pp. 4-5; SÁENZ Y QUESADA, Héctor, «¿Un continente con contenido?», *El Restaurador*, 12 de junio de 1941, p. 4; FONT EZCURRA, *La Unidad Nacional*, p. IX; «Buenos Aires cabeza del sexto continente», *Nueva Política*, n.° 19, febrero de 1942, p. 3; SÁNCHEZ SORONDO, Marcelo, «Hispano América o South America», *Nueva Política*, n.° 19, febrero de 1942, pp. 11-13; IBARGUREN, Federico, «Democracia, socialismo, nacionalismo», *Nueva Política*, n.° 24, agosto de 1942, p. 17; *Nueva Política*, n.° 25, octubre de 1942, p. 3.

[58] Pemán, quien se «enamoró» de la Argentina «real», «la tierra del asado y dulce de leche, de los versos de Lugones y coplas de los gauchos», presentaba una idea de este país como una reserva de la verdadera España clásica. PEMÁN, *El paraíso y la serpiente*, p. 6.

[59] PEMÁN, José María, «Pasemos a la escucha», *Sol y Luna*, n.° 4, 1940, p. 91.

nacionalistas que la hispanidad representaba la mejor manera de equiparar el fascismo con la Iglesia, a la que con aprobación llamó «totalitarismo cristiano»[60].

En lugar de simplemente aceptar la propuesta de Pemán de un «diálogo» y un encuentro ideológico de «hispanidad transoceánica», los fascistas argentinos se apropiaron de sus palabras y afirmaron una noción de hispanidad centrada en Argentina[61]. La insurgencia española y el concepto de hispanidad actuaron como catalizadores de la idea nacionalista de una «vocación imperialista» argentina o un «imperio argentino»[62]. Se suponía que este imperio era esencialmente cristiano.

Nimio de Anquín, «jefe» del fascismo en la provincia de Córdoba con miles de seguidores, lo definió en 1939 como un pensamiento político que «es un ideal cristiano neto» aunque formulado «para el orden temporal en perfecta coincidencia con el estado celeste»[63]. De Anquín incluyó este proyecto en el marco de las coincidencias entre el nacionalismo y el fascismo de Mussolini. Por eso, en una asamblea masiva de 1936, el líder fascista argentino proclamó la superioridad del derecho de una minoría creciente sobre la mayoría débil. Destacando la importancia de haber logrado la unidad de acción y doctrina, exhortó a los jóvenes nacionalistas a sumarse a la lucha como «norma de acción y de vida», recordándoles las palabras de Mussolini, «si avanzo, seguidme, si retrocedo mátadme, si me matan, véngadme»[64]. Los fascistas de Córdoba, como los nacionalistas argentinos en general, no distinguieron entre fascismos porque entendieron, quizás mejor que Mussolini, las particularidades nacionalistas de cada uno en el marco del fascismo universal[65]. Este último punto fue definido por una estructura colectiva de sentimientos que se convirtieron en «normas de vida» para los individuos y la nación en su conjunto.

El poeta nacionalista Leopoldo Marechal expresó la ecuación nacionalista de lo sagrado en términos aún más dramáticos en *Sol y Luna* en 1938. Los argentinos eran el pueblo elegido. Marechal señaló que hay pueblos que «tenían una misión» según los designios de Dios y levantan «la voz cantante de la historia». «¿Será el nuestro

[60] Veáse también PEMÁN, José María, «Pasemos a la escucha», *Sol y Luna*, n.º 4, 1940, pp. 90 y 92.

[61] Una excepción a esta tendencia fue el caso del historiador argentino nacionalista y antisemita Rómulo Carbia, quien en su importante libro publicado en España por el Consejo de Hispanidad, afirmó que España como concepto «trascendía los límites de la geografía política» en tanto que representaba «la forma de vida cristiana-católica». CARBIA, Rómulo D., *Historia de la leyenda negra hispanoamericana* (Madrid: Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1944); CARBIA, Rómulo D., «La Iglesia en la "Leyenda Negra" hispanoamericana», *Sol y Luna*, n.º 2, 1939.

[62] LUGONES, Leopoldo, «España y nosotros», en Salvador de Madariaga (ed.), *Diez maestros* (Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos J. L. Rosso, 1935), pp. 119, 120, 122, 126 y 128.

[63] «El Dr. Nimio de Anquín pide sea reconsiderada su exoneración», *Crisol*, 9 de septiembre de 1939.

[64] «La Unión Nacional Fascista de Córdoba», *Crisol*, 4 de octubre de 1936.

[65] AGNA, Archivo Agustín P. Justo, Caja 36, doc. 271.

un país de misión? Yo creo que sí: la mía es una fe y una esperanza, nada más, pero es mucho». El poeta sostuvo que, si se siguieran los «designios de Dios», Argentina podría superarse a sí misma y se convertiría no solo en una «gran provincia sobre la tierra» sino en una «gran provincia del Cielo»[66].

Del mismo modo, el nacionalismo se definió por su imperativo político de «expandir el reino de Dios, enarbolando la enseña de la Patria»[67]. Los nacionalistas de *Clarinada* declararon que los católicos debían organizarse para combatir el comunismo, y nunca debían pensar en unirse a los comunistas, ya que los seguidores de Stalin eran la encarnación del diablo[68].

Post-fascismo después de 1945

La ideología fascista en Argentina estaba relacionada globalmente con el fascismo transatlántico (desde Italia hasta Brasil y desde el nazismo en Alemania hasta el nazismo en Chile) y al mismo tiempo era esencialmente argentina en su estilo especial como ideología sagrada y cultura política de Argentina.

Pero el fascismo fue una experiencia con implicaciones universales, y en mi caso de análisis, transatlánticas. Después de la desaparición de los fascismos clásicos en 1945, el fascismo se convirtió en una memoria global de ideología y violencia. Este fue especialmente el caso de Argentina. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el fascismo global cambió con el tiempo y al otro lado del Atlántico afectó a una nueva generación de perpetradores y víctimas hasta bien entrado el período de la guerra fría[69].

La violencia o, más precisamente, los recuerdos y experiencias de la violencia fascista global parecieron ser el conector, el vector de la memoria para los fascistas de todo el mundo en la época de la guerra fría. En este contexto, Argentina jugó un lugar especial para el fascismo transnacional. Lo hizo por una variedad de razones. Después de 1945, la mayoría de los antifascistas de todo el mundo lo vieron como uno de los dos países restantes donde todavía reinaba el fascismo. La España de Franco fue la otra. Pero si España fue un régimen fascista y estableció una dictadura que se hizo posible después de un golpe de estado militar y una guerra civil, Argentina era

[66] Leopoldo MARECHAL, «Carta a Eduardo Mallea», *Sol y Luna*, n.º 1, 1938.

[67] Véase SILVEYRA, Carlos M., *El Comunismo en la Argentina. Origen, desarrollo, organización actual. Segunda Edición revisada y corregida* (Buenos Aires: Editorial Patria, 1937), prólogo por Virgilio Filippo, 7.

[68] «Incomprensión» *Clarinada*, 8, Diciembre, 1937.

[69] Véanse FINCHELSTEIN, Federico, *Transatlantic Fascism. Ideology, Violence and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945* (Durham y London: Duke University Press, 2010) y FINCHELSTEIN, Federico, *The Ideological Origins of the Dirty War* (Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 2014).

en 1946 una democracia que había superado a un golpe militar y una dictadura. Este fue el contexto del peronismo.

Para los neofascistas que rodeaban a Carlo Scorza en Buenos Aires o los cercanos a Asvero Gravelli en Italia, el peronismo era el claro heredero del fascismo[70]. El gobierno de Estados Unidos compartió esta posición e incluso publicó un libro azul denunciando a Perón como un agente fascista[71]. El ex fascista Curzio Malaparte, que viajó a Buenos Aires y observó el peronismo de primera mano, también consideró a Perón como el verdadero heredero de Mussolini[72]. Y Adolf Eichmann informó a sus jueces en Jerusalén que siempre recordaría a Argentina como el lugar de una nueva vida que de alguna manera estaba conectada con su pasado. El infame planificador nazi incluyó a Argentina entre las naciones que consideró dignas de recordar en la otra vida. Conscientemente, Eichmann concebía sus memorias del Holocausto a la luz del nacionalismo argentino y la realidad transcontextual del peronismo frente a los actos violentos del fascismo alemán[73].

Pero ¿era el peronismo verdaderamente fascista? Por razones políticas, a saber, que era difícil mantener un régimen legítimo con una identidad fascista explícita, Perón a menudo negó la acusación[74]. Sin embargo, también reconoció activamente cómo Mussolini y el fascismo habían sido influencias poderosas para él. En sus altamente selectivas memorias, Perón presentó el fascismo italiano y el nazismo como un «socialismo con carácter nacional». También atribuyó la misma característica a su movimiento. En este contexto, declaró que había decidido visitar Italia para conocer las dimensiones globales de la experiencia nacional fascista en Italia: «Elegí cumplir mi misión militar, porque allí se estaba produciendo un ensayo de un nuevo socialismo de carácter nacional. Hasta entonces, el socialismo era sui generis, italiano: el fascismo»[75]. Con todo, Perón pensó que su liderazgo encarnaba otro ismo sui

[70] Para Gravelli y su grupo de neo-fascistas, véanse *L'Antidiario*, 9-16 de julio de 1950 y *L'Antidiario*, 16-23 de julio de 1950, pp. 342-343.

[71] Veáse *United States, Department of State, Consultation among the American Republics with Respect to the Argentine Situation* (Washington, 1946). Véase también Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Argentina, Guerra Europea. Mueble 7. Casilla 43. Exp. 549. Año 1943.

[72] MALAPARTE, Curzio (pseudónimo de Kurt Erich Suckert), *Malaparte*, vol. X (Florencia: Ponte alle Grazie, 1995), pp. 379-383.

[73] Sesión No. 105, 7 Av 5721 (20 de julio de 1961), en *The trial of Adolf Eichmann: Record of proceedings in the District Court of Jerusalem* (Jerusalem: Estado de Israel, Ministerio de Justicia, 1992-1995). Veáse también, ARENDT, Hannah, *Eichmann in Jerusalem* (Nueva York: Viking Press, 1963), p. 252.

[74] Sobre la definición del fascismo totalitario de Perón, véase PERÓN, Juan Domingo, *Obras Completas* (Buenos Aires: Proyecto Hernandarias, 1997), T. VI, pp. 571-572.

[75] Véase MARTÍNEZ, Tomás Eloy, *Las vidas del General Buenos Aires* (Buenos Aires: Aguilar, 2004), p. 42. Sobre la misión militar de Perón en Italia, véase «La Missione militare argentina esalta

generis: el peronismo. Esto significaba que su movimiento no podía ser neofascista en el contexto de la derrota global del fascismo. Por ello, el peronismo se entiende mejor como post fascista que como fascista. De hecho, lo que surgió como una forma idiosincrásica latinoamericana de democracia autoritaria estuvo marcado tanto por su legado fascista como por el rechazo de uno de los principales atributos del fascismo: la violencia dictatorial extrema.

En contraste con el fascismo clásico, que utilizó la democracia para destruirla y establecer una dictadura violenta y a menudo genocida, el peronismo se originó en una dictadura militar (la Junta Militar de 1943-1946), pero creó una democracia autoritaria populista. También rechazó las formas extremas de violencia fascista y el antisemitismo, y otras formas de victimización fascista. El peronismo devolvió el fascismo al momento pre-dictatorial de la representación política. Y propuso una democracia autoritaria basada tanto en una teología política populista como en una forma más tradicionalmente democrática de soberanía popular. Combinó la creencia fascista en el líder como una figura divina cuyas características innatas le convertían en la personificación ideal del pueblo refrendada a través de la representación electoral[76].

Perón vio la violencia dictatorial fascista de una manera refractaria. Consideraba agudamente esta violencia como el principal legado del fascismo y por esta razón pensó que no se podría aplicar en la posguerra. El fascismo no podría funcionar en el nuevo contexto. Era un remanente del pasado que necesitaba ser reformulado. El peronismo solo podría tener éxito como post fascismo. Podría seguir siendo legítimo tanto interna como externamente solo si dejaba atrás la violencia extrema y la dictadura. El legado transcontextual de la violencia fascista actuó como una fuerza dialéctica hacia el peronismo, definiéndolo como un experimento sui generis de lo que el fascismo podría convertirse después de su derrota global.

---

l'organizzazione delle Forze Armate Italiana», *Il Giornale d'Italia*, 12 de septiembre de 1940. Veáse también AMREC, División Política, Mueble 7, Casilla 1, Guerra Europea, Exp. 14, Año 1939, Telegrama, Roma, 4 de julio de 1940.

[76] Sobre este tema véase FINCHELSTEIN, Federico, «Returning Populism to History», *Constellations*, n.º 21/4 (2014), pp. 467-482.

Bibliografía

Mostra del Novecento italiano (Buenos Aires: Amigos del arte, 1930).

The trial of Adolf Eichmann: Record of proceedings in the District Court of Jerusalem (Jerusalem: Estado de Israel, Ministerio de Justicia, 1992-1995).

AA. VV., *Hacia una sociedad de productores. Lucha de ideas sobre los organismos de la revolución proletaria en Italia* (Buenos Aires: Editorial Argonauta, 1921).

Abbenhuis, Maartje, «Not silent nor silenced: Neutrality and the First World War», en José Leonardo Ruiz Sánchez, Inmaculada Cordero Olivero y Carolina García Sanz (coords.), *Shaping Neutrality throughout the First World War* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015), pp. 17-36.

— *The Art of Staying Neutral: The Netherlands in the First World War, 1914-1918* (Amsterdam: Amsterdam University, 2006).

Acciai, Enrico, *Antifascismo, volontariato e Guerra civile in Spagna. La Sezione Italiana della Colonna Ascaso* (Milán: Unicopli, 2016).

Agüero, Ana Clarisa y Eujanián, Alejandro (coords.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y experiencias* (Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2018).

Albanese, Matteo y Del Hierro, Pablo, *Transnational Fascism in the Twentieth Century: Spain, Italy and Global Neo-Fascism* (Londres: Bloomsbury Academic Press, 2016).

Alberdi, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (Buenos Aires, 1852).

Alcalá-Galiano, Álvaro, *España ante el conflicto europeo, 1914-1915* (Madrid: SPL, 1916).

Alonso, Gregorio, «"Afectos caprichosos": tradicionalismo y germanofilia en España durante la Gran Guerra», *Hispania Nova*, n.º 15 (2017), pp. 394-415.

Álvarez Junco, José, «The Debate over the Nation», en Nigel Townson (ed.), *Is Spain different? A Comparative Look at the 19th and 20th centuries* (Brighton: Sussex Academic Press, 2015), pp. 18-41.

— *La ideología política del anarquismo español* (Madrid: Siglo XXI, 1976).

Ambrosini, Gaspare, *L'Italia nel Mediterraneo* (Foligno: Franco Campitelli, 1927).

Anderson, Benedict, *Under Three Flags: Anarchism anti Colonial Imagination* (Nueva York-Londres: Verso, 2005).

— *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Nueva York-Londres: Verso, 1983).

Andreassi, Alejandro, «Los límites del reformismo en la Argentina agroexportadora (la experiencia de la clase trabajadora bajo el radicalismo, 1916-1930)», en Pilar García Jordán *et al.* (eds.), *Estrategias de poder en América Latina. VII Encuentro-Debate. América Latina ayer y hoy* (Barcelona: Universitat de Barcelona, 2000), pp. 271-295.

ANDREASSI, Alejandro «Inmigración y huelga. Argentina, 1900-1920», *Ayer*, n.º 4 (1991), pp. 117-145.

ANTONIOLI, Maurizio *et al.* (eds.), *Dizionario biografico degli anarchici italiani*, (vols. 1-2), (Pisa: BFS, 2003-2004)

APPELIUS, Mario, *L'aquila di Chapultepec* (Milán: Alpes, 1929).

AQUINO, Cristian, «Bajo la influencia de la Revolución Rusa La Federación de Agrupaciones Sindicalistas Revolucionarias a través de *La Batalla Sindicalista*, 1920-1923», *Archivos*, n.º IV/7 (2015), pp. 123-142.

ARAQUISTÁIN, Luis, *La revista «España» y la crisis del Estado liberal* (Santander: Universidad de Cantabria, 2001)

ARDAO, Arturo, *Genesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980)

ARENDT, Hannah, *Eichmann in Jerusalem* (Nueva York: Viking Press, 1963).

ARFÉ, Gaetano, *Storia del socialismo italiano (1892-1926)* (Turín: Einaudi, 1965).

ARLOTTI, Raúl, «Las primeras lecciones de Derecho Político en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA», en Tulio Ortiz (coord.), *Nuevos aportes a la historia de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires* (Buenos Aires: Facultad de Derecho, UBA, 2014), pp. 47-82.

ASCANIO, Alfonso de, *España imperio. El nuevo humanismo y la humanidad* (Ávila. Librería religiosa Sigirano Díaz, 1939)

ASSOCIAZIONE NAZIONALE VOLONTARI DI GUERRA (ed.), *Il Decennale. X Anniversario della Vittoria* (Florencia: Vallecchi, 1929/VIII).

ASTRADA, Carlos, *La Real Politik. De Maquiavelo a Spengler* (Córdoba. Estudio Gráfico Biffignandi, 1924).

AUBERT, Paul, «La propagande étrangère en Espagne dans le premier tiers du XX^e siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, n.º 31/3 (1995), pp. 103-176.

AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1999).

BAER, James, *Anarchist Immigrants in Spain and Argentina* (Urbana: University of Illinois Press, 2015).

BAR, Antonio, *La CNT en los años rojos* (Madrid: Akal, 1981).

BARBANERA, Marcello, *L'archeologia degli italiani* (Roma: Editori Riuniti, 1998).

BARRAL MARTÍNEZ, Margarita, «De neutralidad obligada a neutralidad activa a través de la acción humanitaria: Alfonso XIII y la Oficina Pro-Cautivos durante la Gran Guerra», en Carlos SANZ DIAZ y Zorann PETROVICI (eds.), *La Gran Guerra en la España de Alfonso XIII* (Madrid: Sílex, 2019), pp. 119-139.

BATTEMBERG, Domingo de, *Cuba en 1928. Reminiscencias, documentos, informaciones, gráficos, artículos y opiniones del VII Congreso de la Prensa Latina* (París: Malherbe, 1928).

BAYER, Osvaldo, «L'influenza dell'immigrazione italiana nel movimento anarchico argentino», en Bruno Bezza (ed.), *Gli Italiani fuori d'Italia: Gli emigrati italiani nei movimenti operai dei paesi d'adozione (1880–1940)* (Milán: FrancoAngeli, 1983), pp. 531-544.

BEDESCHI, Giuseppe, «I socialisti riformisti italiani e la rivoluzione bolscevica in Russia», *Annali della Fondazione Ugo la Malfa. Storia e politica* (Milán: Unicopli, 2017), pp. 185-195.

BENZONI, Alberto y TEDESCO, Viva, «Soviet, Consigli di fabbrica e "preparazione rivoluzionaria' del PSI (1918-1920)», *Problemi del socialismo* 2-3 y 4 (1971), pp. 188-210 y pp. 637-665.

BERRY, David, *A History of the French Anarchist Movement, 1917-1945* (Oakland: Ak Press, 2008).

BERTAGNA, Federica, «Miradas desde la Italia fascista sobre la Argentina de los años treinta», *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2020.

— *La stampa italiana in Argentina* (Roma: Donzelli, 2009).

BERTONELLI, Francesco (Capitano di Vascello RN), *Il Nostro Mare. Studio sulla situazione politica militare dell'Italia nel Mediterraneo* (Florencia: Bemporad e Figlio, 1930).

BERTONHA, João Fábio, «Emigrazione e politica estera: la "diplomazia sovversiva" di Mussolini e la questione degli italiani all'estero, 1922-1945», *Altreitalie*, n.º 23 (julio-diciembre 2001).

BIANCHI, Roberto, *Pace, pane, terra. Il 1919 in Italia* (Roma: Odradek, 2006).

BIFOLCHI, Giuseppe, «La colonna italiana sul fronte di Huesca», *Rivista Abruzzese di Studi Storici*

dal Fascismo alla Resistenza, n.º 3 (1980), pp. 141-153.

BILSKY, Edgardo, *La Semana Trágica* (Buenos Aires: CEAL, 1984).

BLENGINO, Vanni, «La marcia su Buenos Aires (*Il Mattino d'Italia*)», en Eugenia Scarzanella (ed.), *Fascisti in Sud America* (Florencia: Le Lettere, 2005), pp. 205-233.

BOHÓRQUEZ-MONTOY, Juan P., «Transnacionalismo e historia transnacional del trabajo: hacia una síntesis teórica», *Pap. Polít.*, n.º 3 1/14 (2009), pp. 273-301.

BORELLI, Giovanni, *Albori coloniali d'Italia* (Módena: Società tipografica modenese, 1942)

BOTANA, Natalio, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo* (Buenos Aires: Sudamericana, 1997).

BRUNETTA, Gian Piero, *Storia del cinema italiano. Il cinema del regime 1929-1945* (Roma: Editori Riuniti, 2001).

BRUNO, Paula, «Un momento latinoamericano. Voces intelectuales entre la I Conferencia Panamericana y la Gran Guerra», en Maximiliano Fuentes and Ferran Archilés (eds.), *Ideas comprometidas. Los intelectuales y la política* (Madrid: Akal, 2018), pp. 57-77.

— «Biografía e historia. Reflexiones y perspectivas», *Anuario IEHS*, n.º 27 (2012), pp. 155-162.

BUCHBINDER, Pablo, *¿Revolución en los claustros? La reforma universitaria de 1918* (Buenos Aires: Sudamericana, 2012).

BUCHRUCKER, Cristian, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987).

BUSTELO, Natalia y DOMÍNGUEZ RUBIO, Lucas, «Radicalizar la Reforma Universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino, 1918-1922», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n.º 4/42 (2017), pp. 31-62.

CAGLIOTI, Daniela Luigia, «Germanophobia and Economic Nationalism: Government Policies against Enemy Aliens in Italy during the First World War», en Panikos Panayi (ed.), *Germans as Minorities during the First World War. A Global Comparative Perspective* (Reino Unido: Ashgate, 2014), pp. 147–170.

CAGLIOTI, Daniela Luigia, «Why and how Italy invented an enemy aliens Problem in the First World War», *War in History*, n.º 21/2 (2014), pp. 142–169.

CAMARERO, Hernán, *Tiempos rojos. El impacto de la revolución rusa en Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2017).

— «El Partido Socialista de la Argentina y sus espinosas relaciones con el movimiento obrero: un análisis del surgimiento y disolución del Comité de Propaganda Gremial, 1914-1917», *Revista Izquierdas*, n.º 22 (2015), pp.158-179.

CAMMARANO, Fulvio (ed.), *Abbasso la Guerra! Neutralisti in piazza alla vigilia della prima guerra mondiale in Italia* (Milán: Mondadori Education, 2015).

CANDELORO, Giorgio, *Storia dell'Italia moderna. VIII: La prima guerra mondiale, il dopoguerra, l'avvento del fascismo (1914-1922)* (Milán: Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1979).

CAPARRÓS LERA, José María, *Historia del cine español* (Madrid: T&B Editores, 2007).

CARBIA, Rómulo D., *Historia de la leyenda negra hispanoamericana* (Madrid: Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1944).

CARETTI, Stefano, *La rivoluzione russa e il socialismo italiano (1917-1921)* (Pisa: Nistri-Lischi, 1974).

CAROTENUTO, Gennaro, *Franco e Mussolini. La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: I diversi destini dei due dittatori* (Milán: Sperling e Kupfer, 2005).

CAROZZI, Silvana y FERRERO, Maximiliano, «El siglo XIX rioplatense y el ensayo liminar de una nación republicana», en Gabriela Rodríguez Rial (ed.), *República y republicanismos. Conceptos, tradiciones y prácticas en pugna* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2016), pp. 227-244.

CARULLA, Juan E., *Al filo del Medio Siglo* (Buenos Aires: Huemul, 1964).

CASANOVA, Julián, «Diego Abad De Santillán: memoria y propaganda anarquista», *Historia Social* 48 (2004), pp. 129-147.

— «Auge y decadencia del anarcosindicalismo en España», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea*, t. 13 (2000), pp. 45-72.

CASANOVA, Julián, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939* (Barcelona: Crítica, 1997)

CASANOVA, Julián, «Guerra y revolución: la edad de oro del anarquismo español», *Historia Social*, n.º 1 (1988), pp. 63-76.

CASARES, Tomás, *Conocimiento, política y moral. Jerarquías espirituales* (Buenos Aires, 1981).

CATTARULLA, Camilla «Anarchici italiani in Argentina: Severino Di Giovanni, l'uomo in camicia di seta», *DEP. Rivista telematica di studi sulla memoria femminile*, 11 (2009), pp. 81-93.

— «"Cosa direste a Mussolini se aveste occasione di parlargli?": un'inchiesta de "Il Mattino d'Italia"», en Eugenia Scarzanella (ed.), *Fascisti in Sud America* (Florencia: Le Lettere, 2005), pp. 175-203.

CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIÁN, Alejandro, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960* (Buenos Aires: Alianza, 2003).

CAVAROCCHI, Francesca, *Avanguardie dello spirito. Il fascismo e la propaganda culturale all'estero* (Carocci. Roma, 2010).

CERECEDA, Feliciano, *Historia del imperio español y de la hispanidad* (Madrid: Razón y Fe, 1940).

CERRITO, Gino, «L'emigrazione libertaria italiana in Francia nel ventennio fra le due guerre», en Bruno Bezza (ed.), *Gli italiani fuori d'Italia. Gli emigrati italiani nei movimenti operai dei paesi d'adozione 1880-1940* (Milán: Franco Angeli, 1983), pp. 831-911.

CLAVIN, Patricia, «Defining Transnationalism», *Contemporary European History*, n.º 4/14 (2005), pp. 421-439.

COLOCCI, Adriano, *Prima l'Adriatico* (Florencia: Ferrante, 1915).

COMPAGNON, Antoine y PURSEIGLE, Pierrre, «Géographies de la mobilisation et territoires de la belligérance durant la Première Guerre Mondiale», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, n.º 71/1 (2016), pp. 37-64.

CORBIÈRE, Emilio, *Orígenes del comunismo argentino* (Buenos Aires: CEAL, 1984).

CORTESI, Luigi, *Le origini del PCI* (Roma-Bari: Laterza, 1977).

CORTI, Paola y PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, *Giornali contro: Il Legionario e Il Garibaldino: la propaganda degli italiani nella guerra di Spagna* (Alessandria: Ed. Dell'Orso, 1993).

COSTA PINTO, Antonio y FINCHELSTEIN, Federico (eds.), *Authoritarianism and Corporativism in Europe and in Latin America: Crossing Borders* (Abingdon: Routledge, 2018).

D'ANNUNZIO, Gabriele, *La Riscossa* (Milán: Bestetti and Tuminelli, 1918).

DE BLAS GUERRERO, Andrés, «Nationalisms in Spain: The Organization of *Convivencia*», en Anthony Pagden (ed.), *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002), pp. 260-286.

DE GRAND, Alexander, «Italian Fascism and its Imperial and Racist Phase, 1935-1940», *Contemporary European History*, n.º 13/2 (2004), pp. 127-147.

DE MARIA, Carlo, «Metodo biografico e scansioni generazionali nello studio del socialismo anarchico italiano», en Giampietro Berti and Carlo De Maria (eds.), *L'anarchismo italiano, Storia e storiografia* (Milán: Biblion, 2016), pp. 91-108.

DE VEDIA Y MITRE, Mariano, *Derecho Político General*, 2 Tomos (Buenos Aires: Kraft, 1946).

— *Historia general de las ideas políticas*, 13 Tomos (Buenos Aires: Kraft, 1946).

— *Curso de Derecho Político*, 2 Tomos (Buenos Aires: Biblioteca Jurídica, 1934).

— (dir.), *Maquiavelo* (Buenos Aires: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1927).

DE VITO, Christian (ed.), *Global labour history. La storia del lavoro al tempo della «globalizzazione»* (Verona: Ombre corte, 2012).

DEVOTO, Fernando, «Acerca de la clase dirigente como problema en el pensamiento de la derecha nacionalista argentina», en Carlos Altamirano y Adrián Gorelik (comps.), *La Argentina como problema* (Buenos Aires: Siglo xxi, 2018), pp. 207-221.

— «Para una reflexión en torno al golpe del 4 de junio de 1943», *Estudios sociales*, n.º 46/1 (2014), pp. 171-186.

— *Historia de los italianos en la Argentina* (Buenos Aires: Biblos, 2006).

— *Storia degli italiani in Argentina* (Roma: Donzelli, 2006).

— *Historia de la inmigración en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2003).

DEVOTO, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (Buenos Aires: Siglo xxi, 2002).

DEVOTO, Fernando y PAGANO, Nora, *Historia de la historiografía en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009).

DI LEMBO, Luigi, *Guerra di classe e lotta umana. L'anarchismo in Italia dal "Biennio rosso" alla Guerra di Spagna (1919-1939)* (Pisa: Bfs, 2001).

— «Borghi in Francia tra i fuoriusciti (estate 1923-autunno 1926)», *Bollettino del Museo del Risorgimento*, Año XXXV (1990), pp. 91-143.

DI PAOLA, Pietro, «Sviluppi e problematiche degli studi sull'esilio anarchico nel mondo anglosassone», en Gianpietro Berti y Carlo De Maria (eds.), *L'anarchismo italiano. Storia e storiografia* (Milán: Biblion, 2016), pp. 321-336.

DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX* (Buenos Aires: Grijalvo, 2000).

DÍAZ DE ROBLES, Enrique, *El ideal hispánico a través de la historia* (La Coruña: El ideal gallego, 1937).

DÍAZ DE VIVAR, Joaquín, *Ideas para una biología de la democracia* (Buenos Aires: La Facultad, 1937).

DMITRIEVA, Katia y ESPAGNE, Michel (eds.), *Transferts culturels triangulaires France – Allemagne – Russie* (París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1996).

DOESWIJK, Andreas, *Los anarcobolcheviques rioplatenses (1917-1930)* (Buenos Aires: CEDINCI, 2013).

DOGLIANI, Patrizia, *El fascismo de los italianos. Una historia social* (Valencia: PUV, 2017).

— «Los intelectuales italianos en la Gran Guerra», *Ayer*, n.º 91 (2013), pp. 93-120.

— «The fate of Socialist internationalism», en Glenda Sluga y Patricia Clavin (eds.), *Internationalisms. A twentieth-Century History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017), pp. 38-60.

DOMÍNGUEZ MÉNDEZ, Rubén, *Mussolini y la exportación de la cultura italiana a España* (Madrid: Arco Libros, 2012).

— «Note sulla politica culturale del fascismo in Spagna (1922-1945)», *Diacronie. Studi di Storia contemporanea*, n.º 12/4 (2012).

DOLL, Ramón, *Itinerario de la Revolución Rusa* (Buenos Aires: La Mazorca, 1943).

— *Acerca de una política nacional* (Buenos Aires: Difusión, 1939).

DUNDOVICH, Elena, *Bandiera rossa trionferà? L'Italia, la Rivoluzione di Ottobre e i rapporti con Mosca, 1917-1927* (Milán: FrancoAngeli, 2017).

ECHEVARRÍA, Esteban, *Dogma Socialista* (1837).

EINAUDI, Luigi, *Un principe mercante* (Turín: Bocca, 1900).

ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939* (Barcelona: Planeta, 1999).

ENTÍN, Gabriel, «Catholic Republicanism: The Creation of the Spanish American Republics During Revolution», *Journal of the History of Ideas*, n.º 79 (2018), pp. 105-123.

ERICE, Francisco, «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español. el surgimiento del PCE», en Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después* (Madrid: Akal, 2017), pp. 331-356.

ESPAGNE, Michel, «Más allá del comparatismo. El método de las transferencias culturales», *Revista de Historiografía*, n.º 6 (2007), pp. 4-13.

ESPOSITO, Roberto, *Confines de lo político. Nueve pensamientos sobre política* (Madrid: Trotta, 1996).

EZCURRA MEDRANO, Alberto, *Catolicismo y nacionalismo* (Buenos Aires: Adsum, 1939).

FERREIRA DOS SANTOS, Marie-José, «La Revue du Monde Latin et le Brésil, 1883-1896», *Cahiers du Brésil Contemporain*, n.º 23-24 (1994), pp. 77-92.

FIGALLO, Beatriz, *Argentina y España: Entre la pasión y el escepticismo* (Buenos Aires: CONICET-Teseo, 2014).

FILIPPI, Alberto, «Mito bolivariano e istituzioni latinoamericane nel pensiero storiografico fascista», *Quaderni ISES*, n.º 6 (1987).

FINCHELSTEIN, Federico, *El mito del fascismo: de Freud a Borges* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2015).

— «Returning Populism to History», *Constellations*, n.º 21/4 (2014), pp. 467-482.

— *Fascismo transatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945* (Buenos Aires: FCE, 2010).

FINCHELSTEIN, Federico, *Transatlantic Fascism: Ideology, Violence and the Sacred in Argentina and in Italy, 1919-1945* (Durham: Duke University Press, 2010).

— *Fascismo, liturgia e imaginario: el mito del generar Uriburu y la Argentina Nacionalista* (Buenos Aires: Fondo de la Cultura Económica, 2002).

FONT EZCURRA, Ricardo, *La Unidad Nacional* (Buenos Aires: Editorial La Mazorca 1941).

FORCADELL, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918* (Barcelona: Crítica, 1978).

FORTI, Steven, «El espejo italiano. El Partido Socialista y la Confederación General del Trabajo frente a la ocupación de las fábricas y los campos», en Alejandro Andreassi (ed.), *Crisis y revolución. El movimiento obrero europeo durante la guerra y la revolución rusa (1914-1921)* (Barcelona: El Viejo Topo, 2017), pp. 141-158.

— *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* (Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2014).

FOTIA, Laura, *La crociera della nave "Italia" e le origini della diplomazia culturale del fascismo in Argentina* (Roma: Aracne, 2017).

— *La politica culturale del fascismo in Argentina*. Tesis Doctoral (Roma: Università Degli Studi Roma Tre, 2015).

FRANCESCHI, Gustavo J., *En el humo del incendio* (Buenos Aires: Difusión, 1938).

FRANZINA, Emilio y SANFILIPPO, Matteo (eds.), *Il fascismo e gli emigrati. La parabola dei Fasci italiani all'estero (1920-1943)* (Roma-Bari: Laterza, 2003).

FUENTES CODERA, Maximiliano, «1917, a Turning Point in neutral countries. Great War and Russian Revolution in Spain (and Argentina)» en Gerhard Besier and Katarzyna Stoklosa (eds.), *1917 and the Consequences* (Abingdon: Routledge, 2020), pp. 131-146.

— «El giro global y transnacional: las historiografías de la Gran Guerra tras los centenarios», *Historia y Política*, n.º 43 (2020), pp. 389-417.

FUENTES CODERA, Maximiliano, «Ideas of Europe in Neutral Spain (1914-1918)», en Matthew D'Auria y Jan Vermeiren (eds.), *Visions and Ideas of Europe during the First World War* (Abingdon: Routledge, 2019), pp. 182-197.

— *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural* (Madrid: Akal, 2014).

GABRIEL, Pere, «Sindicalismo y huelga. Sindicalismo revolucionario francés e italiano. Su introducción en España». *Ayer*, n.º 4 (1991), pp. 15-46.

GALIMI, Valeria y GORI, Annarita (eds.), *Intellectuals in the Latin Space during the Era of Fascism: Crossing bordes* (Abingdon: Routledge, 2020).

GALLARDO, Luis F., *La Mística del Adunismo* (Buenos Aires, 1933).

GALLEGO, Ferran. *Barcelona, mayo de 1937: la crisis del antifascismo en Cataluña* (Barcelona: Debate, 2007).

GÁLVEZ, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria. Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales* (Buenos Aires: Taurus, 2003)

— *El solar de la raza*, 5.ª edición (Madrid: Editorial Saturnino Calleja, 1920).

— *Este pueblo necesita* (Buenos Aires: A. García Santos, 1934).

GARCÍA MORENTE, Manuel, *Idea de la hispanidad* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1939).

GARCÍA SANZ, Carolina, «Del "egoísmo inglés" al "sacro egoísmo" italiano en la Gran Guerra. Bloqueo marítimo, maquiavelismo y germanofobia», *Ayer*, n.º 86 (2016), pp. 47-69

— «Repensar la neutralidad en la Gran Guerra. Una lectura en clave europea» en Pedro Ruiz Torres (ed.), *Volver a pensar el mundo de la Gran Guerra* (Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 2016), pp. 183-208.

— y TATO, María Inés, «Neutralists crossroads: Spain and Argentina facing the Great War», *First World War Studies*, n.º 8/2-3 (2017), pp. 115-132.

GARCÍA SANZ, Fernando, *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. (Barcelona: Galaxia, 2014).

GENNARO, Rosario, «L'"imperialismo spirituale" negli esordi della rivista Augustea (1925-1927)», *Incontri*, n.º 27/2 (2012), pp. 42-50.

GENTILE, Emilio, *Fascismo di pietra* (Roma-Bari: Laterza, 2007).

GENTILE, Emilio, «L'emigrazione italiana in Argentina nella politica di espansione del

nazionalismo e del fascismo», *Storia contemporanea*, n.º 3 (1986), pp. 355-396.

GIANNATTASIO, Valerio, *Il fascismo alla ricerca del «Nuovo Mondo». L'America Latina nella pubblicistica italiana, 1922-1943* (Verona: Ombre Corte, 2018).

GIARDINA, Andrea, «Ritorno al futuro: la romanità fascista», en Andrea Giardina y André Vauchez, *Il mito di Roma. Da Carlo Magno a Mussolini* (Roma-Bari: Laterza, 2008), pp. 212-293.

GIL ANDRÉS, Carlos, «La aurora proletaria. Orígenes y consolidación de la CNT», en Julián Casanova (coord.), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España* (Barcelona: Crítica, 2010), pp. 89-117.

GIOVANNINI, Elio, *L'Italia massimalista. Socialismo e lotta sociale e politica nel primo dopoguerra italiano* (Roma: Ediesse, 2001).

GÓMEZ-MÜLLER, Alfredo, *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina: Colombia, Brasil, Argentina, México* (Medellín: La Carreta Editores, 2009).

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (coord.), *Anatomía de una crisis 1917 y los españoles* (Madrid: Alianza, 2017).

— y AUBERT, Paul, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial (1914-1919)* (Madrid: Alianza, 2014).

GONZÁLEZ GARCÍA, Moisés y HERRERA GUILLÉN, Rafael (coords.), *Maquiavelo en España y Latinoamérica (del siglo XVI al XXI)* (Madrid: Tecnos, 2014).

GONZÁLEZ HONTORIA, Manuel, *El protectorado francés en Marruecos: y sus enseñanzas para la acción española* (Madrid: Imprenta Clásica Española, 1915).

GORI, Annarita, «Pan-latinismo e reti di intellettuali tra le due guerre Il caso dell'Association de la Presse latine», en Laura Cerasi (ed.), *Genealogie e geografie dell'anti-democrazia nella crisi europea degli anni Trenta* (Venecia: Edizioni Ca' Foscari, 2019), pp. 159-182.

GRAHAM, Helen, *The Spanish Republic at war (1936-1939)* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002).

GRAMSCI, Antonio y BORDIGA, Amadeo, *Dibattito sui Consigli di Fabbrica*, edición e introducción a cargo de Alfonso Leonetti (Roma: Savelli, 1973).

GRAZIADEI, Antonio, *La guerra mondiale ed il Socialismo comunista* (Milán: Società Editrice Avanti!, 1920).

GUEDJ, Jérémy y MEAZZI, Barbara (dirs.), «La culture fasciste entre latinité et méditerranéité (1880-1940)», *Cahiers de la Mediterranée*, 95 (2017).

GUISO, Andrea, «La camera dei Deputati dalla neutralità all'intervento» en Giovanni Orsina y Andrea Ungari (eds.), *L'Italia neutrale 1914-1915* (Roma: Rodorigo Editore, 2016), pp. 118-135.

HALPERIN DONGHI, Tulio, *La República Imposible (1930-1945)* (Buenos Aires: Ariel, 2004).

— *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).

— *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)* (Buenos Aires: Ariel, 1999).

— «Argentina: Liberalism in a Country Born Liberal», en Joseph Love and Nils Jacobsen (eds.), *Guiding the Invisible Hand. Economic Liberalism and the State in Latin America* (New York: Praeger, 1988), pp. 99-117.

— *Ensayos de Historiografía* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996).

— «El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional» en *Ensayos de Historiografía* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996).

— *El revisionismo histórico argentino* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1970).

HANAGAN, Michael P., «An Agenda for Transnational Labor History», *International review of social history*, n.º 49 (2004), pp. 455-474.

HANAGAN, Michael P. y VAN DER LINDEN, Marcel, «New Approaches to global labor history», *International labor and working-class history*, n.º 66 (2004), pp. 1-11.

HORNE, John, «Foreword», en James E. Kitchen, Alisa Miller y Laura Rowe (eds.), *Other Combatants, Other Fronts. Competing Histories of the First World War* (Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2011), pp. xviii-x.

— y KRAMER, Alan, *German atrocities, 1914: a history of denial* (Londres: Yale University Press, 2001).

HULL, Isabel Virginia, *A Scrap of Paper: Breaking and Making International Law during the Great War* (Ithaca: Cornell University Press, 2014).

IBARGUREN, Federico, *Rosas y la tradición hispanoamericana* (Buenos Aires, 1942).

IBARGUREN, Carlos, *La inquietud de esta hora: liberalismo, corporativismo, nacionalismo* (Buenos Aires: Librería y Editorial La Facultad, 1934).

INGENIEROS, José, *La evolución sociológica argentina: de la barbarie al imperialismo* (Buenos Aires: Libr. J. Menéndez, 1910).

IRAZUSTA, Julio (ed.), *El Pensamiento político nacionalista* (Buenos Aires: Obligado Editora, 1975).

— *Tito Livio. O del imperialismo en relación con las formas de gobierno y la evolución histórica* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1951).

IRIYE, Akira, *Global and Transnational History: The Past, Present, and Future* (Basingstoke: Palgrave, 2013).

IVANI, Mario, *Esportare il fascismo. Collaborazione di polizia e diplomazia culturale tra Italia e Portogallo di Salazar (1928-1945)* (Bolonia: Clueb, 2008).

JOVER ZAMORA, José María, *1898: Teoría y práctica de la redistribución colonial* (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1979).

KIRBY, David, *War, Peace and Revolution: International Socialism at the Crossroads 1914-1918* (New York: St. Martin's Press, 1986).

KONIG, Helmut, *Lenin e il socialismo italiano, 1915-1921. Il Partito Socialista Italiano e la Terza Internazionale* (Florencia. Vallecchi, 1972).

KRUIZINGA, Samuël, «Neutrality», en Jay Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War: Volume II: The State* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014), pp. 542-576.

— «Government by Committee. Dutch Economic Neutrality and the First World War», en James E. Kitchen, Alisa Miller y Laura Rowe (eds.), *Other Combatants, Other Fronts. Competing Histories of the First World War* (Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, 2011), pp. 99-124.

LA PORTE, Pablo. «La espiral irresistible: la Gran Guerra y el Protectorado español en Marruecos», *Hispania Nova*, n.º 15 (2015), pp. 500-526.

LACAITA, Carlo G. (ed.), *Grande guerra e idea d'Europa* (Milán: Franco Angeli, 2017).

LANARO, Silvio, «Introduzione», en Ernest Renan, *Cos'è una nazione? e altri saggi*, (Roma: Donzelli, 1998).

LEHNING, Arthur, *L'anarcosindacalismo. Scritti scelti* (Pisa: Bfs, 1994).

LEÓN Y CASTILLO, Fernando, *Mis tiempos* (Madrid: Librería de los sucesores de Hernando, 1921).

LERROUX, Alejandro, *La verdad a mi país. España y la guerra* (Madrid: Librería de la viuda de Pueyo, 1915).

LEVY, Carl, «Currents of Italian Syndicalism before 1926», *International Review of Social History*, n.º 45 (2000), pp. 209-250.

LOSADA, Leandro, «Republicanismo y liberalismo en la Argentina. Mariano de Vedia y Mitre (1920-1950)», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, n.º 119 (2020), pp. 109-134.

— *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940* (Buenos Aires: Katz Editores, 2019).

— «El ocaso de la "Argentina liberal" y la tradición republicana. Reflexiones en torno a los discursos públicos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Marcelo T. de Alvear, 1930-1943», *Estudios sociales*, n.º 54/1 (2018), pp. 43-66.

— «Soberanía y libertad. Balances y diagnósticos de Mariano de Vedia y Mitre sobre el liberalismo (Argentina, 1920-1950)», *Anuario IEHS*, n.º 33/2 (2018), pp. 39-60.

LOSADA, Leandro, (comp.), *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2017).

— «Las elites y los "males" de la Argentina. Juicios e interpretaciones en tres momentos del siglo XX», *Desarrollo Económico*, n.º 54/214 (2015), pp. 387-409.

LUGONES, Leopoldo, *Mi beligerancia* (Buenos Aires: Otero y García editores, 1917).

MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, (Madrid: Gráfica Universal, 1935).

MALAPARTE, Curzio (pseudónimo de Kurt Erich Suckert), *Malaparte*, vol. X (Florencia: Ponte alle Grazie, 1995).

MANFREDONIA, Gaetano, «Les anarchistes italiens en France dans la lutte antifasciste», en Pierre Milza (dir.), *Les italiens en France de 1914 à 1940* (Roma: École française de Roma, 1986), pp. 223-255.

MANTEGAZZA, Paolo, *Rio de la Plata e Tenerife* (Milán: Gaetano Brigola Editore, 1867).

MARCILHACY, David, «España, invitada de honor en el Centenario de la Independencia mexicana: Rafael Altamira y el marqués de Polavieja, dos lecturas de las nuevas relaciones hispano-mexicanas», en AA. VV. (eds.), *1910: México entre dos épocas* (México: Colegio de México, 2014), pp. 47-69.

— *Raza Hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración* (Madrid: CEPC, 2010).

MARTÍ, José, *Nuestra América* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005).

MARTÍN RAMOS, José Luis, *Historia del Partido Comunisa de España* (Madrid: La Catarata, en prensa).

MARTÍNEZ, Tomás Eloy, *Las vidas del General Buenos Aires* (Buenos Aires: Aguilar, 2004).

MASULLI, Marco, «El sindicalismo de acción directa italiano en perspectiva transnacional: redes militantes y conexiones políticas y organizativas entre Francia y España», *Pasado y Memoria*, n.º 20 (2020), pp. 67-91.

MAZZINI, Giuseppe, «Politica internazionale», en Giuseppe Mazzini, *Scritti editi e inediti*, vol. 92 (Imola: Galeati, 1941), 143-172.

— *Note autobiografiche* (Milán: Rizzoli, 1986)

MEAKER, Gerald H., *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)* (Barcelona: Ariel, 1978).

MEINVIELLE, Julio, *Concepción católica de la política* (Buenos Aires: Cursos de Cultura Católica, 1941)

MELGAR, Ramón, *La democracia y la guerra* (Buenos Aires: Librería de A. García Santos, 1918).

MICHEL, Paul-Henri, *L'Hispanisme dans les Républiques Espagnoles d'Amérique pendant la guerre de 1914-1918* (París: Alfred Costes Éditeur, 1931).

MIGUELÁÑEZ MARTÍNEZ, María, «El proyecto continental del anarquismo argentino: resultados y usos de una propaganda transfronteriza (1920-1930)», *Ayer*, n.º 94 (2014), pp. 71-94.

— «La presencia argentina en la esfera del anarquismo y el sindicalismo internacional: las luchas de representación», *Historia, Trabajo y Sociedad*, n.º 4 (2013), pp. 89-117.

MIGUELÁÑEZ MARTÍNEZ, María, «1910 y el declive del anarquismo argentino. ¿Hito histórico o hito historiográfico?», *IV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional* (Santiago de Compostela: Universidade Santiago de Compostela, 2010), pp. 436-452.

MILLÁN ASTRAY, José, «Emoción de la hispanidad» en ASOCIACIÓN CULTURAL HISPANO-AMERICANA, *Voces de Hispanidad. Ciclo de Conferencias* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1940).

MITAROTONDO, Laura, *Un preludio a Machiavelli. Letture e interpretazioni fra Mussolini e Gramsci* (Turín: G. Giappichelli, 2016).

MONTERO, Julio y PAZ, María Antonia, *La larga sombra de Hitler. El cine nazi en España (1933-1945)* (Madrid: Cátedra, 2009).

MOURE CECCHINI, Laura, «1930: Margherita Sarfatti entre Buenos Aires, Roma y Milán», *Modos. Revista de história da arte*, n.º 4/1 (2020), pp. 205-223.

— «The Nave Italia and the Politics of Latinità: Art, Commerce, and Cultural Colonization in the early days Of Fascism», *Italian Studies* 71/4 (2016), pp. 447-476.

MUSSOLINI, Benito, *Opera omnia*, vol. XXIII (Edoardo Susmel y Duilio Susmel, eds.) (Florencia: La Fenice, 1957).

MUTSUKI, Noriko, *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino* (Buenos Aires: Biblos, 2004).

MYERS, Jorge, *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1995).

NÁLLIM, Jorge, *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955* (Buenos Aires: Gedisa, 2014).

NEWTON, Ronald, *The 'Nazi' Menace in Argentina, 1931-1947* (Stanford: Stanford University Press, 1992).

OLSTEIN, David, *Thinking History Globally* (Basingstoke: Palgrave, 2014).

OSÉS, Enrique, *Medios y fines del nacionalismo* (Buenos Aires: Editorial La Mazorca, 1941).

OTERO, Hernán, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial* (Buenos Aires: Sudamericana, 2009).

PACI, Deborah, *Corsica fatal, Malta baluardo di romanità. L'irredentismo fascista nel mare nostrum 1922-1942* (Milán: Le Monnier, 2015).

PALACIO, Ernesto, *Teoría del Estado* (Buenos Aires: Eudeba, 1973).

PALACIO, Ernesto, *Historia de Roma* (Buenos Aires: Albatros, 1939).
— *La historia falsificada* (Buenos Aires: Difusión, 1939).
— *Catilina contra la oligarquía* (Buenos Aires: Rosso, 1935).
PASOLINI, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx* (Buenos Aires: Sudamericana, 2013).
PATAT, Alejandro, *Un destino sudamericano. La letteratura italiana in Argentina (1910-1970)* (Perugia: Guerra, 2005).
PEDIO, Alessia, *La cultura del totalitarismo imperfetto. Il* Dizionario di politica *del Partito Nazionale Fascista* (Milán: Unicopli, 2000).
PEDRAZZI, Orazio, *Il Levante Mediterraneo e l'Italia* (Milán: Alpes, 1925).
PEMÁN, José María, *El paraíso y la serpiente. Notas de un viaje por tierras de la hispanidad* (Madrid: Escelicer, 1942).
— *Cartas a un escéptico en materias de formas de gobierno* (Burgos: Cultura Española, 1937).
— *Seis conferencias pronunciadas en Hispano América* (Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1941).
PEÑA SÁNCHEZ, Victoriano, *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del «ventennio fascista» y su repercusión en España* (Granada: Universidad de Granada, 1995).
PERÓN, Juan Domingo, *Obras Completas* (Buenos Aires; Proyecto Hernandarias, 1997).
PETRACCHI, Giorgio, «L'impatto della rivoluzione russa e bolscevica in Italia tra guerra e primo dopoguerra», *Annali della Fondazione Ugo la Malfa. Storia e politica* (Milán: Unicopli, 2017), pp. 51-84.
PHELAN, John L., «El origen de la idea de América», *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana*, n.º 31 (1979), pp. 5-21.
PICO, César, *Doctrina y finalidades del comunismo* (Santiago de Chile: Editorial Difusión Chilena, 1942)
PICO, César, *Carta a Jacques Maritain sobre la colaboración de los católicos con los movimientos de tipo fascista* (Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1937).
PIGNOTTI, Marco, «L'ingresso delle masse nel sistema politico (1912-1915)», en Giovanni Orsina y Andrea Ungari (eds.), *L'Italia neutrale 1914-1915* (Roma: Rodrigo Editore, 2016).
PISA, Beatrice, *Nazione e politica nella Società «Dante Alighieri»* (Roma: Bonacci, 1995).
PITTALUGA, Roberto E., *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la Revolución en Rusia*, Tesis Doctoral (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2014).
PIZARROSO QUINTERO, Alejandro, «Intervención extranjera y propaganda: la propaganda exterior de las dos Españas», *Historia y comunicación social*, n.º 6 (2001), pp. 63-95.
PLA, Xavier, FUENTES CODERA, Maximiliano y MONTERO, Francesc (eds.), *A Civil War of Words. The cultural impact of the Great War in Catalonia, Spain, Europe and a Glance at Latin America* (Berna: Peter Lang, 2016).
POCOCK, John G. A., *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica* (Madrid: Tecnos, 2008).
PONCE, Javier, «Propaganda and Politics: Germany and Spanish Opinion in World War I», en Troy Paddock (ed.), *World War I and Propaganda* (Connecticut: Brill, 2014), pp. 292-321.
POTASH, Robert, *El Ejército y la política argentina. Tomo I: 1928-1945. De Yrigoyen a Perón* (Buenos Aires: Hyspamérica, 1986).
PRETELLI, Matteo, *Il fascismo e gli italiani all'estero* (Bolonia: Clueb, 2010).
PRISLEI, Leticia, *Los orígenes del fascismo argentino* (Buenos Aires: Edhasa, 2008).
QUINZIANO, Franco, *Manuel Gálvez: La Argentina del Centenario y la «nueva raza latina»* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2013).
RENAN, Ernest, *Caliban: suite de la «Tempête»* (París: Calmann Lévy Editeur, 1878).
RENZI, William A., *In the Shadow of the Sword. Italy's Neutrality and Entrance into the Great War 1914-1915* (Nueva York: Peter Lang, 1987).
RICCARDI, Luca, *Alleati non amici. Le relazioni politiche tra l'Italia e l'Intesa durante la Prima Guerra Mondiale* (Brescia: Morcelliana, 1992).
RIESCO, Gabriel, *El destino de Argentina* (Buenos Aires: Grupo de Eds. Católicas, 1944).
— *Nuestra misión histórica* (Buenos Aires: Imprenta Guadalupe, 1941).
RINKE, Stefan y WIDT, Michael (eds.), *Revolutions and Counter-Revolutions. 1917 and its*

Aftermath from a Global Perspective (Frankfurt y Nueva York: Campus, 2017).

ROBLES MUÑOZ, Cristóbal, *1898: Diplomacia y Opinión* (Madrid: CSIC, 1991).

ROCK, David, *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública* (Buenos Aires: Ariel, 1993).

ROCKER, Rudolf, *Contro la corrente* (Milán: Eléuthera, 2018).

— *La revolución* (Buenos Aires: Reconstruir, 1945).

RODOGNO, Davide, *Il nuovo ordine mediterraneo. Le politiche di occupazione dell'Italia fascista in Europa (1940-1943)* (Turín: Bollati Boringhieri, 2003).

RODRIGO, Javier, *La guerra fascista. Italia en la guerra civil española, 1936-1939* (Madrid: Alianza Editorial, 2016).

ROJAS, Ricardo, *Eurindia. Ensayo de estética sobre las culturas americanas* (Buenos Aires: Losada, 1951).

ROLDÁN, Darío, «La cuestión liberal en la Argentina en el siglo XIX. Política, sociedad, representación», en Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (coords.), *Un nuevo orden político. Provincias y estadonacional, 1852-1880* (Buenos Aires: Biblos, 2010), pp. 275-291.

— (comp.), *Crear la democracia. La Revista Argentina de Ciencias Políticas y el debate en torno de la República Verdadera* (Buenos Aires: FCE, 2006).

ROLLAND, Denis, *La crise du modèle français: Marianne et l'Amérique latine, culture, politique et identité* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2000).

— *et al.*, *L'Espagne et l'Amérique Latine. Politiques culturelles, propagandes et relations internationales, XX^e siècle* (París: L'Harmattan-CSIC, 2001).

ROMERO SALVADÓ, Francisco, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución* (Barcelona: Crítica, 2002).

ROMERO, José Luis, *Maquiavelo historiador* (Buenos Aires: Signos, 1970).

ROMERO, José Luis, *La crisis de la República Romana. Los Gracos y la recepción de la política imperial helenística* (Buenos Aires: Losada, 1942).

ROMERO, Luis Alberto, «Una nación católica 1880-1946», en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX* (Buenos Aires: Ariel, 1999), pp. 314-324.

ROSENBUSCH, Anne, «Guerra total en territorio neutral: actividades alemanas en España durante la Primera Guerra Mundial», *Hispania Nova*, n.º 15 (2017), pp. 350-372.

ROUQUIÉ, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina. Tomo I. hasta 1943* (Buenos Aires: Emecé, 1998).

RUFFO-FIORE, Silvia, *Niccolo Machiavelli: An Annotated Bibliography of Modern Criticism and Scholarship* (Westport: Greenwood Press, 1990).

RUINAS, Stanis, *Vecchia e nuova Spagna* (Milán: Garzanti, 1940-XVIII).

RUIZ SÁNCHEZ, José Leonardo, CORDERO OLIVERO, Inmaculada y GARCÍA SANZ, Carolina (coords.), *Shaping Neutrality throughout the First World War* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2015).

RUSCONI, Gian Enrico, «Come l'Italia decide l'intervento nella Grande Guerra», en Johannes Hürter y Gian Enrico Rusconi (eds.), *L'entrata in guerra dell'Italia nel 1915* (Bolonia: Il Mulino, 2010), pp. 15-74.

— *L'azzardo del 1915. Come L'Italia decide la sua guerra* (Bolonia: Il Mulino, 2009).

SABATO, Hilda, *Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment in Nineteenth-Century Latin America* (Princeton: Princeton University Press, 2018).

SALANDRA, Antonio, *La neutralità italiana, 1914: ricordi e pensieri* (Milán: Mondadori, 1928).

SALVATI, Mariuccia, «Conclusioni», en Carlo De Maria (ed.), *Maria Luisa Berneri e l'anarchismo inglese* (Reggio Emilia: Biblioteca Panizzi Archivio Famiglia Berneri-Aurelio Chessa, 2013).

SALVATORI, Paola, «La Roma di Mussolini dal socialismo al fascismo (1901-1922)», *Studi Storici*, n.º 47/3 (2006), pp. 749-780.

SALVETTI, Patrizia, «Le scuole italiane all'estero», en Piero Bevilacqua, Andreina De Clementi y Emilio Franzina (eds.), *Storia dell'emigrazione italiana*, vol. II (Roma: Donzelli Editore, 2001), pp. 534-549.

SAMPAY, Arturo, *Introducción a la teoría del Estado* (Buenos Aires: Politeia, 1951).

SÁNCHEZ SORONDO, Marcelo, *La clase dirigente y la crisis del régimen* (Buenos Aires: Adsum, 1941).

SARMIENTO, Domingo Faustino (comp.), *Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas* (París: Hachette, 1874).
— *Viajes en Europa, África y América* (Santiago de Chile: Imp. de Julio Belin y Cía., 1851).
— *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina* (Santiago de Chile: Librería del Progreso, 1845).
SAVARINO, Franco, «Juego de ilusiones: Brasil, México y los "fascismos" latinoamericanos frente al fascismo italiano», *Historia Crítica*, n.º 37 (2009), pp. 120-147.
— «En busca de un "eje" latino: la política latinoamericana de Italia entre las dos guerras mundiales», *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"*, n.º 6/16 (2006), pp. 239-262.
SAZ CAMPOS, Ismael, *Fascismo y franquismo* (Valencia: PUV, 2004).
— «De la conspiración a la intervención. Mussolini y el alzamiento nacional», *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Roma*, n.º 15 (1981), pp. 321-358.
SCARZANELLA, Eugenia y TRENTO, Angelo, «L'immagine dell'America Latina nel fascismo italiano», en Agostino Giovagnoli e Giorgio del Zanna (eds.), *Il mondo visto dall'Italia* (Milán: Guerini e Associati, 2005).
SELVA, Enrique, *Ernesto Giménez Caballero entre la vanguardia y el fascismo* (Valencia: Pre-Textos – Institució Alfons el Magnànim, 2000).
SERGI, Pantaleone, «Tra coscienza etnica e coscienza di classe. Giornali italiani anarco-comunisti in Argentina (1885-1935)», *Giornale di Storia Contemporanea*, n.º1 (2008), pp. 101-126.
SHAWCROSS, Edward, *France, Mexico and Informal Empire in Latin America, 1820-1867* (Cambridge: Palgrave Macmillan, 2018).
SILVESTRE, Javier, «Los determinantes de la protesta obrera en España, 1905-1935: ciclo económico, marco político y organización sindical», *Revista de Historia Industrial*, n.º 24 (2003), pp. 51-79.
SLUGA, Glenda y CLAVIN, Patricia (eds.), *Internationalisms. A Twentieth-Century History* (Cambridge: Cambridge University Press, 2017).
SOREL, Georges, *Scritti politici* (Turín: Utet, 2006).
SPRIANO, Paolo, *L'occupazione delle fabbriche. Settembre 1920* (Turín: Einaudi, 1968)
— *Storia del Partito Comunista Italiano. Da Bordiga a Gramsci* (Turín: Einaudi, 1967).
STIBBE, Matthew, *German Anglophobia and the Great War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001).
SURIANO, Juan, *Paradoxes of Utopia: Anarchist Culture and Politics in Buenos Aires, 1890–1910* (Oakland: AK Press, 2010).
TAILLIBERT, Christek, *L'Institut International du cinématographe éducatif. Regards sur le rôle du cinéma éducatif dans la politique internationale du fascisme italien* (París: L'Harmattan, 1999).
TAMES, Ismee, «War on Our Minds: War, Neutrality and Identity in Dutch Public Debate during the First World War», *First World War Studies*, n.º 3/2 (2012), pp. 201-216.
TARQUINI, Alessandra, *Storia della cultura fascista* (Bolonia: Il Mulino, 2016).
TASCA, Angelo, *La nascita del fascismo* (Turín: Bollati Boringhieri, 2006).
TASSANI, Giovanni, *Diplomatico tra due guerre. Vita di Giacomo Paulucci di Calboli Barone* (Florencia: Le Lettere, 2012).
TATO, María Inés, *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial* (Rosario: Prohistoria Ediciones, 2017).
— «Propaganda de guerra para el Nuevo Mundo. El caso de la revista América-Latina (1915-1918)», *Historia y Comunicación Social*, n.º 18 (2013), pp. 63-74.
— «El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial», *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n.º 71 (2011), pp. 273-291.
— «La movilización de la sociedad argentina frente a la Primera Guerra Mundial», en Silvia Mallo y Beatriz Moreyra (coords.), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo xxi* (Córdoba-La Plata: Centro de Estudios Históricos 'Prof. Carlos S. A. Segreti'—Centro de Estudios de Historia Americana Colonial (CEHAC)— Universidad Nacional de La Plata, 2008), pp. 725-741.
— *Viento de fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932* (Buenos Aires: Sudamericana, 2004).

TAVERA, Susanna, «Caro amico, caro nemico. Carlo Rosselli, Camillo Berneri e i libertari catalani (1936-1937)», *Quaderni del Circolo Rosselli*, n.º 52/2 (1996), pp 49-66.

TERMES, Josep, *Anarquismo y sindacalismo en España. La Primera Internacional 1864-1881* (Barcelona: Ariel, 1972).

— y ALQUÉZAR, Ramón, *Historia del socialismo español, Vol. II: 1909-1931* (Barcelona: Conjunto Editorial, 1989).

THOMÀS, Joan Maria, *José Antonio. Realidad y mito* (Barcelona: Debate, 2017).

TOVAR, Antonio, *El imperio de España* (Madrid: Ediciones Afrodisio Aguado, 1941).

TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo xx, vol. I: La quiebra de una forma de Estado (1898-1931)* (Madrid: Akal, 2000).

TUSELL, Javier y SAZ CAMPOS, Ismael, «Mussolini y Primo de Rivera. Las relaciones políticas y diplomáticas de dos dictaturas mediterráneas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n.º CLXXIX/III (1982), pp. 413-483.

UCELAY-DA CAL, Enric, «Spain's 'Crisis of 1917'», en Stefan Ranke y Michael Wildt (eds.), *Revolutions and Counter-Revolutions: 1917 and its Aftermath from a Global Perspective* (Frankfurt y Nueva York: Campus Verlag, 2017), pp. 235-259.

VAN DER LINDEN, Marcel, «Enjeux pour une histoire mondiale du travail», *Le Mouvement social*, n.º 241/4 (2012), pp 3-29.

— *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History* (Leiden-Boston: Brill, 2008)

VEGA, Eulalia, «Anarquismo y sindicalismo durante la Dictadura y la República», *Historia Social*, n.º 1 (1988), p. 55-62.

VENTRONE, Angelo, *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)* (Roma: Donzelli Editori, 2003).

VENZA, Claudio, *Anarchia e potere nella guerra civile spagnola (1936-1939)* (Milán: Elèuthera, 2016).

VENZA, Claudio, «La Spagna e gli anarchici italiani. La missione di Giuseppe Fanelli (1868-1869), en Gianpietro Berti y Carlo De Maria (eds.), *L'anarchismo italiano. Storia e storiografia* (Milán: Biblion, 2016), pp. 209-226.

VIGEZZI, Brunello, «L'Italia del 1914-15 e la crisi del sistema liberale», en Giovanni Orsina y Andrea Ungari (eds.), *L'Italia neutrale 1914-1915* (Roma: Rodrigo Editore, 2016).

VILLAFAÑE, Benjamín, *Chusmocracia. Continuación de Hora obscura y La ley suicida* (Buenos Aires: Imprenta Mercatali, 1937).

VIROLI, Maurizio, *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)* (Madrid: Akal, 2009).

VOLPE, Gioacchino, «Le relazioni politiche, economiche, spirituali, tra l'Italia e l'America Latina», en *Primo Convegno di politica estera. Mediterraneo orientale, i protocolli di Roma, Italia e America Latina, le materie prime, Società delle Nazioni* (Milán: Istituto per gli studi di politica internazionale, 1937).

— *Simone Bolívar, 1783-1830. Discorso per il centenario pronunziato alla Reale Accademia d'Italia il 17 dicembre 1930* (Roma: Reale Accademia d'Italia, 1931).

WALTER, Richard J., *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930* (Austin: University of Texas Press, 1977).

WEINMANN, Ricardo, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico* (Buenos Aires: Biblos, 1994).

WELCH, David, *Germany and Propaganda in World War One: Pacifism, Mobilization and Total War* (Londres: Tauris, 2014).

YOFRE, Felipe, *El fascismo y nosotros* (Buenos Aires: Liga Republicana, 1933).

ZANATTA, Loris, *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1996).

ZANCA, José, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959* (Buenos Aires: Siglo xxi, 2013).

ZARAGOZA RUVIRA, Gonzalo, «Anarchisme et mouvement ouvrier en argentine à la fin du xix^e siècle», *Le Mouvement Social*, n.º 103 (1978), pp. 7-30.

ZIMMERMANN, Clemans, *Medien im Nationalsozialismus. Deutschland, Italien und Spanien in den 1930er und 1940er Jahren* (Viena-Colonia-Weimar: Böhlau Verlag, 2007).

ZOFFMANN RODRÍGUEZ, Arturo, «El menchevique madrileño: Nikolái Tasin y la revolución rusa

en España», *Ebre 38. Revista internacional de la Guerra Civil (1936-1939)*, n.º 8 (2018), pp. 25-51.

ZUCCARINI, Emilio, *Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina dal 1516 al 1910. Studi leggende ricerche* (Buenos Aires: Giornale la Patria degli Italiani, 1910).

ZULETA ÁLVAREZ, Enrique, *El nacionalismo argentino*, 2 tomos (Buenos Aires: La Bastilla, 1976).

La patria hispana, la raza latina

El objetivo de este libro es analizar las transferencias intelectuales y políticas entre tres países diferentes, España, Italia y Argentina. Desde una perspectiva multidireccional, focaliza su atención especialmente en los vínculos originados y dinamizados por las experiencias transnacionales. Este triple intercambio se observa en un «tiempo medio», desde el inicio de la Gran Guerra hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de estudiar las raíces de fenómenos culturales y políticos que se remontan a finales del siglo XIX, cuando la primera gran ola de emigración pasó de Europa a Argentina, y luego al segundo conflicto mundial, cuando personas e ideas encontraron una nueva acogida en América Latina. Este enfoque hace posible un estudio en profundidad de la propia naturaleza de los intercambios culturales y políticos.

De manera complementaria, permite comprender el desarrollo de proyecciones y transferencias vinculadas a la construcción de identidades nacionales y supranacionales, como el latinismo y el hispanismo. Los capítulos que componen esta obra se centran en diversos procesos desarrollados en el marco de la Primera Guerra Mundial y su relación con la neutralidad, los impactos transnacionales de la revolución bolchevique, el anarcosindicalismo y pensamiento político de Maquiavelo y los vínculos del fascismo italiano y el nazismo con España y Argentina.

CREATIVE COMMONS

COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-136-7
9 788413 691367